Roberto Fandiño

50 VIÑETAS QUE CAMBIARON EL MUNDO

Ariel

Índice

Portada
Dedicatoria
Introducción. Una mirada irónica del pasado al servicio del presente
Revolución, radicalismo y cambio político
1. Anónimo
2. James Gillray
Ningún poder se libra de la burla
3. Thomas Rowlandson
4. George Cruikshank
5. Elie
Revolución, reacción y cultura en el largo siglo XIX
6. Francisco de Goya
7. George Cruikshank
8. Honoré-Victorin Daumier
9. Anónimo
10. Bertall
11. Gustave Doré
12. Thomas Rowlandson
13. Honoré Daumier
14. Faustin Betbeder
15. Alphonse Hector Colomb «Moloch»
Imperialismo y guerra. El fin del mundo de ayer
16. Fortune Meaullé
17. Theodor Heine
18. Harry Furniss
19. Robert Minor
20. Albert Hahn
21. Will Dyson
De una guerra a otra. La crisis de la democracia
22. James N. Rosenberg
23. John Heartfield
24. Kem
El largo camino hacia la devastación. La segunda guerra mundial
25. Clyford Berryman
26. David Low
27. Boris Yefimov
28. Boris Yefimov
29. David Low
30. Arthur Szyk
31. Adolf Hoffmeister

La vida en la era atómica
32. David Low
33. Daniel Fitzpatrick
34. Bruce Russell
35. Jay Ding Darling
36. Edwin Marcus
37. Edmund Valtman
Desde el fin del colonialismo a nuestros días
38. Kobayashi Kiyochika
39. Laura Gray
40. Anónimo
41. V. G. Narendra
42. Jaume Perich
43. Manuel Guillén
44. Edmund Valtman
45. Zapiro
46. Mana Neyestani
47. Badiucao
48. Sigfried Woldhek
49. Atena Farghadani
50. Enrique Chagoya
Epílogo. Trazos que combaten la intolerancia
Bibliografía
Créditos de las imágenes
Nota
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A la memoria de Manuel, por el humor que nos legó,
Para Rosalía, por seguir sonriendo entre nosotros,
A Pilar, por las palabras... y los silencios.

Introducción

UNA MIRADA IRÓNICA DEL PASADO AL SERVICIO DEL PRESENTE

«Historia: Relato casi siempre falso, de sucesos casi siempre insignificantes, que protagonizaron gobernantes casi siempre bribones y militares casi siempre estúpidos.»

Ambrose Bierce, *El diccionario del diablo*

Hay pocas metáforas visuales tan precisas para explicar cómo debe sentirse un alumno ante la lección diaria de Historia como este grabado de J. J. Granville publicado a mediados de siglo XIX. La viñeta nos muestra a un atento y aplicado grupo de loros repitiendo la lección aprendida ante un burro. El profesor, reducido al papel de un dignísimo y trajeado bombardero de contenidos, arroja sin la más mínima conmiseración un tremendo volumen atiborrado de fechas, datos, nombres, batallas y tratados sobre los estudiantes, que recitan mecánicamente esperando el beneplácito del maestro.

Este libro nace de la reflexión en torno al oficio de enseñar y de aprender Historia. ¿Cuántas veces, observando a mis alumnos en el aula, he tenido la sensación de que estaban sintiéndose como los personaje de la caricatura? ¿Acaso, no me he sorprendido en más de una ocasión convertido en ese absurdo personaje de levitón decimonónico soltando de golpe una retahíla caduca y ajena a la realidad de los estudiantes? Lejos de ser una herramienta crítica con la que analizar la sociedad y enfrentarse al presente, nuestra materia parece condenada a ser recitada como un mantra por loros bien enseñados en la docilidad.

Esta propuesta toma como punto de partida la necesidad de romper con esa idea. La enseñanza de la Historia en una sociedad democrática ha de ser estimulante y debe perseguir la formación de ciudadanos libres, conscientes del precio de una libertad conquistada en un enmarañado camino de idas y vueltas a través de los siglos.

Para ello, resulta imprescindible que nuestros jóvenes puedan desarrollar su espíritu crítico, su capacidad para cuestionarse verdades establecidas en su camino hacia la madurez cívica. Son estos ciudadanos, dotados de sentido crítico para ejercer consecuentemente su libertad, los que hacen posible la democracia. Sin ellos, esta languidece a la sombra de los espectáculos electorales, agoniza en los simulacros chillones de las tertulias, donde los argumentarios recitados a voz en grito se disfrazan de debates.

Quienes enseñamos y estudiamos Historia tenemos la obligación de oponernos con firmeza a la creencia de que el conocimiento histórico es tan solo un almacén de datos. Nuestra tarea no es recitar el pasado a la manera de un cronicón, sino tratar de comprenderlo para que ilumine el presente.

Partiendo de esta premisa, comencé a emplear las viñetas en el aula y, más tarde, a pensar que la experiencia podía ser compartida más ampliamente tanto con aquellos que hoy se enfrentan día a día con una clase de Historia, bien como profesores, bien como alumnos, como con todo tipo de lectores. En el actual mundo digital, el ritmo voraz con el que consumimos imágenes apenas nos da tiempo para asimilarlas. La caricatura me brinda la oportunidad de emplear un lenguaje icónico más próximo a los alumnos de hoy y adecuado para realizar una doble tarea: acercarme al pasado y reflexionar sobre la naturaleza de las ilustraciones como fuentes históricas.

Por otro lado, su mensaje cargado de espíritu burlón ofrece una visión más vivaz, cotidiana y cercana de hechos acaecidos hace siglos, pone ante nuestros ojos no solo los acontecimientos más relevantes de una época, sino también cómo estos fueron interpretados y sentidos por quienes los vivían en primera persona. Aún en nuestros días, las viñetas nos sorprenden día a día con su capacidad para decir lo máximo con lo mínimo.

Además, la ironía, el humor sarcástico del que estas hacen gala remarcan la importancia del espíritu crítico a lo largo del tiempo. A menudo cuestionan el discurso tradicional sobre la realidad ofreciendo la ventaja de observar el mismo hecho desde diferentes puntos de vista, sin que estos resulten necesariamente excluyentes entre sí. La visión de la Revolución Francesa ofrecida por los jacobinos era a todas luces muy diferente de la que nos brindaban los caricaturistas ingleses temerosos de la radicalización, pero ambas nos ofrecen una panorámica más completa de tal acontecimiento.

Pero lo que hace especialmente valiosas a las caricaturas como elementos de reflexión histórica es su afán provocador, su deliberada exageración gestual, su capacidad para alimentar la controversia, despertar las simpatías, la animadversión, el miedo o la empatía. Es esa cualidad la

que les confiere su gran efectividad y potencia visual, permitiendo entender de una manera muy básica lo esencial de su mensaje al margen de las condiciones particulares en las que fue creada y concebida.

Como escribió Ernst Gombrich, los caricaturistas emplean un *arsenal* simbólico, cultural y literario capaz de hacer reconocibles a primera vista las virtudes o defectos de sus personajes, quiénes representan el bien y quiénes el mal, qué hábitos se consideraban perjudiciales o reprochables y cuáles virtuosos o dignos de imitar. Ver en una viñeta de prensa a Caperucita y al lobo siempre conduce al lector a contemplar a una víctima indefensa y a un verdugo abusón. El trabajo de quien la observa siglos después es desvelar en qué contexto se creó el mensaje, con qué intenciones y a qué público iba destinado.

Los artistas reúnen el mérito de amalgamar en una sencilla escena toda una herencia y tradición cultural. Ponen el tópico a su servicio y lo retuercen con el ánimo de crear polémica, de lanzar un dardo ofensivo e hiriente contra su objetivo. Esta facultad para forzar la realidad hasta convertirla en una mueca no solo ha servido a las caricaturas para hacer reír, sino también para retratar los aspectos más negros y dramáticos de la experiencia humana. En todo caso, su carga vitriólica ha estado siempre alejada de la corrección política, coqueteando con los límites de la libertad de expresión y despertando la ira, el odio e incluso la movilización masiva de quienes se consideraron objeto de sus dardos.

Con ello, nos adentrábamos de lleno en un fenómeno que no es reconocible: el poder de la opinión pública y su facultad para fabricar dioses y demonios, así como para derribarlos o hacerlos ascender a los altares. Vistas así las cosas, resulta más fácil comprender por qué una viñeta, un grabado o un fotomontaje salido de tono pueden costar la cárcel, el exilio o la vida a más de un artista, como ha vuelto a ponerse tristemente de manifiesto en los últimos tiempos. Más aún en nuestros días, cuando la fuerza de la caricatura no radica tan solo en su facultad para actualizar una arraigada tradición sarcástica, sino en su facilidad para transformarla confiriéndole nueva vida y difundiéndola por el ciberespacio. En la actualidad la caricatura puede deformar una imagen viral dotándola de nuevo sentido y significado. Así ocurrió por ejemplo con las imágenes de

Aylan, el niño ahogado en una playa turca, convertido por dibujantes de todo el mundo en un símbolo de la doble moral y la indiferencia de la Europa desarrollada ante el drama de los refugiados sirios.

Internet y las redes sociales han aumentado hoy el impacto de unas caricaturas capaces de levantar olas de indignación, empujar a cientos de manifestantes a la calle o sacudir miles de conciencias conectadas simultáneamente en todo el mundo a través de los monitores perpetuamente iluminados.

De ahí que su estudio pueda servirnos para comprender algo tan complejo como el proceso que nos ha llevado hasta nuestra libertad de expresión. Un derecho que alzó su vuelo en el tiempo de las grandes revoluciones liberales y que ha ido transformándose con las sociedades porque las leyes, los principios y los conceptos también están adscritos a la historia, a la ley inexorable del tiempo y a las transformaciones sociales, culturales y políticas.

El debate sobre la libertad de expresión y sus límites ha sido una constante desde que esta apareció en escena. Es lícito interrogarse sobre su alcance, pero erigirse en guardianes de la moralidad de toda una colectividad, censurar o amordazar aquello que nos incomoda o somete a crítica, es un acto de autoritarismo de quienes se arrogan la posesión de la verdad absoluta, definitiva y única. Una sociedad avanzada lo es en tanto es capaz de tolerar la crítica, por mordaz, perversa o grosera que esta sea. La vara del maestro encolerizado sobre la palma abierta del alumno que lo ha dibujado, la cárcel lóbrega donde languidece el caricaturista opositor o los dibujantes asesinados por fanáticos incapaces de encajar una burla forman parte de la misma cohorte de intolerancia y barbarie enemigas de las libertades desde que estas empezaron a abrirse camino a finales del siglo XVIII.

El estudio histórico de la caricatura proporciona una excelente atalaya desde la que meditar sobre la importancia de la tolerancia y de la pluralidad, amenazadas hoy por toda clase de nuevos fanatismos.

Es desde esta perspectiva donde la Historia, al igual que otras castigadas disciplinas humanísticas, se revela como un valioso instrumento, una de las grandes herencias de ese acervo común de todos los europeos llamado cultura. Lamentablemente, sus logros resultan difícilmente mesurables bajo la misérrima lupa de la idolatría a la utilidad, la eficiencia y la competitividad difundida como supremos valores en las escuelas de negocios.

Vislumbrar el pasado bajo la lente mordaz de la caricatura puede ayudarnos a considerar bajo otra luz un presente en el que se ha impuesto el desprecio orgulloso por todo aquello que no es cuantificable en el altar del mercado. El pensamiento, la contemplación de una obra de arte, el placer de escuchar una sinfonía o de reír a carcajadas la ocurrencia de un dibujante nos devuelve nuestra dimensión más humana. Hoy en día necesitamos más que nunca de sus enseñanzas, pues la Historia, la Filosofía, la Literatura o la Música pueden todavía ser maestras para la vida, al igual que estos fragmentos del pasado arrancados al irónico lápiz de los artistas.

Para terminar, es de justicia reconocer que esta obra solo ha sido posible gracias a los colegas de profesión que intentan día tras día impartir una lección de Historia distinta a la plasmada en la viñeta reproducida en esta introducción. Debo agradecer a Carlos Gil Andrés su vivo interés por el proyecto. A su experiencia como profesor, y a su valía como historiador y divulgador esta obra debe valiosas sugerencias. La historiadora Pilar Salas Franco leyó pacientemente los borradores aportando al texto mejoras sustanciales. Sin la dedicación y profesionalidad del personal de la Editorial Ariel, así como sin el tiempo que tomé prestado a amigos y familiares, este libro no sería hoy una realidad. A todos ellos debo agradecer su confianza y buen hacer, al mismo tiempo que hago míos cualquier error, omisión o defecto en la interpretación de las fuentes.

***

REVOLUCIÓN, RADICALISMO Y CAMBIO POLÍTICO

Una imagen detenida por un instante en la retina puede servir para amalgamar el significado más descarnado de una época. Esas escenas son las que aparecen a menudo iluminando las portadas de los libros, en las páginas de los manuales y en los fotogramas de los documentales de divulgación. ¿Quién podrá hacer una película sobre la Revolución Francesa sin reproducir la ejecución en la guillotina de Luis XVI?

Así debieron de pensarlo también quienes realmente vivieron ese acontecimiento trascendental el 21 de julio de 1793, pues los grabados que retratan la ejecución del monarca francés son incontables y se difundieron por toda Europa. La muerte del rey en la guillotina se convirtió en un símbolo poderoso de la lucha contra el absolutismo, del surgimiento de toda una serie de ideales revolucionarios democráticos, que no tardarían en dibujar horizontes de utopía, y de la constitución de una reacción horrorizada ante la evidencia de que los pueblos podían ajusticiar a las hasta entonces sagradas coronas.

No obstante, esa imagen simbólica no es sino el colofón de una serie de procesos que conducirían al alumbramiento de la Edad Contemporánea. Las nuevas ideas y teorías de los ilustrados, insistiendo en conceptos como la soberanía nacional, el contrato social o la división de poderes, tendrían una plasmación práctica en el relativo igualitarismo de la Constitución americana promulgada en 1787, ya que esclavos, mujeres y primitivos habitantes indios fueron privados de todo derecho.

Pese a sus contradicciones, la nación americana, republicana y federal, nueva y de extensas regiones en las que la tierra era un bien barato, se convirtió en un modelo inspirador para la Francia de 1789. Al contrario que la joven república americana, esta era una nación vieja y corrupta, sometida al cada vez más esclerotizado corsé de la sociedad estamental. Poner rumbo al anhelado territorio de la ciudadanía, tan ensalzado en las elaboraciones de los intelectuales ilustrados, iba a requerir de un mayor salto político, social, económico e intelectual.

Ese gran paso adelante acabaría de darse el 14 de julio de 1789. El inicio de la revolución desencadenaría una contradictoria alianza entre una heterogénea burguesía, ansiosa de conquistar protagonismo político, con unos sectores populares maltratados por un sistema en crisis que los condenaba al hambre, la indigencia y la injusticia. Tal confluencia, amalgamada en el llamado Tercer Estado, teñiría el repertorio de la sublevación popular de un ideario político del que hasta entonces había carecido, al tiempo que brindaba a la burguesía la fuerza arrolladora de las movilizaciones de masas.

Ideas y discursos, debates y teorías, manifiestos y escritos se difundirán con la vehemencia arrebatada de un incendio, articulando las palancas de las linotipias, configurando frases y lemas, componiendo canciones e himnos convertidos al instante, por obra y gracia de la interpretación popular, en símbolos de la revolución. Así sucedería con *El canto de guerra para la liberación*, de Rin de Rouget de Lisle, conocido poco después como *La Marsellesa*, un himno que a partir de ese momento devendrá una divisa internacional de los partidarios de la libertad frente a la tiranía absolutista.

Lo ocurrido con el que será himno de la nueva república francesa será una muestra más del extraordinario poder con el que comenzará a revestirse un extraño y difuso concepto: la opinión pública. Aunque no exista una definición concreta del fenómeno, son mayoría los que le atribuyen un poder extraordinario, capaz de movilizar ciudades enteras, poner en pie ejércitos de voluntarios y derrocar a los tiranos aposentados en sus viejos tronos.

En una época en la que la censura será dinamitada, florecerán por doquier los diarios y libelos, los pasquines y manuscritos difundiendo las nuevas ideas, sentimientos y emociones. Entre ellos ocuparán un lugar privilegiado las caricaturas. Afiladas con la piedra de la ironía, brutales como las herramientas melladas del pueblo, serán una pieza fundamental en la construcción de un nuevo imaginario sobre los acontecimientos revolucionarios.

Panfletos ilustrados y caricaturas serán tan responsables de la campaña de descrédito de la monarquía, centrada con especial saña en la figura de María Antonieta, como de los ataques contra una revolución llegada a su máxima expresión utópica durante el período jacobino. Período reducido en su esencia por los gruesos trazos de la sátira caricaturesca en un régimen asesino, olvidando logros como el sufragio universal o la abolición de la esclavitud en las colonias, que iban mucho más allá en la consecución del igualitarismo que la Constitución americana. El imaginario del terror jacobino, regido por seres de primarios instintos, caníbales alimentados por la inercia complaciente en el terror, tan reiterado por la literatura y el cine, encuentra en las caricaturas de la época una de sus más creativas fuentes de inspiración.

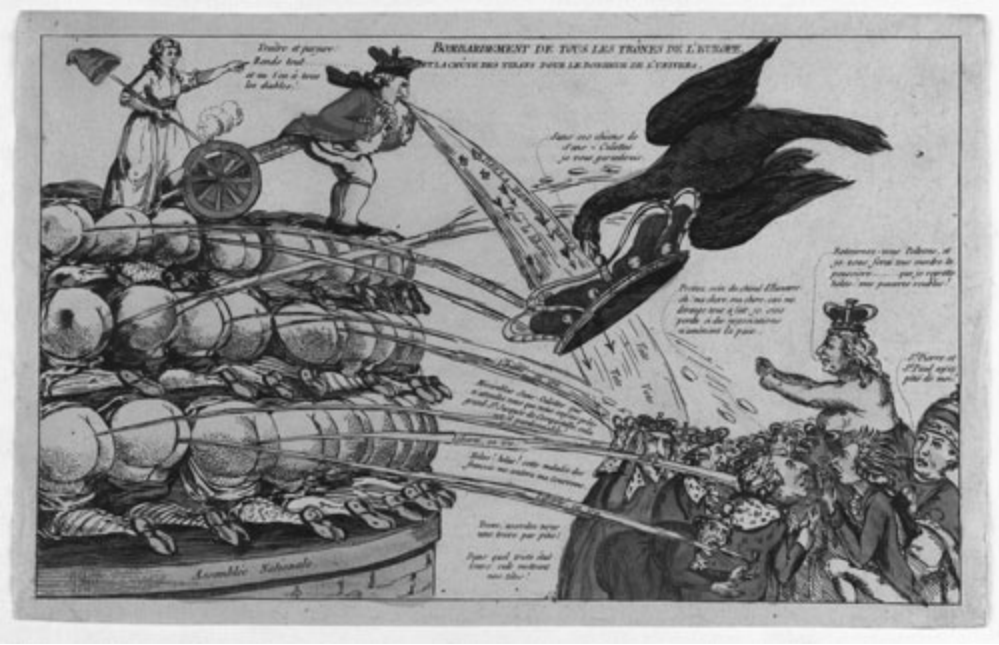
Como todos los grandes procesos históricos, el movimiento revolucionario francés enfrentará en su seno a fuerzas muy dispares. Los enemigos acérrimos de los cambios combatirán a quienes los defienden. Entre los segundos encontraremos a los partidarios de la estabilidad a fin de conservar lo conseguido y aquellos que, alentando las reivindicaciones populares, concebirán horizontes de utopía, iluminados por la llama de una igualdad total y una fraternidad universal.

La batalla establecida entre estas diferentes corrientes también se libró en el complejo escenario de la caricatura, como prueban los dos ejemplos propuestos a continuación. Ambos pertenecen al año 1792, clave en un proceso revolucionario enfrentado a la amenaza de una guerra exterior. Quienes son partidarios de una radicalización mayor abogan por la supresión de la monarquía y un mayor protagonismo político de las masas populares. Por contra, aquellos que ven como los proyectos de igualdad legal y parlamentarismo se deslizan peligrosamente hacia la intolerancia sectaria del terror jacobino, azotan con sarcasmo despiadado a la que consideran una república de canallas y criminales sedientos de sangre.

***

1

Anónimo



«El bombardeo de todos los tronos de Europa, y la caída de los tiranos para la felicidad del universo»

1792

Francia, 14 de julio de 1789. Un torbellino revolucionario ha sacudido los cimientos del Antiguo Régimen. El lema de igualdad, libertad y fraternidad incendia las conciencias, levanta barricadas, redacta la primera Constitución de Europa y dinamita los privilegios de la aristocracia y del clero. Una difusa coalición de burguesía y masa popular toma el poder esgrimiendo por primera vez el concepto de soberanía nacional. El viejo mundo se tambalea y con él una de las casas reales más prestigiosas de Europa parece condenada a perecer junto a la condición sagrada de quienes la encarnan: Luis XVI y María Antonieta, cuyo matrimonio simbolizaba el cierre de una rivalidad secular por la hegemonía europea entre las casas de los Borbones y de los Habsburgo.

Toda Europa contempla el nuevo rostro de una Francia renacida bajo el impulso de la secularización y del progresivo aniquilamiento de los privilegios del clero y la aristocracia. El feudalismo agoniza mientras en nombre de la razón comienza a edificarse una nueva religión política dedicada a los héroes y mártires de la revolución, la libertad, el progreso y la fraternidad universal.

El rumbo que toman los acontecimientos no parece ajustarse a los deseos de un rey, cuyo poder se ve cada vez más erosionado, pese a sus intentos por preservar las simpatías de un pueblo erigido en vigilante de las conquistas revolucionarias. El derecho de veto a las resoluciones de la nueva Asamblea Nacional, no le basta a quien hasta ese momento ha gozado de un poder teñido con el oropel de lo sagrado. Preso de su indeterminación, pero animado por quienes le prometen reclamar sus antiguos derechos desde un exilio dorado, Luis XVI decidirá huir en 1791. Pero su proyecto de escapada es una mascarada de opereta, una burda maniobra que le deja en evidencia ante un pueblo decepcionado y furioso. Detenido y humillado, es devuelto a París por las fuerzas revolucionarias. El poco crédito del que disfruta ante los más moderados está a punto de agotarse y su cabeza pende de un hilo.

Las grandes monarquías extranjeras, desde las que se proponen una tras otra diferentes coaliciones para restaurar el orden y acabar con el sueño revolucionario, acaban de alarmarse al ver a un monarca soberano encarcelado por quienes deberían rendirle pleitesía. Austria, Prusia y Rusia promueven una gran coalición frente a Francia y esta acepta el envite.

1792 resulta un año decisivo. La guerra radicaliza la revolución que ese mismo año termina de abolir por completo los últimos restos de los privilegios feudales. La Asamblea teme la reacción de los enemigos secretos de la revolución y, al mismo tiempo, recela de una deriva revolucionaria hacia la izquierda.

Pero la guerra no solo se libra en los campos de batalla. La libertad ha derribado cualquier frontera censora y los bandos enfrentados entablan una contienda cruel con las armas de la sátira, el libelo, el sarcasmo y la sorna. Esta viñeta es una muestra perfecta de la retórica gruesa y escatológica que más divertía a las clases populares.

De hecho, hay varios aspectos que la hacen encajar directamente dentro de la tradición radical cercana al jacobinismo. Una pirámide de nalgas irreverentemente descubiertas hace clara referencia a los llamados *sans-culottes*, una etiqueta social para describir a quienes no llevaban los calzones cortos ni las medias de las clases altas. En su cúspide, una mujer sostiene un portamechas o palo de chispas en cuyo extremo lleva colgado un gorro frigio, símbolo de la República. Identificada a menudo con una alegoría de la libertad, esta figura femenina recuerda la importancia que las mujeres tuvieron en la acción revolucionaria de los jacobinos, su protagonismo en las movilizaciones y su afán por compartir junto a los hombres las acciones bélicas, que incluso llegó a solicitarse por escrito a la Asamblea Legislativa.

Con el dedo índice señalando acusador a Luis XVI enciende la mecha de un cañón directamente incrustado en su trasero y le interpela diciéndole: «Traidor y perjuro. Devuélvelo todo y vete a todos los diablos». El monarca, impelido por el cañón, vomita todos los vetos que ha ido

guardando para frenar los avances del pueblo representado por una Asamblea Nacional, que se defiende de los ataques de la reacción con su irreverente artillería escatológica.

Recuperando toda una tradición popular de lo burlesco, lo excrementicio y soez persigue el escarnio de un enemigo, que provoca la carcajada al verse literalmente desbordado por una riada de excrementos. Sometidos a tal apuro aparecen el resto de personajes de la caricatura, entre los que destaca por encima de los demás una indignada Catalina de Rusia con el busto al descubierto increpando a sus aliados, que se baten en retirada ante el repugnante ataque jacobino, diciéndoles: «¡Volved cobardes, os haré morder el polvo a todos, qué pena mis pobres rublos!». La emperatriz rusa queda así inmortalizada como una de las principales instigadoras de las coaliciones contra la revolución, alentándolas y financiándolas, lo que incrementa su desesperación, ya que sus aliados no pueden sufrir una más humillante debacle, mientras huyen presas del terror lanzando lamentos como «¡esta enfermedad de los franceses me costará el trono!».

Entre la multitud en fuga se distinguen figuras como Wiliam Pitt, primer ministro de Inglaterra y único personaje de la imagen ataviado con una levita de burgués y sin corona. Es relevante también la presencia del papa, que aparece especialmente asustado implorando a san Pedro y san Pablo, mientras contempla las sucias hileras que parten de los traseros jacobinos, sobre los que se destacan frases como: «¡Venceremos!» o la todavía más amenazante «¡Colgaremos a todos los aristócratas!».

En socorro de los aterrorizados reaccionarios surca el cielo un águila prusiana para proteger del baño de vómito y de excrementos a las monarquías coaligadas con una gran corona sobre la que puede leerse: «Os protegeré de estos perros *sans-culottes*».

En definitiva, esta viñeta es una excelente muestra del discurso de los radicales *sans-culottes*, para quienes la felicidad de la humanidad pasaba obligatoriamente por la aniquilación de los tronos. Resulta también muy

clarividente la postura que estos defendían sobre el futuro de la monarquía en Francia y de Luis XVI, que sería ejecutado en la guillotina un año después.

Con su sarcasmo mordaz y tosco, la imagen nos remite al principio de una gran batalla que habría de incendiar Europa a lo largo de todo el siglo XIX entre quienes eran partidarios de los cambios revolucionarios, quienes buscaban su estabilización en favor de la clase burguesa y aquellos que los repudiaban por completo. Pero, sobre todo, resulta un magnífico prólogo en el que mostrar que las guerras, ya no solo se librarían en los campos de batalla enfrentando ejércitos y armadas. Bajo el fragor de los cañones y los fusiles, no cejaba de oírse el eco de las imprentas y linotipias, excitando la imaginación, incitando al odio y ridiculizando al enemigo ante una jocosa opinión pública. Una guerra de tinta, trazos e ingenio que se prolongaría durante todo el siglo XIX. El escenario estaba dispuesto, los actores en sus puestos y la conflagración no había hecho sino comenzar.

***

2
James Gillray

«Un pequeño ágape a la parisina.
Una familia de *sans-culottes* se repone tras una jornada fatigosa»
1792

En 1792, la revolución pende de un hilo. En las calles de París reverberan los gritos de los vendedores de periódicos aturdiendo al público con la idea angustiosa de que las conquistas revolucionarias están en peligro. Tabernas, clubes y plazas públicas son un hervidero de gentes que murmuran y comentan en corrillos. La capital francesa bulle al calor de las sospechas, los recelos y los rumores.

El peligro de la contrarrevolución amenaza a la nación. Una oleada de indignación sacude las cabezas del pueblo cuando se difunden las amenazas del comandante de los ejércitos prusianos, el duque de Brunswick, que dibuja un panorama de represalias y ejecuciones sumarias si Luis XVI y su familia sufren el menor daño.

Nada puede ser más perjudicial para el monarca francés, ya que ahora aparece ante los ojos del pueblo como cómplice directo de las derrotas sufridas en el campo de batalla. La idea de la conspiración, de una conjura de viejos aristócratas y curas reaccionarios se extiende como la pólvora. Los enemigos de la revolución, tratados con excesiva generosidad por esta, urden todo tipo de estratagemas a sus espaldas para asesinarla.

Es la espoleta del miedo al enemigo emboscado en la sombra la que hace estallar las ansias justicieras del pueblo, que, el 10 de agosto de 1792, asaltará el Palacio de las Tullerías. Seiscientos guardias suizos morirán masacrados por las ansias de venganza de un pueblo que quiere la cabeza del rey. Este salvará la vida, pero su suerte quedará sellada. Suspendido de sus funciones, será encarcelado junto con toda su familia en la prisión del Temple en París.

La incertidumbre vuelve a desatarse ante la evidencia de la caída de Verdún. ¿Será París la próxima víctima de los ejércitos de la reacción? La guerra, con su corolario de muerte, hambre y necesidad ha radicalizado la revolución popular. La capital, aprisionada por el temor a una derrota próxima, cede la iniciativa a los sectores populares más radicales, la *Comuna Insurreccional*, los jacobinos en armas y los *cordeliers*, con el apoyo de líderes como Marat, Danton o Robespierre.

La multitud, con el pulso agitado de un tiempo convulso, alimentada por la habladuría, los rumores, los reveses sufridos en la guerra exterior y las sospechas de que los contrarrevolucionarios aguardan la llegada de los invasores para apuñalar por la espalda a la nación herida, se lanza con frenética furia homicida sobre los sospechosos. Las primeras víctimas son doce sacerdotes refractarios, así llamados porque se habían negado a aceptar la Constitución Civil del Clero y a ponerse bajo la autoridad de la Asamblea. Condenados por las autoridades, serán atacados por las turbas cuando se dirigen a la prisión de La Abadía, en París. Sus cuerpos serán objeto de un brutal ensañamiento: mutilados, descuartizados y exhibidos como trofeos sanguinolentos. Como colofón de este verano caliente, se convocarán tribunales populares para celebrar simulacros de juicio en los que 1.200 presos de los 2.700 comparecientes serán condenados a muerte, la mayor parte aristócratas y clérigos. La revolución, que había deslumbrado con las luces de la igualdad, la razón y la justicia, escribe aquí uno de sus episodios más sombríos y controvertidos.

El ingenio del dibujante inglés James Gillray, tan afilado como sus lápices, tomará estos episodios como motivo para su viñeta «Un pequeño ágape a la parisina». La escena, protagonizada por unos *sans-culottes* reconocibles por ir desnudos de cintura para abajo y por la escarapela tricolor, que exhibe sobre el sombrero uno de los personajes sentados a la mesa, está dotada de una gran expresividad a fin de subrayar sus aspectos más terroríficos y repulsivos.

Con dientes afilados y babeando, como las bestias o los ogros de los cuentos, se disponen a dar cuenta de su morboso banquete, devorando con ansiedad voraz a los enemigos de la revolución. Sentados sobre cadáveres sanguinolentos, se disponen a engullir las partes de un cuerpo humano, el uno deglute un brazo, el otro se dispone a masticar el ojo de la cabeza que llena su plato.

Nadie está a salvo de semejante barbarie, pues las mujeres jóvenes comparten con avaricia el festín, mientras los niños sentados en el suelo devoran glotones un cubo de vísceras. Al fondo de la estancia, una anciana famélica mira con gula el cuerpo de un niño ensartado en un asador. Las

paredes de la pobre estancia están decoradas con dibujos infantiles en los que se representan a sí mismos cortando cabezas. En el techo se almacenan restos de cuerpos puestos a secar como embutidos mientras que en el exterior continúa su horrenda cosecha de ejecuciones y ahorcamientos.

El rasgo común que unifica toda la escena es la de una crueldad inhumana. Todos los personajes parecen guiarse como las bestias por sus impulsos más primarios. La sed de sangre, una voracidad maligna y una brutalidad avariciosa ejemplificada en el botín, fruto de la rapiña, sobre el que se aposenta uno de los personajes sentados al dantesco ágape.

Todo ello sirve para apuntillar la idea de que la revolución había caído en manos de salvajes, gañanes incivilizados desconocedores de toda ley o normas propias de las naciones evolucionadas. Hambrientos, sucios, iletrados, regidos por un cúmulo de bajas pasiones y resentimientos hacia sus enemigos. Solo el rencor, la envidia y la ambición por poseer lo que no es suyo les mueve. ¿Era esa Francia de las masacres de septiembre la misma que había proclamado los Derechos del Hombre? ¿Había de ser esa la fraternidad que regiría los destinos de la patria de la libertad?

Gillray, con su capacidad para la exageración y la sátira, está anticipando algunos de los argumentos más reiterados posteriormente contra la Francia jacobina que echaría a andar en 1793. Un miedo a la revolución basado sobre todo en la idea que esta pretendía nivelarlo todo, incluidos bienes, educación y propiedades. Esta igualdad total, forzosa, realizada en nombre de la canalla, el lumpen iletrado y sin educación, capaz de cualquier atrocidad para ganar su parte del pastel se presentaba como el regreso a una sociedad primitiva, sin leyes ni orden.

Para gentes como Gillray, habitantes de una Inglaterra próspera en plena expansión industrial y parlamentaria, la idea de civilización y progreso se contraponía a la visión de unos revolucionarios concebidos como seres esencialmente primarios, fanáticos alejados de la razón y de toda ciencia.

Muchos historiadores han considerado el juicio de Gillray como apresurado e incapaz de comprender la difícil tesitura a la que se enfrentaba una Francia amenazada por las coaliciones monárquicas y por el fantasma de las represalias, agitado sin pausa por la prensa conservadora.

No obstante, es necesario reconocer que la imagen concebida por el dibujante será una de tantas que agitarán el miedo a una revolución en la que, como diría un horrorizado Rétif de la Bretonne: «Todo mal [...] procede de los tontos, de los que no saben razonar, de los espíritus falsos y tozudos, que es de lo que se compone la inmensa turba de tontos». Para bien o para mal, se construía, en el propio corazón de Europa, la imagen de una revolución que, como el viejo Saturno, devoraba a sus propios hijos.

***

NINGÚN PODER SE LIBRA DE LA BURLA

Comprender el decurso de los años que transcurrirán desde la convención jacobina, con su corolario de terror en 1794, hasta la llegada al poder de Napoleón Bonaparte implica la asunción de un principio básico: la burguesía que ha obtenido los frutos políticos de la revolución está cansada de experimentos. El interés y la prosperidad de sus negocios están íntimamente ligados a la estabilidad de la nación. Ese será el objetivo prioritario, la meta soñada que perseguirá desde el golpe de Termidor de 1794 hasta el establecimiento del Directorio en abril de 1795, su caída y la subsiguiente llegada del imperio.

Orden y propiedad serán los nuevos pilares sobre los que se sustentará una nueva república, enemiga del sufragio universal y fustigadora de unos jacobinos a los que privará de clubes y comités. El Directorio, copado por figuras lejanas del tenso heroísmo de los primeros años revolucionarios, centrará toda su acción política en la preservación de los privilegios obtenidos. Hombres como Barres o Tallien que, no por casualidad, serán bautizados con el sobrenombre de *logreros*.

Sin embargo, lejos de pasar a la historia como el afianzador de los logros moderados de la revolución, el Directorio ha sido condenado a representar el arquetipo de la inestabilidad. Tan oscilante vaivén entre reacción y revolución transformaría el golpe de Estado en un método de gobierno con el que salvar a la *república burguesa* en los momentos de crisis.

De la misma manera que desarticulaba en 1796 la Conspiración de los Iguales de Babeuf, creador de una utopía colectivista en la que no pocos teóricos han visto la primera formulación del ideal comunista, evitaba mediante un golpe de Estado, el 4 de septiembre de 1797, el triunfo de los reaccionarios en las elecciones. Ambos acontecimientos tendrían un significado trascendental en el futuro inmediato.

Babeuf transmitiría una contradictoria herencia a la izquierda europea durante todo el siglo XIX al insuflarle su visión de que el camino al poder habría de pasar obligatoriamente por una vía insurreccional urdida en la

clandestinidad y la sombra. El golpe de Estado del 18 de Fructidor provocaría un levantamiento realista, que mostraría hasta qué punto la autoridad del Directorio era cada vez más dependiente del ejército para garantizar el sacrosanto orden invocado por la burguesía.

La debilidad del Estado se hizo aún más patente con la aparición de fenómenos de primitiva protesta popular, como los bandidos realistas asaltadores de diligencias o los *chauffers*, delincuentes que torturaban a los campesinos quemándoles las plantas de los pies para que estos les desvelasen el escondite de sus magros ahorros. Para colmo de males, si la reacción monárquica parecía controlada desde 1797, lo que asusta dos años después a los dirigentes del Directorio es el resurgir jacobino.

Es en ese momento cuando la figura de Napoleón Bonaparte jugará las cartas que el destino parece haber dispuesto en sus manos. El mismo joven general entregado a la revolución que había llegado a afirmar en 1793: «¡Marat y Robespierre, esos son mis santos!», se aprestaba en 1799 a orquestar un golpe con el que finalizaba de un plumazo una década de gobierno parlamentario.

Bonaparte confirmaba así una carrera meteórica en la que se habían conjugado la habilidad para obtener prestigiosas victorias militares con la construcción de una leyenda en torno a su figura, capaz de hechizar a una masa plenamente subyugada por su condición de héroe nacional y caudillo popular.

Desde 1793, cuando la reconquista de Tolón le catapultó del grado de capitán al de comandante de artillería, el joven corso cultivó su imagen de hijo de la nueva república francesa, capaz de fusionar libertades revolucionarias con disciplina y orden castrense, indispensables para salvaguardar las primeras. Las guerras libradas en el exterior y su genio militar le proporcionaron la oportunidad de un rápido ascenso, mientras que su matrimonio con Rose de Beauharnais, a quien más tarde llamaría Josephine, le concedió el barniz social de la vieja nobleza, abriéndole las puertas de los salones.

No tardará en ser exaltado en canciones y letrillas populares como el gran vencedor y pacificador de Europa, estratega sin par capaz de *conjugar el valor de Aquiles con las virtudes de Néstor*. Como este último, alcanzaría

pronto el trono de su ambición, siendo ensalzado como modelo ejemplar de las nuevas virtudes burguesas: tesón, constancia y trabajo, méritos indispensables para lograr el éxito social.

Su ascenso y apogeo quedó inmortalizado en numerosas obras de arte, cuya finalidad era consolidar en el campo de la propaganda lo conseguido en la batalla. Retratado como joven general republicano de mirada penetrante y larga melena al aire a la moda revolucionaria por Antoine-Jean Gros. Admirado por intelectuales y artistas como el gran héroe romántico, inmortalizado atravesando los Alpes en su caballo como vanguardia viva de los valores revolucionarios por Jacques-Louis David, Napoleón pasó pronto de ser venerado como héroe a despreciado como tirano.

Será el mismo Jacques-Louis David quien lo retrate coronándose a sí mismo como emperador en un gesto de soberbia, que repelerá de tal modo a Ludwig van Beethoven que este borrará la dedicatoria a Bonaparte de su Tercera Sinfonía, escrita para un héroe revolucionario y no para quien trazaba el camino de un tirano ambicioso.

Lejos quedaría ya el retrato del general republicano en 1812, cuando nuevamente es Louis David quien lo representa en su despacho de las Tullerías con todos los símbolos y atributos del gobernante prudente, infatigable trabajador por el bien de su nación. De hecho, aunque la mirada que dirige al espectador transmite seguridad, confianza y serenidad, su imperio se dispone a atravesar su peor momento. Es el principio del fin.

Si Napoleón edificó todo un entramado propagandístico destinado a glosar su poder, plasmado en grandes lienzos destinados a los palacios, sus enemigos lo pusieron en entredicho, ridiculizaron y redujeron al esperpento en un sinfín de caricaturas y dibujos satíricos, en los que brillan especialmente los de sus rivales británicos. En ellos, la talla del emperador francés queda reducida a la de un enano engreído, un liliputiense inflado por su propia vanidad que empequeñece ante el poderío de sus adversarios coaligados. Quizá no haya habido en la historia contemporánea de Europa una batalla iconográfica tan prolífica y extensa como la dedicada a loar y a desprestigiar la imagen del *pequeño gran corso*.

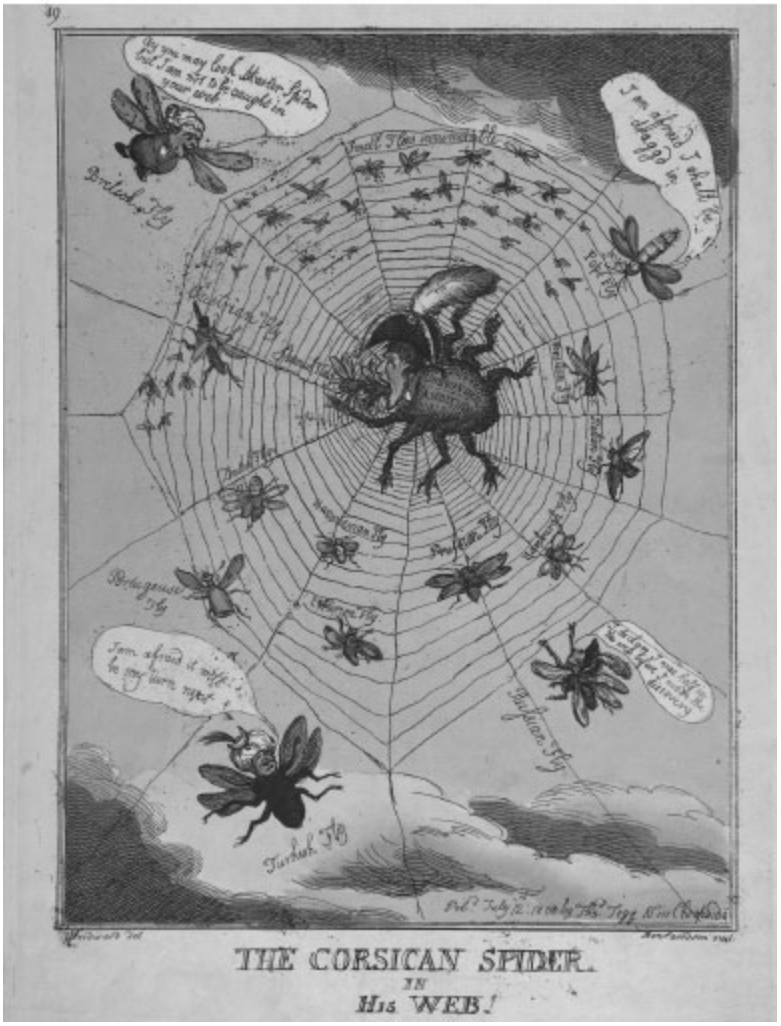
Como escribió Lev Tolstói en *Guerra y Paz*: «Cuanto más poderoso parece un hombre, más esclavo es de la historia», y así parecen mostrar las caricaturas al emperador, como a un títere vapuleado por el destino, condenado a realizar complicados ejercicios de funambulista con los que contentar a unos y a otros, rodeado de aduladores y cortesanos, integrantes de una nueva generación de hombres políticos como Fouché o Tayllerand, *artistas de manos ágiles*, *palabras vacías y nervios fríos*, en palabras de Stefan Zweig, que asistirían con igual indiferencia a su ascenso que a su caída.

En definitiva, lo que hoy parecen afirmar las caricaturas sobre Napoleón es que no hay dominio lo suficientemente poderoso como para escapar del alargado brazo de la burla, que no hay grandeza o empresa humana capaz de resistir en pie a la trágica ironía de la historia.

***

3

Thomas Rowlandson



«¡La araña corsa en su red!»

1808

1808. El poder de los ejércitos napoleónicos ha llegado a su máximo apogeo. Toda Europa se encuentra bajo su dominio. Uno tras otro, territorios y naciones han ido sucumbiendo a la ambición de Bonaparte, pese a la firme resistencia de su más acérrimo enemigo: Inglaterra.

De hecho, la política exterior napoleónica, caracterizada por el nepotismo y el militarismo, estaría marcada por una obsesión de fondo: invadir Gran Bretaña o anular por completo su influencia en el continente. Por su parte, Inglaterra articuló un complejo entramado de alianzas y coaliciones destinado a blindarla frente al acoso napoleónico, al tiempo que reafirmaba su poderío marítimo.

La constitución de la primera coalición entre Austria, Rusia e Inglaterra en 1805 disuadiría a Napoleón de la idea de invadir Inglaterra. Antes era necesario vencer a cada uno de sus enemigos por separado. Los austríacos ya habían sido derrotados en Ulm cuando Europa supo de la gran victoria francesa en Austerlitz, convertida al instante en un triunfo propagandístico. Sin embargo, los ingleses volvieron a hacer gala del poder de su marina infringiendo una derrota humillante a las armadas napoleónica y española en la batalla de Trafalgar.

Este fracaso marcaría un punto de no retorno en la estrategia napoleónica. Si no se podía vencer a Inglaterra por mar, se la aislaría del continente hasta dejarla extenuada. La fabulosa máquina de guerra de Bonaparte, la *Grande Armée*, emprendía ahora la colosal tarea de someter a la Europa continental. En 1806, los prusianos eran derrotados en Jena, y el 14 de octubre las tropas francesas, encabezadas por el propio Napoleón, entraban en Berlín, afilando simbólicamente sus sables en la estatua de Federico II.

Uno tras otro, los territorios se pliegan al formidable avance francés. La confusa y sangrienta batalla de Eylau parece refrenar un tanto el empuje francés hasta que en 1807 rusos y prusianos vuelven a ser vencidos con claridad en Friedland. Se produce entonces una de las escenas más fascinantes de la Europa napoleónica. El zar Alejandro I y Napoleón

discuten las condiciones del acuerdo de paz en completa soledad, a bordo de una balsa que se desliza sobre las tranquilas y solitarias aguas del río Niemen. El futuro de todo un continente parece depender solamente de esos dos hombres.

El resultado será la paz de Tilsit que confirmaba el dominio continental de la Grande Armée napoleónica. Bonaparte se aprestaba a poner en marcha la segunda parte de su gran estrategia: el bloqueo continental sobre Inglaterra. Sin embargo, el corsé impuesto por Napoleón a los británicos tenía demasiados agujeros. Los expertos marinos ingleses no tardarían en aprovecharlos recurriendo al contrabando, la navegación con pabellones extranjeros o el siempre socorrido y eficaz soborno.

Además, Portugal, el más antiguo aliado de Inglaterra, desafía la autoridad del emperador negándose a cerrar sus puertos a los barcos británicos. Napoleón no tardaría en ocupar Lisboa, tras suscribir en 1807 el tratado de Fontainebleau con Manuel Godoy para desplazar sus tropas por la península Ibérica. La monarquía hispana, tan ingenuamente supeditada a la estrategia francesa, se convertía en la última víctima de la ambición napoleónica, que en 1808 nombraba rey de España a su hermano José.

Es precisamente este momento histórico el que refleja la viñeta de Thomas Rowlandson. Asistimos en ella al empleo de uno de los recursos más clásicos empleados en la sátira que desde el Reino Unido se va a hacer del emperador: el de presentar su cuerpo animalizado para identificarlo con las cualidades de las bestias con las que se le asocia. Pocas figuras como la de Bonaparte han sido presentadas bajo la piel de animales tan distintos como el tigre, el mono, el zorro o incluso un perro loco.

En este caso, Napoleón, al que se reconoce bajo el bicornio emplumado, es presentado con el cuerpo de una gran y voraz araña, en el que lleva grabada la divisa «ambición sin límites». Sus peludas patas y su abdomen abultado le confieren un aire de repugnancia, mientras hace gala de un apetito pantagruélico con el que se dispone a engullir a dos moscas, Carlos IV y su hijo Fernando VII, obligados a abdicar, confinados en Bayona y etiquetados con el rótulo «mosca española». Este es el emperador de los franceses: un monstruo repugnante, un devorador insaciable.

La avidez de la araña corsa, en el apogeo de su poder, no parece tener límites, como lo demuestran las numerosas presas que han quedado prisioneras en su red. Por encima del emperador, pueden verse los innumerables y pequeños insectos atrapados y, alrededor de su figura, las presas más suculentas: La mosca austríaca, la de Hannover, la italiana y la holandesa tocada con un sombrero y fumando en pipa, derrotadas por Napoleón y relegadas a meros estados títeres al servicio de su política nepotista.

En el extremo inferior izquierdo de la gran tela de araña destaca la mosca portuguesa, dibujada con un cuerpo en forma de botella de oporto y a su lado la etruria. Justo debajo de Portugal, tocada con turbante y la media luna se encuentra la mosca turca que, aunque aparece liberada de la tela, se dirige al espectador diciendo: «Tengo miedo de ser la próxima». A su derecha y ya con las patas dentro de la tela de araña se encuentra la mosca rusa, que reconoce haber caído en la trampa prácticamente sin darse cuenta.

Destaca también en la parte superior derecha de la telaraña, la llamada mosca del papa, tocada con su tiara y que reflexiona temiendo haber caído también en las garras de la ambición napoleónica. Para finalizar, fuera de la tela de araña vemos a la mosca inglesa, caracterizada como un prominente John Bull de cuatro alas que se dirige directamente a la araña napoleónica diciéndole: «Podrá ser usted la araña maestra, pero nunca caeré en su red».

En conclusión, la viñeta mostraba con gran ironía la situación real de una Europa totalmente sometida a un Napoleón en el auge de su poder al que solo Inglaterra se atrevía aún a desafiar. No obstante, lo que apenas dejaba intuir Rowlandson es que ese dominio empezaría a verse cada vez más en entredicho, no por la reacción de las monarquías absolutas, sino por levantamientos populares y nacionales de los estados ocupados, que Inglaterra sabrá aprovechar en su beneficio.

Nuevamente, la historia parecía contagiarse del espíritu irónico de las caricaturas presentándonos una gran paradoja: la nueva Francia imperial surgida de una revolución popular, lejos de verse amenazada por las

potencias absolutistas que antaño fueron sus más firmes enemigas, asistiría con asombro al inicio de la desintegración de su imperio, ocasionada por la oposición de pueblos en armas.

***

4

George Cruikshank

«Los panaderos aliados o el sapo corso en el agujero»

1814

¿Quién no se ha sorprendido mirando su propia evolución en el álbum familiar? Sus páginas desvelan las huellas de los años. Por un momento mágico, se despliega ante nosotros la inaprensible línea del tiempo, mostrándonos los cambios acaecidos en personas y lugares, en ciudades, modas y hábitos. Casi como en un milagro, nuestro pasado y nuestro presente establecen entonces un diálogo, elaborando nuestra pequeña historia personal, que acaba siempre con la misma conclusión: ¡Qué diferentes eran las cosas antes!

En ocasiones, la historia también nos brinda fenómenos de parecida naturaleza al de nuestro almanaque fotográfico. En 1806, James Gillray publicaba su conocida viñeta «Nuevo horno francés para el pan de jengibre imperial»,[1] la cual ocultaba bajo la ironía el terror y la ansiedad provocados en Inglaterra por las imparables conquistas de Bonaparte. Ataviado con el mandil de panadero, Napoleón configura un orden internacional completamente sometido a sus deseos. Gobernantes y reyezuelos no son más que figurillas de jengibre horneadas al calor de sus victorias.

Ocho años después, George Cruikshank, tomando como referencia la imagen del propio Gillray, mostraba lo crueles que el tiempo y los acontecimientos podían ser con quien era considerado hasta la fecha amo y señor de Europa. Derrotado en 1813 en Leipzig, conocida también como la batalla de las Naciones, por Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia, Napoleón acabaría firmando la paz en 1814, abdicando y exiliándose en la isla de Elba, pocos días después de que se publicase esta caricatura.

En ella, el orgullo de Napoleón ha mermado tanto como su tamaño. El arrogante panadero de Gillray ahora es un liliputiense, un monigote desmanotado, que agita las piernas en un vano intento por librarse de su ominoso final en el horno candente de los aliados. Sujetando la puerta del horno aparece Francisco I, suegro del propio Napoleón, tras el matrimonio de este con su hija María Luisa de Habsburgo. El emperador austríaco, con un gesto de sorpresa y una veleta sobre su sombrero, comenta que la puerta del horno parece atascada.

A su derecha, tres generales aliados sostienen la pala ante el horno. El primero, el prusiano Gebhard Leberecht von Blücher, que interpela con prisa a su aliado austríaco: «Vamos Frank, estamos esperando». Justo detrás de él, el ruso Mijail Woronzoff empuja decidido y exclama: «¡Adentro con él, Blücher!». Por último, Jean Baptiste Bernadotte, antiguo compañero de armas de Napoleón y futuro Carlos XIV Juan de Suecia, apoya la mano sobre el hombro de su aliado ruso comentándole que la bisagra del horno necesita «un poco de aceite ruso».

Uniéndose a la escena, justo detrás del emperador austríaco, aparece el duque de Wellington. Sereno y animoso porta dos simbólicas empanadas representando sus triunfos recientes sobre la armada francesa. Rebosante de ánimo exclama: «Un empujón y adentro con todo». Debajo del horno, arden las águilas y armas imperiales observadas por la figura grotesca de un holandés obeso tocado con un sombrero, en cuya copa porta una pipa. Apático e incrédulo mantiene vivo el fuego con un fuelle. No hay símbolo que mejor condense la postura de una Holanda impotente ante el francés pero deseosa de su derrota final.

En el interior de esta singular tahona de la política internacional, una calavera cenicienta encarna la muerte que aguarda al pequeño corso que antaño había llevado las riendas de Europa. Condenado a un humillante exilio en la isla de Elba, su orgullo y prestigio militar todavía le depararían cierto esplendor, extinguido por completo tras la derrota de Waterloo en 1815.

Dos viñetas, puestas una enfrente de la otra, trazaban un sintético fresco de las guerras napoleónicas que habían devastado el continente durante el primer tercio del siglo XIX, arrasando miles de vidas anónimas y arrojando al desván de la historia la figura imponente de Napoleón Bonaparte.

***

5
Elie

«De arriba abajo... o las causas y los efectos»
1814

Hay pocas lecciones de Historia que puedan darse con menos palabras y de manera más sintética que la que aquí se nos ofrece. Apenas se sabe nada de quién la realizó, salvo que era un impresor y dibujante afincado en París. Sin embargo, su trabajo reúne una de las grandes cualidades de los más geniales caricaturistas, la de ser capaz de condensar procesos de gran complejidad con lo mínimo.

Al fondo de la imagen, en la lejanía de un horizonte blanco e inmaculado puede distinguirse el alzado del Palacio de Fontainebleau, lugar en el que Napoleón Bonaparte suscribiría con los representantes de Alemania, Rusia y Prusia su abdicación y exilio en la isla de Elba. Publicada poco después de su retiro, la imagen muestra a un Bonaparte a punto de estrellarse tras perder el precario equilibrio sobre el que se apoyaba. El destino inmediato que aguarda al emperador es el de una estrepitosa caída, tras haber ascendido a las más altas cotas de poder en Europa.

Las causas de este fulminante fracaso son señaladas de manera palmaria y tienen nombre propio: Madrid y Moscú. La apertura simultánea de dos frentes de guerra en España y Rusia conduciría irremisiblemente a Fontainebleau en 1814. Con el emperador caen también las pretensiones de durabilidad y universalidad de su imperio, representadas por el cetro y por el globo imperial, una reminiscencia del Sacro Imperio Romano Germánico adoptado por Napoleón para presentarse, en un sutil ejercicio de manipulación histórica, como el nuevo heredero del legado de Carlomagno.

En cierto modo, resulta paradójico que el final del imperio tuviera como escenario Fontainebleau, donde en 1807 Napoléon había suscrito un tratado con España, que acabaría significando la invasión de la Península por las tropas francesas y el desencadenamiento de un enconado y encarnizado conflicto. De hecho, el propio Napoleón reconocería más tarde, en su *Memorias*, redactadas en su exilio de Santa Helena, que la maldita guerra de España había sido la principal causa de todos sus males.

Sin embargo, en el momento álgido de la lucha en España, Napoleón abrió un nuevo frente de guerra invadiendo la Rusia imperial, en junio de 1812. Curiosamente, la resistencia desencadenada contra el intento de invasión napoleónica habría de convertirse en una cantera ilimitada para la construcción de mitos nacionales en ambos bandos.

El impacto de la invasión napoleónica en España precipitó el primer paso de este país hacia la modernidad, al desatar una revolución política basada en el principio de soberanía popular, capaz de fracturar al viejo orden español y de encender, al mismo tiempo, la mecha de un levantamiento alimentado por el odio a las tropas ocupantes. Todo este contexto sería bien aprovechado por una Inglaterra que no tardaría en ofrecer su ayuda a los españoles con el fin de infligir el mayor daño a su rival por la hegemonía europea.

En Rusia, la resistencia del pueblo no se desarrollaría hasta después de la campaña militar contra una *Grande Armée* ya en retirada, pero su violencia y crueldad, sirvieron para crear el mito de la primera guerra patriótica en la que el pueblo ruso se alzaba para repeler al agresor. Asimismo, comenzaría a extenderse la leyenda de una Rusia inexpugnable, defendida por el alma agreste de un pueblo dispuesto a cualquier sacrificio, auxiliado por un medio físico inhóspito en el que el invisible pero despiadado general invierno se cobraba las víctimas a millares.

Lo que distingue especialmente esta caricatura francesa de las realizadas por los británicos es la ausencia del tono satírico, la burla hiriente en torno a la figura de Bonaparte. Muy al contrario, lo que parece transmitir esta imagen es la trágica dimensión dramática de la historia de un hombre grande arrojado de la cima de su poder.

Todo ello invita al espectador a una reflexión más profunda acerca de la precariedad de la gloria, de la mudanza de las sociedades humanas y de su frágil apariencia de estabilidad. Quién hubiera sospechado que el hombre más poderoso de Europa, el héroe revolucionario, el brillante estratega, el general invencible sojuzgador de las monarquías absolutas, asentaba su poder solamente sobre dos precarios zancos que, al quebrarse, acabarían con su leyenda de invulnerabilidad.

Tras la ilustración de Elie, se esconde la intención de enseñar una lección de Historia de la que obtener un aprendizaje político, pero también moral. Las razones que condujeron a la defenestración de Napoleón del poder y de la gloria fueron fracasos militares como los de España y Rusia, pero también su ambición ilimitada unida a la soberbia de considerarse un eterno vencedor. La hibris de la que hablaron los griegos.

En ese sentido, esta caricatura francesa es heredera de toda una tradición cultural que identificaba a la historia como maestra de la vida y consejera de los hombres, pues al hacerlos conocedores del pasado, debía ser capaz de que estos extrajeran para sí enseñanzas suficientes para encarar su propio presente. Pues todo lo que acontece y hace girar al mundo, derribando viejas fronteras y levantando nuevas, condenando a unos y enalteciendo a otros, tiene, irremisiblemente, sus causas y sus efectos.

***

REVOLUCIÓN, REACCIÓN Y CULTURA EN EL LARGO SIGLO XIX

El tiempo de Napoleón ha concluido, aunque su legado sigue vivo. Quienes antes asistían tan solo como invitados al reparto del poder en Europa, se disponen a ser los principales comensales devolviendo al continente los viejos manteles del absolutismo. Evitar nuevos enfrentamientos entre las potencias vencedoras en el Congreso de Viena de 1815, redibujar con tiralíneas las fronteras aludiendo a un sacrosanto equilibrio europeo no evitará los conflictos. Es demasiado tarde para que la nueva Europa se vista con ajados ropajes.

La antorcha de la libertad, alimentada por las nuevas ideas sobre garantías jurídicas, instituciones representativas y participación ciudadana en la administración, alumbra los sueños de los pueblos antes sometidos al imperio napoleónico. No se desean ya las concesiones de los déspotas en forma de decretos o cartas otorgadas, sino Constituciones que encarnen la soberanía popular de una ciudadanía representada en los Parlamentos. La herencia de la Revolución Francesa había quebrado para siempre los moldes políticos del Antiguo Régimen.

Como un símbolo de progreso incontenible, los pistones y ruedas gigantescas de las máquinas de vapor han venido ocupando el continente desde finales del siglo XVIII. Impulsadas por la energía negra del carbón, las fábricas textiles y siderúrgicas cambian la faz del paisaje europeo. El progreso económico e industrial se concibe como la vanguardia de la felicidad y prosperidad de una humanidad liberada de las cadenas opresoras, que obstaculizaban la expansión del mercado liberal regulado únicamente por la mano invisible de la oferta y de la demanda.

Ciencia y progreso se han unido en el advenimiento del tiempo de las máquinas. La fuerza de engranajes y palancas al servicio del ingenio humano pulveriza las distancias dotando a los transportes de un corazón negro de vapor y acero. El ferrocarril se convierte en el símbolo por excelencia de una nueva sociedad, en la que los caballeros y hombres de negocios pueden dar la vuelta al mundo en tan solo ochenta días. El nuevo rostro del poder burgués se consolida bajo la alianza del capital financiero e

industrial. Fábricas y máquinas se afianzan alimentadas por grandes inversiones de bancos e instituciones crediticias. Florecen las sociedades por acciones, las aseguradoras y las bolsas.

Las ciudades, estandartes vivientes de esta nueva era, se extienden desde las ruinas de las viejas murallas medievales, reemplazadas sus almenas por altas chimeneas que difuminan los cielos impregnándolos de hollín y humo. Las urbes se ensanchan en espacios magníficos dominados por deslumbrantes mansiones burguesas, verdaderos iconos de la nueva clase dominante y de su nuevo universo moral.

Al mismo tiempo, el campo se despuebla. Miles de emigrantes parten hacia las ciudades rastreando la promesa de una nueva vida bajo la era industrial. Lejos de los ensanches burgueses, se hacinan en barrios caóticos, sucios y desprovistos de infraestructuras. Un universo de chabolas y pobreza, de hacinamiento e infección, de abandono y miseria moral bien plasmados en las obras de Dickens o en las ilustraciones de Gustave Doré.

A mediados de siglo, la mayor parte de los ciudadanos de Europa vive en el marco de estas ciudades, donde la vida bulle, se agita al calor del frenético ritmo marcado por las sirenas de las fábricas. La máquina regula también la vida de los hombres, se transforman los horarios, regulares, exigentes, rígidos, mientras las primeras iluminaciones públicas permiten robarle horas a la noche en cafés cantantes, teatros y tabernas.

Es el nuevo tiempo de burgueses y proletarios, obligados a convivir en el renovado espacio urbano, separados por intereses divergentes, sometidos a experiencias tan contradictorias y opuestas que será prácticamente imposible soslayar su enfrentamiento. Esta nueva hostilidad entre clases marcará toda la evolución política y social del siglo, introduciendo nuevos factores de complejidad a la herencia transmitida por la Francia revolucionaria.

La sociedad naciente, hija de la fusión de la revolución industrial y de la Revolución Francesa, parecía haber dejado numerosas fracturas abiertas, cuestiones pendientes, procesos por completar. Se erigirán barricadas para apuntalar las conquistas de la revolución que los reaccionarios tratarán de

derrumbar. La fiebre de la libertad se extenderá por todo el continente, alimentando conjuras, urdiendo sediciones en logias masónicas y sociedades secretas.

Los individuos ansiaban derechos; los pueblos, autodeterminación frente a los viejos imperios. Nacionalismo y liberalismo se daban la mano, mientras las gestas de liberación de las naciones oprimidas ocupaban los grandes lienzos del romanticismo. Sueños de independencia bajo la bandera de la fraternidad conquistaban por igual los versos de los poetas y la retórica de los parlamentos.

No obstante, para muchos, cada ida y venida de las olas revolucionarias significaban muerte y desengaño. La igualdad legal solo parecía beneficiar a una burguesía, que únicamente levantaba parapetos para defender sus privilegios, abandonándolos cuando estos apuntaban hacia un horizonte de igualdad económica y justicia social. Los obreros y sus representantes ponían la fuerza del número, la carne y la sangre para no obtener nada o menos que nada, el exilio, la cárcel o la muerte.

La evidencia hería las conciencias despertándolas: su revolución no era la misma defendida por la burguesía liberal. La experiencia de 1848, la gran Primavera de los Pueblos en busca de la independencia frente al rostro cada vez más demacrado de la reacción, supondría un punto de no retorno en la emancipación de la causa obrera. Utopistas y teóricos de la igualdad desataban, en palabras de Marx, el nuevo fantasma que habría de recorrer Europa: el espectro de la revolución obrera.

El objetivo era la igualdad total, el advenimiento de una nueva sociedad en la que no hubiera ni pobres ni ricos. No obstante, esa paridad no parecía completa, sino solo reservada a la mitad masculina de la humanidad. Las mujeres seguían privadas de derechos fundamentales, supeditadas a la autoridad del varón y carentes de voz y voto en los procesos políticos que las afectaban. Flora Tristán o Emmeline Pankhurst pondrían las piedras angulares de un movimiento que no se agotaría en el sufragismo, sino que constituiría la gran revolución silenciosa de los siglos venideros.

Expansión comercial sin límites, progreso industrial y mejoras económicas y sociales que amortiguarán la desigualdad implícita a la sociedad decimonónica, parecían conducir al nuevo sistema capitalista a un callejón sin salida a finales de siglo. Sin embargo, la solución a la primera gran crisis global de 1873 esperaba en el otro confín del mundo, en nuevas geografías por conquistar, dominar y someter. La carrera hacia el dominio del mundo colonial estaba abierta y quizá también las primeras evidencias de que, como ya había anticipado Goya al final del siglo de las luces, el sueño de la razón produciría monstruos.

***

6
Francisco de Goya

«Murió la verdad»
1815

La huella profunda de un tiempo puede quedar para siempre atrapada en la mirada de un artista. Goya contempló el viento airado de los siglos en los que en España se produjo la quiebra del absolutismo, pero también vislumbró la época de agitación e incertidumbre, de esperanza y frustración contenida desarrollada a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX, ese gran mosaico del tiempo perfilado con el entramado de las sucesivas revoluciones liberales.

La propia personalidad y arte del genio aragonés es presa de esas contradicciones inmersas en su tiempo. En la era de la razón y el academicismo neoclásico, Goya se vale de cuadros de gabinete y grabados para dejar volar su imaginación, para deformar rostros, actitudes y cuerpos de manera grotesca, empleando los instrumentos del más despiadado caricaturista con el genio del más adelantado y visionario de los artistas.

En sus colecciones de grabados, el buril se convierte en un arma contra la intolerancia, la hipocresía, la crueldad, las pasiones mezquinas y los más irracionales vicios humanos. El valor de sus ilustraciones no reside solo en la capacidad para golpear con una crítica devastadora los males arraigados en su sociedad, sino también en la facultad de trascender su propia época para dotar a sus personajes y escenas de universalidad y actualidad.

Su denuncia contra la moral hipócrita de instituciones sociales, como el arreglo matrimonial, su clamor ante la superstición y la ignorancia, la vehemencia descarnada con la que arremete contra la inhumanidad de la guerra poniendo ante los ojos del espectador el sufrimiento ajeno, influirán de manera decisiva en corrientes y figuras artísticas posteriores, llegando hasta nuestros días.

El grabado reproducido fue realizado en un momento clave de la historia de España, justo al final de la guerra de Independencia contra la invasión francesa, pero también después de la frustrada experiencia liberal encarnada por la Constitución de 1812.

El centro de la imagen lo ocupa una armoniosa figura femenina que ilumina toda la escena. Su serenidad cadavérica irradia luz en un mundo de oscuridad. Se trata de la verdad, identificada con la libertad constitucional, como lo atestigua una acongojada justicia que, mientras sostiene en una mano su sempiterna balanza, se lleva la otra al rostro para sofocar su llanto.

El quebranto de la justicia contrasta con la alegría de quienes se aprestan a sepultar para siempre la verdad asesinada. En el mismo centro de la escena, un obispo, cuyo rostro desdibujan las tinieblas, bendice el cuerpo exangüe flanqueado por un hombre con los ojos vendados y dos frailes que arrojan presurosos paletadas de tierra sobre la verdad difunta.

En segundo plano, una masa informe, poblada por máscaras de rostros desdibujados y casullas clericales, subraya la crítica a una Iglesia eufórica tras recuperar los privilegios que la Constitución de 1812 le había retirado. No puede haber para un hombre como Goya, esperanzado con la llegada a España de los valores ilustrados, colofón más amargo y desalentador. El sueño de una nación refundada sobre las libertades propias del constitucionalismo, tan añorado por los simpatizantes del liberalismo, era sepultado una vez más por el oscurantismo clerical y el yugo absolutista.

Un abatimiento todavía más desasosegante en 1815, cuando al levantar la vista del territorio nacional se presenciaba el regreso a toda Europa del férreo control de las monarquías absolutas encarnadas por el Congreso de Viena y la Santa Alianza, dispuesta a cercenar cualquier intento de resucitar la libertad sepultada.

De este gran pacto suscrito por las potencias reaccionarias habrían de surgir los acuerdos para formar una policía internacional capaz de frenar en todos los Estados las sociedades secretas donde conspiraba entre susurros el aliento liberal. El miedo a la libertad impulsaría la formación de las grandes alianzas militares internacionales encaminadas a estrangular la semilla del constitucionalismo en Nápoles, Piamonte y también en España, donde la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis, comandada por el duque de Angulema, pondría fin al trienio liberal restaurando en el trono a Fernando VII.

La saña con la que el monarca absoluto perseguirá y reprimirá a los liberales españoles será lo que lleve a un Goya cansado, envejecido y decepcionado a exiliarse en Burdeos, donde llegará en 1824 huyendo de la asfixiante España de la década ominosa. Aquel país de pesadilla en el que los voluntarios realistas, una milicia absolutista organizada a la manera de las partidas guerrilleras y colaboradora con la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis, campaban a sus anchas imponiendo la versión más radical de la reacción.

España se convertía en un territorio abocado al oscuro destino de la negrura de las pinturas de Goya, al grotesco espectáculo de oscurantismo, intolerancia e irracionalidad encarnado por los esperpénticos rostros que recorrían sus aguafuertes. El genio aragonés venía a demostrar que los rasgos deformados propios del arsenal del caricaturista, no solo podían servir para la burla o la sátira, sino también para mostrar el espanto, el terror paralizante que se nutre de la ignorancia, el miedo cerval que anida emboscado en el corazón del hombre en su más profunda y oculta naturaleza.

La visión pesimista de la realidad adoptada por Goya se recubría no obstante de una pátina de escepticismo capaz de abrir una puerta a la esperanza, ya que la misma razón atribulada que alimentaba sus más dantescas pesadillas era la impulsora del sueño sublime de liberar a Europa de sus cadenas bajo la bandera de las libertades.

Aunque Goya, fallecido en 1828, no podría verlo, la pasión por la libertad estallaría en la Francia revolucionaria de 1830 glosada por Victor Hugo como el triunfo del derecho sobre el hecho, la victoria de «lo justo y lo verdadero». La verdad del inmortal pintor parecía resucitar, por lo que en España sus enemigos se aprestaban a enterrarla cerrando universidades, convirtiendo el país en un piélago cultural, una nación que desterraba fuera de sus fronteras lo que en un manifiesto del claustro de la Universidad de Cervera se definía como «la peligrosa novedad de discurrir».

La cólera con la que el despotismo fernandino arremetió contra los liberales arrojó a sus más brillantes representantes al exilio, donde lejos de apagarse se harían más fuertes y vivos sus anhelos constitucionalistas. Al mismo tiempo, la represión sobre los intentos de revuelta en el interior,

como el ajusticiamiento del general Torrijos y sus 52 compañeros en 1831 o el fusilamiento ese mismo año de la joven Mariana Pineda por pretender bordar sobre una bandera republicana el pernicioso lema «Libertad, Igualdad, Ley» dotó al liberalismo español de nuevos mitos y símbolos con los que enriquecer y fortalecer su tradición.

Un acervo en el que la obra de Goya ya gozaba de un peso determinante, arraigada por su cuestionamiento constante del absolutismo, por su compromiso con la cultura frente a la ignorancia, por su militante pero nada fanático anticlericalismo, auténtico fustigador del dogmatismo eclesial, piedra angular sobre la que reposó durante siglos el más reaccionario despotismo español. Con Goya seguía afirmándose toda una tradición cultural española, centrada en la crítica al catolicismo oficial acentuada a medida que la historia del país discurría hacia el siglo XX sin resolver el candente problema de la secularización.

***

7

George Cruikshank

«Las botas de Napoleón no le caben al gordinflón»

1823

El Congreso de Viena de 1815 desbrozaba el camino para una nueva preponderancia del absolutismo. Apoyándose sobre la coartada del legitimismo se restaura en sus tronos a los viejos reyes y se descarta a los elegidos por Bonaparte. Años de guerra y devastación alimentan el miedo al predominio de una sola potencia sobre las demás. Las fronteras se recomponen a la medida de los poderes absolutos invocando a la noción de equilibrio europeo.

Para sellar este orden de cosas y apuntalar el regreso de la reacción en septiembre de 1815 se rubrica un gran pacto entre Rusia, Prusia y Austria. El tratado de la Santa Alianza solo persigue un objetivo: la ayuda mutua para silenciar y reprimir cualquier amenaza contra lo establecido en Viena. Inglaterra, en aparente contradicción con sus principios liberales, firmará meses más tarde la Cuádruple Alianza con los miembros de la Santa Alianza para disuadir a Francia de cualquier añoranza por el imperio perdido.

La necesidad de asegurarse, de blindarse a sí mismos, se alimentaba del temor a la libertad. Sin embargo, nada nuevo podía ofrecer el miedo asentado sobre sus antiguos sitiales, a sociedades transformadas ya por las reformas impulsadas por la Francia napoleónica. Ante la imposibilidad de volver al pasado absolutista y la incapacidad para crear un nuevo orden reaccionario, los herederos de antaño esgrimían su legitimidad acomodándola a unos cambios sociales, económicos y jurídicos surgidos a la sombra de la expansión liberal.

Este era el caso de Francia, vapuleada en sus ambiciones por el Congreso de Viena y gobernada otra vez por los Borbones en la persona de Luis XVIII. Muy a pesar del monarca, la nación no había sido privada de muchas de las conquistas liberales recogidas en una carta otorgada que, a pesar de ser presentada como una dádiva real, conservaba en esencia los rasgos fundamentales de la anterior Constitución napoleónica.

Es precisamente la figura de Luis XVIII, quien protagoniza esta otra viñeta de George Cruikshank, «El decimoctavo viejo cabezón intentando ponerse las botas de Napoleón o preparando la campaña española». El monarca francés aparece retratado en la imagen como un anciano obeso y torturado por la gota, enfermedad típica del glotón. Su aspecto abotargado y decrépito es cómicamente subrayado por el dibujante haciéndole aparecer en escena en un trono con ruedas.

La agitación y angustia que se desprenden de su retrato son claramente justificables, pues cuando, tras años en el exilio, ha alcanzado por fin su ambicionado reino, se ve impelido a preparar una campaña militar. Tanta premura se debe a los compromisos diplomáticos adquiridos con el orden impuesto por la «Europa de los Congresos», según la cual todas las potencias deberían actuar conjuntamente para conjurar cualquier amenaza al equilibrio europeo. El estallido de las revolución española de 1820 serviría a la nueva Francia para demostrar su fidelidad a Viena y afianzar su posición entre las grandes.

Ya pueden atisbarse en el horizonte las primeras líneas de cumbre de los Pirineos, y el azorado monarca todavía no ha logrado calzarse las estrechas botas de Napoleón para mitigar la revolución iniciada por el levantamiento de Riego en España. Mientras un pie gotoso reposa en un acolchado cojín, Luis XVIII sigue forcejeando para embutirse el ansiado botín como la hermana despechada de una Cenicienta histórica. Pese a todos sus esfuerzos, la empresa es vana, a pesar de que, como él mismo comenta, ha untado bien sus talones con grasa de oso. No hay forma, ni modo, su incapacidad para terminar con tan embarazosa tarea es palmaria. Las vicisitudes de la oronda figura real no acaban ahí. Existen indicios más que notorios de que lo que mal había empezado todavía podía empeorarse. Los denodados trabajos para embutirse las minúsculas botas del defenestrado emperador han acabado por poner en dudoso equilibrio la corona perseguida durante toda una vida. A su real espalda, un jovenzuelo advenedizo y ambicioso se apresta insolente a recogerla.

Este intrigante y espigado mancebo no es otro que el descendiente directo de Bonaparte, antiguo rey de Roma y duque de Reichstadt, quien, emulando a su progenitor, viste el reputado uniforme de cazadores de la

guardia. El imberbe avaricioso, haciendo honor a su futuro mote de aguilucho, manifiesta su altiva desvergüenza dirigiéndose al atribulado monarca con rudas palabras: «Esas botas no te valen viejo Borbón, yo me las pondré en un periquete».

La sorna del dibujante se complace en mostrarnos el tormento al que se ve sometido este representante de las casas reales de antaño, cuyo perfil rollizo no es más que una metáfora de una institución inadecuada para la nueva Francia de la Restauración. El gobierno de Luis XVIII se contempla como anacrónico y fofo, ineficaz e indeciso, mientras trata de vestirse los ropajes de una autoridad y prestigio de los que carece. De ahí que no sea solo la alargada sombra de Napoleón encarnada en su hijo quien le cuestione, sino también la visión paralizante de una guillotina asentada en el horizonte, más allá de los Pirineos, en cuya cúspide descansa un gorro frigio.

Con ello, el dibujante recuerda hasta qué punto planean como fantasmas sobre la Europa de la Restauración los ideales revolucionarios, especialmente presentes en Francia. De ahí que, para el torpe Borbón, la imagen del trienio liberal español represente un peligro real y acuciante, pues las ansias de libertad podían ser letales como una infección y extenderse más allá de los Pirineos, encendiendo en algunas cabezas la peligrosa llama de la nostalgia republicana.

Poco podía hacer ante todos estos desafíos el egregio carcamal, salvo invocar en voz alta a san Luis para que le sacara de apuros. La mención de este santo subraya de nuevo el tono jocoso del caricaturista, pues será una expedición encabezada por el duque de Angulema, conocida por el nombre de los Cien Mil Hijos de San Luis, la que pondría fin a la experiencia del trienio liberal español, restaurando en el trono al absolutista Fernando VII. Luis XVIII podía dormir tranquilo, su corona volvía a estar asegurada en su plateada testa y ahí permanecería hasta su muerte en 1824.

Lo acaecido en España puede servir como telón de fondo de lo que en esencia serían las revoluciones de 1820 en Nápoles, Portugal y Europa del Este, un primer pulso entre absolutismo y libertad que, aunque parecía parcialmente ganado por los absolutistas, puso de manifiesto sus múltiples

divisiones internas y carencias. De hecho, la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823 pondría fin a la llamada Europa de los Congresos.

Además, es necesario recordar que la influencia del liberalismo activaría la causa de la libertad en las colonias españolas de América e incendiaría el imaginario liberal europeo con la descarnada batalla por la independencia de los griegos frente al imperio turco. Una lucha que convulsionaría las conciencias, movilizando a los partidarios de la libertad de manera semejante a como habría de hacerlo la guerra civil española en el siglo XX.

***

8

Honoré-Victorin Daumier

«El Rey Pera. Pasado, presente y futuro»

1834

¿Puede dibujarse el paso del tiempo?, ¿es posible captar la esencia de una época o de un período de gobierno con un retrato?, ¿puede una caricatura entrañar con su mensaje las claves de un momento histórico concreto? Contestar a estas preguntas no resulta especialmente complicado si observamos la magnífica recreación que Honoré Daumier realiza de la evolución de Luis Felipe de Orleans como Rey Pera.

Esta imagen, que personificó a Luis Felipe durante todo su gobierno, fue creada en 1831 por Charles Philippon y le valió al dibujante y editor más de una visita a la cárcel y alguna que otra copiosa multa. Además de la referencia a Philippon, la vasta cultura artística de Daumier invita a pensar que la *Alegoría de la prudencia* de Tiziano, en la que las tres edades del hombre se identifican con animales asociados a la prudencia, pudiera ser otra de sus fuentes de inspiración para la construcción de esta brillante metáfora satírica sobre la Francia de Luis Felipe.

Superando al dios Jano, divinidad romana poseedora de dos cabezas y símbolo del principio y del fin de las cosas, Luis Felipe de Orleans aparece aquí con una triple testa que narra la evolución temporal de un gobierno cada vez más cuestionado. El desencuentro, desagrado y descontento mutuo entre rey y sociedad es lo que vienen a representar las distintas expresiones del monarca, plasmadas con maestría por Daumier.

Llegado al trono tras la revolución de 1830, plasmada en el lienzo de Eugene Delacroix, *La libertad guiando al pueblo*, su figura había sido recibida con entusiasmo. Frente a la obstinación absolutista de Carlos X, el nuevo rey encarnaba el triunfo de la burguesía. No obstante, los pilares sociales sobre los que se iba a sustentar su régimen se alejaban un tanto de la romántica escena pintada por Delacroix. Lejos de esos artesanos cualificados, impresores y vendedores de periódicos que compartían la barricada con la libertad en su lienzo, la Francia del Orleans estaba hecha a medida de las grandes fortunas.

Las mismas esperanzas alimentadas por el proceso revolucionario sirvieron para recabar la simpatía popular en favor de Luis Felipe, cuyo primer rostro, el inmediatamente posterior a 1830, se muestra confiado y apacible o, como el propio Daumier escribió en el texto impreso que acompañaba la viñeta, juvenil y rollizo. Su semblante es el de la plácida felicidad.

Sin embargo, las cosas comenzarían a torcerse muy pronto para una monarquía incapaz de satisfacer las demandas participativas de amplias capas de la sociedad francesa. Aquel rey, descrito por Victor Hugo como alguien que «iba poco a misa, nada de caza, jamás a la ópera», comenzaba a ser víctima creciente de una campaña de desprestigio en revistas satíricas y periódicos, que le acusaban de inmovilista y de dilapidar en fastos y excesos los recursos del Estado.

Los republicanos, al calor de las conspiraciones urdidas en sociedades secretas, comenzarían muy pronto a airear las promesas incumplidas y olvidadas de los gloriosos días de la revolución, no tardando en relacionar a la joven monarquía con el legitimismo.

Su descontento se desbordaría el 2 de junio de 1832, durante los funerales del general Lamarque, amenazando el complaciente reposo del rey con un conato de sublevación. La ceremonia fúnebre en memoria de un prohombre republicano sería la excusa perfecta para pasar de las consignas y los lemas a la abierta insurrección. Un desafío que no sería sofocado prácticamente hasta la noche, pues algunos de los efectivos de la Guardia Nacional enviados contra los revoltosos, acabarían por unirse a ellos. A pesar de que el orden terminaría imponiéndose, el levantamiento galvanizó las fuerzas de una oposición cada vez más activa y crítica con la monarquía.

Así, en 1834, Francia entraba en un momento crítico en el que la crisis económica propiciaba la agitación social y el descontento frente a un régimen excesivamente moderado, sustentado sobre un sufragio censitario favorecedor de los intereses de los notables (aristocracia y gran burguesía). Las exhortaciones de François Guizot animando a los franceses a enriquecerse como medio más fecundo de participación política, resultaban vanos ejercicios retóricos frente la realidad descarnada con la que se enfrentaba la gran mayoría de ciudadanos.

No era extraño que el semblante presente de Luis Felipe apareciese ahora avinagrado, «pálido, delgado y ansioso», en palabras del propio Daumier. El nerviosismo real se entendía al comprobar la campaña levantada contra su figura desde la prensa ilustrada y satírica. En no pocos medios se aludía al recuerdo del magnicidio de 1793 para incitar a las masas a un levantamiento. Frente al descontento y la crítica, el monarca fue incapaz de ofrecer otra cosa que no fuera represión, recortando libertades como la de expresión o la de asociación.

Todo parecía conjurarse para que el futuro del Rey Pera fuera sombrío y lóbrego, y de ahí el último rostro que muestra Luis Felipe en la viñeta: decrépito e incluso con una grave expresión, que bien pudiera recordar el temor, el miedo a ser desbancado incluso por medio de la violencia. La ironía profética de Daumier, augurando un negro futuro al monarca se confirmaría un año después en forma de un atentado.

Mientras el monarca celebraba el aniversario de las gloriosas jornadas de julio pasando revista a la Guardia Nacional, el corso Giuseppe Fieschi ponía en escena su intento de magnicidio recurriendo a un artilugio denominado la máquina infernal, que estallaría en plena ceremonia. Luis Felipe sobreviviría con apenas unos arañazos en la frente, pero la intentona de asesinato, se llevó por delante a dieciocho personas, entre ellos el presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, mariscal Édouard Mortier.

Miedo y recorte de libertades volverían de nuevo a unirse y, apenas dos meses después del atentado de Fieschi, volverían los recortes de libertades esta vez en forma de censura de prensa. Las elevadas multas y los cierres de publicaciones se sucedieron, mientras se aprobaba una medida que requería la revisión y autorización de cualquier retrato satírico antes de su publicación. Esto sería el final del Rey Pera, y el monarca respiraría tranquilo al librarse de tal sambenito, mientras los lápices de Daumier se desplazarían hacia la crítica social.

No obstante, el rey tenía motivos de sobra para añorar la calma de sus primeros años de gobierno. En el horizonte podían verse señales de que la rígida estructura sobre la que se basaba su gobierno no podría resistir sin quebrarse una nueva embestida de las fuerzas de la libertad, ansiosas de un

sistema más paritario y participativo. Además, el espectro de la violencia política, actualizada ahora bajo el semblante del terrorismo conspirativo regresaba con fuerza de sus cenizas.

El último asalto llegaría tras la revolución de 1848, en la que de nuevo periódicos y periodistas tendrán un protagonismo clave. La viñeta, con su impresionante capacidad de síntesis y su lenguaje directo, se perfilaba como una de las más eficaces armas en la conquista de esa caprichosa dama conocida como «opinión pública».

***

9
Anónimo

«Metternich abandona Viena»
1848

Hay hombres a los que se identifica con el espíritu de una época. Ese fue sin duda el caso de Klemens von Metternich y la Europa de la Restauración. De ahí que esta caricatura que muestra al estadista austríaco partiendo al exilio, pueda servir para encarnar el final de un período de la historia europea.

Con un rictus en el que se leen por igual la tristeza y el asombro de quien fuera conocido como el conductor de Europa, abandona Viena humillado, no montando un brioso corcel, sino a lomos de un asno adornado con ramas de olivo que, risueño, parece disfrutar del irrepetible momento.

Toda la escena constituye un gran fresco carnavalesco en el que vuelve a incidirse en la idea de cuan tornadizo puede ser el destino del hombre, hoy en el cenit de su poder y mañana mordiendo el amargo fruto de la más deshonrosa derrota. El gran artífice del equilibrio europeo, el impulsor de la Europa de los Congresos, el defensor de la católica monarquía austríaca, forzado al éxodo entre las mofas y burlas de un pueblo entregado a la algarabía revolucionaria.

Cuando faltaba poco más de un mes para el Domingo de Ramos, el caricaturista compone una escena fácilmente asimilable para la cultura e imaginería popular dándole la vuelta a su significado. Si el Nazareno había entrado en loor de multitudes en Jerusalén, Metternich, gran defensor de los valores cristianos, abandona Viena, su ciudad santa, también entre imprecaciones. Lo que para uno fueron pétalos de flores, para el otro son piedras.

¿Qué había sucedido para que, quien presumía en 1833 de haber edificado un sistema «a prueba de fuego», asistiera quince años después a su derrumbe? ¿Cómo había sido capaz el gran diplomático de no mostrar ni un ápice de duda? ¿Acaso toda la idea de haber blindado al absolutismo no fue sino un espejismo arrogante de quien creía poder parar el reloj de la historia?

La autocomplacencia de Metternich había sido incapaz de ver que el ciclo revolucionario de 1830 se había estrellado contra el muro levantado por la reacción solo en apariencia. Pero bajo las llamas extintas del incendio revolucionario refulgían aún como brasas ardientes las ansias de liberación. Entre ellas, reviviendo con fuerza los rescoldos de la antigua hoguera liberal, la idea de una conciencia europea común bajo el estandarte de la libertad.

Aunque el espíritu de 1830 pareciera parcialmente sepultado por los escombros de la decepción y la frustración, su legado arrojaba el optimista balance de una Europa occidental liberada de las cadenas del absolutismo prácticamente en su totalidad. De hecho, naciones tan emblemáticas como Francia e Inglaterra emprendían en ese momento una nueva fase de la lucha mantenida por liberales y absolutistas a lo largo de todo el siglo.

Conquistada la libertad, se trataba de hacerla extensiva a la mayor parte de la sociedad. La democracia era la nueva meta, y en pos de este horizonte se agitaban las más variopintas posiciones: desde las más moderadas propuestas de ampliación del sufragio hasta los utópicos anhelos de una democracia socialista.

El crecimiento exponencial de las ciudades y de la mano de obra empleada en sus grandes fábricas pondría sobre el tapete la crucial cuestión social, acelerando la cadencia de unas revueltas en las que los trabajadores luchaban por mejoras en sus condiciones de vida. Para muchos de ellos, la existencia había llegado a plantearse en una cruel dicotomía consistente en «morir combatiendo o vivir trabajando», como afirmaba el lema de los obreros levantados en Lyon en 1834.

Cuanto más se reprimían y frustraban los sueños de participación, más se alimentaba un radicalismo que atizaba la imaginación del pueblo con visiones apocalípticas de nuevos mundos edificados sobre las cenizas de un orden caduco y decrépito. Arraigaban así en el imaginario popular nuevas experiencias como el utopismo comunitario de Owen, Cabet o Fourier, destinado a la consecución de una humanidad futura, regida por el dorado sueño de la armonía social, la igualdad y la felicidad.

Aquellas naciones aún subyugadas bajo el absolutismo imperial de Europa central y del Este se arrojaban en brazos de la causa liberal, deseosas de completar su codiciada integración nacional e independencia. Ni siquiera Metternich, asentado sobre los dorados pilares de la Viena imperial, fue capaz de prever que la conciencia liberal pudiera desarrollar tal pujanza como para producir lo impensable: el pontificado de un papa como Pío IX, en un principio defensor de las ideas avanzadas.

Los pulmones de todo un continente se ensanchaban para respirar el aire de una nueva revolución, que asentaría un golpe de muerte al viejo bastión absolutista. Como un árbol reseco, que retoña tras el frío invernal, florecía de nuevo el impulso de libertad, alimentado por la nueva savia de movimientos como el de la joven Europa de Mazzini, capaces de despertar entre los ciudadanos el sentimiento de lo universal.

Una vez más, los henchidos ideales se transformarían en acción tras una acuciante carestía desencadenada a mediados de los años cuarenta. Los campos yermos y vacíos dejaban de abastecer a unas ciudades sitiadas por la necesidad, llegando al extremo más extenuante en una Irlanda transformada en un erial despoblado por la hambruna y la emigración.

Hambre de pan y hambre de libertad, dejaban poco margen de maniobra para la asustada e impotente rigidez de los burócratas de Berlín, Viena y San Petersburgo, cuyas largas noches se poblaban de pesadillas habitadas por una chusma enardecida que incendiaba las calles y enlodaba los abrillantados mármoles de los salones burgueses.

Una vez más será París, donde, en palabras de Victor Hugo, las columnas de humo de sus chimeneas constituían las ideas del universo, donde se encienda la mecha de la revolución. En febrero de 1848, un alzamiento ciudadano, cultivado con mimo por periódicos y periodistas, triunfará con facilidad derrocando a un Luis Felipe cada vez más enrocado en la postergación de la reforma electoral, cuya finalidad era ampliar el número de votantes.

Pronto, como si de los impulsos eléctricos e inmediatos del asombroso telégrafo se tratará, los ecos revolucionarios se abrirán paso hasta la Viena imperial. Era la consagración de la Primavera de los Pueblos. Según

Benedetto Croce, uno de esos momentos en los que la unidad histórica europea saltó a la vista como evidencia.

Ni el débil emperador Fernando I de Austria ni su fiel servidor fueron capaces de refrenar su advenimiento y asistieron paralizados por el terror al asalto del Palacio Imperial de Hofburg en marzo de 1848. El miedo a la revolución arrancó del emperador la promesa de una constitución y la renuncia del odiado Metternich.

Pisoteando pasquines y octavillas, el asno carga con la antigua dignidad imperial del hombre que un día fue grande, hoy cabizbajo ante los abucheos y las piedras de una plebe a la que una década antes había despreciado sin ambages. Regresaría pronto a su añorada capital, pero jamás al centro de la historia.

***

10
Bertall

«La feria de las ideas»
1848

Imaginen por un momento una gran feria de charlatanes. Pasen y vean, no descubrirán aquí productos milagrosos, ni bálsamos mágicos, pero podrán encontrar algo mucho mejor, ideas y teorías con las que solucionar los más graves problemas del mundo. Resulta insólito concebir que puedan venderse conceptos y principios, pero no predicar las virtudes de aquellos publicados como corpus ideológico en algunos libros.

De hecho, el fenómeno de las ferias ambulantes de libros preocupó y mucho a las autoridades, pues las malas lecturas, especialmente aquellas centradas en la economía o en la política, podían llegar a convertirse en una amenaza para la civilización y excitar los ánimos del populacho.

Es muy probable que Bertall, pseudónimo del dibujante Albert d'Arnould, hubiera conocido alguna de estas ferias en las que se mezclaban buhoneros, escritores y charlatanes de todo pelaje para vocear las bondades de sus productos. Como tales son descritos en su viñeta algunos de los más renombrados teóricos y seguidores del pensamiento utópico a la altura de 1848.

Para que no quepa ninguna duda de que la finalidad de tales filósofos y pensadores de feria no era otra que el engaño y la burla, el autor los equipara con un personaje de ficción que se dirige directamente al espectador desde la parte inferior central de la viñeta. Tocado con un sombrero de copa, sonríe con despreocupación y picardía mientras entona un trabalenguas incomprensible para invitar al público a sumarse a la masa de embobados mirones. Todos son exhortados a aprovechar la ocasión de la gran feria de las ideas, pues tales ofertas no durarían mucho tiempo.

Esta figura inventada, conocida como Robert Macaire, fue una celebridad en el teatro popular del momento. Con su eterno sombrero de copa y su ajada levita, encarnaba el arquetipo del negociante sin escrúpulos, capaz de obtener beneficio con cualquier cosa sin preocuparse de las consecuencias. Sus hazañas fueron tan populares que dieron lugar a varias obras teatrales y Honoré Daumier lo hizo protagonista de varias de sus viñetas.

Situarlo en el centro de la viñeta publicada en octubre de 1848 por el periódico satírico *Journal pour Rire*, no solo era un guiño dirigido al espectador del momento, familiarizado con la figura y el significado de Robert Macaire, también constituía una forma de identificarlo con los teóricos socialistas, verdaderos protagonistas de la escena. Flanqueados por hombres orquesta y tambores, se extienden los puestos de quienes pretenden poseer la piedra filosofal, los pilares de la sabiduría, la solución ideal para los más acuciantes dilemas sociales.

Encabezando la lista y ocupando la parte izquierda de la imagen se distingue a Étienne Cabet, autor del *Viaje a Icaria*, en el que describía una sociedad ideal basada en el sufragio universal, la democracia directa, una igualdad estricta y unos servicios gratuitos y públicos. Con ironía, la capital del reino soñado de Cabet se destaca en el mapa que tiene tras de sí, no siendo otro que Charenton, lugar famoso por poseer el mayor manicomio de Francia, donde había pasado sus últimos días el conocido marqués de Sade.

A su derecha, colocado delante de un panel en la que se distinguen un círculo, un cuadrado y un rombo, se reconoce a la figura de Pierre Leroux, periodista y filósofo, elegido diputado por el departamento del Sena en febrero de 1848 y cuyo aspecto desaliñado constituía el argumento más empleado para ridiculizarlo. Junto a él, subido a una escalera con la que disimula su apariencia liliputiense se encuentra Louis Blanc, autor de *La organización del trabajo* y relevante figura del alzamiento parisino. En febrero agitó el fantasma de la revolución en cada uno de los banquetes de la reforma previos al estallido insurreccional, en mayo sería uno de los detenidos tras los nuevos levantamientos de la capital francesa frente al giro conservador, tomado por la nueva república tras las elecciones.

A su lado, Louis Auguste Blanqui, firme defensor de la radicalización de la revolución de febrero. Para este, la república no significaría nada más que un mero cambio de nombre si en ella no adquirían mayor protagonismo los militantes obreros que la habían impulsado desde las barricadas. Esta postura, difundida con pasión desde el Club de la Sociedad Republicana Central fundado por él mismo, provocaría una enconada ruptura con los

republicanos más moderados. Tal fervor militante acabaría por costarle una condena a diez años de cárcel en 1849, tras ser acusado de actividad revolucionaria.

Tres personajes completan el escenario. Pierre-Joseph Proudhon, retratado como el acérrimo defensor de una sociedad sin propiedad privada; Charles Fourier, al que se atribuyen los rasgos propios de un escuálido pedigüeño al que acompaña un perro amaestrado para sostener entre sus dientes un platillo con monedas; y, por último, Victor Considerant, uno de los más fervientes seguidores de Fourier, redactor de la revista *Falansterio* y reconocible por su particular mostacho, explica apasionadamente una de las más fantasiosas ideas de su maestro. La futura mutación biológica de los humanos, cuyas narices se habrán convertido en manos en el soñado mundo de mañana. Probablemente, el caricaturista jugaba aquí a ridiculizar el principio de la atracción apasionada, básico en la teoría de Fourier, según la cual cada miembro de la comunidad elegiría su oficio conforme a sus deseos y gustos, adaptándose a aquellos que le proporcionaran mayor placer.

Todo el panorama se completa con visiones delirantes de hombres alados que sobrevuelan los tenderetes de charlatanes, curanderos y vendedores de remedios mágicos, sosteniendo un manuscrito abierto. Así se completa la visión que dibuja a los teóricos socialistas, como seres supersticiosos, alejados de la tradición racionalista e ilustrada de la que afirmaban provenir. Con ello, el caricaturista consigue no solo ridiculizar a los defensores de las nuevas ideas, sino también presentarlos como ajenos al mundo de la ciencia y el progreso, directamente identificados con el acervo liberal burgués.

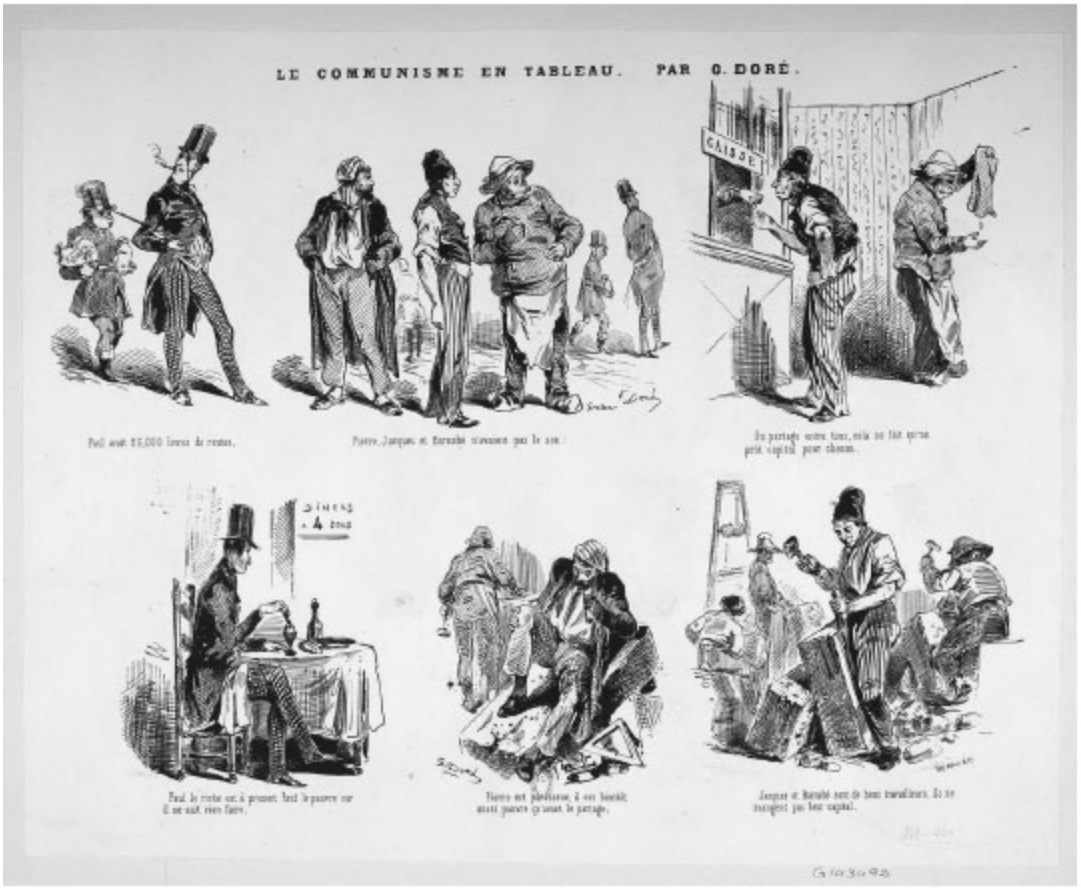
Resulta curioso comprobar que, años después, cuando Karl Marx quiso distanciar su teoría de la de estos pensadores, usara para desacreditarles el mismo argumento que sus detractores conservadores: su falta de rigor científico y su componente voluntarista y utópico. La ciencia, con sus leyes inexorables, se convertía así en el elemento imprescindible de la civilización. Nada que no provenga de ella merece ser tenido en consideración.

Frente a este principio, firmemente anclado en la mentalidad del siglo XIX, la viñeta mostraba la ingenuidad y falsedad de unos vendedores de quimeras convencidos de que la gran verdad con mayúsculas solo requería de ser mencionada para arrancar la adhesión de las masas.

En el fondo, lo que nuevamente mostraba Bertall era el miedo a una inminente revolución social, apropiándose paulatinamente de la burguesía más moderada a finales de 1848. Ridiculizar al enemigo, reducir su ideología a una moda pasajera e irracional disparate, no solo era una forma de minusvalorar su peligro, suponía también la puesta en práctica de uno de los más viejos recursos para conjurar el miedo: reírse de él.

***

11
Gustave Doré



«El comunismo en viñetas»
1848

En las calles de una París desengañada todavía huele a pólvora el 1 de julio de 1848 cuando Gustave Doré publica esta viñeta en el número 22 de la revista ilustrada *Journal pour Rire*. Aunque el humo de las barricadas se va disipando, todavía flotan en la atmósfera los rescoldos ideológicos de un sueño roto: el hacer de Francia una república social de trabajadores.

Los apasionados latidos del corazón obrero parisino habían chocado con los temores, recelos y miedos de la Francia rural, tradicionalista y temerosa de una hipotética radicalización que pudiera arrebatarle su modus vivendi. Los pequeños propietarios franceses no quieren aventuras importadas desde la capital.

Los sueños de utopistas y socialistas habían sobrevolado la capital francesa con las alas de papel de folletos, octavillas y hojas volanderas, pero el sentir de los obreros parisinos quedaba muy alejado de la mentalidad de la Francia rural. Periodistas y periódicos comienzan a sufrir una transformación importante. El tiempo de la prensa de partido, representante de los intereses de una u otra facción, está llegando a su fin.

El periodismo comienza a profesionalizarse, y los diarios, revistas y publicaciones inician su andadura como empeño comercial. Muy pronto los editores y propietarios se dan cuenta de que el radicalismo es un mal negocio. Las multas impuestas por la censura constituyen una sangría constante; el exceso de política no despertaba el interés de los no convencidos, repelía a los ricos y no resultaba atractiva para los anunciantes.

Como el fondo marino socavado por un profundo oleaje, la fuerte marea revolucionaria que había sacudido al continente arrastraba consigo la gestación de un profundo cambio cultural, en el que ya se apreciaban los primeros signos de la futura sociedad de consumo. Imprentas, rotativas, artistas plásticos y escénicos, periodistas y gacetilleros persiguen un objetivo nítido y perfilado: conquistar nuevos adeptos, ampliar el número

de consumidores de cultura y rescatarla de su reducido ámbito. La gran batalla entre entretenimiento y vieja erudición decimonónica se libraba con tinta y papel, con óleo y emulsión fotográfica.

Los jóvenes renegaban de la costumbre, sacralizaban la innovación y defendían a ultranza una modernidad rabiosa desafiando a una achacosa tradición, enrocada en la torre de marfil de la añorada cultura aristocrática. Es aquí, en esta nueva búsqueda de formas de expresión donde la viñeta firmada por Doré puede explicarnos parte de la esencia de su tiempo.

Doré, el más excelso representante de un nuevo oficio: el de ilustrador. El hombre que cobraría honorarios superiores a cualquiera de los grandes novelistas del momento por sus ilustraciones de obras literarias, iniciaba su andadura como caricaturista y dibujante de revistas populares.

Una de estas publicaciones fue precisamente *Journal pour Rire*, cuya política editorial se alejaba de la causticidad de las revistas satíricas tradicionales, rebajaba su tono político y ambicionaba captar un mayor número de público, llegando a descubrir un nada despreciable nicho de mercado entre los jóvenes. Como muchos de los periódicos populares surgidos en Francia e Inglaterra desde mediados de siglo XIX, su línea editorial era marcadamente hostil al socialismo.

Ambición formal y recelos contra las nuevas ideas revolucionarias se dan la mano en la recreación del comunismo representada en esta viñeta. Valiéndose de un nuevo formato, verdadero antecedente de lo que hoy denominamos cómic, Doré sigue la estela de renovadores como Gaspard-Félix Tournachon, «Nadar», destacado pionero de la fotografía o el pedagogo suizo Genevois Rodolphe Töppfer, quien vio en la *bande dessinée* fantásticas cualidades como herramienta de enseñanza.

El potencial de esta nueva forma de narración permite al ilustrador francés engarzar imágenes para construir una historia a la manera de los folletines, cautivadores del gusto popular desde principios de siglo. En plena resaca revolucionaria, cuando aún están frescos en la memoria los recuerdos de las barricadas, el artista recrea con apariencia didáctica aspectos políticos que habían empapado la vida cotidiana de los ciudadanos.

El tema, tratado con gran moderación, está realizado huyendo de la exacerbación de los trazos y la tendencia a la exageración propia de la caricatura. Los personajes representan arquetipos sociales de la época y todo el conjunto resulta de una gran contención. Con ella se consigue transmitir al lector el concepto de mesura y sentido común, la más elogiada de las virtudes de la burguesía conservadora.

La historieta se inicia con la presentación de Paul, retratado con los atributos de la gran burguesía, chistera, bastón y pipa. Si alguien albergaba dudas sobre la posición social de este personaje se nos indica que posee unas rentas de 25.000 libras. A su lado aparecen Pierre, Jacques y Barnabé, que carecen de todo peculio.

Las rentas de Paul son repartidas entre todos, como parecen postular los comunistas. El resultado es un burgués arruinado y sometido a la miseria porque no sabe desempeñar ningún oficio, un obrero perezoso que dilapida lo obtenido con el reparto volviendo a su situación de pobreza, y dos buenos trabajadores, Jacques y Barnabé, que conservan su capital.

La contundencia del mensaje reside en su aparente sencillez, pues ¿quién podría negarse ante tal razonada exposición? Con refinada ironía, Doré ha sometido a examen crítico a una burguesía rentista incapaz de generar beneficios y también a un comunismo que parecía encontrar en el reparto de la riqueza la panacea para acabar con los problemas sociales. La moraleja resulta fácilmente asumible por unos lectores amantes de mensajes claros, cortos y directos. Es tan fácil de recordar como un eslogan y se almacena en la memoria con facilidad. Mejor dedicarse a trabajar y dejar de soñar con teorías de incierto resultado.

Del esfuerzo y la constancia ligadas al trabajo se desprenderán el bienestar y la estabilidad soñadas, alejadas del despilfarro propio del perezoso. Toda una lección de la nueva moralidad burguesa, muy propia de un creador como Doré que en su día llegó a afirmar que el artista debía carecer de ideas políticas.

Nada más adecuado para un caricaturista que abandonó pronto su presencia en las publicaciones populares para devenir una primera figura de la ilustración, cuyas obras eran consideradas objetos de lujo fuera del

alcance del gran público a quien parece dirigirse en esta viñeta de juventud. Curiosamente, obra y autor aparecen hoy ante nuestros ojos íntimamente ligados, ofreciendo un vivo retrato del espíritu que regiría la mentalidad imperante en la segunda mitad de siglo. La llamada era del capital se perfilaba también en el horizonte cultural de una centuria, que emprendía su segundo lustro impulsando un ilusionante futuro a bordo del ferrocarril, la producción a gran escala y la primera globalización económica.

***

12
Thomas Rowlandson

«El gallinero. Un artilugio para enjaular a los dioses»
1811

El abrir y cerrar de los telones, los duelos de capa y espada, las aventuras lacrimógenas de transidas heroínas cautivaron al público europeo. Desde los inicios del siglo XIX no hubo espectáculo más popular que el teatro. En la mayor parte de Europa los escenarios procuraban, a unas clases medias en ascenso, algo que estas solicitaban apremiantemente: solaz y entretenimiento. De hecho, la profesionalización del teatro fue pareja al incremento de unas clases medias cuyas demandas de diversión eran satisfechas mediante la introducción de continuas innovaciones. Trampillas y complejos artificios de tramoya servían para la fascinación de un público que sufría, reía, lloraba, insultaba al villano, animaba al héroe de la función y soñaba sumergido en una trama que, por unas horas, le transportaba a una realidad distinta.

En toda Europa, pero especialmente en Francia e Inglaterra, el teatro experimentó una expansión sin precedentes. Consecuencia directa del desarrollo urbano, este fenómeno excluía al mundo rural y rara vez reclutaba su público entre componentes de las clases trabajadoras. Los principales escenarios se ubicaban en el centro urbano, lejos de los suburbios proletarios, y las tramas teatrales requerían de un bagaje cultural aún ajeno a los más humildes.

Por si esto fuera poco, los precios de las funciones no estaban al alcance de los misérrimos salarios obreros. La nueva clientela de los teatros proviene de una cada vez más nutrida y difusa clase media, que se concentra en la platea y en la tribuna media, donde coinciden artesanos cualificados, técnicos e incluso criados de las grandes mansiones burguesas.

El teatro ofrecía una buena metáfora de la importancia del dinero como principal fuente de prestigio en la nueva sociedad burguesa, ya que cada grupo social ocupaba un espacio determinado en razón de su precio. Y es este hecho en concreto lo que dio lugar a la particular visión que Thomas Rowlandson arroja sobre el teatro de su época y, especialmente, sobre los lugares que en él estaban destinados al público más modesto.

En 1808 un incendio redujo a cenizas el antiguo Covent Garden. Con ayuda de suscripciones de sus protectores más ricos, el teatro se reinauguró con un nuevo aspecto imponente que emulaba la Acrópolis griega. Tal grandiosidad supuso un notable incremento de los precios para el público con menos recursos y una clara discriminación espacial en favor de los espectadores acomodados.

Mientras que los poseedores de rentas elevadas tenían acceso a amplios reservados, los más humildes se agolpaban como sardinas en lata en las nuevas galerías conocidas como *pidgeon hole*. En definitiva, lo que un espectador español identificaría con el nombre de gallinero. Quienes no querían o no podían pagar más por asistir al teatro debían conformarse con estos agobiantes espacios, donde además la visión del escenario era pésima. A menudo, apenas podían distinguir las piernas de los actores convertidos en fantasmales voces sin rostro.

Privados de su entretenimiento favorito por los precios o condenados a contemplarlo en pésimas condiciones, los componentes más humildes de las indignadas clases medias británicas estallaron protagonizando sesenta y dos días de conflicto que han pasado a la historia con el nombre de los Old Price Riots. Estas jornadas reivindicativas tuvieron poco que ver con la imagen que hoy en día nos despierta la palabra «disturbio». Lejos de calles incendiadas y muchedumbres enfrentadas a la policía, las protestas por el precio del teatro se caracterizaron por un carácter más festivo, jocoso e incluso satírico. No es extraño que muchos caricaturistas de la época, como George Cruikshank o Theodore Lane, dedicasen algunos de sus trabajos a estos acontecimientos.

El enfado del público obtuvo sus resultados, pues el gerente del Covent Garden, John Philip Kemble, tuvo que dar su brazo a torcer y conservar las antiguas tarifas de las funciones. Lo que no sufrió ningún cambio fueron los pequeños espacios destinados al público, retratados por Thomas Rowlandson dos años después del conflicto.

En su caricatura denuncia de nuevo las pésimas condiciones en las que la multitud agolpada en el gallinero asiste a la función. La escena presenta una masa informe y grotesca de rostros descritos prácticamente en todas las actitudes. Al fondo, prácticamente privados de cualquier posibilidad de

seguir el desarrollo de la obra, vemos un mosaico de actitudes atrapadas en muecas forzadas. Algunos dormitan, otros parlotean y algunos parecen quejarse o reír. Mientras, en primer plano, observamos una fila de personajes incrustados sobre la barandilla de la galería.

El dibujante se ha esforzado al máximo por transmitir la sensación de agobio, de asfixia en la que se encuentran sus protagonistas e incluso ha añadido detalles para exacerbar esa percepción en el espectador. Llama poderosamente la atención la expresión de sufrimiento e incomodidad de las mujeres que aparecen en la escena. El ejemplo más palpable es el de aquella que ocupa el primer plano a la derecha de la imagen que, al mismo tiempo que apoya su mano sobre la cabeza de un hombre, debe soportar en su cuello el aliento de otro caracterizado con una expresión lasciva.

El efecto de atosigamiento queda reforzado una vez más por el hombre que ocupa la parte izquierda de la imagen y que intenta frenar una hemorragia nasal taponándola con un pañuelo que cuelga de su nariz. Sobre el marco del minúsculo gallinero pueden verse las máscaras teatrales de la comedia y de la tragedia, dioses del teatro atrapados en un espacio minúsculo. Pese a tales apreturas, seguían siendo capaces de despertar las pasiones de una parte nada despreciable de la clase media británica dispuesta a sufrir cualquier incomodidad e incluso a llegar a las manos por una butaca barata.

Lo que este público entregado demostraba era que, con la llegada del nuevo siglo, se emprendía una revolución también en el ámbito de la cultura. El viejo teatro barroco, rígido y encorsetado por las normas de acción y tiempo era una reliquia del pasado. Frente a él, el nuevo público gustaba de las emociones del melodrama, sencillo, directo, con un argumento fácil de seguir, final feliz y vestuario actual.

Su herencia llegaría hasta el siglo XX dejándose sentir como antecedentes directos de los primeros filmes y, más tarde, de las telenovelas que hoy siguen adueñándose de la audiencia popular en todo el planeta. Todavía faltaba mucho para la gran cultura de masas, pero lo ocurrido con el teatro en el XIX parecía marcar la estela que seguir.

***

13
Honoré Daumier

«Me han rechazado esto, los muy ignorantes»
1859

Al igual que el tiempo deja huellas imborrables en el rostro de los hombres, la época de la doble revolución imprimió al arte del siglo XIX los rasgos de una era excepcional. Bajo el ímpetu de la industrialización y la revolución política asistimos a un renacimiento cultural sin precedentes.

Tras los acordes de sinfonías y obras orquestales latían ecos de una soñada fraternidad universal, estrofas henchidas de libertad resonaban en los coros apasionados de las grandes óperas, transformadas en himnos contra la esclavitud de pueblos y ciudadanos. Los oprimidos y menesterosos habitantes de calles hediondas, los despojos de las fábricas, orfanatos y hospicios, sometidos por la miseria, doblegados por la adversidad, eran entonces los protagonistas de grandes obras literarias.

El arte, alejado de la rigidez inmovilista de las academias, respira el humo de las chimeneas, se impregna de hollín de minas y fábricas, vive a pie de calle, denuncia las injusticias flagrantes de los poderosos y enarbola el estandarte del compromiso político. Manifestaciones artísticas como la ópera son consideradas como teas incendiarias, y las grandes novelas del momento son leídas tras los adoquines de las barricadas.

Pintura, dibujo y caricatura se convierten en mortíferos dardos contra el poder, actas de acusación contra la injusticia, testimonios descarnados de los atropellos cometidos contra derechos y libertades. Los pinceles de románticos, realistas y, más tarde, impresionistas, se cargan con los colores de la pasión política. Cada pincelada parece guiada por una rebeldía airada, cada trazo de tinta esconde una velada recriminación, cada lápiz se afila con el vitriolo de acusaciones mordaces.

Los artistas son a menudo jóvenes y pobres. La revolución es para ellos el único camino frente a una sociedad burguesa a la que condenan por su mediocridad, su convencionalidad y su santurrona hipocresía. No obstante, muchos de los sueños de cambio se frustraron tras 1848 y la amargura del desengaño alcanzó también a los creadores.

El triunfo del capitalismo obligaba a los pintores a competir en un nuevo mercado: el del gusto de la gran burguesía, empeñada en hacer de la posesión y exhibición de obras todo un signo de ostentación y prestigio social. Muchos creadores veían en esta realidad una especie de sometimiento al dinero, de domesticación y encarcelamiento de su libertad creativa a cambio de unos cuantos billetes.

El gusto de los nuevos clientes, amantes de los motivos tradicionales, los retratos heroicos de influencia clasicista y las convencionales cacerías o marinas, no satisfacían las inquietudes creadoras de los jóvenes artistas. Por otro lado, el vértigo propio de un siglo de continuas transformaciones alimentaba también la dinámica de las vanguardias, según la cual cada nuevo movimiento era una reacción contra el anterior. Las emociones y fantasías románticas como antídoto contra la frialdad neoclásica; el gusto por lo cotidiano del realismo frente al exotismo desbordado de sus antecesores.

En este cruce de tendencias y corrientes se desenvolvían como peces en el agua los marchantes, capaces de conectar a artistas y clientes, hábiles para influenciar en el gusto del público, visionarios para saber cómo iban a evolucionar tanto las jóvenes promesas del arte, como las preferencias de los clientes.

Partir de este contexto puede ser la clave para explicar el florecimiento de los salones del arte, custodios de la nueva sensibilidad burguesa. Estos espacios expositivos se convirtieron en un verdadero escaparate de las propuestas contemporáneas y, al mismo tiempo, eran el acceso directo de los artistas al mercado. La aceptación de una obra podía significar el reconocimiento público, el beneplácito de la crítica y, aún más importante, la posibilidad de congraciarse con la ventas.

La viñeta de Honoré Daumier, publicada en *Le Charivari* el 6 de abril de 1859, hace mención al salón celebrado ese mismo año y muestra la indignación de un artista rechazado. Tras su figura, desfilan como sombras decepcionadas, otros pintores cuyos lienzos no han sido aceptados.

Daumier, que fue reacio toda su vida a las condecoraciones y reconocimientos oficiales, como mostró su rechazo de la Legión de Honor en 1871 cuando su vida se deslizaba hacia su tramo final, había satirizado en otras ocasiones la tiranía de los salones. Para ello recurre en esta escena a retratar en la viñeta a su amigo François Bonvin, quien muestra sorprendido una de sus obras realistas, caracterizadas por el retrato con gran sencillez de objetos cotidianos cargados de simbolismo. En este caso, una pipa y una vela vendrían a representar el devenir mundano del tiempo.

Al tratarse de un autor reconocido, se hace más comprensible su enojo ante la cerrazón de un jurado calificado de ignorante, al ser incapaz de reconocer el mérito de una obra al parecer opuesta a la línea oficial de la exposición de 1859. Lo cierto es que aquel año, lo expuesto no despertó demasiado entusiasmo entre la crítica, que arremetió contra la mayor parte de las obras seleccionadas tachándolas de mediocres.

No obstante, Bonvin logró el visto bueno del jurado para seis de sus obras en aquella ocasión, mientras que uno de los grandes maestros del impresionismo, Edouard Manet, vio como era rechazada la primera obra que presentaba en un salón: *El bebedor de absenta*.

El enojo de un amigo, su indignación ante el arbitrario fallo del jurado sirvió a Daumier, siempre crítico con las convenciones, para someter a tela de juicio el hecho de que solo las obras que recibían la aquiescencia del salón pudieran ser consideradas como dignas de la etiqueta de arte.

No obstante, un observador tan perspicaz como él olvidó mencionar un detalle importante: por primera vez, podían presentarse fotografías en el afamado Salón de Bellas Artes de París. La pugna del nuevo medio para que su valor artístico fuese reconocido iniciaba una nueva andadura, al tiempo que liberaba a los artistas, concediéndoles mayor libertad para plasmar otras aventuras estéticas.

El camino de la pintura se iba a distanciar cada vez más del encorsetado gusto académico, como lo prueba el hecho de que en 1863, se rechazaran más de tres mil obras, lo que llevó a la constitución oficial de un Salón de los Rechazados, donde eran expuestas las obras más provocativas, discutidas o arriesgadas.

Otra nueva sacudida revolucionaria se hacía evidente en el mundo del arte durante el último tercio de siglo. Artistas como Gustave Courbet desafiaban de nuevo las convenciones poniendo ante los ojos de los espectadores realidades hasta entonces vetadas, como el sufrimiento de las clases populares, mientras que otros pintores, sacudían a la sociedad bien pensante parisina, entregándose por entero a un proyecto creativo alejado de la representación de la realidad y caracterizado por la obsesión de captar el momento fugaz, la luz irrepetible de un momento del día.

El impresionismo acabaría por derribar las fronteras normativas del rígido academicismo dando otro nuevo paso en el camino emancipador, que había de conducir a las artes a la eclosión vanguardista de las primeras décadas del siglo xx.

***

14
Faustin Betbeder

«De profundis»
1871

Una viñeta con el título de un salmo, como el inicio de una plegaria satírica y despiadada. Desde lo más profundo de la rabia y el desprecio clamaba la pluma de Faustin Betbeder su particular elegía para sellar el final de una época. Son las últimas décadas de un siglo destinado a morir con estrépito; toda la cosmovisión urdida a lo largo de décadas se resquebrajaba por efecto de múltiples fallas y fracturas que paulatinamente ocasionarían el desplome del mundo de ayer.

Los oropeles brillantes de otra época, los fastos propagandísticos, las baladronadas nostálgicas con las que se había iniciado el Segundo Imperio francés, yacían ahora yertos en un camposanto siniestro. En el centro del mismo se erigía una tumba presidida por una cruz, único testigo de los tiempos dorados de antaño al evocar aquel 2 de diciembre de 1851, en el que Luis Napoleón Bonaparte, sin apenas oposición, derribaría la Segunda República.

Una inicial mayúscula coronada sobre la cuarteada cruz es lo único que recuerda las ansias del nuevo emperador de emular a su tío, sus sueños de grandeza, su insolente arrogancia. Solo una tumba abandonada queda ya de aquellos sueños de *grandeur*, negros cuervos se posan sobre ella como heraldos de muerte, carroñeros en busca de los restos de una nación humillada y vencida.

Tal fúnebre resultado se apoya sobre una piedra macabra en la que puede leerse «Sedán», el nombre de una ultrajante derrota en el campo de batalla a manos de Prusia, un estado que lideraba la unificación alemana «por el hierro y la sangre», tal y como lo había vaticinado el propio Bismarck.

El canciller alemán era la encarnación de la *Realpolitik* frente a los ajados y nostálgicos anhelos imperiales de Napoleón III. Ni su acceso espectacular al poder como mago del populismo, ni su destreza al asegurárselo por medio del nepotismo le capacitaron para asimilar que el tiempo que vivía nada tenía que ver con los inicios de siglo.

Desde 1848 el panorama político y social se había transformado radicalmente. La ideología y la acción del movimiento obrero se alejaban cada vez más de la esfera de influencia liberal. La ciencia se había convertido en el nuevo dogma al que se plegaban las antiguas creencias. La aparición y consolidación de nuevas naciones como Italia y Alemania en el mapa europeo alteraban profundamente el juego político que hasta entonces había existido en el continente.

Sin embargo, Luis Napoleón, intoxicado por la vieja nostalgia de un imperio imposible, había jugado a convertirse en el gendarme europeo, despertando con sus intervenciones no pocos recelos y rencillas. La altivez francesa actuó como una venda sobre los ojos de toda una nación entregada, no sin agrado, a las aventuras militares del nuevo emperador.

Una prueba del onírico mundo, poblado de gloriosas gestas del pasado imperial, en el que habitaba Luis Napoleón había sido la aventura mexicana, que aparece también reflejada en la viñeta de Faustin, dando nombre al promontorio sobre el que se alza el tétrico recordatorio. Alimentando con cinismo los sueños románticos de Maximiliano de Austria, segundón idealista emocionado con la posibilidad de tener su propio imperio, Napoleón se había propuesto levantar un imperio latino en América, aprovechando la debilidad de unos Estados Unidos, inmersos por entonces en la guerra de Secesión.

Los hechos demostrarían pronto que tal deseo no había sido más que una quimera que arrastraría a la muerte a Maximiliano, acercando un poco más al desastre a Francia. México acabaría con el prestigio internacional de Luis Napoleón, forzado a la huida por las continuas conminaciones estadounidenses, la compleja situación europea y la encarnizada resistencia popular agrupada frente a la invasión extranjera.

Edouard Manet, representante de los nuevos artistas de la época, dejaría palpable ese desprestigio del emperador francés en su obra *El fusilamiento de Maximiliano*. Inspirado por *Los fusilamientos del tres de mayo de Goya*, el artista prefirió poner el rostro de Luis Napoleón al oficial al mando del pelotón de ejecución, en lugar de glosar la gesta de la resistencia de un pueblo heroico sacrificado por unos verdugos anónimos,

como atestiguaba la obra del pintor aragonés. El óleo de Manet constituía un acta de acusación contra un emperador transformado en el verdadero responsable de la muerte de Maximiliano.

De igual modo, Faustin troca su caricatura en una burla panfletaria contra la imprudencia del prohombre de la patria caído en desgracia y sepultado por el oprobio de sus fracasos. Incapaz de escarmentar tras la experiencia mexicana, su petulancia militarista y su incapacidad diplomática habían arrastrado a la nación a la guerra francoprusiana.

Pero las batallas no se ganan solo con arrogancia, y las líneas francesas no fueron capaces de detener el empuje del ejército de Moltke, mejor dotado, más moderno estratégica, táctica y técnicamente. Tras la derrota llegaría una capitulación vergonzosa y el golpe de Estado que supondría el fin del imperio, el advenimiento de la Tercera República y la defunción política de Luis Napoleón.

Como el propio dibujante afirma en la rotulación al pie de su viñeta, el final del imperio resulta, «un buen negocio para el diablo» que, sentado, aguarda paciente para hacerse no solo con el alma del imperio difunto, sino también con la de una república que habría de incendiarse con las llamas revolucionarias de la Comuna.

Luis Napoleón Bonaparte quedaba así retratado como el gran causante de la desgracia de una Francia arruinada, impotente y arrodillada ante el poderío de un ejército prusiano que llamaba a las puertas de París poniéndole sitio. Finalmente, el enemigo asistió entre complejo y complacido al espectáculo de la sangrienta represión que el gobierno francés libraría contra la Comuna, un símbolo peligroso, un ensayo de poder popular que, por primera vez, había renunciado a cualquier bandera para hacer ondear el pabellón rojo del internacionalismo obrero.

Sentado sobre la ruina, el diablo satisfecho con su obra, esperaba su cosecha de sangre y de almas. La de Napoleón III, condenada de antemano en la viñeta de Faustin, no la obtendría hasta dos años después, cuando el emperador entregase definitivamente la vida en el exilio londinense.

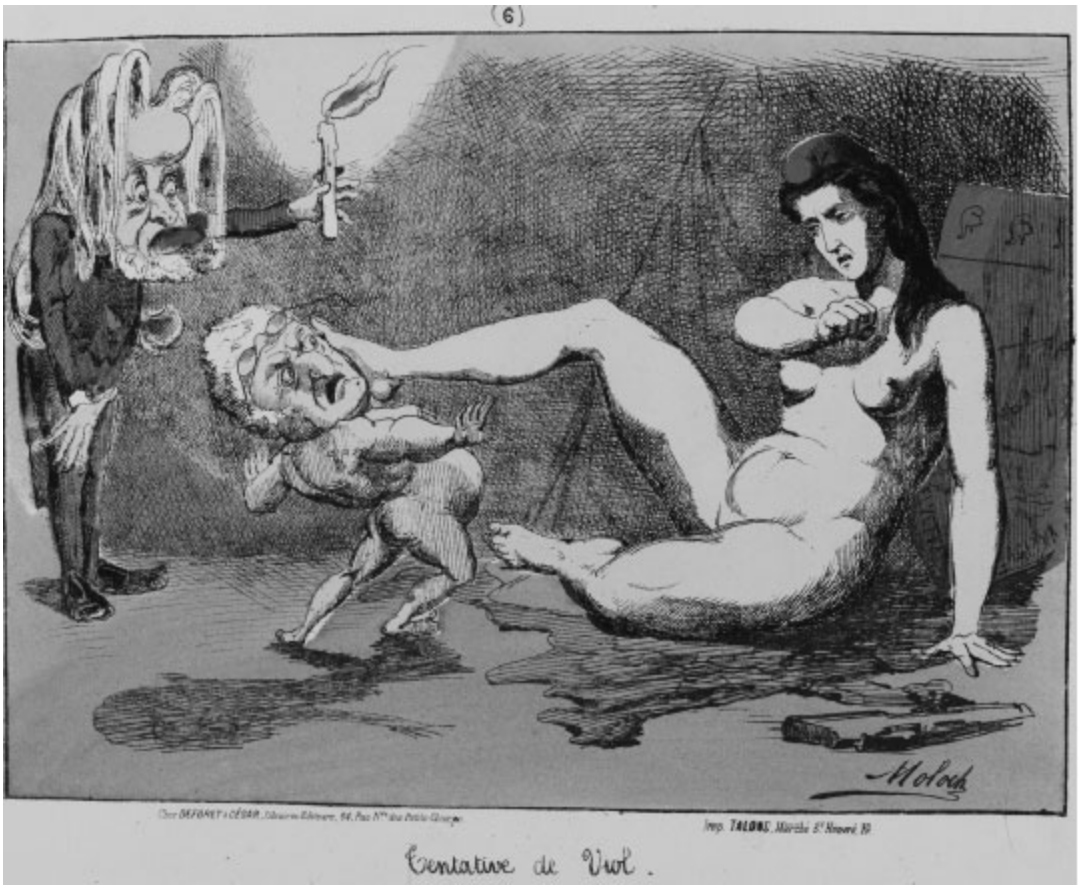
No obstante, el maligno podía aguardar con tranquilidad y confianza. La caída de un imperio significaba el advenimiento de otro: una gran Alemania que pronto haría sombra a una Gran Bretaña narcotizada en su

espléndido aislamiento, entrando con fuerza en la liza colonial y sacudiendo orgullosa la preocupante sombra de un nacionalismo agresivo y expansionista. El fin de siglo se preparaba para atizar el fuego de un nuevo infierno. El que se propagaría de mano de la sinrazón y la locura de la primera gran conflagración industrial.

***

15

Alphonse Hector Colomb
«Moloch»



«Intento de violación»
1871

Francia derrotada, humillada, se desangra tras la derrota de Sedán en 1870. Es el final del delirante sueño de grandeza del Segundo Imperio. París está amenazada y sometida a sitio por el ejército prusiano. El hambre y la frustración alimentan el odio contra todo aquello que recuerde a Luis Napoleón Bonaparte o a su familia.

Amparadas en el derrumbe del orden, caricaturas, publicaciones volanderas y revistas satíricas presentan al emperador caído como un pusilánime y un traidor responsable al mismo tiempo de la ruina de la nación y del abandono del pueblo en manos enemigas.

Entre las clases populares, formadas en la tradición del jacobinismo político, prendía la nostalgia por la bella Marianne, la idealizada República de 1792, representada como una mujer de formas rotundas, desnuda y tocada con el gorro frigio. El pueblo entero aguardaba esperanzado su renacimiento de entre las cenizas del imperio.

El gobierno provisional de la República se verá pronto en el ojo del huracán político, especialmente tras la cesión de Alsacia y Lorena a Prusia rubricada en febrero de 1871 por el tratado de Versalles, contemplado como una ignominia, una mutilación de la nación, entregada como trofeo a la ambiciosa Prusia.

Al mismo tiempo, por los barrios de París, a lomos de rumores y discursos recitados en voz queda, se embosca en tabernas y locales una rabia apenas contenida. Las nuevas autoridades no solo han vendido la patria al enemigo, sino que también buscan el apoyo de la vieja aristocracia monárquica, atrincherada en la Asamblea, para hacer frente a la anhelada república social.

El descontento, irrefrenable como las aguas turbulentas de una esclusa abierta, anega los barrios de un París asaeteado por la necesidad, el hambre y el furor. Las masas, armadas con la nueva ideología obrerista, encarnada en el jacobinismo insurreccional de Blanqui y en el anarquismo de Proudhon, se organizan para encabezar la resistencia contra prusianos y gobierno.

París se resiste a claudicar y se levanta desafiante con el apoyo de la Guardia Nacional y las masas populares negándose a devolver los cañones pagados por suscripción popular para la defensa de la ciudad. La insurrección triunfa y conquista el corazón urbano. El presidente provisional de la República, Adolphe Thiers, ordena a los empleados públicos, a la Asamblea y a los miembros del gobierno que se retiren a Versalles.

Las elecciones, convocadas por la propia Guardia Nacional, dan un triunfo abrumador a los radicales. Por primera vez en el Hotel de la Ville la tricolor deja su sitio a la bandera roja del internacionalismo. La Comuna de París inicia la primera experiencia de gobierno obrero que terminará con las sangrientas jornadas de mayo.

Alphonse Hector Colombe, dibujante que se esconde tras el pseudónimo de Moloch, es un firme partidario de la Comuna, a la que concede los mismos rasgos que a la bella Marianne. Frente a ella, acosándola, tratando de someterla por la fuerza, se encuentran los representantes del gobierno apócrifo de Versalles, a menudo personificados por Thiers y su ministro de Asuntos Exteriores, Jules Favre.

Ambos son identificados durante el período como aliados de los monárquicos y traidores a la nación, a la que intentan someter y sojuzgar. Thiers llegará a ser representado con un casco prusiano, como si se tratara de un invasor más.

En este *Intento de violación*, Moloch recurre de nuevo a ridiculizar a Thiers incidiendo en su apariencia física. Para ello acude a su apodo de Foutriquet Premier, el presidente insignificante, haciendo clara alusión a su pequeña talla y jugando con el doble sentido de que no era sino un hombre de paja de prusianos y monárquicos.

La imagen remarca la simbiosis entre la Comuna y una República que, desnuda, se defiende del intento de violación llevado a cabo por Thiers y su eterno compañero de fatigas, Jules Favre, quien confiere al cuadro cierto aire de tenebrismo iluminando la escena con una vela. Conocido popularmente como el llorón, ya que era habitual presentarlo derramando lágrimas de cocodrilo por la pérdida de Alsacia y Lorena, el ministro de Exteriores realiza el papel de cómplice necesario del crimen.

Retomando una temática tradicional en el imaginario popular jacobino, los miembros del gobierno son retratados haciendo gala de una sexualidad depravada, al mismo tiempo que se subrayan las virtudes morales de la República y los revolucionarios. Estas connotaciones sexuales no solo servían para ridiculizar a los oponentes de la Comuna, sino también para remarcar la idea de que la corrupción era su cualidad innata.

En el fondo, lo que clamaba en la caricatura de Moloch era la vieja noción revolucionaria de virtud cívica contrapuesta a la corrupción y la sordidez moral de los nuevos tiempos. Lejos de la rígida ética revolucionaria de los sublimados años de la Convención, Thiers es representado con los ropajes del depravado dispuesto incluso a forzar a la República con tal de satisfacer sus enfermizos instintos.

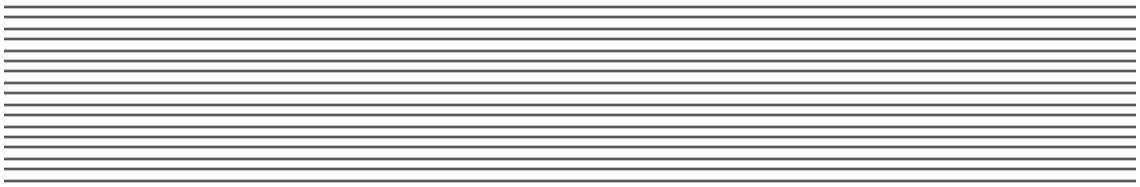
Una vez más, la exageración de los defectos físicos sirve para introducir un elemento de contraste moral, pues la pequeña talla de Thiers no se corresponde con su desmedida ambición ni con su doblez, reflejada en el tatuaje de una flor de lis que adorna su espalda. Este símbolo, tan directamente asociado a los monárquicos franceses, sirve para subrayar que la unión de Thiers con la bella Marianne es, ante todo, un acto contra natura. Por tanto, no resulta extraño que la República, airada, lo rechace de una patada.

A medida que el signo del conflicto fue mostrándose cada vez más desfavorable a los partidarios de la Comuna, las caricaturas se tornaron más trágicas y el que había sido considerado un hombrecillo insignificante será descrito como el enano sangriento responsable de la gran represión de mayo.

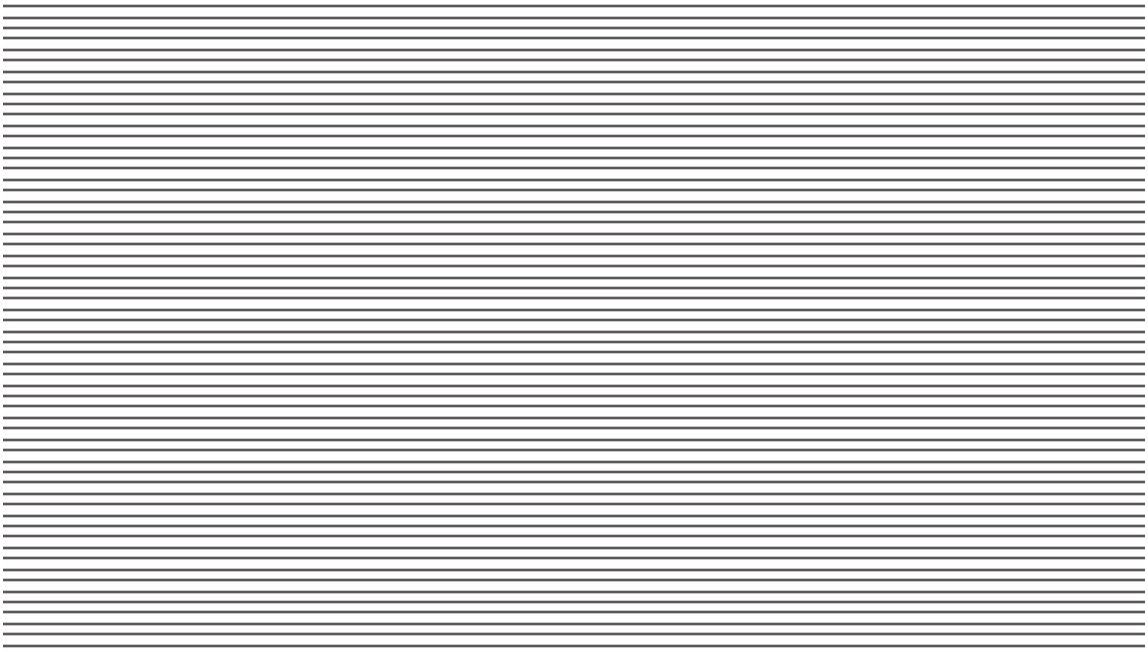
La imagen final que la Comuna dejará impresa en la retina de la historia será la de unos jardines de Luxemburgo circundados por un apilamiento de modestos ataúdes, repletos de cadáveres anónimos, tan solo reconocibles por un número. Las fotografías de los comuneros muertos habrían de convertirse en un símbolo internacional de la lucha obrera e iniciarían una larga relación entre cámaras e ideología internacionalista, que habría de prolongarse durante todo el siglo XX.

La encarnizada represión ejercida contra la Comuna fue llevada a cabo ante la mirada atenta, estupefacta y complacida de un ejército prusiano al que, sin duda, debía de asustar el legado comunero. Por primera vez se había demostrado que la revolución obrera podía triunfar aplastando la anquilosada burocracia estatal. Marx la reivindicaría como ejemplo de dictadura proletaria, mientras Bakunin ensalzaría su carácter voluntarista y espontáneo. De una u otra manera la revolución había tomado cuerpo y su evidencia real asustaba más que cualquier espectro agitado en 1848.

***



IMPERIALISMO Y GUERRA. EL FIN DEL MUNDO DE AYER



El siglo de la doble revolución, el nuevo tiempo marcado por las estridentes sirenas de las fábricas, el crecimiento urbano y el fascinante desarrollo científico, arcángel de un idolatrado progreso, mostraba claros síntomas de agotamiento en sus décadas finales.

El ansiado despegue económico, acompañado de los avances técnicos y la revolución en el mundo de los transportes, había producido la primera economía global de la historia. Un Occidente permanentemente asombrado por el cegador rayo de la ciencia abría uno de los más largos períodos de paz de su historia, durante el cual la democracia acabaría imponiéndose como sistema mayoritario de gobierno entre las grandes potencias industriales europeas.

Aunque la igualdad seguía siendo un ideal al que aspirar, numerosas conquistas sociales y políticas parecían allanar el camino. Partidos y sindicatos obreros pasaban de la clandestinidad al Parlamento. Las masas se convertían en el nuevo sujeto político por excelencia, arrebatando el protagonismo a la burguesía, e incluso las mujeres, hasta ese momento supeditadas a la tiránica voluntad del varón, comenzaban a organizarse para reclamar mayor protagonismo en la vida pública.

Sin embargo, este tiempo de transformaciones parecía atrapado en una especie de oscura paradoja. Los ideales que habían alumbrado el nuevo rumbo de naciones y revoluciones, abriendo la senda de la libertad, impulsando la noción de ciudadanía, respaldando la conquista de derechos y dando pábulo al librepensamiento, parecían haber sufrido una especie de reverso siniestro y tenebroso a medida que el siglo se acercaba a su fin.

El individualismo burgués, tan ensalzado por los intelectuales y artistas románticos, acabó siendo devorado por la expansión de los mercados y el desarrollo de las compañías coloniales. El individuo en sí mismo dejaba de tener entidad para ser reemplazado por las todopoderosas personas jurídicas. Todo el edificio político edificado con los sillares del credo liberal como la igualdad, los derechos humanos, la fraternidad o la libertad parecieron enfangarse en las aguas cenagosas de las conquistas coloniales.

El propio discurso científico, que había alimentado la idea positivista de una nueva virtud cívica basada en principios universales e incontrovertibles, se vería inmerso en el oscuro corazón de las tinieblas descrito por Joseph Conrad. El imperialismo, azuzado por la voracidad de un capitalismo en expansión, se lanzaba a la conquista de nuevos mercados, descubriendo nuevas rutas comerciales entre abruptas montañas y selvas tropicales.

Engranajes, pistones y palancas infatigables en su mecánica avidez requerían de materias primas, fuentes de energía y nuevos componentes capaces de seguir alimentando el despliegue de innovadoras y prodigiosas invenciones. El vértigo y la velocidad se adueñaban de unas capitales europeas por cuyas arterias circulaban los primeros vehículos a motor.

Los relojes, vigilantes en todas las fachadas de las instituciones, los grandes almacenes y las bolsas presidían omnipotentes la vida pública de unos ciudadanos transformados en presurosas hormigas. La masa, impulsada frenéticamente como un ejército sonámbulo, recorre las grandes avenidas conectada al flujo invisible dibujado por transportes y sirenas. El gran capital se ha adueñado también del tiempo, convertido en oro en aras de la sacrosanta productividad.

Una riada de productos atesta los escaparates y las conciencias de una ciudadanía conquistada por la publicidad y la compra a plazos. No parece haber límite para los deseos ni para el ingenio dedicado a cumplirlos. Vértigo, maravilla y asombro se daban la mano mientras Occidente conquistaba el mundo.

Pero en los olvidados márgenes de los imperios, bajo la aparente magnificencia, se ocultaba un universo anegado por la sangre de víctimas inocentes, crecido a la sombra de la injusticia y el horror. Las conquistas sociales de los trabajadores europeos, ganadas con una lucha ímproba, parecían reposar sobre los hombros esclavizados de pueblos sometidos a la extenuación en nombre de las conquistas de la civilización. La celebrada expansión de los regímenes democráticos por el continente europeo escondía su más lúgubre faz, el exterminio de pueblos enteros en nombre de la ciencia, el progreso y la redención religiosa de las ignorantes almas alejadas de la verdadera fe.

En el nombre de los pueblos avanzados de Occidente, poseedores de virtuosas y específicas características culturales, étnicas y políticas, se masacraba a los bárbaros anclados en un primitivo estadio de civilización. Todo podía arrebatársele a quienes se habían reducido a una condición infrahumana. Ningún derecho podía atribuirse quien era considerado como poco más que una especie biológica condenada a la extinción.

Los grandes discursos sobre progreso e igualdad quedaron silenciados por el ejercicio de una violencia implacable en los territorios explorados, dominados y conquistados por las grandes potencias. En la colonia no había más justicia que la del látigo ni más ley que la de la fuerza bruta. La expansión de la democracia en Europa quedaba ensombrecida por una cara oculta, implacable y cruel como la de un satélite maligno: el genocidio.

Bajo las elevadas mistificaciones que hablaban del reino de Dios y de la gran civilización blanca, solo era visible la imagen nítida de las cañoneras europeas navegando por ríos siniestros, en cuyos meandros aguardaban la fiebre, la enfermedad y la muerte. El imperialismo, como diría Herbert Spencer, servía a la humanidad desbrozando las razas inferiores de la tierra. Ese era la siniestra senda abierta por la lógica geopolítica imperialista hacia la legitimación del exterminio.

Apoyándose en un retorcido darwinismo, se auspiciaba una cosmovisión según la cual la superioridad técnica justificaba el dominio implacable del espacio colonizado por grupos biológicamente superiores. El imperialismo había sentado las bases de la gran carnicería de masas con la que habría de iniciarse el nuevo siglo.

Solo había que darle tiempo al tiempo para que los intereses de las grandes potencias chocaran en territorio europeo desatando el macabro efecto dominó configurado por la diplomacia secreta. Cuando, tras la enésima crisis balcánica, los cañones comenzaron a bramar quebrando con su estruendo la apacible paz europea, el viejo mundo decimonónico sería relegado para siempre entre las reliquias del pasado. Anémico y asfixiado por el gas mostaza, el gran siglo de la burguesía quedaría definitivamente sepultado por el lodo de las trincheras.

***

16
Fortune Meaullé

Le Petit Journal

SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ

Huit pages : CINQ centimes

DIMANCHE 20 NOVEMBRE 1898

LE PETIT CHAPERON ROUGE

– Mère-grand, comme vous avez de grandes dents!
– C'est pour manger la galette, mon enfant!

«La Caperucita Roja»
1898

La *grandeur* de Francia se había visto seriamente empañada durante el último tercio del siglo XIX. La nostalgia por el esplendor perdido se fundía con un resentimiento enquistado desde la derrota de Sedán en 1870. La sensación de haber sido humillada y sometida a jugar un papel de segundo orden en el panorama político europeo envenenaba la vida francesa.

La nación que había despertado en Europa las ansias de libertad y extendido sus principios revolucionarios por todo el continente llegando a poner en jaque a la mismísima Inglaterra, languidecía ahora en un letargo inerme. Era un territorio sonámbulo prisionero de sus propias pesadillas.

Para acabar de convulsionar un clima político y social de por sí ya bastante tenso, durante toda la última década de siglo, los franceses se vieron atrapados en el gran debate sobre el *Affaire* Dreyfus. El caso resultó ser un excelente ejemplo del increíble poder adquirido por la nueva prensa de masas. Los resortes emocionales de una población sometida a un agudo proceso propagandístico de nacionalización resultaron manipulados con la habilidad de un experto relojero.

La idea de que el ejército francés, sublime representante del espíritu patriótico, pudiera estar falseando a propósito una serie de pruebas para inculpar y mantener en la isla del Diablo a un inocente, fragmentó a la sociedad francesa y dio lugar a toda una serie de teorías disparatadas sobre conspiraciones en la sombra, destinadas a acabar con la grandeza de Francia.

Mientras el ala más reaccionaria y ultraderechista de la sociedad aireaba la idea de una conspiración universal en la que se daban la mano masones luciferinos, marxistas sedientos de poder y avariciosos judíos, políticos de tendencia radical como Clemenceau o abiertamente socialistas como Jean Jaurès, vieron en la causa de Dreyfus la ocasión ideal para defender la imagen de una Francia defensora de la justicia y de la igualdad por encima de los privilegios.

El impacto del caso Dreyfus sobre la sociedad francesa fue perfectamente retratado por el caricaturista Emmanuel Poincaré, más conocido por el pseudónimo de Caran d'Ache, que el 14 de febrero de 1898 publicaría en *Le Figaro* su conocida viñeta «Una cena en familia». En ella, una afable reunión familiar se convertía en una pelea caótica tras la mención del nombre del capitán encausado. Justo un mes antes, el 13 de enero de 1898, Émile Zola había ocasionado una gran convulsión en toda la nación al publicar en el diario *L'Aurore*, entregado con fervor a la defensa de Dreyfus, su manifiesto «Yo Acuso».

El texto de Zola no solo agudizó el enfrentamiento entre detractores y defensores de Dreyfus, sino que, por primera vez en la historia, convirtió lo que parecía un asunto de corrupción institucional ceñido al marco de Francia en una noticia global sobre la que se opinaba y debatía en toda Europa. El airado grito llegaría a eclipsar el eco de una nueva humillación bélica sufrida por Francia esta vez en el ámbito colonial: la llamada crisis de Fashoda ocurrida el 20 de noviembre de 1898.

En realidad, este episodio no fue sino un encontronazo entre los proyectos coloniales de Gran Bretaña y Francia. De hecho, el 4 de noviembre de 1898 llegó a pensarse que la rivalidad entre las dos grandes potencias podría ocasionar una gran guerra europea cuando, tras la victoria británica en Orduman, los franceses mantenían la pretensión de repartir el territorio conquistado aferrándose a la conquista de Fashoda.

El joven Winston Churchill ofrecería un punto de vista rebosante de fervor patriótico y épica colonial de este encontronazo en su obra *La batalla del Nilo*. Finalmente, los franceses terminarían retirándose dejando a Gran Bretaña coronada como la primera gran potencia colonial del mundo.

El sentimiento de humillación experimentado por Francia era captado a la perfección por Fortune Meaullé, uno de los artistas habituales de *Le Petit Journal*. Para ello recurría a un lenguaje fácilmente comprensible por el gran público, empleando uno de los cuentos más populares de Charles Perrault: *Caperucita Roja*.

La viñeta muestra a la cándida e ingenua Francia encarnando el papel de Caperucita a su llegada a casa de la abuelita, que ya ha sido devorada y reemplazada en la cama por el lobo feroz. Para borrar cualquier duda acerca de la identidad del voraz villano basta con observar el escudo al borde del lecho, donde puede leerse la palabra Albión, y el casco que luce la falaz anciana, propio del cuerpo de dragones británico.

La inocente Caperucita, que porta en sus manos una gran torta en la que puede leerse el nombre de «Fashoda», se dirige a la abuela impostora diciéndole: «Abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes!». A lo que esta, ya salivando, le responde: «¡Son para comerme la torta, mi niña!». Una vez más las caricaturas volvían a mostrar su idoneidad para dirigirse a los sentimientos y emociones del gran público mediante un lenguaje sencillo, directo y anclado en su imaginario.

Como otros tantos roces acaecidos por la conquista de nuevos territorios y mercados, Fashoda ponía de relieve la escalada de tensión existente entre unas grandes potencias que, al mismo tiempo que mostraban al mundo la bonanza de sus repletas despensas nacionales atiborradas de recursos, se lanzaban a una vertiginosa y mortal carrera destinada a incrementar y modernizar sus arsenales.

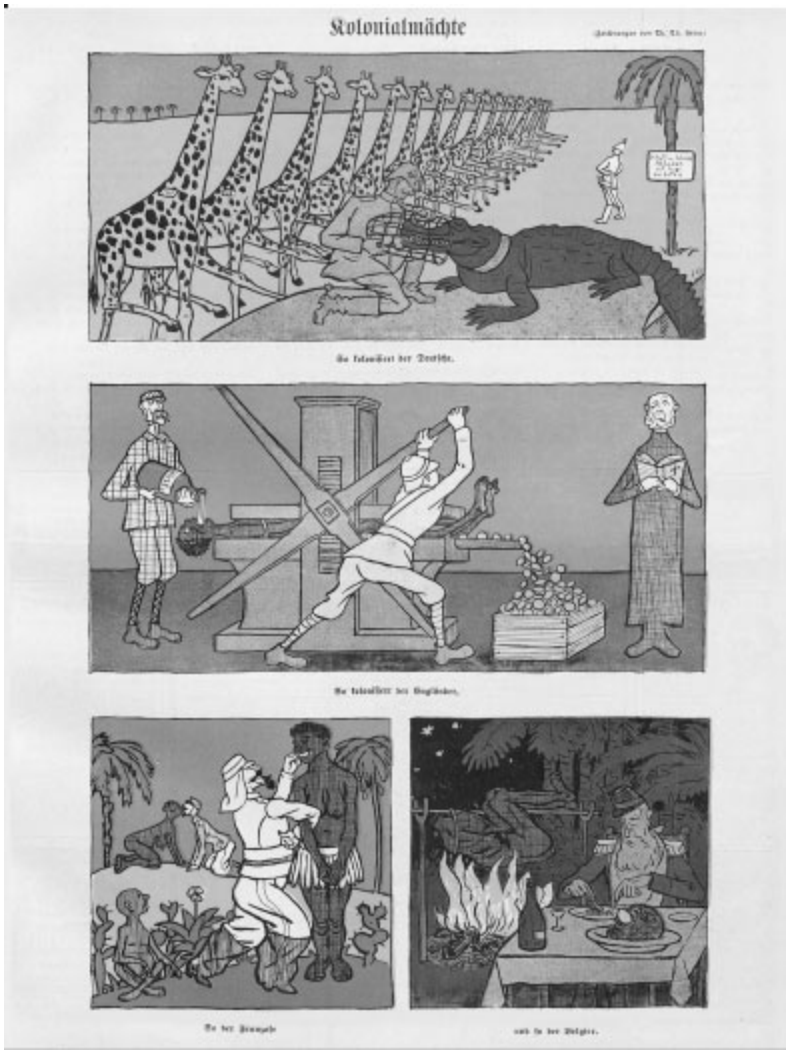
Gran Bretaña llegaba al culmen de su poderío apareciendo a los ojos del mundo como el modelo del nuevo imperialismo, mientras fenecían entre prolongados lamentos existenciales viejos imperios como el español, que en el mismo 1898 sufriría una derrota humillante a manos de una nueva potencia emergente: Estados Unidos de América.

No obstante, muy pronto habría de verse que el gran competidor de Gran Bretaña sería un invitado de última hora al gran pastel del colonialismo: la nueva Alemania. Convertida en una gran potencia industrial, se sumaba a la batalla por los nuevos territorios con energías renovadas y una reforzada coartada ideológica: la teoría del espacio vital de Friedrich Ratzel. Con ella, la expansión territorial se convertía en una cuestión de supervivencia ante el desafío del crecimiento demográfico. De este modo, la política internacional se planteaba ahora como una darwinista lucha por la supervivencia en la que los más débiles estaban condenados a sucumbir.

La abierta competencia entre estas dos potencias por los mercados acabaría siendo decisiva en la configuración de una serie de alianzas, que pondrían a Europa ante el abismo de la primera matanza industrial a gran escala llevada a cabo en su propio territorio. La ambición colonial, el crecimiento ilimitado y el afán de dominación comercial estaban poniendo a Europa ante el horizonte no lejano de una gran conflagración. El escenario estaba dispuesto, ahora tan solo faltaba que los actores tomaran la iniciativa en el gran drama.

***

17
Theodor Heine



«El poder de las colonias»
1904

Imaginemos por un momento los imponentes óleos decimonónicos que cuelgan en las salas de los grandes museos militares de Europa. En ninguno de ellos faltarán las épicas composiciones históricas sobre el poder colonial. En todos atisbaremos una visión coincidente con muchas de las grandes novelas de aventuras de la época de las exploraciones. Exotismo y heroicidad se dan la mano para conferir a las escenas el tono de un relato heroico. Abnegación, valor y honor se reconocen con facilidad en las tropas europeas.

Por el contrario, sus oponentes tienen el aspecto de salvajes incivilizados, unos seres primitivos vestidos con pieles y tocados de plumas. Civilización y barbarie cara a cara en un duelo feroz, pero inevitable. De un lado, el altruismo noble y desinteresado de quienes constituyen la avanzada del progreso en un medio ignoto y hostil. De otro, la horda caótica e incivilizada, gentes ignorantes, alejadas de toda noción legal o religiosa. El sagrado concepto de nación, encarnado por uniformes y banderas frente al instinto primario de unos seres anclados en un estadio de primitivismo atávico. La superioridad técnica, personalizada en pistolas y rifles, frente a lanzas, escudos y machetes.

Una vez más se imponía la idea de que la justicia de las poblaciones autóctonas solo parecía depender del número de armas de los que estas disponían. Los pueblos conquistados, como escribió Cunninghame Graham, carecían de todo derecho porque no poseían ningún cañón. Este era el sencillo y terrible argumento, la descarnada verdad oculta tras toda una pomposa ideología llena de marciales clarines, apelaciones a la gran empresa civilizadora de Occidente e invocaciones a la salvación de las ignorantes almas nativas en el nombre de la verdadera religión. Por debajo de la atronadora lírica grandilocuente de los versos de Kipling ensalzando *la carga del hombre blanco*, se intuía el horror denso y cotidiano de *El corazón de las tinieblas* de Conrad.

Así lo mostraban las viñetas en revistas como la alemana *Simplicissimus*, que lejos de las fantásticas estampas de hazañas militares, ofrecían al lector una realidad colonial muy diferente. Su principal propósito no era el de glosar las bondades de la civilizadora cruzada occidental, sino denunciar mediante la sátira y la ironía hasta qué punto eran hipócritas y ridículas muchas de las coartadas ideológicas con las que se enmascaraban la crueldad, la injusticia y la inhumanidad ejercidas sobre las poblaciones nativas y el medio natural.

Uno de los grandes artífices y creadores de *Simplicissimus*, Theodor Heine, presentaba en una de sus páginas del número especial dedicado al colonialismo, publicado el 3 de mayo de 1904, el abuso cruel que se ocultaba tras la política de exploración y conquista de las grandes potencias. Con el título «El poder de las colonias» denunciaba algunos de los rasgos que habían caracterizado la aventura de las potencias europeas en África.

En primer lugar, dibujaba al gran imperio del káiser Guillermo que, imbuido por su militarismo y por su amor a la censura, no dudaba en poner a marcar el paso de la oca a las jirafas y en ajustar un bozal a los taimados cocodrilos. Más abajo, describía una escena propia del vasto y esplendoroso imperio británico en el que un nativo africano, alimentado solo y exclusivamente con whisky, es exprimido literalmente y sin ninguna piedad por la maquinaria imperial, preocupada únicamente por la búsqueda del beneficio. Supervisando toda la operación, al final de la cadena, un religioso dirige la mirada al cielo, certifica la salvación del alma de la víctima y bendice los réditos obtenidos con su explotación.

En la parte inferior izquierda de la página, los franceses, emblemáticos agentes de la retórica de la igualdad y la fraternidad, se disponen a ponerla en práctica esclavizando sexualmente a las mujeres de los territorios sometidos. Mientras, a su lado, un personaje cuya barba evoca un más que sospechoso parecido con la del rey Leopoldo de Bélgica, devora directamente la cabeza de un pobre negro del Congo, cuyo cuerpo todavía continúa asándose a sus espaldas.

A los ojos de Heine el poder de las colonias es absurdo, brutal y despótico. Su crítica despiadada pone en entredicho la propia idea de civilización y sacude con saña las presuntas pretensiones de superioridad

moral esgrimidas por los colonizadores. Tras cada palmo de terreno arrebatado en el continente africano se esconde una mezquina historia de horror impulsada por los instintos rapiñadores de seres sin escrúpulos.

En el fondo, lo que Heine consigue mediante su corrosiva causticidad es que en la reflexión final de todos los lectores se iluminen las mismas preguntas: ¿puede considerarse esta barbarie como propia de una cultura superior?, ¿es este el legado de progreso y felicidad al que conduce nuestra supuesta civilización? La denuncia del dibujante alemán, de claras simpatías socialistas, está ya barajando meridianamente una idea que, más tarde, adquirirá gran relevancia entre los seguidores de la revolución: la de que en definitiva el imperialismo no era sino otra fase más de la dominación capitalista.

La expansión de las grandes compañías coloniales trasladaba a otras latitudes la miseria, la explotación y la mezquindad sobre la que había crecido su influencia en Europa. El poderoso eco de este principio se extenderá por los márgenes de todos los imperios coloniales, encendiendo primero la mecha de los motines y, más tarde, la antorcha de la revolución en el llamado Tercer Mundo.

Por último, la experiencia del horror colonial llevó a cabo un proceso de deshumanización de los indígenas que resultará clave diez años después, cuando argumentos parecidos se empleen para caracterizar al enemigo con el rostro del diablo durante la primera guerra mundial. El otro bando, responsable siempre del comienzo del conflicto en la retórica propagandística, será siempre descrito con los rasgos de una fiera regida únicamente por su avaricia y sus más primarios instintos.

Con ello se conseguirá un objetivo ya alcanzado claramente durante el desarrollo del colonialismo. Privarlo de su condición de humanidad para poder exterminarlo sin excesivos remordimientos de conciencia. El viaje hacia el horror puro del genocidio, la eliminación sistemática del enemigo y la organización industrial de las matanzas bajo el control mecánico de una eficiencia cronométrica, amparada en la selección biológica y racial, acababan de comenzar.

***

18

Harry Furniss

«El monstruoso carnaval del terrorismo del káiser planificado por él mismo en tierra, mar y aire»

1915

Como sobre una gran herida abierta, la gangrena de la guerra se extiende por todo el continente. El atentado que segó la vida del archiduque Francisco Fernando solo había sido el detonante que hizo explosionar la tensión internacional acumulada desde finales del siglo XIX.

Los viejos imperios, dominadores de la política continental a lo largo de siglos, libraban sin saberlo su última batalla. Junto a ellos daba sus últimos estertores la caduca mentalidad aristocrática, barrida por los nuevos valores del capitalismo. Ni siquiera los ancestrales fantasmas familiares de Canterville habían podido resistirse al pragmatismo estadounidense ni a sus dólares.

Iniciaba su andadura la era de las masas. Nacionalizadas, galvanizadas por las emociones en común difundidas por la propaganda política, movidas por una energía potente y misteriosa, capaces de liberar una fuerza arrolladora hasta entonces desconocida. Adueñarse del corazón de la masa es ahora decisivo para conquistar el poder.

Persuadir, convencer, movilizar al conjunto de la población se convertirá en un elemento clave. Era necesario invadir las conciencias, controlar las emociones, conferirle un solo cuerpo a la masa, construir un coloso colectivo capaz de protagonizar el primer choque bélico industrial a gran escala del planeta.

Mantener al conjunto de la ciudadanía bajo el arrobo hipnótico de las grandes frases y lemas, de la retórica de la heroicidad patriótica, fue el objetivo perseguido por los grandes programas propagandísticos dispuestos por los gobiernos para impulsar el reclutamiento. Junto a ellos, la prensa de masas, sensacionalista, vocinglera, dispuesta a respaldar los alegatos nacionalistas y revanchistas edificó el argumentario básico con el que se repletarán las trincheras.

No hay acto público, festividad o cita colectiva donde no resuenen los himnos inflamados, las imágenes de camaradería militar, los seductores cánticos cargados de aventuras y hazañas, de medallas y gloria en nombre de banderas al viento. Todavía resuenan a lo largo de todo el continente los

ecos de los desfiles, las cornetas y las arengas triunfales. Oponerse a este ardor guerrero, como recordaría Gabriel Chevalier, era oponerse a la nueva sirena de las masas: la opinión pública.

En la retina de todos los ciudadanos todavía están frescas las imágenes de los voluntarios agolpándose en las oficinas de reclutamiento, sonrientes, impacientes por entrar en acción, vapulear al enemigo y regresar a casa tras una guerra breve como una disputa de taberna.

Para asegurarse ese clima de enfervorizada entrega no solo bastaban las apelaciones a los elevados fines y principios de la patria, era necesario la creación de un enemigo cruel, inhumano y bárbaro. Un rival que vistiera los ropajes propios del demonio. En la propaganda británica de la primera guerra mundial ese papel fue desempeñado a menudo por el káiser, Guillermo II.

Inglaterra parecía olvidar que aquel odiado personaje de bigotes en punta, encarnación del militarismo prusiano, era sobrino de la admirada reina Victoria y se había paseado junto a ella en 1897 con ocasión de su jubileo. Ese aborrecido personaje había cerrado los ojos a la llorada monarca tras su muerte y encabezado la comitiva fúnebre que recorrería las calles de Londres en 1901. Lo cierto es que con el sepelio de la idolatrada reina Victoria se sepultaba también toda una época y, con ella, los viejos lazos que emparentaban a una casa real con otra perdían todo su sentido y significado.

En la viñeta realizada por el irlandés Harry Furniss, el káiser aparece representado con todos los atributos propios de un déspota demoníaco. Uniformado, en pie, hollando con sus botas el globo terrestre, resulta muy significativo que una mano surgida del cielo sujete sobre su cabeza el aura de su poder. Ante el público británico la figura de Guillermo II era descrita con los viejos ropajes del absolutismo.

Un poder anacrónico y despótico cuya legitimidad seguía basándose en la idea de su origen divino. Para subrayar esta idea, el caricaturista coloca el trono de Dios, identificado con la palabra *Gott*, a la derecha del de Guillermo II ornamentado con el águila imperial.

El káiser preside con el pecho cubierto de medallas un carnaval del horror, en el que su rostro es también el de las criaturas de pesadilla que, bajo su mando, amenazan con destruir la paz mundial. La fiesta del horror orquestada por la codicia alemana despliega a lo largo y ancho del orbe conocido sus dantescas creaciones.

La primera de ellas, una especie de dragón acorazado, posa el furor de su mirada sobre territorio francés, al tiempo que sus garras ensangrentadas arrancan con furia una Bélgica desparecida prácticamente del mapa. Como una bestia apocalíptica surgida de la imaginación de un pintor medieval, sus fauces arrojan el fuego de su temible artillería.

En la parte superior de la escena, nos encontramos con otra de las alucinaciones diabólicas al servicio de la avidez alemana. Un siniestro dirigible surcando los cielos y sembrando la tierra de caos, pánico y dolor con sus mortíferas bombas. Para terminar, es el rostro del emperador alemán el del aberrante y desmesurado delirio que surca los mares dispuesto a tragarse cualquier embarcación, como un engendro ciego surgido de un tiempo primitivo y atávico.

Este es el horripilante espectáculo de muerte y tragedia desplegado por el káiser, la verdadera faz de una empresa bélica cuya primera prisionera es la verdad, disfrazada de carnaval, horrorizada y humillada, viéndose obligada a apoyarse en un bastón de bufón, símbolo de la mentira y la mascarada.

Lo que Harry Furniss nos ofrece en esta viñeta es la creación de un adversario cuyo rostro es el del demonio, despiadado e inhumano. Un malévolo cruce entre los instintos de las bestias, representados en las formas zoomórficas, y la perversa frialdad del maquinismo, encarnado por las nuevas armas protagonistas de tantas tragedias a lo largo del conflicto: los renovados cañones alemanes, los dirigibles y los submarinos, artefactos de muerte surgidos a la sombra de la primera gran conflagración mundial.

En definitiva, la enseñanza más evidente que cabe extraer de la viñeta de Furniss, quien ya se había distinguido en 1914 por ser el creador de uno de los primeros filmes animados de propaganda bélica, es que es difícil mantener el odio en sus más altas cotas si no privamos al enemigo de toda nobleza o humanidad. De esta manera, no solo es más fácil alimentar la

animadversión, sino que resulta lícita y plenamente justificable su destrucción. Una lección que sin duda mantendría su vigencia a lo largo del siglo XX y que, por desgracia, aún en nuestros días sigue gozando de gran predicamento.

***

19
Robert Minor

«Al fin, el soldado perfecto»
1916

Han transcurrido dos años desde que el entusiasmo propagandístico arrastrara a la guerra a miles de jóvenes. La prensa sigue sujeta a la censura militar y sus noticias no dejan de ser propaganda patriótica plagada de heroicidades y de aventuras galantes en tierra enemiga. Quien lea los diarios de los principales contendientes en cualquiera de los frentes apenas será capaz de asomarse a la tragedia desencadenada ya en lugares como Galipoli, Verdún, el Marne o Tannenberg.

Sin embargo, los testimonios que llegan desde el frente, los rumores anónimos y la mitología que paradójicamente creció sin freno en el mundo de la guerra industrial hablaban de una realidad distinta a la descrita en los frescos bélicos ofrecidos por la propaganda oficial.

Las leyendas fabulosas de apariciones de santos en la frontera franco-belga se entremezclaban con narraciones acerca de un gas letal que diezmaba las tropas. Los testimonios de enfermeras, médicos o de funcionarios que visitan el frente hablan de cientos de cadáveres amontonados en el lodo, de soldados agonizantes en la tierra de nadie, de llanuras peladas horadadas por los cráteres de las bombas, donde se entremezclan el olor de la pólvora, el azufre, la carne quemada y la podredumbre de los cuerpos en descomposición.

La guerra se ha estancado, su final no se ve cercano y los telegramas oficiales de defunción en el frente siembran de dolor los hogares de la retaguardia. La esperanza y el optimismo triunfalista van aminorándose a medida que la violencia se normaliza aumentando la incertidumbre, el miedo y la angustia, siempre diluidas entre el aluvión de noticias imprecisas, chismes y especulaciones sobre el frente.

Apenas extraña que frente al discurso oficial se abra paso una lectura diferente, opuesta a la matanza, comprometida en la crítica al militarismo y a la absurda disciplina que manda hombres a morir como ovejas al matadero. El socialismo, que desde el asesinato de Jean Jaurès en 1914 parecía haber pospuesto la ansiada revolución en favor de la causa nacional,

iniciaba ya una cada vez más clara oposición a la guerra, considerada como una fase más del capitalismo en expansión asentado sobre el sacrificio de una clase obrera reducida a mera carne de cañón.

No obstante, en los frentes europeos, la censura indisolublemente unida a la propaganda gubernamental seguía siendo demasiado fuerte como para que el discurso de oposición a la guerra pudiera generar un debate genuino entre la opinión pública. Muchas menos trabas existían para este tipo de debate en un país donde la polémica entre aislacionistas e intervencionistas ocupaba el centro de la actualidad política, como era el caso de los Estados Unidos de América.

Es en este contexto donde puede entenderse un trabajo tan directo y provocador como el de Robert Minor. Este caricaturista, famoso por su trabajo en el *New York World*, se había visto influenciado por el socialismo desde su juventud y no tardaría en emplear toda la fuerza de su ironía para burlarse de quienes defendían la entrada de Estados Unidos en el conflicto europeo.

Cuando en 1915 la línea editorial del periódico le ordenó cambiar el tono de sus viñetas para apoyar en ellas el esfuerzo bélico de los aliados en Europa, Minor abandonó el diario y puso sus lápices al servicio de la revista socialista *Masses*. La línea editorial de esta publicación ilustrada era de una feroz oposición a la primera guerra mundial, a la que contemplaba esencialmente como un conflicto en pos de los intereses de las grandes fortunas.

Cuando Estados Unidos entró en guerra en 1917, *Masses* fue objeto de una férrea censura, viéndose sometida al cierre en más de una ocasión acusada de intentar ridiculizar y minar el esfuerzo bélico de la nación. El propio Minor sería encarcelado en una prisión federal por esta viñeta, «At last a perfect soldier», publicada en el número 9 de la revista en julio de 1916.

La sátira de Minor mostraba a un médico militar desbordante de felicidad al haber descubierto un soldado perfecto: el cuerpo de un gigante musculoso sin cabeza y, por lo tanto, sin cerebro. De nuevo la caricatura

conseguía condensar en una imagen aparentemente sencilla, e incluso ingenua, una verdadera carga de profundidad capaz de cuestionar el discurso oficial sobre la realidad.

El soldado descabezado de Minor era un ataque mordaz contra una disciplina militar que, a menudo, se complacía en dictar órdenes absurdas o directamente imposibles de cumplir para cualquier persona capaz de examinar racionalmente lo que se le estaba exigiendo. Solo una máquina sin alma, pura fuerza bruta, no pondría en cuestión las órdenes recibidas en el frente.

Obedecer a ciegas, abandonar toda reflexión, ser tan solo fuerza bruta, músculo y carne en la batalla era lo que los oficiales requerían de los soldados. El mensaje de Minor era tan directo, tan dirigido a la misma esencia del ejército y la guerra, que su viñeta fue pronto considerada un verdadero escándalo, una falta de respeto y una injuria directa contra uno de los pilares del gobierno federal de los Estados Unidos de América.

Pero la carga de profundidad del trabajo de Minor iba todavía más allá, ya que si obedecer sin pensar era algo propio de necios descerebrados, la verdadera inteligencia debía residir en el cuestionamiento de las órdenes y en su incumplimiento siempre que estas fueran absurdas. Así, se ponía el dedo en la llaga de uno de los problemas que empezaban a sacudir los frentes de guerra: el de la deserción, la desobediencia o las autolesiones para ser enviados al hospital y poder huir de las trincheras.

Los consejos de guerra fueron tan frecuentes como expeditivos y las ejecuciones sumarias se contaron por cientos en ambos bandos. No era extraño que a los ojos de los reclutadores el soldado perfecto fuera aquel incapaz de pensar o de sentir, de tener miedo o deseo de rebelarse.

Mientras Minor cumplía su pena en una prisión federal, los ojos del mundo miraban conmovidos los sucesos que acabarían produciendo el derrumbe del frente ruso, precipitando la primera revolución socialista del siglo XX y la llegada al poder de los soviets de soldados y campesinos.

En el trasfondo de este acontecimiento crucial se sumaban el descontento de unos soldados cansados del trato arbitrario y brutal, sufrido a manos de unos oficiales dispuestos a enviarlos a una muerte segura, con las penurias sufridas en la retaguardia por un pueblo condenado a la miseria

y el hambre. Había sonado la hora de la revolución y su impacto se extendería por todo el continente sembrando entre muchos la esperanza de una gran alborada proletaria y entre otros el terror a la revancha, la violencia apocalíptica y la expropiación.

En 1919, Robert Minor sería puesto en libertad y como tantos otros intelectuales del momento, deslumbrado por el sol de la revolución, pondría rumbo a Rusia para contar a los suyos lo que estaba ocurriendo desde las páginas de su nuevo periódico, el *New York Call*.

***

20
Albert Hahn

«Ecce homo»
1918

Ahí tenéis al hombre. Sin rostro, enajenado, reducido a la triste condición de un ser instintivo y perverso, refugiado anónimo tras una máscara mezquina. La idea de progreso, según la cual la humanidad evolucionaba a un estadio superior de bienestar y felicidad, agonizaba hecha añicos en las trincheras.

Destrucción física y devastación moral son las consecuencias directas de la guerra mecanizada, hija del desarrollo tecnológico y la racionalidad industrial. La soberbia del intelecto, la adoración de la ciencia, nos arrojaba directos al abismo de la barbarie, el matadero industrial donde volvían a prevalecer los instintos irracionales: el miedo, la violencia, el odio.

Inmersos en la batalla, hundidos en el barro de las trincheras, los hombres no eran sino autómatas sometidos por la cerval tiranía del miedo, dominados por la superstición y la locura, tal y como Goya había pintado siglos atrás a la razón dormida. Albert Hahn maneja con crudeza un discurso claramente pacifista en el que la conflagración no tiene nunca culpables o vencedores. La guerra es el mal en sí mismo, la gran abominación.

Toda cualidad humana, cualquier resquicio de compasión o empatía quedaba sepultada por la máscara antigás, verdadero icono de la faz descarnada de la muerte. Una parca omnipresente tras las alambradas, en las zanjas hediondas donde se enseñoreaba, complacida en el espectáculo de las ratas paseándose sobre cadáveres henchidos, de cuencas vacías, que envenenaban el aire con sus emanaciones. Soldados con los nervios destrozados aguardaban el momento de matar o morir. Confinados en el hediondo muladar de la historia, alimañas tan solo preocupadas por la supervivencia, movidas por los más atávicos automatismos.

Ahí, ahí estaba el hombre, a la espera del instante fatal e imprevisible en el que una bala le arrancase la vida si era tan afortunado como para no verse mutilado por la metralla, reventado por un obús, reducido a un ente balbuciente y vegetal obligado a subsistir pegado a una máquina. Este es el mundo de pesadilla creado por el hombre de la modernidad, tan henchido

de orgullo por sus conquistas técnicas y científicas. Un universo poblado por criaturas deshumanizadas, reducidas a la inexpresividad de las caretas, como fantasmas surgidos ante la niebla tóxica del gas mostaza.

Quedaba ya muy lejos el tono complaciente, feliz, exultante del patriotismo propagandístico de 1914. Atrás, relegados como reliquias de un pasado remoto, desteñidos por el peso de los acontecimientos, yacían los colores estridentes, llamativos y alegres, antaño exhibidos en postales, carteles, octavillas y trípticos de reclutamiento. La negra sordidez de la contienda había logrado también imponerse en muchas viñetas donde apenas quedaba ya espacio para la risa o el humor. Solo el dolor era posible, una aflicción profunda y desesperada por el camino sin retorno emprendido hacia la defunción de la humanidad.

Para artistas como Albert Hahn, cercanos al socialismo, pero desconfiados ante cualquier imposición del dogmatismo o la rigidez ideológica, el pesimismo no era más que un modo de expresar la idea de que la extrema avaricia había conducido al mundo por la senda de la autodestrucción. No hay mayor símbolo de esta sinrazón que la trinchera y la careta antigás, metáforas icónicas de lo que más tarde será la memoria de la primera guerra mundial.

A pesar de que los soldados, transformados en máscaras sin identidad, se convirtieron en la más clara representación de la inhumanidad alcanzada bajo la sombra de la conflagración, esta guerra significaba también para muchos artistas e intelectuales un camino sin retorno hacia la decadencia de los valores de Occidente.

Una enfermedad moral, un enemigo invisible estaba devorando la vieja alma de la decrépita Europa bajo la bandera de la ambición y el odio. La prueba de ello no se encontraba solo en el campo de batalla, sino también en una retaguardia trocada ahora en un objetivo militar más, sometida al continuo fragor artillero, al pánico sembrado por los primeros bombardeos y a las estrecheces de una economía puesta por completo al servicio de la contienda.

De hecho, los combates cruentos, todo el espectáculo de muerte enloquecida ofrecido en cada parcela de terreno disputada por los contendientes, no parecían ser sino la culminación de un cáncer que había

ido apoderándose del pensamiento y la sociedad europeos desde principios del nuevo siglo. Falsedad, doblez e hipocresía latían bajo la apariencia suntuosa y bien pensante de las grandes urbes de principios del siglo XX.

Ahora, todas las deformaciones emocionales, todos los recuerdos reprimidos por el inconsciente descubierto por el profesor Sigmund Freud, volvían a hacerse presentes bajo el semblante angustioso de los espíritus quebrados por la guerra. Paralizados, obsesionados, con la mirada pérdida en el horror vivido. La llamada neurosis de guerra atestaba los hospitales militares de gentes con el alma llena de cicatrices, de huellas imborrables.

Hombres usados como metralla, juguetes rotos confinados en un laberinto terapéutico donde trataban de escapar de sus terrores, del miedo respirado cada minuto, cada segundo, cada instante. Sombras *cuyos recuerdos habían raptado los muertos*, esas muchedumbres cadavéricas con las que una vez convivieron bajo los esqueletos de árboles calcinados, entre las alambradas flotantes de la incierta geografía de la tierra de nadie, estéril, pelada y yerta.

«Ahí, ahí tenéis al hombre», grita la viñeta de Albert Hahn, como un espantapájaros ahuecado al que también hubieran arrancado los brazos, las piernas, las facciones borradas por la brutalidad de los obuses. Todos esos rostros sin mandíbula, de bocas sin dientes hundidas en el cráneo deforme, condecorados mendigos de efímera gloria condenados de por vida a reconstruir su faz de escayola ante el espejo.

La guerra, en definitiva, confirmaba para siempre la pérdida del viejo mundo burgués complaciente y confiado dejando una huella de desasosiego, temor y desaliento. La paz por llegar no mejoraría la sensación de pesimismo y crisis en la que la esperanza de concordia se veía ensombrecida por el nacionalismo ultrajado y revanchista, donde las perspectivas de nuevos avances democráticos sufrían el acoso de quienes aguardaban el advenimiento de una autoridad férrea y despótica.

Inmersos en este tiempo desesperanzado, apresados por la nostalgia de la tranquilidad del ayer y la desconfianza ante un futuro incierto, los hombres de Albert Hahn, fantasmas salidos de la oscuridad de la trinchera, pronto vagarían por el mundo de entreguerras. Su presencia, famélica,

invadida por el abatimiento pronto poblaría las desangeladas evocaciones bélicas de Otto Dix, los callejones desvencijados, siniestros y lúgubres de las urbes trazadas con el grueso pincel de George Grosz.

Ecce Homo, ahí tenéis al hombre, a los hombres de la guerra de trincheras, una generación entera sin alma, perdida para la vida, ganada para el dolor, el resentimiento y el olvido.

***

21
Will Dyson

«La paz y la futura carne de cañón»
1919

Exhaustas, sin aliento ni recursos tras cuatro largos años de encarnizado combate, las potencias enfrentadas sellaron el armisticio el 11 de noviembre de 1918. Ningún conflicto había ocasionado hasta ese momento tal cantidad de devastación y muerte.

Europa era un cementerio ruinoso donde se hacinaban millones de cadáveres, muchos de ellos anónimos. La primera guerra industrial impulsaba el nuevo culto al soldado desconocido, el héroe anónimo de la masa. Mutilados, tullidos y enfermos mentales suponían tan solo una pequeña muestra de la huella profunda dejada por un conflicto que había segado también las vidas de casi siete millones de civiles.

Se ansía la paz, un nuevo período de estabilidad y concordia capaz de devolver al mundo la risueña bonanza de los tiempos pasados. Un renacer de las cenizas inspirado en unas relaciones diplomáticas regidas por la transparencia, el respeto al derecho y la colaboración equilibrada entre las naciones. En esa dirección apuntaban los llamados «catorce puntos de Wilson», una serie de iniciativas destinadas a sepultar para siempre la posibilidad de otro conflicto a escala planetaria.

Para alcanzar este objetivo era necesario cerrar viejas heridas y crear un clima de confianza renovada en la diplomacia y el mercado internacional eliminando los tratados secretos, aminorando la rivalidad colonial y suprimiendo los aranceles comerciales.

Por otro lado, la reorganización del mapa europeo exigía tener en cuenta las renacidas aspiraciones nacionales de los pueblos antes vinculados a los viejos imperios ahora desintegrados. Para terminar, se hacía hincapié en intentar frenar la carrera armamentística y se creaba la Sociedad de Naciones, concebida como un organismo de arbitraje internacional con capacidad de disuasión y mediación en los hipotéticos conflictos que pudieran surgir entre naciones.

En esencia, las propuestas de Wilson pretendían cimentar el edificio de la paz sobre las bases del derecho y la ecuanimidad. Por desgracia, el idealismo wilsoniano, como un barco sin rumbo en medio de una tormenta,

habría de estrellarse antes de llegar a puerto frente a los acantilados del resentimiento y el revanchismo.

Todas las esperanzas ilusionantes de un nuevo mundo constituido por los principios de un internacionalismo pacifista quedaron truncadas nada más arrancar las negociaciones el 18 de enero de 1919. Los viejos agravios, las deudas pendientes y el ansia de venganza por la destrucción de vidas y bienes ocasionados por la guerra pesaron demasiado.

Una de las más firmes resistencias al plan de Wilson fue la de Georges Clemenceau, primer ministro de Francia, quien irónicamente menospreció las peticiones formuladas por Wilson argumentando que incluso el propio Dios no había hecho sino diez mandamientos. Para el representante francés, Alemania debía ser considerada como la única responsable de la guerra y, en consecuencia, debía pagar por ello. No bastaba con la pérdida de territorios como Alsacia y Lorena, por los que ambas potencias llevaban décadas litigando, también era necesario un castigo humillante. No solo sería sometida a un duro proceso de desmilitarización, sino que también debería pagar cuantiosas indemnizaciones de guerra.

Todos los tratados que salieron de las sesiones de Versalles siguieron un esquema parecido; los vencedores impusieron sus condiciones ejerciendo un desprecio degradante sobre los vencidos. Se entendió la paz como una oportunidad de desquite, una ocasión para represaliar a los derrotados.

No resultaba sorprendente que los acuerdos establecidos en París despertasen pronto el recelo, la desconfianza y el pesimismo. Quedaban en ellos demasiados rescoldos para el odio, excesivas cuestiones pendientes, lacerantes heridas sin cerrar.

La desconfianza en el resultado de la paz quedó ejemplarmente plasmada en esta viñeta de Will Dyson, publicada en el *Daily Herald* el 17 de mayo de 1919. En ella se aprecia en primer plano a Georges Clemenceau saliendo de la Conferencia de Versalles, seguido de Wilson, Lloyd-George y Vittorio Emanuele Orlando, representante italiano más tarde criticado con ferocidad por no haber conseguido imponer las reclamaciones de su país sobre los territorios irredentos.

Todos dirigen la mirada hacia una columna mientras Clemenceau comenta: «¡Qué extraño!, me ha parecido oír llorar a un niño!». Tras el soporte, se esconde el mensaje profético del dibujante, un muchacho sollozante de cara a la pared sobre el que puede leerse «Generación de 1940». A sus pies, tirado en el suelo, el tratado de paz suscrito esa misma tarde en Versalles.

Las lágrimas desconsoladas por la generación de 1940, expresaban con claridad la idea de que nada podía esperarse de una paz cicatera que, lejos de suponer estabilidad, conducía directamente a la antesala de un nuevo conflicto en el que se entregaría como carne de cañón a toda una nueva generación.

Las suspicacias despertadas por los acuerdos firmados en 1919 suponían la primera muestra de que se avecinaban tiempos difíciles e inciertos, en los que se haría muy complicado recuperar la añorada bonanza anterior a la guerra. Es más, los rencores y las rencillas del pasado se asomaban a un tiempo nuevo, un contexto renovado por completo en el que la democracia liberal pasaría por una profunda crisis, siendo cuestionada como sistema político más apropiado para la sociedad de masas.

Un desafío inquietante se proyectaba sobre Europa desde la Rusia soviética, contemplada por muchos deslumbrados seguidores como la llegada de un flamante paraíso proletario, que supondría el fin de la desigualdad y la explotación capitalista. Además, los viejos moldes sociales y culturales heredados del siglo XIX comenzaban a resquebrajarse frente al avance de una modernización impulsada por un acelerado cambio cultural y una arrolladora liberalización de las costumbres.

Entre los aspectos más destacados de estas transformaciones vertiginosas destacaba la presencia de un nuevo arquetipo femenino divorciado por completo del complaciente y tranquilizador molde del ángel del hogar decimonónico, liberando a la mujer de su confinamiento en la esfera privada para proyectarla hacia la pública.

Todos estos desafíos se contemplaban con terror y recelo por los nostálgicos del orden de antaño. Testigos impotentes de la sucesión concatenada de cambios, miraban asombrados a su alrededor interpretando lo acaecido como un proceso acelerado de decadencia y degradación, capaz

de poner en entredicho la propia supervivencia de Europa. Implorando el regreso de una autoridad fuerte y vigorosa, que fuese capaz de salvar al continente del naufragio, pronto volverían sus miradas sobre líderes, caudillos y redentores de quienes esperaban el rescate y la resurrección de una patria enferma y amenazada.

Este drama tardaría años en desarrollarse, pero la ironía profética de Will Dyson no se había equivocado. Versalles fue sin duda el primer acto que contribuyó de manera notable a todo el desarrollo de la trama.

***

DE UNA GUERRA A OTRA. LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

Una bombilla tenue titila al final de una recta negrura asfaltada. La luz no resulta tranquilizadora, carga la atmósfera de sombras y concede a las paredes una inclinación estilizada y angulosa, propia de un decorado expresionista. Por una puerta entreabierta se escapa, bulliciosa, una cadencia jazzística.

Flanqueando el umbral de un local en penumbra, un tullido veterano de guerra marcado por profundas cicatrices aguarda con la mano extendida la llegada de nuevos clientes. Dentro, una neblina de tabaco difumina una escena propia de cabaret. Mujeres de cabellos cortos pasean largos escotes mientras observan a los recién llegados. Ángeles azules, vampiresas sensuales, criaturas nocturnas de ambigua sexualidad, pueblan los confines de la noche en las grandes ciudades europeas.

La escena podría haberse tomado prestada de un tríptico urbano de Otto Dix, pero también de un paisaje fotográfico del París nocturno de Brassai o del Berlín confuso y vertiginoso de George Grosz. Todas ellas componen un himno de colores y formas en las que la metrópoli es la gran protagonista. Una sinfonía de imágenes y sonidos como la compuesta por el dadaísta Walter Ruttmann en honor de Berlín en 1927.

Una partitura en la que se mezclaban el vértigo y la velocidad, el dinamismo y las multitudes capturadas por el celuloide para admiración de un público maravillado por el deslumbrante haz de luz de los proyectores cinematográficos. La tecnología puebla las grandes avenidas en forma de automóviles y tranvías, ocupa la imaginación y los hogares con nuevos productos, coloniza las fábricas sometidas a la disciplina férrea de la mecanización y la organización tecnológica.

No parece haber techo ni límite alguno para la capacidad humana de domeñar a la naturaleza, de someterla a su dictado, de doblegarla mediante la titánica y compulsiva labor de unas multitudes cosificadas, en las que los individuos se disuelven, convertidos en meras piezas de la gran masa máquina.

La modernidad fascina, pero también asusta y provoca rechazos viscerales. El idealismo con el que se había recibido la paz chocaba con la realidad sórdida posterior a Versalles. Una civilización que había conseguido los mayores logros tecnológicos se había desangrado en un conflicto bárbaro. Europa se moría de vieja, inmersa en una decadencia profunda; era una ruina moral, un cuerpo enfermo asistiendo a su propia descomposición. Nada quedaba de los viejos ideales y valores que la habían hecho grande, inmensa, dominadora de pueblos, territorios y naciones.

El temor se extiende entre las élites, que ven declinar su viejo dominio, pero también entre los campesinos, incapaces de competir con la invasión de productos importados a gran escala de otras latitudes y cada vez más constreñidos por una burocracia estatal invasora, escrutadora y reglamentista. Tampoco es menor el descontento de los pequeños artesanos cualificados anteriores a la guerra, a la producción en cadena de las grandes fábricas y a la competencia desproporcionada de los grandes almacenes.

Todo parece conducir hacia el abismo. Los artistas escandalizan mostrando en sus obras lo que hasta entonces había permanecido oculto bajo el espeso velo de la doble moral. Las normas académicas de la belleza y la creación son menospreciadas, dinamitadas, pulverizadas por la irracionalidad, el sentimiento, el azar.

La emancipación de la mujer, presente en la esfera pública, dueña de su cuerpo y de su destino, se contempla como un síntoma más de un ocaso confirmado por la caída demográfica. La identificación de natalidad y sabia vital de la nación conducirá a la preocupación eugenésica según la cual un pueblo racialmente sano será un pueblo fuerte, blindado contra la degeneración.

En no pocos países de Occidente se pusieron en marcha programas masivos de control biológico de la población mediante los cuales miles de personas adictas al alcohol o a las drogas, con enfermedades mentales, congénitas o hereditarias, fueron sometidos a la esterilización forzosa.

Imponer sobre los cuerpos el control del Estado debía ser el primer paso para mantener el equilibrio racial frente a la amenaza de un inconsciente, cuyo protagonismo había sido remarcado desde principios de

siglo por los trabajos de Sigmund Freud o de Carl Gustav Jung. De hecho, la psicología social no había dejado de subrayar la importancia de lo irracional como espoleta motivadora de las masas.

El peso del instinto sobre el comportamiento colectivo no solo hacía más comprensible tragedias como la guerra, sino que convertía a esta en una de las pulsiones connaturales a la esencia humana. Esta idea constituía un gran varapalo para la línea argumentativa pacifista, según la cual el hombre se guiaba siempre por la razón.

Si el conflicto era inevitable, sustentado por pasiones irrefrenables, quienes habían experimentado la gran conflagración terminada en 1918 aguardaban ahora para ser testigos de un futuro enfrentamiento cuya capacidad devastadora sería inconcebible. Esta percepción sembró las conciencias de desasosiego y pesimismo.

Una desesperanza agudizada aún más por la certeza de que el regreso a los años de bonanza económica no era sino un espejismo inmerso en un agreste desierto de miseria, deudas y estancamiento. El gran crac de la economía estadounidense en 1929 vendría a corroborar esta premisa, cayendo como una losa sobre las tímidas expectativas de una mejoría europea, asaeteada ahora por la ausencia de crédito, el paro y la hiperinflación.

La exasperación se adueñó de unas sociedades al límite del descontento. No tardaron en alzarse voces clamando por cambios radicales, desacreditando a una democracia inerme, caduca e incapaz de reaccionar ante los nuevos desafíos de su tiempo. Los conservadores, temerosos de una modernidad concebida como una amenaza contra sus privilegios, anhelaban el regreso de una autoridad fuerte, capaz de frenar las transformaciones y devolverles a su añorada tranquilidad de antaño. Mientras, quienes habían visto en la revolución soviética el pistoletazo de salida para instaurar el paraíso en la tierra, se aprestaban a hacer todo lo posible por adelantar la llegada de ese utópico renacer.

«Renacimiento» era la palabra articulada en todos los discursos y mítines por líderes y caudillos de todo signo. Veteranos de guerra y jóvenes seducidos por los relatos de camaradería y virilidad de los tiempos de acero aplaudían y jaleaban las intervenciones. Eran el combustible donde

prendería la tea de una nueva sentimentalidad, dispuestos a desplegar todo un arsenal persuasivo con una única finalidad: el secuestro emocional, la devoción total, la entrega absoluta a la causa.

La *edad de los extremos* había comenzado. Como el autómata andrógino de la *Metrópolis* de Fritz Lang, al igual que el maníaco hipnotizado del doctor Caligari, las masas se apresuraban al precipicio de un apocalíptico combate.

Narcotizadas por una propaganda inoculada a través de la aguja hipodérmica de los nuevos medios, los descarnados personajes retratados por Dix o Grosz, consumiéndose a sí mismos en las noches sin sueño de las grandes urbes, se disponían a sacrificarse en el nuevo altar de las ideologías totalitarias sometiendo a la democracia a un desafío sin precedentes.

***

22

James N. Rosenberg

«Dies Irae»

1929

El gong de la bolsa de Nueva York anunciando la apertura del mercado de valores no sonó aquel 29 de octubre de 1929 como el resto de los días. Con su reverberar metálico se difundían a los cuatro vientos la ansiedad, la angustia y el ansia desenfrenada de deshacerse de acciones y participaciones a cualquier precio.

Aquella fecha fue para muchos una especie de juicio final financiero, un apocalipsis bursátil iniciado con el desplome de las acciones y continuado con la delirante visión de unos caballeros que, embutidos en sus perfectos trajes de hombres de negocios, saltaban por las ventanas de los rascacielos como negros heraldos de lo que aún estaba por venir.

Para muchos, aquel sonido metálico que abría día a día las sesiones en Wall Street significó el final de toda una época. Terminaba una etapa de prosperidad nacida con pies de barro, una era en la que toda la sociedad americana parecía girar despreocupada al ritmo de un frenético charlestón.

Mientras Europa luchaba por recuperarse de la parálisis económica infligida por la gran guerra, al otro lado del Atlántico, la fiesta del consumo, de la producción y de los beneficios a cuenta de la especulación bursátil no parecían tener fin. Eran los días del Gran Gastby, tan superficiales como endebles, tan felices como efímeros, tan decadentes como el propio sueño americano, abocado a su colofón en forma de pesadilla extrema, de consumación acelerada de una danza dislocada, ejecutada inconscientemente sobre un precipicio.

Despertar del mejor de los sueños para vivir la más terrible de las pesadillas acentuó la sensación de caída, de catástrofe repentina, de hecatombe de dimensiones míticas. Como un terremoto, un ciclón o una plaga extraída del Antiguo Testamento, el estallido de la burbuja especulativa se cernía sobre Estados Unidos poblando el porvenir con los más negros presagios.

Así aparece representada esta litografía de James Rosenberg titulada «Dies Irae», una visión tenebrosa de aquel jueves negro en el que los arrogantes rascacielos del poder económico se quiebran como frágiles

estructuras, desplomándose sobre una turba de ciudadanos despavorida. En el cielo, los cuervos parecen aprestarse a un festín siniestro siguiendo la oscura estela trazada por los negros trajes de los suicidas, mientras el horizonte aparece fragmentado por un gran relámpago de desesperación.

Abajo, una multitud envuelta en oscuridad se agita en una carrera sin rumbo, como una estampida de animales llevados por el pánico. No hay rostros que puedan distinguirse entre la masa porque esta tan solo tiene una faz: la del terror. Estamos lejos aquí nuevamente de las amables viñetas que persiguen arrancar la sonrisa, la carcajada o la ironía, quizá ni siquiera estemos ante una caricatura, sino ante el trabajo de un artista que construye ahora su obra con la materia prima tradicional del caricaturista.

Un grabado como el de Rosenberg solo era posible desde que a finales del siglo XIX y, con mayor frecuencia tras la primera guerra mundial, el arte se rebelase contra el estrecho corsé de la academia, acercándose a fenómenos como el cartelismo, la publicidad y la caricatura. La exageración en el físico para denunciar vicios de la época, las expresiones deformadas para evidenciar la angustia, el miedo o las carencias morales de personajes eran hasta ese momento recursos propios del caricaturista, explotados por movimientos como el expresionismo, el dadaísmo o el surrealismo.

Caricatura y arte se miraban ahora cara a cara, confluían adueñándose el uno del otro acortando la distancia entre ambas. Así lo demuestran tendencias y movimientos como la nueva objetividad de Otto Dix, las pinturas y dibujos de Egon Schiele o el surrealismo de Max Ernst, influido directamente por caricaturistas como Grandville.

Retomando una tradición iniciada por Francisco de Goya, Rosenberg recurre al grabado para denunciar la crueldad de un sistema económico que se desmorona sobre los ciudadanos, convirtiéndolos en sus primeras víctimas. Una lectura que encajaba a la perfección con la profesión de abogado ejercida por el artista, quien conocía de primera mano los casos de muchas personas arruinadas con el estallido de la burbuja especulativa.

Al igual que la propia sociedad estadounidense, el resto del mundo interpretó el gran crac de 1929 como un cataclismo que cuestionaba la supervivencia y fiabilidad del capitalismo en sí. Mientras los marxistas

celebraban el inevitable colapso, los conservadores arremetían contra el irracionalismo y el caos desatado por unos mercados desprovistos de todo control.

Como un gigantesco efecto dominó, la onda expansiva de la quiebra estadounidense se extendió de un confín a otro del continente europeo, donde grandes bancos cerraban o eran intervenidos en Austria, Alemania, Italia, Hungría o Checoslovaquia. El espectro del frenazo productivo y comercial acabó de un plumazo con las tímidas iniciativas de colaboración internacional puestas en marcha para buscar una solución conjunta a la crisis.

La Conferencia Económica Mundial de Londres, celebrada en 1933, constituiría un rotundo fracaso, incapaz de ofrecer cualquier alternativa al nacionalismo económico triunfante en unos países obcecados en salvar solo y exclusivamente su tejido productivo. La solidez, estabilidad y unidad del mercado mundial tardaría años en recuperarse, mientras que las agresivas políticas arancelarias desplegadas por los diferentes estados acabarían por sumarse al listado de agravios y rencillas aún abiertas tras la Conferencia de Versalles.

Pero el rostro más trágico de todo este proceso fueron las terribles consecuencias humanas sufridas por los ciudadanos a lo largo y ancho del mundo. Operarios ante las puertas cerradas de unas fábricas inactivas, campesinos sin tierra, vagabundos, mendigos y niños famélicos componían una multitud astrosa y desamparada, hacinada a las puertas de los comedores sociales y hogares de beneficencia.

Algunos de ellos, rescatados de entre la masa de desheredados por las cámaras de Dorothea Lange o Lewis Hine, catapultarían a la fotografía como gran documento social de una época de desesperanza y pobreza. Muchos sintieron una profunda decepción con la política tradicional a la que hacían responsable de sus misérrimas condiciones de vida y se vieron atraídos por los cantos de sirena del totalitarismo.

El ascenso del fascismo no puede ser explicado tan solo atendiendo a la economía, pero la crisis económica desatada en 1929 contribuyó de manera decisiva a que su semilla pudiera germinar en el desánimo, la

desesperación y el rencor de miles de personas sometidas a la pobreza, el paro y la profunda percepción de haber sido abandonados a su suerte por un sistema ajeno a sus males y preocupaciones.

***

23
John Heartfield

«Guerra y muertos a montones. La esperanza de los ricachones»
1932

El diafragma de una cámara, como un fantástico ojo mecánico capturando el pasado. Apenas ha transcurrido un siglo desde su presentación en la Academia de las Ciencias de París y ya se ha coronado como reina indiscutible de los quioscos. La fotografía, como nuevo medio de expresión e información, ha ganado el corazón de la masa.

No hay acontecimiento singular, evento o protagonista que haya sido capaz de resistirse a su hechizo. Un objetivo centrado en la evolución histórica de Alemania desde la derrota de Versalles hubiera congelado en cientos de instantáneas la marcha vertiginosa de una nación hacia la fragmentación social, el colapso institucional y el respaldo entusiasta a los quiméricos proyectos del nazismo.

Como una Gorgona contemporánea hubiera inmovilizado en el celuloide la incapacidad de la derecha alemana para edificar un partido conservador legítimo, capaz de aglutinar a católicos y protestantes. A buen seguro habría captado la fragilidad histórica del liberalismo alemán, el profundo rencor almacenado tras la derrota humillante y la confusión, el pánico que buena parte de la clase media experimentó hacia una modernidad concebida como una amenaza. Además, también habría atestiguado una profunda fragmentación de la izquierda entre la arraigada socialdemocracia y un emergente comunismo. Una ruptura ensanchada por el rencor tras la violenta represión de la insurrección espartaquista de 1919, ejecutada con la aquiescencia de los socialdemócratas y profundizada por la imposición del rígido modelo estalinista.

El obturador de nuestra particular cámara del tiempo podría detenerse ahora en 1932. Alemania sufre los brutales efectos de la crisis económica, los marcos no valen nada, con ellos pueden empapelarse habitaciones o llenarse carretillas. La polarización política se traduce en ruidosas refriegas callejeras, peleas de cervecería que, en más de una ocasión, dejan a un joven de chaqueta de cuero o camisa parda tendido sobre los adoquines, convertido al instante en un nuevo mártir de la causa con el que seguir alimentando la hoguera del odio.

El voto de castigo a la incompetencia de una derecha alemana incapaz de trascender su autocomplaciente imagen de elitismo conservador, se traduciría en el mejor resultado arrancado por el partido de Hitler en unas elecciones libres. La democracia alemana se veía constreñida a resolver un paradójico dilema: permitir el ejercicio de la democracia a quienes esperaban el momento de asesinarla desde dentro.

Aún no ha llegado el tiempo de las conversiones en masa a la nueva fe del nacionalsocialismo. La mayor parte de los obreros siguen identificándose con la socialdemocracia, aunque el descontento con la política institucional ha llevado a muchos a los brazos del nuevo partido comunista. Unos y otros sobreviven en los límites de la penuria, el desempleo crónico y la militancia.

Para todos, resulta de gran importancia que se conozca la sórdida realidad en la que viven confinados, testimoniar los padecimientos, la solidaridad, las vivencias comunes, su voluntad de resistir. El nuevo testigo de la clase obrera será la fotografía, el arte popular que deberá contar al mundo con rigurosa objetividad su condición y fuerza.

No podía haber mejor informe de la realidad que una instantánea natural, espontánea, sin posados, sin posiciones forzadas, sin decorados ni ensayos. La misión del fotógrafo proletario no era otra que la de capturar la verdad desnuda, objetiva en toda su descarnada autenticidad. Entregados a esta nueva causa, surgirán en Alemania las asociaciones de fotografía obrera. Bajo su óptica, el mundo era una continua escisión entre el nosotros y un ellos absoluto encarnado por la burguesía. Entre ambos, se situaba un Estado que violaba una vez tras otra sus pretensiones de neutralidad poniéndose de lado de la minoría dominante.

A sus ojos, las revistas ilustradas populares no eran sino un simulacro de la decadente cultura burguesa destinadas a intoxicar y entretener a los trabajadores con distracciones banales. Era necesario contrastar su influjo con publicaciones como la *Arbeiter Illustrierte Zeitung (AIZ)*, cercana al mundo comunista. Sin embargo, *AIZ* no se limitó a ser una simple revista de partido llena de largos artículos teóricos alejados de la realidad obrera. Su acierto consistió en centrarse en los intereses reales de sus lectores, mostrando una actualidad más apegada a la cotidianeidad y los gustos de

los trabajadores. En 1932 tenía ya una tirada de medio millón de ejemplares obteniendo un elevado número de ventas que la convertirían en la revista proletaria más importante de Europa. Gran parte de su éxito se lo debía a la omnipresencia de las imágenes, transformadas en sus páginas en verdaderos editoriales sin texto.

A pesar de sus fundamentos teóricos, defensores de una estética cercana al realismo socialista, los editores de *AIZ* no desdeñaron las ocasiones para ofrecer a sus lectores imágenes simbólicas que, sin embargo, plasmaban a la perfección el ideario anticapitalista del comunismo. Así puede apreciarse en las portadas que John Heartfield realizó para la publicación obrera. Este artista, impulsor de la técnica del fotomontaje, enlazaba a la perfección el discurso revolucionario del obrerismo con las nuevas propuestas formales y artísticas de movimientos vanguardistas como el dadaísmo.

En esta imagen publicada el 24 de abril de 1932, Heartfield ahondaba en el discurso pacifista de raigambre internacionalista. Sobre el espacio desolador de la batalla, una hiena desafiante se muestra satisfecha con su cosecha de muerte. Implacable y voraz carroñera, su sombrero de copa y su medalla al mérito militar la identifican rápidamente como la encarnación de la alianza entre capitalismo y militarismo.

Es cierto que el artista ha empleado un nuevo medio, el fotomontaje, pero lo ha hecho con dos de los recursos típicos de un caricaturista: la exageración y la animalización. Heartfield es un vanguardista, pero su creatividad emplea códigos fácilmente entendibles por una cultura popular acostumbrada a la sátira política a través de la caricatura. Más allá del grabado, el dibujo o el cartel de propaganda, la ironía y la burla ahora también pueden expresarse mediante el fotomontaje.

No pasaría mucho tiempo para que la obra de Heartfield se empeñara en combatir con todas sus fuerzas al nacionalsocialismo triunfante. Un movimiento, satirizado también con técnicas propias de la caricatura y cuya interpretación presentaba al *Führer* y a sus seguidores como a criaturas bastardas en manos de las élites tradicionales.

La lectura del fotógrafo alemán surgía de la constatación de que sin el puente de plata tendido por la derecha y los grandes empresarios alemanes hubiera sido muy difícil para Hitler hacerse con el poder, pero dejaba en el aire una cuestión espinosa y de difícil resolución, cómo había sido posible que el pueblo llano, el ciudadano corriente e incluso aquellos que habían leído con frecuencia *AIZ* antes de la ascensión de Hitler secundaran con pasión, entrega y convencimiento la delirante política del líder.

Puede que las cámaras atrapen el pasado, pero jamás podrán cerrar las preguntas que nos hacemos sobre él para intentar comprenderlo.

***

24
Kem

«Todos dictadores»
1936

Diciembre de 1936. Como siempre, se aguardan con expectación las celebraciones propias de la época. Sin embargo, aquellos días los mensajes tópicos de esperanza y buena voluntad se vieron empañados por negros presagios. El panorama político internacional teñía de oscuro el blanco optimismo navideño. Como cada año, el dibujante Kimon Evan Marengo, más conocido por su acróstico Kem, editaba su habitual tarjeta de Navidad dedicada a captar la esencia política del año.

El resultado fue este Mussolini transformado en una loba capitolina ataviada con el traje fascista y de cuyas ubres se alimentan unas dictaduras aún en pañales. Adolf Hitler, con solo tres años en el poder ya se mantiene en pie, pero viste todavía el camisoncito de bebé y aún tiene alguna dificultad con la verticalidad de su brazo. Junto a él, Kemal Atatürk ha cambiado el fez típico de su país por una chistera y un conjunto de frac mucho más apropiados para su proyecto de modernización capitalista.

Encorsetadas por el tópico, aparecen las figuras de Ioannis Metaxas, emulador del fascismo de Mussolini en Grecia, y de Francisco Franco, quién tras orquestar un golpe de Estado para acabar con la joven democracia española se perpetuaría en el poder tras una cruenta guerra civil. El primero muestra el carácter militar de su régimen vestido con el traje tradicional del ejército griego, mientras el segundo alcanza de un salto la ubre fascista esquivando la embestida de un toro, materialización de la resistencia española.

Muy representativa de la imagen de Franco, construida por la caricatura aliada durante la segunda guerra mundial, es esta semblanza de un tirano folklórico con pantalones de torero y espadón decimonónico, encaramado a las mamas de la *lupa capitolina* buscando protección y ayuda militar. El último en llegar es Oswald Mosley, parlamentario británico que, tras ir dando bandazos de un partido a otro, sería deslumbrado por la tercera vía mussoliniana hasta el punto de fundar en 1932 la Unión Británica de

Fascistas. Si Hitler y Atatürk tienen los pies firmemente anclados en el suelo, los menos experimentados como Mosley necesitan de una escalera para encaramarse al nutricio seno ideológico del fascismo.

¿Qué es lo que había sucedido en todo el mundo durante los años treinta para que muchos países buscaran en regímenes dictatoriales, autoritarios o militares la salida a la profunda crisis de entreguerras? ¿Cómo puede explicarse la fascinación ejercida por el fascismo italiano?

Tras la primera guerra mundial, profundas fracturas sociales, políticas y culturales sacudían el entramado del liberalismo democrático. En Europa, el miedo a la expansión de la triunfante revolución rusa, a la creciente secularización y a los grandes procesos de cambio en la organización económica y productiva fueron poderosos argumentos para legitimar una virulenta reacción conservadora.

Las élites tradicionales, intranquilas ante la merma de su poder, compartieron temores con pequeños artesanos y campesinos propietarios ante la disolución de un mundo del que habían obtenido progreso económico y consideración social. Junto a ellos, la Iglesia no dejaba de advertir sobre los males de una sociedad moderna responsable de peligros como la emancipación de la mujer y la consecuente destrucción de la familia tradicional.

Viejos enfrentamientos como el de clericalismo y anticlericalismo resucitaron en no pocas naciones, atizados por la omnipresencia de una revolución rusa, que no solo era posible, sino que había sorteado con acierto, aunque a un alto precio en vidas humanas y represión, la fase más dura de la recesión económica de 1929, planteando una alternativa económica al capitalismo.

De este modo, no tardarían en escucharse las primeras y desesperadas invocaciones a un poder fuerte, a un líder capaz de imponer una disciplina férrea frente al caos de las viejas estructuras liberales. A este llamado responderían dictaduras de corte tradicional, con un peso trascendental del ejército, erigido de nuevo en salvador providencial de la patria, como sucedió con Primo de Rivera en España o con Miklós Horthy en Hungría. Sin embargo, en Italia, el liderazgo de Benito Mussolini conseguiría

integrar bajo un mismo partido el sindicalismo violento de Sorel, el resentimiento de los excombatientes en la primera guerra mundial y el efectismo retórico y estético de los intelectuales futuristas.

El 23 de marzo de 1919 en el Salón de Actos de la Alianza Comercial e Industrial de Milán nacía una nueva propuesta política cuya pretensión no solo era la de rebasar el vetusto marco de un parlamentarismo calificado de estéril, sino también declarar la guerra a un socialismo al que acusaban de haber renunciado a la patria. Quienes en aquellos años leyeran el programa del fascismo italiano, no tardarían en darse cuenta de que se encontraban ante una especie de socialismo nacionalista, en el que además se rendía culto a la juventud y la violencia, encarnadas ambas por el recuerdo ensalzador de la camaradería de trinchera.

El atractivo del fascismo radicaba en ofrecer mucho más que un partido político tradicional. Quienes formaban parte del *movimiento*, como muy pronto empezó a denominarse, encontraban en él una identidad colectiva, unos rituales compartidos, un camino trascendente hacia un nuevo orden basado en la jerarquía, el corporativismo social y la omnipresencia de un líder todopoderoso.

No obstante, ni siquiera el propio Mussolini pudo llegar al poder sin contar con las viejas estructuras de poder. La mítica Marcha a Roma del 16 de octubre de 1922, en la que el aclamado líder ni siquiera participó, fue en realidad un perfecto y orquestado ejercicio de propaganda de todo modo imposible sin el previo acuerdo de la corona, el ejército y gran parte de la élite empresarial.

Quizá lo más impactante de la acción política del fascismo no fue su conquista del poder, a medio camino entre la connivencia con las estructuras tradicionales y una violencia despiadada contra la oposición, sino su capacidad para destruir paso a paso la democracia desde dentro con el apoyo y la entrega de millones de ciudadanos corrientes.

No resultaba extraño que un espectador coetáneo viera en todas las dictaduras establecidas en el continente a mediados de los años treinta la sombra alargada del fascismo, la gran loba capitolina que los acogía y los amamantaba. Poco importaban entonces las cuestiones de matiz, las

diferencias grandes o sutiles que solo el transcurso del tiempo y la agudeza intelectual de historiadores y científicos sociales constataron después entre regímenes muy diferentes entre sí.

Para Kem, como para muchos de los ciudadanos del momento, se cernía sobre el mundo una era crepuscular en la que el sol político de la democracia parecía ponerse para siempre. Desde Europa Central hasta los Balcanes, desde la Turquía de Atatürk hasta la China del Kuomitang o el Japón imperial dominado por el ejército, a mediados de los años treinta, todos dictadores.

***

EL LARGO CAMINO HACIA LA DEVASTACIÓN. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Asomarse al abismo, abrir *una filial del infierno en la tierra,* avanzar hacia la configuración delirante de un mundo imaginado por hombres aherrojados por la locura. Así describieron algunos dibujantes y artistas el mundo de la segunda guerra mundial. Un viaje sin retorno al corazón de la inhumanidad, a la más negra oscuridad del alma humana, agazapada en la mente del verdugo, del asesino común que aprieta el gatillo, del funcionario gris que le ordena hacerlo desde una oficina, mientras garabatea informes impolutos para contar el número de asesinados, de deportados, de condenados a morir por hambre y extenuación en los cientos de campos de concentración dispuestos a lo largo de la cruenta geografía de la infamia.

No hubo nada inevitable en el camino trazado hasta llegar a esta nueva catástrofe. Nada estaba escrito, pero los procesos que tuvieron lugar a lo largo de todo el período de entreguerras reabrieron viejas heridas y activaron enfrentamientos latentes. La primera guerra mundial y la revolución rusa de 1917 ponían punto y final a toda una época, sellaban el ciclo de transformaciones políticas, sociales y económicas que habían alumbrado la sociedad industrial, capitalista y de masas.

Un tiempo distinto se abría tras la experiencia soviética. Una era marcada por el miedo a la expansión internacional del comunismo. Para muchos, un renovado marco para el enfrentamiento entre reacción y revolución, una fase más de una *guerra civil europea* iniciada en 1914. Lo original de este innovador conflicto era la perversa mecánica que conectaba indisolublemente el contexto internacional con contiendas intestinas, que desgarraron a las naciones implicadas.

Esta internacionalización de conflictos internos ya se había plasmado con anterioridad en la guerra civil española, donde las profundas raíces históricas nacionales encajaban a la perfección en el complicado puzle de una crisis internacional de la que la propia España acabaría siendo escenario y prólogo. La República española, abandonada a su suerte por unas grandes democracias empeñadas en apaciguar a Hitler, será la primera gran víctima de la denominada *edad de los extremos*.

Apenas un año después, las democracias europeas despertaban muy a su pesar del complaciente sueño de la contención pacífica. No había espacio para la neutralidad en el maximalista universo de las ideologías totalitarias, dispuestas a edificar dos renovados proyectos imperiales bajo el signo de la utopía racial o de la dictadura del proletariado. En la consecución de la perfecta sociedad futura no cabían vacilaciones ni medias tintas.

El pacto germano-soviético suscrito por unos supuestos enemigos acérrimos parecía dar alas a las pretensiones nazis de conquistar su espacio vital, su ansiado *Lebensraum* al este de Europa, mientras alimentaba el sueño estalinista de devolver a la URSS los antiguos territorios del imperio del zar. Siguiendo esta lógica, no resultaba extraño que el estallido de la guerra trajera implícitas otra serie de contiendas paralelas. Movimientos de resistencia a la ocupación, enfrentamientos civiles entre colaboracionistas y resistentes, un complejo e intrincado mosaico de conflictos, que fragmentó las sociedades en una miríada de facciones. Fue esta particular naturaleza de la guerra la que confirió a la vida en retaguardia su particular sello de violencia y crueldad. A las penurias materiales sufridas bajo las economías de guerra, se unieron los fuertes mecanismos de coerción y propaganda que todos los estados desplegaron para someter cualquier atisbo de disconformidad o crítica.

Aunque esta sensación resultó más evidente y cruenta en los países ocupados, tampoco la ciudadanía de las naciones democráticas quedó eximida de una pesada sensación de angustia ante la omnipresente presencia del enemigo a todas horas, en todas partes, vigilando cada gesto, escuchando cada conversación, atisbando cualquier muestra de debilidad para asestar un nuevo golpe. Todo este engranaje acabó por edificar unas sociedades sometidas al silencio, condenadas a un perpetuo pánico ante la delación, la alargada sombra del espionaje o el temido enemigo emboscado. No hubo medio de comunicación que no se plegase al discurso uniformador de la propaganda y hasta las conversaciones de café o los rumores fueron atentamente vigilados por los servicios secretos.

La guerra, iniciada el 1 de septiembre de 1939, convirtió muy pronto a las grandes ciudades de las naciones implicadas en objetivos militares. El fuego llovía del cielo derritiendo edificios, calcinando los cuerpos,

desatando airadas tormentas de llamas devastadoras. Escombros, cenizas y calles transformadas en improvisadas morgues componían el escenario de un conflicto destinado a intentar doblegar la resistencia de la población civil.

Se construyó así la imagen de un enemigo privado de toda humanidad, atroz e inmisericorde en su tarea de destrucción. Los prejuicios raciales, forjados a lo largo de toda la experiencia colonial, desarrollados durante los años veinte por la obsesión eugenésica empeñada en evitar la decadencia racial de las naciones, no tardaron en nutrir la creencia de que los rivales eran una amenaza para la propia supervivencia, una infección a la que era lícito eliminar como a cualquier plaga de parásitos, como a los microorganismos causantes de las epidemias, con un método científico e implacable.

Este tipo de argumentación sirvió para plantear la conflagración en términos darwinistas, una lucha apocalíptica a vida o muerte por la supervivencia, que alcanzó las más altas cotas de brutalidad en el este de Europa. Fue así como se llegó a un punto de no retorno hacia el horror del asesinato en masa de millones de inocentes, incluidos los casi seis millones de judíos exterminados por la maquinaria nazi. El más despiadado e irracional discurso racista se revistió de ciencia para justificar las matanzas de minorías étnicas a lo largo y ancho del mundo, desde los Balcanes a la contienda del Pacífico en el que tanto Estados Unidos como Japón recurrieron al argumentario racial para justificar la destrucción del adversario.

La atrocidad se cernió sobre unas víctimas rebajadas a la condición de ganado. Obligadas a pagar con sus bienes las balas que habían de segar sus vidas, confinadas en campos de prisioneros donde morían a causa del maltrato, el frío, la extenuación y el hambre, sometidas a todo tipo de morbosos experimentos pseudocientíficos. Estas particulares páginas de la iniquidad no fueron exclusivas de la demencia nazi, aunque sí que les corresponde el dudoso privilegio de poner en marcha las primeras instalaciones destinadas exclusivamente a la destrucción industrial de vidas humanas.

Cuando parecía haberse llegado a los límites mismos de la barbarie, la humanidad asistió paralizada por el terror al impacto traumático de los bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. El mundo había vivido la peor de las pesadillas solo para despertarse en la oscuridad más lóbrega. Devastación, ruinas y cenizas presidían un mañana anegado por la fantasmal presencia de una mortandad sin precedentes. Una vez más, la civilización, el progreso técnico y científico solo parecía haber servido para incrementar una capacidad de destrucción ahora ilimitada.

Con un grito desgarrador, un aullido existencial aterrado, el ser humano afrontaba la nueva era atómica constatando que el final de la guerra no había acabado con los conflictos, ¿sobreviviría el mundo a su propio poder de destrucción?

***

25
Clyford Berryman

«Me pregunto cuánto durará la luna de miel»
1939

Analistas, ideólogos, legiones de expertos y eruditos son a menudo sorprendidos por la irrupción en la historia de lo inesperado. Aquello que nadie hubiera sido capaz de creer, lo insospechado arrasando con las certezas, sembrando de dudas la conciencias, poniendo en entredicho lo que durante años había sido una cacareada e incontrovertible verdad. Como en una pesadilla distópica, el avión de Ribbentrop aterrizaba el 20 de agosto de 1939 en el aeropuerto de la capital del socialismo mundial, engalanado para la ocasión con miles de ondeantes banderas con la cruz gamada.

Tres días más tarde se sellaba oficialmente el pacto germano-soviético. Sobre el papel no era más que un tratado de no agresión, en realidad ocultaba las pretensiones rupturistas de ambas potencias respecto al orden europeo sellado por Versalles. El objetivo no era otro que repartirse las áreas de influencia en el este de Europa y los estados independientes de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumanía.

A partir de ese momento, los dos regímenes totalitarios de Europa, antes enfrentados a muerte, rivales aparentemente irreconciliables, se ponían de acuerdo para hablar un lenguaje común. En este nuevo idioma compartido, era difícil distinguir diferencia alguna en el discurso de ambos sobre su vecina Polonia, a la que contemplaban como un vástago ilegítimo y monstruoso del tratado de Versalles. Apenas había dado tiempo para que las asombradas democracias occidentales digirieran la noticia cuando vieron en ella la señal inequívoca de una nueva conflagración aproximándose a pasos agigantados. Un periodista británico, destacado en Alemania, llegó a describir el pacto Ribbentrop-Molotov como *el tañido fúnebre del imperio británico*.

Espoleado por la imagen de un renacimiento imperial, Hitler había iniciado en 1938 una carrera expansionista dinamizada por una ambición carente de límites. Primero había sido la añorada unión con Austria o *Anschluss*, llevada a cabo mediante una magistral mezcla de propaganda, agitación y presión militar sobre las fronteras del país vecino. Más tarde, y bajo la coartada ideológica de la defensa de la minoría alemana, llegaría la

toma de los Sudetes, ratificada por los acuerdos de Múnich, y la posterior invasión de Checoslovaquia. La inerte democracia checa claudicaría en el frío amanecer del 15 de marzo de 1939, cuando las tropas alemanas entraron en una Praga cubierta por un manto de nieve y de silencio. La implacable maquinaria bélica de la *Wehrmacht* abría rodadas como cicatrices sobre el suelo helado, aplastado por la sucesión mecánica de tanques y camiones.

El siguiente paso era Polonia. De hecho, el pacto rubricado con la Unión Soviética dejaba libres las manos a ambas potencias para dar rienda suelta a su rapacidad territorial y política. Alemania pensó que las democracias occidentales volverían a titubear, permitiendo de nuevo la ocupación y olvidando el compromiso adquirido para defender al pueblo polaco ante cualquier ataque. De este modo, Hitler estaba seguro de que sus pretensiones podrían materializarse si sellaba su acuerdo con la Unión Soviética. Por su parte, Stalin no solo ansiaba recuperar los territorios perdidos en Brest-Litovsk, sino que también mostraba su avidez por el este de Asia, donde el rival a batir era Japón.

La ocupación de Polonia se esperaba de un momento a otro. La coartada ideológica y propagandística encontrada esta vez por los nazis volvió a ser la minoría alemana de la ciudad libre de Danzig, codiciada por el *Reich* no solo por su valor estratégico, sino también por constituir otro de los símbolos asociados a la humillación sufrida en Versalles.

La invasión de Polonia se producía el 1 de septiembre de 1939. Dos días después, Francia, Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda declararon la guerra a Alemania, secundadas más tarde por Sudáfrica y Canadá. Una vez más, los esfuerzos diplomáticos, el progreso técnico y los avances científicos y culturales no eran suficientes para frenar la caída de la humanidad en un nueva espiral de muerte y aniquilación. La segunda guerra mundial había comenzado.

No obstante, su inicio no pareció alterar en nada la estrategia de Alemania y la Unión Soviética respecto a la indefensa Polonia. La resistencia polaca se derrumbó ante el empuje común de los dos ejércitos invasores. El 17 de septiembre de 1939, el desconcierto y la perplejidad volvían a sacudir a un mundo paralizado por el estupor ante el espectáculo

más increíble. Soldados de la *Wehrmacht* y del Ejército Rojo confraternizaban en un desfile conjunto de la victoria tras encontrarse en mitad de una Polonia arrasada y desaparecida del mapa político.

Era el momento apoteósico y eufórico de la luna de miel de esta extraña pareja caricaturizada por Clyford Berryman el 9 de octubre de 1939 en el W*ashington Star*. Ambos aparecían en su viñeta como una acaramelada pareja de recién casados, extasiados el uno con el otro, dedicándose tiernas miradas y melifluas sonrisas. Dispuestos a compartir e intercambiar todo, hasta sus sagradas ideologías encarnadas por las insignias. Sin embargo, el dibujante dejaba patente que era una comedia, una fingida pantomima, un matrimonio de conveniencia. De ahí que en el pie de la viñeta se preguntase con ironía cuánto había de durar la luna de miel. Una cuestión que reflejaba la incertidumbre despertada por una relación diplomática abocada desde un primer momento a la deslealtad.

Resultaba difícil creer en un Hitler que respetara el acuerdo germano-soviético renunciando a su gran sueño, encontrar en el este de Europa el ansiado *Lebensraum* o espacio vital. Sobre este suelo, conquistado tras un combate apocalíptico con los soviéticos, acabaría edificando un renacido imperio alemán, un *Reich* eterno e invencible, dominador y triunfante, plasmación definitiva de la utopía racial hitleriana. Según esta delirante visión, un pueblo de señores, constituido por hombres de pura raza aria, gobernaría sobre todo el este europeo convenientemente germanizado y reducido a la mera función de granero de una colosal Alemania.

Por otro lado, el acuerdo firmado con los soviéticos anulaba el pacto anticomintern ratificado con Japón en 1936. De hecho, el imperio del sol naciente ya había sufrido una derrota a manos del Ejército Rojo y sus aliados mongoles en 1939. La ambigua posición alemana significó mucho más para los japoneses que una fracasada escaramuza fronteriza. La inquietud por la precaria situación de su nación, sometida a los vaivenes estratégicos de Hitler, desató en Tokio una tormenta política que acabó con varios gabinetes ministeriales. Japón aguardaba impaciente, expectante y ansioso la traición de Hitler sobre sus nuevos aliados.

El resto del mundo asistía con angustia y horror a las preocupantes noticias sobre una Polonia ocupada en la que se libraba una guerra ideológica destinada al exterminio de una nación, mediante la eliminación sistemática de sus élites militares e intelectuales. La alianza nazi-soviética costaría la vida a doscientos mil ciudadanos polacos y la deportación a casi un millón más. En palabras de Goebbels, *Polonia estaba acabada*, había dejado de existir. Por primera vez, la capacidad devastadora del nuevo conflicto mostraba a la humanidad su verdadero rostro. Lo que aún se desconocía es que el infierno no había hecho sino comenzar.

***

26
David Low

«Los chicos del coro»
1940

Si algo había distinguido al siglo xx desde sus inicios era el pujante protagonismo adquirido por las masas, convertidas en el sujeto social por excelencia. Conocer los resortes escondidos de su comportamiento, desvelar la mecánica de su funcionamiento y la forma de actuar ante diferentes estímulos iba a convertirse en uno de los más apasionantes desafíos abiertos para investigadores, científicos, filósofos y artistas del momento.

Las masas eran las protagonistas absolutas de una nueva era. Su poder era comparable al de una fuerza de la naturaleza, muy beneficioso debidamente encauzado pero letal si conseguía desbordar los límites que la contenían. Publicistas y propagandistas políticos habían aceptado el reto de seducirla, persuadirla o conseguir su aquiescencia.

La increíble respuesta alcanzada por las campañas movilizadoras desplegadas durante la primera guerra mundial revistió a la propaganda política de un prestigio deslumbrante. Manejar las conciencias de una nación entera, atinar en el pleno centro de sus emociones para dirigirla allí donde se quería, conquistar el poder político, mantenerse en él o incluso usarlo para hacer realidad cualquier utópica propuesta parecía posible si empleabas los medios, los profesionales y el lenguaje apropiado.

Durante los años veinte y treinta del siglo xx el desarrollo de la gran prensa de masas, del cine y de la radio, como medios especialmente indicados para dirigirse a las multitudes, transformaron la comunicación en una de las grandes batallas para quienes luchaban en la arena política. La facilidad para dirigirse simultáneamente a grandes audiencias, el poder de evocar emociones en ellas, de conmoverlas o de movilizarlas aludiendo principalmente a los sentimientos deslumbró a líderes políticos de todas las naciones e ideologías.

La propaganda política pasó a ser un elemento indispensable dentro de la estructura de poder, pero así como en los países democráticos podía ser siempre sometida a crítica y contrarrestada por opiniones distintas o radicalmente opuestas, en las dictaduras totalitarias se vio sometida a un

férreo control destinado a acallar cualquier disidencia. Mientras que en la democracia parlamentaria la noción de opinión pública se asentaba en el principio de vigilar los abusos de poder y perseguir el bien común mediante el contraste de pareceres, en las dictaduras totalitarias surgidas de la Europa de entreguerras la disparidad de voces y juicios se consideraban un síntoma de debilidad, una cualidad propia de un sistema difunto y periclitado, una absurda coral de voces disonantes, incapaces de tomar decisiones, estériles y destinadas al fracaso anunciado de la vieja política.

Desde el punto de vista del nuevo orden político, la opinión pública era una rémora a sustituir por la propaganda totalitaria. Esta se concebía como una sustancia inoculada a través de una aguja hipodérmica, capaz de sumir a las grandes masas en un trance hipnótico provocándoles una especie de nueva revelación, una verdad con mayúscula, inalterable e inalienable frente a la que no podía tolerarse titubeo, duda o tibieza alguna.

Someter a la opinión pública a una estricta vigilancia, imponer sobre la prensa la doble mordaza de la censura y la consigna, adueñarse de todos los medios de comunicación a fin de repetir sin pausa los mismos mensajes con un único objetivo: crear un mundo de ficción en el que la realidad quedaba distorsionada a la medida de las pretensiones propagandísticas. Como afirmaba Joseph Goebbels, «la propaganda trataba la realidad para crear irrealidad».

No resulta sorprendente que fueran los nazis, inspirándose claramente en el modelo soviético, quienes más énfasis pusieron en la importancia de la propaganda como uno de los pilares sobre los que debía reposar el nuevo estado nacionalsocialista. El propio Hitler consideraba que la derrota de Alemania en la primera guerra mundial se había debido a la superioridad de la propaganda aliada, y Goebbels la juzgaba vital para comprender el ascenso de los nazis al poder.

De ahí que David Low presentara el 11 de julio de 1940 su particular visión de la propaganda totalitaria en el *Evening Standard*. Un Hitler, que ya ha infligido a Francia una humillante derrota y sometido a la aislada Inglaterra a una lacerante y angustiosa campaña de destrucción mediante los bombardeos, dirige el coro formado por Mussolini, Stalin y Franco.

Sin el más mínimo desafino, las tres voces entonan la misma canción, según el tempo marcado por los servicios de propaganda nazi. Stalin, en virtud del pacto germano-soviético aún vigente secunda risueño los gorgoritos de dictadores como Mussolini, completamente supeditados a las directrices alemanas. Llama de nuevo la atención la aparición de un Francisco Franco miniaturizado, reducido al tamaño de un dictador mínimo, tal y como lo denominaba la diplomacia británica.

Bajo la batuta de Hitler, todas las agencias de prensa repetían al unísono la misma cantinela, una jaculatoria que sonaba reiteradamente a través de las emisoras de radio de todas las naciones ocupadas o sometidas a la enorme influencia de los servicios de propaganda nazi, cuyos omnipresentes agentes presionaban para difundir su mensaje por los más variados medios.

Según la satírica lectura de David Low, era la voz de la Alemania nazi la que hablaba a través de los diarios de sus cómplices y aliados, la que se amplificaba a través de cientos de emisoras distribuidas a lo largo y ancho del continente, representadas en la viñeta por el micrófono, al que el conjunto de los dictadores se dirigen siguiendo las instrucciones de su director. Uniforme y monolítica, la propaganda totalitaria se atenía al homogéneo discurso triunfalista y amenazador de un Hitler en el cenit de su poder.

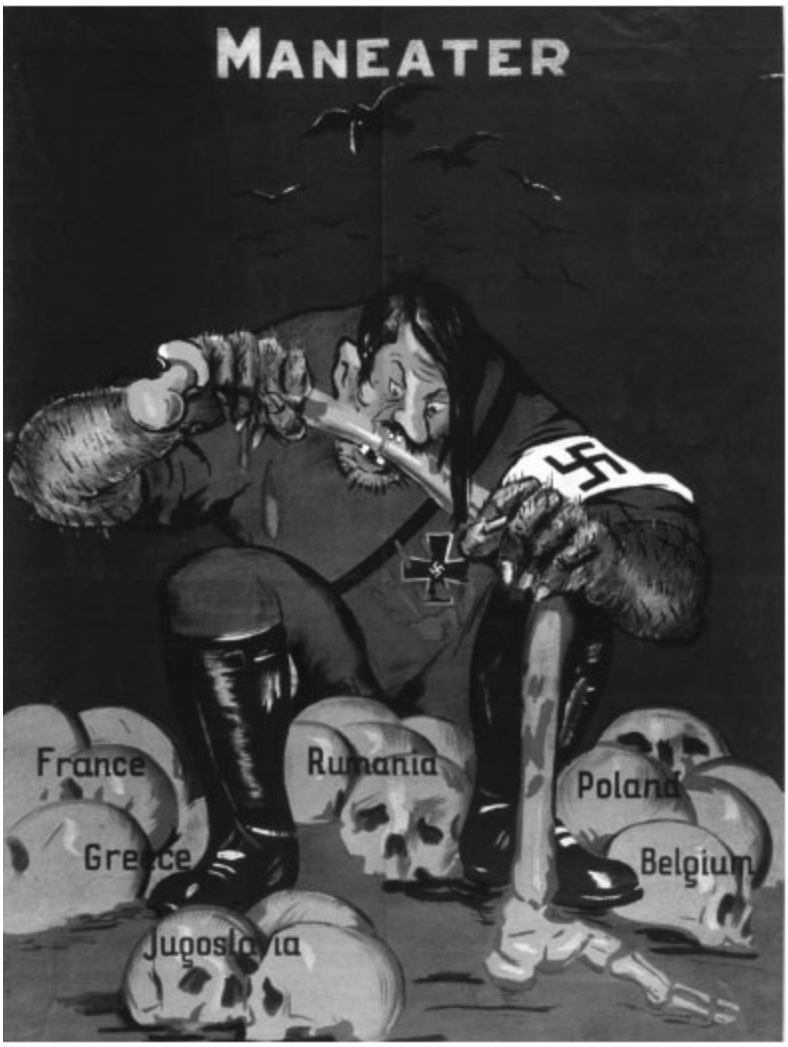
No obstante, no habría de pasar mucho tiempo para que el monocorde discurso del totalitarismo se viera afectado por grandes disonancias. Apenas un año después de que Low publicara su viñeta en el *Evening Standard*, los tanques de la *Wehrmacht* atravesaban por sorpresa la frontera soviética el 22 de junio de 1941. La armonía risueña, la camaradería coral quedaba hecha pedazos y el coro totalitario se fragmentaba irremisiblemente.

Al igual que la contienda militar, la batalla propagandística habría de recrudecerse cuando la Unión Soviética dejó de ser un aliado y se convirtió en el más enconado enemigo. El inicio de la guerra apocalíptica que había de librarse en territorio soviético, no solo abrió una brecha en la coraza de invencibilidad mostrada por la Alemania de Hitler hasta el momento, sino que comenzó a evidenciar los puntos débiles de un proyecto propagandístico al que se creía todopoderoso.

Cuanto más resistían los soviéticos, más en entredicho quedaban las mentiras diseñadas por Goebbels. La aguja hipodérmica del émbolo propagandístico era muy eficaz cuando la suerte le sonreía y las campañas militares se saldaban con triunfos, pero las supuestas verdades de la propaganda quedaban muy erosionadas cuando las evidencias y la realidad las desmentían. Sin que nadie aún pudiera saberlo, la Operación Barbarroja librada por Hitler para invadir la Unión Soviética supuso el principio del fin de la Alemania nazi y, junto a ella, irían cayendo paulatinamente todas sus mentiras, sus ínfulas retóricas y sus orquestadas campañas.

***

27
Boris Yefimov



«El ogro»
1941

Joseph Goebbels remarcaba que el 20 de junio de 1941 había sido la misma fecha elegida por Napoleón Bonaparte para que su *Grande Armée* invadiera Rusia. Sin duda, se trataba de una extravagancia de la historia, un capricho que no dejaba de ser desasosegante. El pacto germano-soviético era ya papel mojado. La dictadura de Hitler emprendía un camino sin retorno hacia la radicalización ideológica en la que la barbarie cometida en el exterior corría de manera paralela a la desatada en la propia Alemania.

La empresa de eutanasia racial nazi encajaba perfectamente con el tono de barbarie inhumana por el que se distinguiría la contienda en el frente oriental. Una lucha de exterminio, un conflicto por la supervivencia planteado en términos apocalípticos que tenía su perfecta correlación con el derrumbamiento de todas las garantías legales acometido por el régimen nazi contra la justicia alemana. La acción criminal directa, sin escrúpulos ni frenos, se había puesto en marcha presidida por la obsesión de la higiene racial con la que se pretendía purificar la sociedad. Mientras tanto, desde las cátedras y el mundo académico alemán, con los historiadores a la cabeza, se alentaba, se legitimaba y se aplaudía la guerra de exterminio llevada a cabo en el este, equiparando las campañas militares con una operación quirúrgica.

La ocupación del territorio polaco había brindado un verdadero campo de pruebas para lo que habría de ser la posterior expansión alemana en la Unión Soviética, sustentada sobre una ideología anclada en la mentalidad colonial. Si el propio Hitler había afirmado que Rusia habría de ser para Alemania lo que la India había sido para el Reino Unido, el método elegido para hacerse con el nuevo territorio se inspiraba en el de Estados Unidos, donde los colonizadores habían exterminado a los nativos imponiendo una regenerada sociedad basada en el modelo de superioridad racial.

En la cosmovisión hitleriana, la Unión Soviética debía desparecer tras una guerra de aniquilación librada a sangre y fuego, una nueva *cruzada* definida prácticamente en términos cósmicos en la que las fuerzas arias del

fuego habrían de enfrentarse a los poderes del hielo, identificados con el enemigo judeobolchevique, adversario de la luz, oculto bajo las sombras heladas de la infinitud soviética.

Este enfoque del conflicto permitía entender por qué la más reiterada legitimación para la invasión de la Unión Soviética fue la de la guerra preventiva. Un concepto acuñado por el propio Hitler con el fin de presentar el conflicto como inevitable e irremisible. Un proceso incontrovertible ante el que solo cabía una salida: atacar primero con el fin de dañar al enemigo antes de que este tomara la iniciativa.

Solo desde este punto de vista puede atisbarse el verdadero trasfondo de un conflicto que iba mucho más allá de las armas, enfrentando también a dos concepciones antagónicas de ver el mundo y a sus respectivas campañas ideológicas y propagandísticas. El choque entre dos credos diametralmente opuestos, la radicalización de los discursos y la experiencia de brutalidad experimentada en la ocupación de Polonia desató el miedo mutuo a la captura, reforzando aún más la idea de que el combate se libraba a vida o muerte.

Resultaba lógico que la radicalización se transmitiera también a las campañas propagandísticas emprendidas por ambos bandos para representar al adversario. Unos tintes aún más agresivos al recordar que el ahora enemigo despiadado no era sino el aliado reciente. La traición convertía al contrincante en alguien todavía más relacionado con la falta de respeto al honor, la ley y las convenciones propias de las naciones civilizadas. La deslealtad y la ingratitud tendían a despojarlo de sus rasgos humanos aproximándolo a la mera animalidad, un ser bajo, sin conciencia, guiado tan solo por sus más primarios instintos.

Así fue captado por el arte de Boris Yefimov en el cartel *The Maneater*, publicado en 1941. Hitler, sentado sobre un montón de cráneos y rodeado de un charco de sangre, roe con expresión despiadada los restos de una pierna humana. Solo sus rasgos faciales son reconocibles, ya que su anatomía parece la de una criatura de pesadilla, un ogro o un yeti cubierto de pelo, cuyas extremidades terminan en unas manos zafias de afiladas y toscas uñas. A sus pies, yacen una serie de metafóricas calaveras rubricadas con el nombre de los países sometidos al yugo nazi: Francia, Bélgica,

Rumanía, Yugoslavia, Polonia, Grecia, todos víctimas del devorador de hombres, un ser primigenio y brutal movido tan solo por su insaciable voracidad.

Con esta descarnada caricatura, Yefimov se muestra deudor de la tradición, alimentada durante la primera guerra mundial, según la cual Alemania encarnaba la quintaesencia de la brutalidad, muy alejada de sus presunciones culturales. Pero también añade elementos tendentes a remarcar la bestialidad de un enemigo que, a pesar de esgrimir el argumento de la superioridad racial, queda rebajado al rango de la animalidad mediante su transformación en un caníbal opuesto a cualquier atisbo de civilización. De hecho, no pocas caricaturas y carteles destinados a la propaganda de guerra realizados por Yefimov denunciarían el absurdo contrasentido del discurso racial de los nazis, exagerando toda clase de defectos físicos de quienes decían personalizar la perfección aria.

Lo que entonces desconocía el dibujante es que la intervención en Rusia de la *Wehrmacht* supondría el principio del fin de la dictadura hitleriana. El estancamiento y los progresivos reveses sufridos en el frío suelo ruso se dejarían sentir muy pronto en la retaguardia alemana. De hecho, la franqueza de la correspondencia remitida desde el frente a los hogares puso en cuestión la propaganda triunfalista de Goebbels. Las confesiones llegadas del frente, repletas de necesidades y vicisitudes, preocuparon tanto a las autoridades alemanas que se sometieron a censura, viéndose obligados sus autores a reflejar las cualidades *viriles, duras y claras* de todo soldado alemán en el frente. La batalla librada en Rusia estaba resultando una dura prueba para la Alemania de Hitler, no solo por las dificultades militares, sino también porque estaba abriendo fisuras en su hasta entonces bien asegurada fortaleza propagandística.

Todo lo contrario sucedía, sin embargo, en el lado de Stalin. El padrecito iba adquiriendo a los ojos de su pueblo una dimensión mítica, convertido en un gigante capaz de apelar al espíritu de la gran madre patria frente al invasor, un genio militar inasible al desaliento en su labor de resistencia.

Al mismo tiempo que Hitler conducía a su país a la más devastadora de las derrotas, comenzaban a ponerse en juego las condiciones que darían al traste con su régimen. Muy pronto, su propio Estado Mayor asistiría entre el asombro y la estupefacción al progresivo desgaste de la figura de su *Führer*, convertido en un ser tembloroso, colérico, enfermo y demacrado, que dirigía divisiones fantasma contra un enemigo superior en todos los frentes. Esta transformación también iría reflejándose en la paulatina evolución sufrida por las caricaturas que de él realizarían los aliados. El devorador de hombres, inspirador del terror, la rabia y el odio más cerval, apenas era ya reconocible en el pelele vapuleado, apaleado y ridículo, protagonista de los retratos satíricos más habituales hasta el final de la contienda.

***

28
Boris Yefimov

«La lección de Stalingrado»
1944

Según la pseudocientífica cosmovisión del nazismo, todo el universo conocido se había originado como resultado de una brutal colisión en el espacio entre una gigantesca esfera ígnea, aún más colosal que el propio sol, y un gigantesco satélite helado. De la violenta explosión habría surgido el propio sistema solar.

Esta explicación, elaborada a medio camino entre la ciencia y la mitología, sirvió a los teóricos nazis para presentar el combate con la Unión Soviética como un duelo entre las dos fuerzas primigenias del universo. Asumiendo que su régimen representaba el renacimiento solar, el imperio del fuego, Hitler identificaba a los rusos con el hielo, lo cual explica que concibiera en términos cósmicos la derrota sufrida en Stalingrado.

Mística esotérica aparte, el titánico choque librado por ambos ejércitos entre agosto de 1942 y febrero de 1943 resultó decisivo al privar a los nazis de los valiosos recursos petrolíferos del Cáucaso. La viñeta de Boris Yefimov, publicada en 1945 como parte de su obra *Hitler and his gang*, muestra con cruda ironía la posición del general Paulus, cabeza visible del VI Ejército, atrapado en la ratonera roja de los soviéticos.

La lectura de la batalla realizada por la caricatura responde perfectamente a uno de los grandes principios de la propaganda soviética del momento. Frente a un ejército alemán representado en sí mismo por su general, lo que prima en la armada soviética es el colectivo, el esfuerzo conjunto de los hombres anónimos luchando por una gran causa común, personificados en el cepo bermellón cerrado en torno al cuello de Paulus.

Lo cierto es que la metáfora de la trampa para ratones, más allá de su significado simbólico, venía a representar a la perfección lo que Stalingrado implicaría para la suerte de Alemania en la segunda guerra mundial. Mientras la moral de los soviéticos parecía inquebrantable, incrementándose cada vez más gracias al apoyo logístico recibido de los aliados y a la llegada del invierno, la de los alemanes se hundía ante la evidencia de su aislamiento y progresiva debilidad.

Muchos soldados alemanes se dieron pronto cuenta de que la esperanza de ver el firmamento ruso oscurecido por la flota aérea del mariscal Goering cargada de víveres y ropa de invierno había muerto tiempo atrás. Condenados por el hambre y el frío glacial, apenas eran capaces de distinguir en la desoladora inmensidad helada el inicio de caminos y carreteras. La costumbre de señalizarlos con los restos de caballos congelados confería al paisaje un aspecto de pesadilla irreal, de macabro escenario en el que la presencia de la muerte se hacía omnipresente a cada paso, amontonando cadáveres en las ruinas calcinadas de calles y edificios.

No resulta extraño que muchos testimonios de quienes vivieron en medio de aquella delirante alucinación hayan descrito la batalla de Stalingrado como *la fosa común del ejército alemán*. Un infierno helado surcado por una miríada de deflagraciones que sembraban la atmósfera glacial con incendios, cascadas de llamas devastadoras vomitando antorchas humanas, resistentes en la defensa de sus posiciones hasta la propia ignición.

Stalingrado determinó desde su inicio en 1942 el curso de todos los frentes de la guerra mundial, pero también supuso un giro en la propaganda soviética, centrada a partir de entonces en la historia de la gloria rusa, de la victoria aplastante de un titán y no en el sufrimiento y las humillaciones vividos por los ciudadanos corrientes. A estos se les veía como protagonistas no de una guerra por el comunismo, sino de *una gran guerra patriótica* cuyo origen se rastreaba en un pasado mítico aireando la inacabable pugna entre eslavos y germánicos. Era la misma gesta de Alexander Nievski derrotando a los teutones, la misma resistencia llevada hasta el límite del sacrificio que había expulsado a Napoleón Bonaparte. Stalin se convirtió en una personificación viviente de la patria, cuya estatura como genio militar creció desmesuradamente.

Muy al contrario, en Alemania la inminencia de la derrota disparó la crisis moral e hizo cada vez más difícil cerrar el abismo entre la burda propaganda triunfalista y la evidente realidad vivida en los frentes. A partir de este instante, la propaganda cambió de rumbo pasando de la fe ciega en la victoria a la defensa de la patria contra la bestia roja, enfangándose en

cada posición, luchando por cada palmo de terreno. Con razón Victor Klemperer hizo notar en su diario la desaparición para siempre en la prensa alemana del término *Blitzkrieg*. La *guerra relámpago* se había acabado, había cambiado de bando y ahora pertenecía a los *jinetes de bronce* del Estado soviético.

Lo que sí unió a los discursos de las dos potencias enfrentadas fue la difusión de un exacerbado culto al martirio heroico y a la muerte, que envolvió toda la retórica propagandística en torno a la batalla librada en Stalingrado. La insistencia de Hitler en el aguante a toda costa, aún a riesgo de perder fuerzas vitales que necesitaría más tarde para sustentar el esfuerzo bélico, mostró hasta qué punto su personalidad se alejaba de la realidad en un proceso paralelo al que su liderazgo sufría con respecto a la sociedad alemana.

Más pragmático que su *Führer*, el general Paulus, acabó por entender el sinsentido que suponía acabar sacrificándose por una victoria imposible y se rindió incondicionalmente al alto mando soviético el 2 de febrero de 1943, lo que ocasionó la estupefacción de un Hitler incapaz de entender a un oficial que había elegido el cautiverio en lugar del suicidio.

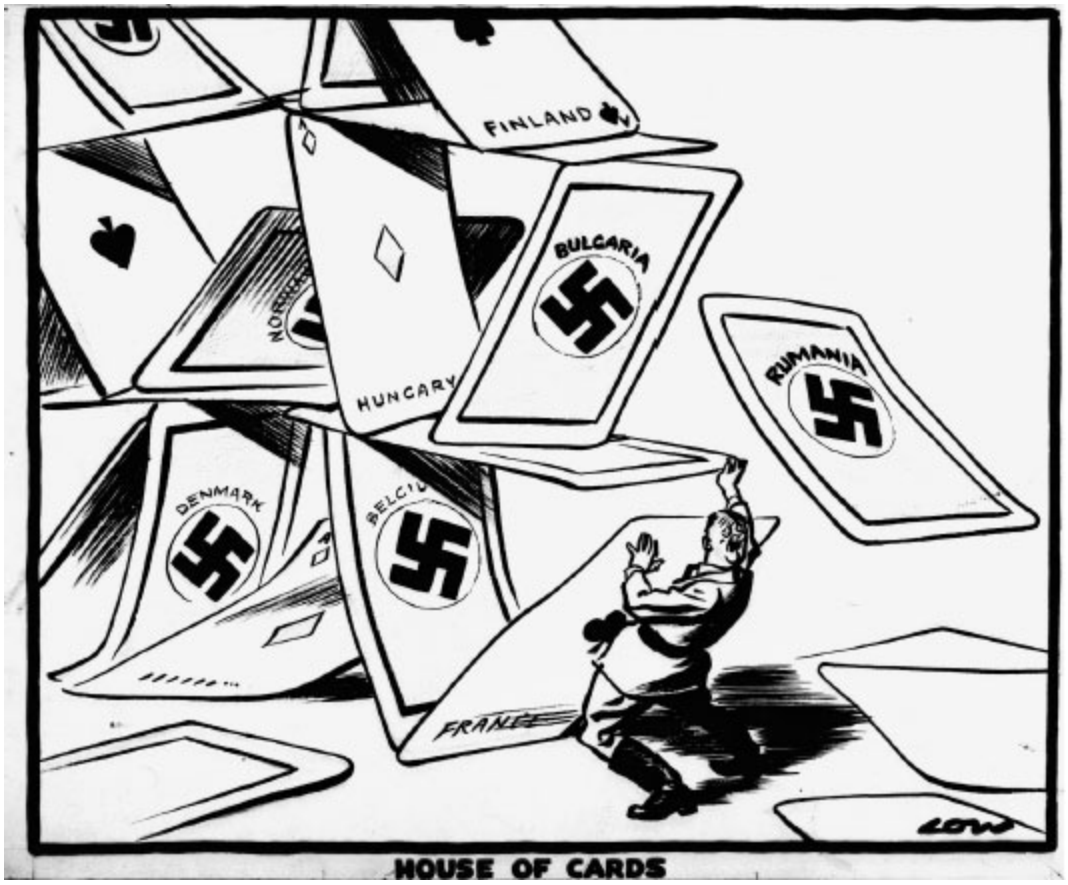
La gran ratonera dispuesta sobre el VI Ejército de Paulus había acabado de cerrarse desatando un cambio vertiginoso en el rumbo seguido hasta ese momento por la conflagración. Como dejaría escrito Vasili Grossman, si cada época había tenido una urbe capaz de encarnar su espíritu y voluntad, «durante unos meses de la segunda guerra mundial, esa ciudad fue Stalingrado».

A partir de ese momento, el Tercer Reich se desplomaría paulatinamente sufriendo un revés tras otro, pese a la férrea oposición brindada por el ejército alemán. Tanto en Oriente como en Occidente, las posiciones de Hitler fueron derrumbándose como un castillo de naipes barrido por el viento de la fatalidad. Atrás, alejados de los nuevos clarines de victoria que impulsaría la Operación Bagration puesta en marcha por los soviéticos el 22 de junio de 1944, quedaban las más de ochenta mil bajas alemanas y el millón de muertos del bando soviético. Ninguno de ellos

llegaría nunca a conocer la trascendencia histórica de la batalla en la que dejaron la vida, aquella inmensa trampa mortal de fuego helado, hambre y muerte representada por el trazo vivo y ágil de Boris Yefimov.

***

29
David Low



«Castillo de naipes»
1944

Habían transcurrido tres años desde la invasión de la Unión Soviética por parte de la *Wehrmacht*. Lo que al principio pareció ser un triunfo fulgurante, se convirtió pronto en una extenuante batalla frente a un enemigo de una solidez pétrea. El tiempo jugaba en contra de Alemania, incapaz de mantener un esfuerzo desgajado en múltiples frentes.

1943 fue un año negro, lleno de reveses para las pretensiones del Tercer Reich. Las derrotas en Stalingrado y El Alamein resultaron decisivas, no solo porque ofrecieron una gran ventaja estratégica, sino también por despertar un entendimiento mayor entre los aliados. Fruto de esta creciente voluntad de acuerdo nació el compromiso de mantener el esfuerzo bélico conjunto hasta la rendición incondicional del nazismo. Quedaba así cercenada cualquier probabilidad de acercamiento entre Alemania y las potencias occidentales para combatir juntos al comunismo. Una posibilidad barajada incluso dentro del círculo interno de poder de Hitler, entre quienes barruntaban la catástrofe que se avecinaba.

La solidez del consenso entre los aliados se afianzó aún más, alimentada con el odio contra Hitler y el nazismo. La mayor parte de los europeos identificaban al líder nazi con el militarismo prusiano, ansioso de someter al continente a una nueva era de tinieblas. Todas las naciones agredidas por el expansionismo alemán convirtieron a Londres en una especie de Babel de la resistencia contra el nazismo, donde todos los opositores a Hitler aunaban esfuerzos en su contra.

Muy al contrario, la alianza militar del Eje estuvo marcada desde el principio por la falta de estrategia conjunta, los recelos y la desconfianza mutua. Japón había mostrado sus precauciones respecto a Alemania desde la firma del tratado Ribbentrop-Molotov, mientras que los alemanes habían alimentado verdaderas suspicacias respecto a la valía de los italianos como socios. De hecho, Hitler asistiría en 1943 al desplome del régimen de Mussolini, producto tanto de la presión interior, como de la invasión exterior llevada a cabo por los aliados.

Lo cierto es que la guerra había resultado un absoluto desastre para una Italia supeditada por completo a las victorias alemanas. Cuando estas terminaron, el rey y la clase dirigente que habían aupado al *Duce* al poder, hicieron lo posible por desbancarlo apresurándose a abandonar la contienda. El nuevo gobierno presidido por Pietro Badoglio intentaría mantener viva la ficción del esfuerzo bélico hasta la firma de un armisticio el 3 de septiembre de 1943.

Nueve días después, una espectacular operación de un comando alemán pondría en libertad a Mussolini. Fueron los días de la República de Saló, el último intento de constituir en Italia un estado independiente bajo la bandera del fascismo. Lejos de este último desvarío, la realidad latente de Italia era la de un país invadido por Alemania en el que además se libraba una intrincada guerra civil entre fascistas y antifascistas. La experiencia de Saló tan solo sirvió para que el *Duce*, herido en su orgullo y lleno de rencor, diera rienda suelta a sus ansias de venganza contra quienes lo habían alejado del poder.

Privado de un aliado, obligado a mantener un esfuerzo de guerra cada vez más exigente, Hitler era como la figura endeble, asustada e impotente dibujada por David Low en el *Evening Standard* el 25 de agosto de 1944. Ese hombrecillo sudoroso y febril, superado por el eminente desplome del castillo de naipes construido por él mismo. Quien creía estar edificando un imperio, no era sino una figura patética a la que le faltaban manos con las que frenar el eminente desplome.

Sin su aliado principal en Europa y con Japón enfangado en la guerra librada en el Pacífico contra Estados Unidos, los recursos militares alemanes parecían incapaces de contener el poderoso empuje del ejército ruso en el este del continente. Impulsados por un renacido espíritu de victoria y un gran entusiasmo ideológico, los rusos recuperaban territorio al ritmo de una fabulosa e imparable máquina de guerra. Mientras los acordes épicos de la conmovedora sinfonía dedicada a Leningrado por Shostakóvich aún podían escucharse en todo el mundo, el ejército rojo se encontraba ya a finales de abril a un paso de Varsovia. Otra carta más de la improbable baraja de Hitler se desmoronaba haciendo cada vez más palpable la debilidad de un *Führer* atrincherado en su guarida del lobo. Allí, en su

Wolfsschanze, iba alejándose paulatinamente de la realidad al tiempo que se distanciaba de su pueblo, cada vez más inmune a la retórica victoriosa de la propaganda de Goebbels.

Quizá, el golpe definitivo al esfuerzo bélico alemán acabaría de asestarlo el segundo frente abierto por los aliados el 6 de junio de 1944, tras el desembarco de Normandía. Esta operación, inmortalizada en su espectacular carácter anfibio por la cámara de Robert Capa, ejemplificó además la importancia en el conflicto de los servicios secretos. Fueron ellos los que consiguieron hacer creer a los alemanes que el grueso de las tropas desembarcaría en el Paso de Calais, en lugar de en las costas de Normandía.

Pese a las continuas exhortaciones para alentar la resistencia hasta el final del pueblo alemán, la caída definitiva del Reich de los mil años era una evidencia que solo los nazis más fanáticos eran capaces de negar. Por primera vez, voces discordantes en el círculo interno de poder de Hitler se plantearon la posibilidad de eliminarle para evitar un desastre cada vez mayor. El 20 de julio de 1944, Claus Schenk von Stauffenberg, oficial del Estado Mayor de Hitler, colocaba una bomba bajo la mesa en una sala de conferencias de Rastenburg. A pesar de la explosión, Hitler saldría ileso. La llamada operación Valkiria había fracasado reforzando incluso la creencia de que el *Führer* tenía a la providencia de su parte. El complot de julio desató sus ansias vengativas, alimentando al mismo tiempo su desconfianza paranoica, sus delirios fantasiosos y sus proverbiales ataques de cólera.

En el otoño de 1944, se aguardaba ya con impaciencia la irremisible derrota alemana. Letales bombardeos aliados contra los que la *Luftwaffe* se veía impotente sacudían las principales ciudades del país, transformadas en eriales atestados de escombros, donde los civiles se vieron sometidos a una escalada de horror y sufrimiento sin precedentes. El imperio de Hitler agonizaba como un animal herido y, como tal, asestó su último zarpazo en las Ardenas en 1944. Fue la última ofensiva de Hitler, eficaz pero desesperada, incapaz de sostener el empuje necesario para mantener en jaque a los ejércitos aliados muy superiores en efectivos, armas y pertrechos.

Tras este fracaso se decidió a dirigir la tenaz resistencia de su capital desde el *Führerbunker*. Encerrado en el insano ambiente de aquel sótano blindado, un Hitler decrépito y cada vez más perdido en elucubraciones y fantasías, desplazaba sobre los mapas de una geografía ya extinta legiones de ejércitos fantasmas, mientras arremetía enardecido por la ira y la rabia contra sus propios generales. Fue el hundimiento definitivo, descrito magistralmente por Hugh Trevor-Roper, el desplome de un imperio sostenido tan solo sobre una delirante soberbia, barrido como un frágil y endeble castillo de naipes por el viento de la historia.

***

30
Arthur Szyk

«Europa se está calentando»
1944

¿Puede una caricatura ser tan letal como una ráfaga de ametralladora? ¿Pueden unos retratos mordaces transformarse en incendiarias municiones con las que ridiculizar al enemigo, subrayando que su verdadero peligro reside precisamente en el sinsentido de sus pretensiones? Si alguien consiguió algo parecido en la enmarañada contienda propagandística librada durante la segunda guerra mundial, ese fue sin duda Arthur Szyk.

Como polaco y judío, este excelso ilustrador de libros y brillante creador de escenografías teatrales, se convirtió enseguida en el verdadero símbolo de la lucha contra el Eje con las armas propias de los artistas: el ingenio, la creatividad y la tinta. Esgrimiendo su pincel vitriólico arremetió con firmeza contra las ambiciones imperiales del fascismo y su apocalíptico proyecto de utopía racial describiéndolo como la alucinada aspiración de un loco.

En la presente caricatura se observa a Adolf Hitler rodeado de tres de sus más fieles colaboradores, Herman Goering, reconocible por su notable obesidad, Joseph Goebbels, el todopoderoso ministro de Propaganda del Reich, y Heinrich Himmler, en calidad de comandante en jefe de las SS y ministro del Interior sentado frente al propio *Führer*. Todos ellos visten uniformes profusamente decorados con parafernalia nazi como la cruz de hierro, la esvástica o las típicas calaveras de las SS *(Totenkopf)*.

Un detalle propio del miniaturista, buen conocedor de la distorsionada lectura histórica realizada por los nazis de la mitología germánica destacado en las obras de Wagner, es la espada portada por Hitler. Según la reelaboración legendaria puesta en circulación por la propaganda nazi en torno al universo del compositor de Bayreuth, el acero forjado por el Sacro Imperio Germánico señalaba al líder nazi como su heredero providencial, el líder mesiánico del renacimiento patrio encarnado en la nueva comunidad popular alemana *(Volksgemeinschaft)*. Apuntes de este calado ejemplifican el profundo conocimiento que Szyk tuvo de la cosmovisión nazi y que usó para ponerla en evidencia, ridiculizando sus burdas asociaciones ideológicas y su indigencia intelectual.

Sentado a la derecha de Hitler, Francisco Franco enseña a las máximas autoridades del Tercer Reich un mapa con el título «Penetración nazi en Sudamérica», donde se puede apreciar una esvástica situada sobre Argentina. La espada del *Caudillo*, un estoque típico de la España imperial, vuelve a servir para subrayar su condición de dictador. El brazalete con la esvástica lo vincula con Hitler, al tiempo que sus zapatos rotos subrayan su pobreza y su dependencia del Tercer Reich. No era la primera vez que Szyk representaba al general español como un paupérrimo aprendiz de dictador, dispuesto a servir de tonto útil en favor de los intereses hitlerianos en América Latina. De hecho, a los ojos del dibujante polaco, Francisco Franco siempre aparece con los atributos de un dictador de opereta, propio de una república bananera.

La perspicacia de Szyk resalta el nexo existente entre la España franquista y las fantasmagóricas aspiraciones nazis de imponer su cosmovisión en América Latina mediante una ambiciosa acción propagandística que, entre sus proyectos más conocidos, incluía la producción de películas producidas en Alemania, dobladas en español y distribuidas por Hispania Tobis, una empresa creada para acelerar los intercambios comerciales entre las industrias cinematográficas de ambos países. A este mismo propósito estarían destinados una serie de noticiarios radiados en español, impulsados por Joseph Goebbels, a cuyas espaldas el dibujante ha colocado con toda intención un micrófono en el que figuran las siglas DNB (Nachrichten Dienst Bureau).

Los maquiavélicos planes propagandísticos destinados a conquistar el alma de América Latina se guardan celosamente en la maleta situada a la espalda de Franco donde puede leerse «Negocios turbios para Sudamérica». Restos y retazos de ellos aparecen tirados en el suelo entre Hitler y Franco. Pero esto parece ser solo el principio de una estrategia más ambiciosa y delirante, como lo muestra el mapa colgado en la pared de la habitación donde se describen las operaciones propagandísticas destinadas a Norteamérica. Entre ellas, como no podía ser de otra manera, se incluye la sempiterna campaña antijudía, así como otras de índole racista contra la población negra y medidas para hacer frente a los problemas laborales y a la propaganda soviética.

De ahí la relevancia que cobra la dedicatoria en la cabecera de la viñeta: «Para los alegres idiotas», clara alusión al debate que había tenido lugar en Estados Unidos entre el presidente Roosevelt y los aislacionistas, que defendían la idea de que el problema del expansionismo nazi era estrictamente europeo. La caricatura de Szyk mostraba una vez más que los defensores de esta tesis habían tenido tapados los ojos con la venda de la ingenuidad. Solo en 1944, cuando las cosas se estaban poniendo difíciles en Europa para Hitler y sus aliados, podía verse hasta qué punto sus ansias expansionistas quedaban verdaderamente puestas de manifiesto.

De este modo, Szyk firmaba una caricatura que no solo servía para satirizar y ridiculizar al Estado Mayor nazi y a sus aliados, sino también para insistir en la necesidad de no bajar la guardia y rechazar cualquier tibieza ante sus esperpénticos propósitos. Una vez más, la potencia de la viñeta reside en las claves ocultadas al espectador actual por el paso del tiempo.

***

31
Adolf Hoffmeister

«La muerte roja»
1944

El frente del este se derrumba. Los soldados alemanes huyen olvidando el riguroso orden marcial. Es una retirada desesperada a través del paisaje de pesadilla de la guerra sobre el que se extiende un manto gélido en el que se hunden a cada paso.

Adolf Hoffmeister, brillante escritor, caricaturista y furibundo antinazi, ha captado con maestría ese instante recurriendo a una iconografía que evoca en su época las imágenes medievales de las danzas de la muerte o la visionaria recreación del juicio final plasmado por Brueghel el Viejo.

La propaganda nazi había insistido reiteradamente en la idea de que la lucha en el frente oriental era una batalla por la supervivencia de la raza frente a la amenaza comunista. Un enfrentamiento de carácter apocalíptico que no cesaría hasta el total exterminio del adversario. En 1944, Hoffmeister incidía en ese repertorio propagandístico mostrando cómo los soldados alemanes eran perseguidos por una muerte roja inmisericorde. La *Wehrmacht* había encontrado en el este su juicio final, su aniquilamiento a manos de un Ejército Rojo representado con los ropajes de la misma muerte.

De poco les sirven a quienes se baten en retirada su instinto despojador, sus ansias de saqueo, de robar lo que puedan mientras aún les sea posible. Muchos de los soldados alemanes aparecen descritos como ladrones, truhanes que portan a sus espaldas o en brazos el producto de su codicia. El uno aferra un reloj, el otro un cerdo, el de más allá una cesta con frutos. Aunque huyen, siguen comportándose como en tierra conquistada. Se remarca así su mezquindad moral, su bajeza, ya que incluso cuando sus vidas están en peligro son incapaces de resistirse a sus instintos de rapiña. Su muerte resulta de este modo legitimada, comprensible, una pena merecida.

Por tanto, como en una tabla medieval, Hoffmeister aporta una lectura moral a su viñeta. La debacle nazi, sufrida a manos de una simbólica armada de esqueletos rojos, se justifica presentándola como un acto

universal de justicia contra la quintaesencia del mal. Es la propia inhumanidad de los alemanes la que les ha conducido al cataclismo en el que se ven envueltos.

El Ejército Rojo, encarnación esquelética de la muerte justiciera, toca las cornetas anunciando la consumación definitiva de la aventura alemana en el este. Las osamentas, como fantasmas, apenas parecen perceptibles para quienes escapan, pero su acción es letal. Caminan con cuchillos, con fusiles, con horquillos y guadañas recogiendo su cosecha de muerte entre las filas de la *Wehrmacht*. Es la metáfora perfecta del Ejército Rojo, encarnando la unión en armas del pueblo ruso, campesinos y soldados rechazando al enemigo, adquiriendo para él el rostro terrible de una parca despiadada. Sin duda, el autor supo reinterpretar en su caricatura toda una tradición respecto a la representación de la muerte como justicia final e inapelable, pero a su vez consiguió actualizar esa iconografía tiñéndola con la interpretación política de su tiempo.

Hoffmeister mostraba también su odio ante una ideología que le había convertido en una de sus víctimas. El dibujante checo había tenido que huir a Francia y más tarde a Casablanca, de donde sería deportado a la España de Franco por el régimen de Vichy. Para muchos, fue la figura del caricaturista quien sirvió de inspiración a los guionistas de *Casablanca* para perfilar el personaje del idealista Víctor Laszlo en el inmortal filme de Michael Curtiz. Su entereza, tesón y valentía le permitirían finalmente fugarse desde España a Cuba y de ahí a Estados Unidos, donde continuó publicando viñetas como «La muerte roja», recogidas más tarde en la obra *Jesters in Earnest*, publicada en 1944.

Pero al margen de sus vivencias sin duda importantes en su obra, Hoffmeister también glosaba con su viñeta una de las ofensivas militares más aplastantes de la historia: la operación Bagration que, aunque hoy en día no se recuerde demasiado, eclipsó con su efecto demoledor a hitos militares como el desembarco de Normandía o el propio Stalingrado.

De hecho, antes del comienzo de la gran acometida soviética, el ejército alemán sumaba 2,8 millones de bajas. En los nueve meses y medio después, la cifra se había desbordado alcanzando los 4,8 millones. Si ya el primero de los guarismos superaba con creces al número de muertos

alemanes en la primera guerra mundial, el segundo suponía un espectáculo de pesadilla, un impensable exterminio a manos de un enemigo que bien podía confundirse, como en la caricatura de Hoffmeister, con la muerte personalizada.

Además, el tono apocalíptico de la viñeta encajaba también con el ambiente de pesadilla vivido en no pocos lugares de Europa con la caída del Tercer Reich. Las fábricas y ciudades alemanas, necesitadas de mano de obra, asistieron paulatinamente a la llegada de trabajadores procedentes de los campos, enflaquecidos, famélicos, con el rostro marcado por la experiencia de una explotación en el límite de la resistencia humana.

Daba la sensación de que la moderna y tecnológica Europa había retrocedido en el tiempo hacia la barbarie propia de la más negra Edad Media. Percepción reforzada por el inicio de las marchas de la muerte desde el demencial entramado de campos y prisiones alemanas. A partir de 1944, la preocupación de los nazis ante la posibilidad de que la derrota mostrase al mundo la naturaleza de sus verdaderos crímenes les llevó a pergeñar toda una serie de planes destinados a evacuar los campos.

En lo más crudo del invierno terrible de 1944-1945, se llevaron a cabo unas indescriptibles marchas para abandonar los recintos e instalaciones de prisioneros. Sobre el asfalto helado, una recua de hombres sin vida, esqueletos vivientes, guiñapos reducidos a la más mínima esencia en su humanidad, se arrastraban trabajosamente dejando un rastro de sangre y muerte sobre las cunetas. Como una cadena de condenados al infierno medieval, eran conducidos a pasos forzados por sus verdugos y torturadores, que no dudaban en abandonarlos a su suerte para que muriesen de frío. A medida que empezaron a encontrarse más huellas y testimonios de los crímenes, el ritmo de las matanzas destinadas a hacer desaparecer las pruebas de la ignominia nazi fue acelerándose. Como en una alucinación, propia de la Europa de la peste negra, toda la geografía concentracionaria nazi ardía en trincheras rebosantes de cadáveres, cuyo humo blanco ascendía al cielo inundando la atmósfera con el olor dulzón de la carne humana quemada.

La destrucción se había adueñado de un continente reducido a cenizas. Parecía que el final de la segunda guerra mundial estaba cerca, pero con él se aproximaba una era de inconcebible devastación física y moral. No era extraño que artistas como Hoffmeister usaran en sus caricaturas un tono cercano a las pinturas medievales. Jamás el mundo había estado tan cercano a la destrucción y pronto se asomaría al abismo de su total aniquilación. Como el ángel del ayuntamiento de Dresde, inmortalizado por la cámara fotográfica de Richard Peter Sen, la humanidad contemplaba melancólica y compungida la naturaleza bárbara de su capacidad para sembrar la muerte y el horror sobre los esqueletos de las ciudades calcinadas.

***

LA VIDA EN LA ERA ATÓMICA

Muchos europeos han abrazado a menudo el mito autocomplaciente de que la segunda guerra mundial terminó en abril de 1945 con la rendición incondicional de la Alemania nazi. A partir de ese momento, la evolución del continente se narra como la de una milagrosa recuperación, un camino abierto a base de sacrificio y esfuerzo común hacia el capitalismo liberal, la democracia y el Estado del Bienestar.

Sin duda alguna, esta visión resultaba muy cómoda para evitar afrontar la inmensa cantidad de heridas sin cicatrizar que constituyeron el legado de una contienda perpetuada en una miríada de conflictos civiles, rescoldos ardientes de un gran fuego. La violencia brutal, el sectarismo ideológico y el enfrentamiento de clases habían ensanchado las divisiones internas de las naciones. En lugares como Italia, Grecia o Yugoslavia no solamente se libró un conflicto nacional contra el invasor, sino también una guerra civil entre fascistas y antifascistas y un agudo enfrentamiento de clases que continuaron vivos tras la guerra mundial.

La constatación de estas realidades resultaba incómoda para el mito de una Europa en el eterno camino hacia su milagrosa recuperación, cuestionando además la solidez de los mitos de unidad nacional con los que a menudo se han falseado los relatos sobre la contienda. Percibir la segunda guerra mundial como una batalla simplista entre el bien y el mal resultaba consolador porque eximía a las naciones de un pasado enquistado, difícil de afrontar, oculto en la penumbra de la historia, alejado de los relumbrantes focos centrados en la victoria y la resistencia.

Por otro lado, y como ha escrito Tony Judt, aunque todo mito tenga un poso de verdad, la narración de una Europa encarrilada por la senda del crecimiento, la reconstrucción y las libertades políticas relegaba a los márgenes de la historia a casi todo el este de Europa, condenado a una paz de tanques, prisiones, censura y control social impuesto desde Moscú. Es cierto que la historia del continente en este tiempo es la de la puesta en

marcha del sueño de la unidad europea, pero también lo es que durante décadas miles de ciudadanos vivieron sojuzgados bajo la bota del totalitarismo soviético.

Reconocer estas aristas, destacarlas sobre la crónica conformista de una posguerra idílica supone también la aceptación de que la segunda gran conflagración mundial se postergó durante años, imbricándose en el mundo bipolar surgido de la guerra fría. Europa era, como bien ha escrito Keith Lowe, un continente salvaje, privado de instituciones fiables, reducido a escombros, asolado por los remordimientos, las ansias de desquite y los conflictos internos. Un erial de muerte sobre el que habían dejado la vida entre 35 y 40 millones de personas, una ruina moral asaeteada por la hambruna y una asfixiante escasez a la sombra de la cual crecían la delincuencia, el mercado negro, los abusos y la violencia.

Por este territorio caótico y devastado habían circulado durante el transcurso de la guerra más de cuarenta millones de refugiados y desplazados que, tras ella, siguieron siendo el blanco de las políticas de nacionalidad única. Paradójicamente, el demencial principio de unicidad étnica defendido por los nazis, al que se había opuesto con rotundidad el esfuerzo bélico aliado, se convirtió en el instrumento sobre el que asentaron sus cimientos muchas de las naciones de posguerra. El afán revanchista, la desconfianza en el otro, la idea de que la diferencia era la semilla de la división favorecieron un amplio programa de expulsiones étnicas y destruyeron la idea de que las comunidades plurales pudieran ser estables.

Todo este complejo entramado de circunstancias tenía lugar sobre el telón de fondo de un continente huérfano de justicia, en el que la venganza había sustituido a la confianza en unos Estados desacreditados. Este colapso institucional envolvió a la sociedad de posguerra en una atmósfera de animadversión. El escenario de horror constituido por el este europeo durante la guerra se reabrió por el deseo de desquite. Prisioneros alemanes bajo control soviético fueron abandonados a su suerte, condenados a una lenta agonía de trabajo extenuante, frío y hambre. La carcoma moral había roído los cimientos del derecho y las instituciones hasta el punto de asistir a la reapertura de campos de concentración en lugares como Lamsdorf o Zgada en Polonia, donde llegó a ejercerse el revanchismo más sádico contra

los prisioneros. A pesar de que ninguno de estos centros de reclusión pueda ser comparado por su crueldad con el universo concentracionario nazi, su mera existencia muestra hasta qué punto el rencor había arraigado como un cáncer en la Europa de posguerra.

Pero el relato de un mundo feliz tras el final de la segunda guerra mundial no parece concordar tampoco con la omnipresencia en la sociedad de la época del recuerdo angustioso de Hiroshima. Con una Europa debilitada y arruinada, el poder mundial quedó en manos de dos superpotencias atómicas que trasladaron sus enfrentamientos a los países colonizados de Oriente Medio, Asia, África y América Latina. La alargada sombra del hongo atómico se proyectó sobre todo el mundo hasta el proceso de desintegración de la Unión Soviética entre 1989 y 1991.

El declive europeo como centro económico, político y militar acabó con su mito de invencibilidad en un mundo colonial ansioso de alcanzar la libertad y derechos que las respectivas metrópolis venían negándoles desde finales del siglo XIX. Tanto la URSS como Estados Unidos favorecieron el proceso descolonizador al integrarlo en la dinámica de la guerra fría. Mientras los estadounidenses se escudaban para ello en la contención de un comunismo en expansión, los soviéticos se erigían en el nuevo paladín del antiimperialismo americano.

Atravesando el continente asiático, desde la India, las selvas de Indonesia, Corea y Vietnam hasta los agrestes desiertos de Irán y Palestina. Impidiendo los avances sociales de Salvador Allende, respaldando las dictaduras más crueles en el cono sur de América, arrollando con los tanques la Primavera de Praga, cercenando el experimento socialista de Patrice Lumunba en El Congo, las dos grandes potencias y sus aliados trasladaron sus encontronazos a un mundo colonial tan decrépito y en ruinas como la vieja mentalidad imperial decimonónica.

El universo de la guerra fría era hijo de la segunda guerra mundial y como tal extendió al mundo la violencia, la injusticia y la crueldad que habían caracterizado a esta. Sin embargo, estos años de espías y cazas de brujas, de operaciones encubiertas e intereses ocultos, asistieron también a uno de los mayores despliegues de la militancia civil acaecido en la historia de la humanidad. Feminismo, pacifismo, ecologismo y movimientos

sociales de todo tipo, como el que encabezaron en Estados Unidos los defensores de los derechos civiles contra el racismo, tuvieron lugar en este período.

La era del miedo, de la angustia nuclear, fue convirtiéndose poco a poco en el tiempo de la expansión de la democracia. Europa asistió a la caída en los años setenta de las dictaduras de Grecia, España y Portugal. Todo el mundo contempló entre la estupefacción y el asombro el desplome del llamado bloque del Este, incluyendo la propia URSS. Con este sorprendente acontecimiento final terminaba la era de la guerra fría, uno de los períodos más intrincados y complejos de nuestra historia reciente. Mirarlo ahora a través del marco de una viñeta o caricatura es tratar de asomarse al gran mosaico del pasado con las teselas dejadas por la historia.

***

32
David Low

«¿Quiere el nene jugar con esta pelotita?»
1945

Con las luces apagadas, en plena oscuridad, mirando al techo como si se pudiera ver el firmamento negro del miedo. Ulular de sirenas regando de pánico las escaleras de los edificios, conduciendo a conmocionados ciudadanos hacia los refugios subterráneos, cientos de personas descendiendo bajo tierra como hormigas ante la tormenta.

Hormigueros nada más, edificios abstractos, formas geométricas contempladas desde el aire, decorados huecos privados de vida. Eso debían de ser las ciudades bombardeadas para unos pilotos acostumbrados a matar a distancia sin ver el rostro ensangrentado del enemigo, escudados en la violencia fría y metódica amparada por la tecnología.

Solo existía un problema: la precisión. Resultaba complicado destruir los objetivos industriales marcados por la inteligencia militar sin ocasionar víctimas entre los civiles. En ocasiones, las bombas apenas dañaban a las fábricas, pero siempre aterrorizaban a la población. Surgió así la nueva estrategia de los bombardeos zonales con el objetivo de sembrar el pánico y el descontento entre unos ciudadanos que no tardarían en enfrentarse a su gobierno, en rebelarse.

En realidad nada de esto sucedió. Ni la paralización de la industria enemiga de guerra resultó trascendental, ni la moral de la ciudadanía se doblegó ante los bombardeos. La sensación de injusticia, el sufrimiento común y la experiencia compartida produjeron, en no pocos casos, justamente lo contrario: un odio acendrado contra los enemigos.

Al margen de que esta nueva forma de hacer la guerra fuera más o menos eficaz, su impacto espoleó la idea de alcanzar el arma definitiva con el que asestar el golpe final antes de que lo hiciera el adversario. De hecho, tanto los aliados como las naciones del Eje se embarcaron en una competición tecnológica destinada al desarrollo de nuevo armamento capaz de desequilibrar el curso de una contienda ya demasiado larga.

Esta carrera desmesurada por el hallazgo del arma milagrosa incentivó la investigación relacionada con la física nuclear, impulsando la necesidad de desarrollar un arma letal, una bomba aniquiladora con la que hacer

claudicar al rival antes de que aquel obtuviera la suya. Como más tarde demostrarían los hechos, se trataba de un viaje sin retorno, una rivalidad ciega y absurda, encaminada a adquirir el mayor poder de destrucción conocido nunca por la humanidad.

Los alemanes lo intentaron mediante el desarrollo de los cohetes V-1 y V-2, lanzados sobre Inglaterra y Bélgica que, aunque ocasionaron miles de víctimas, no respondieron a las ambiciones aniquiladoras de Hitler. Las investigaciones de Werner Heisenberg, encargado del proyecto atómico alemán, estuvieron siempre en desventaja con las de unos aliados que en 1943, durante la Conferencia de Quebec, sellaban un acuerdo para sumar recursos y destinarlos a la investigación nuclear. Muy pronto científicos británicos y estadounidenses se integrarían en el llamado Proyecto Manhattan, dirigido por Robert Oppenheimer. En julio de 1945, en el desierto de Alamogordo (Nuevo México), se realizaba con éxito la primera prueba de la bomba atómica.

Con el fin de la contienda en el escenario europeo, pronto se decidió usarla para doblegar a Japón. El despliegue de poder absoluto ligado a la bomba atómica serviría para poner fin a la guerra y salvar las vidas de miles de soldados estadounidenses. Este fue el principal pretexto con el que se llevaron a cabo los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki los días 6 y 9 de agosto de 1945.

Lo cierto es que lo que posteriormente nos ha mostrado la historia es que Japón ya era un enemigo acabado a esas alturas de la guerra. Sometido a un bloqueo aéreo y naval, incapaz de restablecer la total destrucción de su flota mercante, impotente ante la falta de recursos y devastado por los bombardeos aliados, como el sufrido por Tokio en marzo de 1945, el imperio del sol naciente era una potencia eclipsada y condenada a la capitulación con o sin bomba atómica.

No obstante, la obsesión con una victoria aplastante sobre el enemigo, tan enraizada con el universo moral embrutecedor de la segunda guerra mundial, cercenó todo intento diplomático para una capitulación condicionada, dejando al mundo asistir, aún aterido por el horror de la

guerra, al mayestático espanto del apocalipsis nuclear. De las entrañas anegadas en sangre y cenizas de la segunda guerra mundial brotaba la fulgurante y letal era atómica.

Solo desde este punto de vista puede entenderse el pesimismo negro con el que David Low dibujaba el futuro de una incauta humanidad indefensa ante el poder del átomo. Tan inocente como un bebé en pañales, la raza humana se encontraba a merced de una minúscula partícula, agitada tentadoramente por un científico de bata blanca con el bolsillo repleto de teorías sobre el átomo. Por primera vez, los hombres ostentaban en sus manos el poder de la aniquilación absoluta, de desencadenar el fin del mundo.

La mirada de Low, teñida de desengañada ironía, arremetía contra un cientificismo deshumanizado que nos conducía a la extinción, expresando también su desconfianza y escepticismo ante la posibilidad de que el hombre supiese someter y domeñar semejante poder. La era atómica se convertía así en una especie de tiempo prestado, sometido a la incertidumbre, dominado por el miedo a un nuevo conflicto bélico que esta vez significaría la abolición total de la vida.

Esa fue la huella de horror dejada por Hiroshima y Nagasaki, una herencia de espanto que pronto se enseñorearía del mundo. Imágenes de hombres, mujeres y niños calcinándose al instante bajo radiaciones térmicas de más tres mil grados centígrados, agua y alimentos envenenados durante décadas, incidencia anómala y reiterada de tumores malignos, leucemia y malformaciones congénitas en los descendientes de las víctimas.

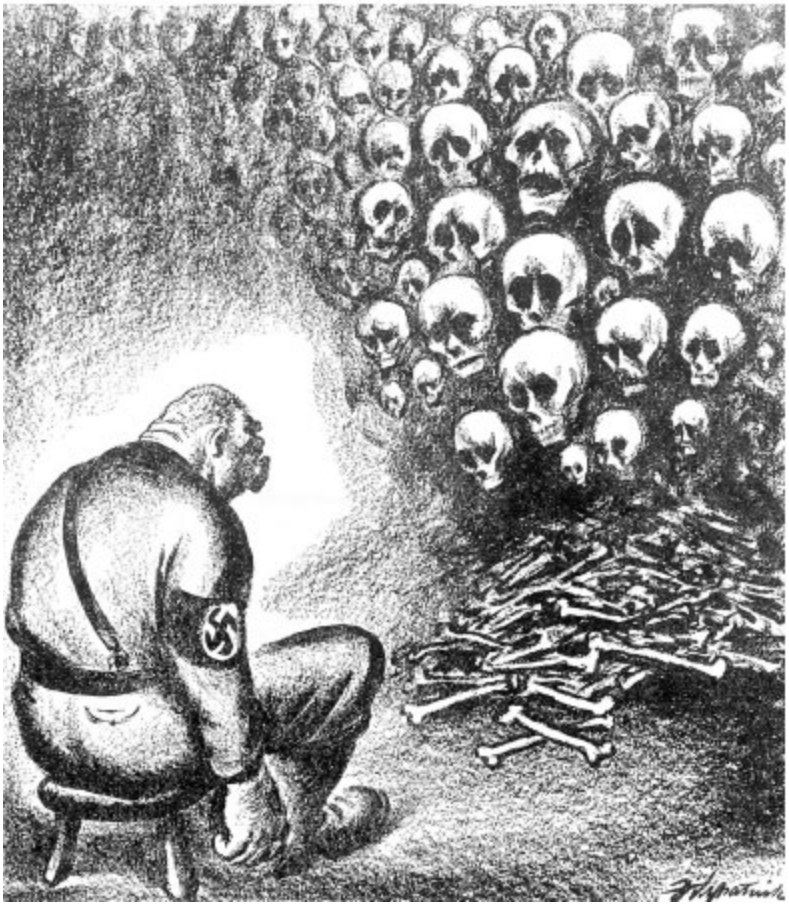
La sombra amenazante del hongo atómico persiguió las conciencias de los ciudadanos de posguerra, agitando el temido fantasma de una guerra nuclear ante la que la humanidad estaba tan indefensa como el niño dibujado por David Low en su viñeta. Con ella, el dibujante neozelandés, trazaba las angustias y los temores de toda una generación de posguerra condenada al desasosiego y el temor. Lejos de acabar con la guerra, la era del átomo ponía a todo el planeta ante el inconcebible espectro de un cataclismo irreversible.

Tras los discursos entusiastas que acompañaron a la rendición incondicional de Japón, el 2 de septiembre de 1945, llegarían las voces lúgubres, desgarradas y desoladoras de quienes contemplaban a la humanidad al borde del abismo. Voces críticas, cargadas de desesperanza como la del poeta Allen Ginsberg, que en 1956 publicaría en su aullido toda la rabia y melancolía de una generación huérfana en el tenso mundo de la guerra fría.

Conscientes de este peligro, miles de jóvenes abrazarían la bandera de un pacifismo radicalmente influido por la omnipresencia de la pesadilla nuclear. Un influjo sobre el que bascularía toda la evolución posterior de la política internacional, sacudida en más de una ocasión por la posibilidad del estallido de un conflicto entre potencias nucleares. La sombra amenazante del hongo atómico se cernía así sobre la vida de unos ciudadanos a los que iba a ser muy difícil sacar a la guerra de sus vidas.

***

33
Daniel Fitzpatrick



«Testigos de cargo»
1945

Las cenizas de cuerpos carbonizados sirvieron para abonar calabazas en el campo de Majdanek. La vida humana depreciada, considerada en el mismo nivel que la basura, escapándose por las chimeneas, vaciada de todo sentido. Como los objetos arrebatados a las víctimas antes de la matanza, almacenados en desolados espacios, clasificados en sórdidos montones de ausencia. Evidencias tangibles de un exterminio fríamente ordenado, categorizado, sometido a la asepsia burocrática de un entomólogo de almas.

El avance de las tropas aliadas iría revelando progresivamente la vasta geografía del horror, el espanto mudo y demacrado de unos sobrevivientes reducidos a una cadena inhumana de instinto, mecánicos engranajes de huesos, tendones y piel programados tan solo para la supervivencia. Miradas remotas, perdidas, átonas, pertenecientes a un desarraigo de sí, a una enajenación de su esencia humana. Sucumbiendo ante el vértigo de la indiferencia, exilados de las emociones, sometidos a un proceso atroz de *bestialización* en el que, como escribió Primo Levi, el hombre no fue sino «una cosa para el hombre».

Era esa cualidad de impermeabilidad moral lo que llamaba la atención a los soldados que liberaban los campos al contemplar a los supervivientes conviviendo con las pilas de cadáveres, calentándose a la orilla de las zanjas ardientes donde aún crepitaban los restos calcinados de sus antiguos compañeros. Paseando desnortados, indiferentes, como náufragos sin brújula, en el delirante paisaje de podredumbre y muerte desplegado a su alrededor.

Todos estos seres en ruinas eran la prueba viviente de la iniquidad de unos verdugos privados del tiempo necesario para convertir los lugares de las ejecuciones en baldías extensiones de olvido. Estos obedientes y eficaces ejecutores eran el contrapunto de la animalidad infringida sobre unas víctimas condenadas al automatismo, privadas de todo armazón sobre el que sustentar el alma humana. Si los supervivientes llegaron a cuestionarse su naturaleza humana, los asesinos estaban lejos de ser monstruos sobrenaturales. La naturaleza ignominiosa de sus crímenes no se

debía a una exacerbación enfermiza de una extrema maldad. En realidad, nada había en ellos de extraordinario, en su mayor parte resultaban anodinos ciudadanos corrientes, hombres comunes, grises burócratas, disciplinados policías y soldados complacidos en la idea de cumplir con su deber obedeciendo órdenes.

Por eso llama la atención esta viñeta de Daniel Fitzpatrick, realizada el 30 de abril de 1945 para el *St. Louis Post-Dispatch*. En ella el corpachón desmesurado de un nazi de aspecto brutal comparece ante sus víctimas. Desplomado sobre un taburete mínimo, muy parecido al que podía encontrarse en cualquier celda o calabozo, escucha el recitado siniestro de sus crímenes. Su expresión corporal, con los brazos descolgados a lo largo del cuerpo y la espalda encorvada, transmite la fatiga y resignación de quien ha aceptado su derrota. Frente a él, emergiendo de la negrura de las sombras, erigiéndose sobre un montón de huesos indiferenciados, siniestros cráneos aúllan acusadores a la cara de su impotente verdugo.

Con aparente simplicidad, el trazo difuminado de Fitzpatrick planteaba uno de los grandes dilemas a los que debía enfrentarse Europa tras el final de la segunda guerra mundial. Qué hacer con los crímenes del nazismo, en qué medida podía hacerse justicia sobre tanta infamia, cómo sería posible apaciguar a los miles de víctimas conservando al mismo tiempo su memoria.

Fitzpatrick sintetizaba de manera magistral el debate abierto en torno a la decisión de hacer comparecer ante un tribunal internacional a los máximos responsables del nazismo. Para quienes habían asistido horrorizados a las revelaciones sobre los crímenes de guerra perpetrados por los más cercanos seguidores de Hitler, era necesario acometer sin demora su ejecución sumaria sin caer en el error de someterlos a un largo, complejo y enrevesado proceso penal. El propio Winston Churchill defendía este punto de vista llevado por su animadversión hacia quienes habían arrastrado al mundo a una guerra devastadora, condenados ya de antemano por una indignada opinión pública.

Sin embargo, en agosto de 1945 acabaría imponiéndose una vía procesal que respaldaba la idea de que las sentencias contra los líderes nazis no podían constituir una prolongación de la guerra mediante la revancha,

sino el resultado del ejercicio y cumplimiento del Derecho Internacional. Tras el descubrimiento de los campos de exterminio, en una Europa recorrida por el fantasma de la venganza, Núremberg se convirtió en el gran argumento legitimador del esfuerzo bélico aliado. La historia ya había demostrado anteriormente que ninguna paz sólida podía edificarse sobre los cimientos del resentimiento y el odio.

No obstante, las sentencias dictadas en los procesos dejaban abiertos muchos interrogantes al centrarse tan solo en personalidades destacadas del régimen de Hitler. Daba la sensación de que los crímenes nazis habían sido orquestados tan solo por un puñado de fanáticos, una especie de letal élite de asesinos políticos circunscritos al círculo interno del *Führer*. Este punto de vista parecía obviar el hecho de que los mismos criminales juzgados por los aliados habían sido aclamados, elogiados y ensalzados por las masas hasta prácticamente el final de la guerra. El apoyo de los ciudadanos corrientes al proyecto político nazi, su participación y su integración en los aspectos más radicales del mismo quedaba en la penumbra, oculto por un espeso y complaciente velo de amnesia.

Quizá por eso resulte tan significativa la caricatura realizada por Fitzpatrick en la que el hombre enfrentado a las víctimas no tiene rostro, no es reconocible como una de las grandes figuras señeras sentenciadas al final del proceso. Este anonimato resaltaba la verdadera naturaleza de un sistema no solamente impulsado por las políticas venales de sus cabecillas, sino también por todo un extenso entramado social que durante años se refugió en la fingida ignorancia del pasado, aceptando de buen grado la coartada de que el nazismo fue tan solo cosa de Hitler.

Haría falta una nueva generación desvinculada por completo de la segunda guerra mundial para que Alemania llevara a cabo una política de memoria sobre la realidad oculta del nacionalsocialismo. La herencia dejada por los procesos de Núremberg se prolongaría durante años en el esfuerzo por dejar atrás la pesadilla del nazismo, indagando en la memoria de las víctimas y en el enjuiciamiento de los verdugos. Más tarde, el proceso llevado a cabo en Israel contra Adolf Eichmann en 1961 sirvió a Hannah Arendt para explicar al mundo que, lejos de encontrarnos ante una

naturaleza aberrante, el mal podía ser tan *banal* como la mente plana y sin imaginación de un ser incapaz de someter a su conciencia las órdenes e instrucciones que cumplir.

Pero sin duda alguna, lo que los procesos aportaron fue la idea de que era necesario reforzar la justicia internacional para abordar los crímenes contra la humanidad. Pronto quedaría meridianamente claro que, como escribió Tony Judt, todos los países tenían un cadáver en el armario. La atrocidad no era una exclusividad de Alemania ni de sus peculiaridades nacionales, como evidenciaban la permanencia del *Gulag* soviético y el estallido de nuevos conflictos a lo largo de la guerra fría.

***

34
Bruce Russell

«Tender puentes»
1945

Observar una caricatura de prensa es como asomarse al interior de un espejo y en lugar de contemplar tu rostro descubrir al otro lado las claves de tu presente, el reflejo deformado de tu propio tiempo. Así sucede con la viñeta realizada por Bruce Russell para *Los Ángeles Times* el 30 de noviembre de 1945 titulada *Bridge the Gulf*, en clara alusión a tender puentes capaces de superar el abismo abierto entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América.

Para ello, el dibujante estadounidense recurrió a una iconografía de fácil comprensión, fruto de una tradición secular en la que cada nación se identifica con un animal convertido en su símbolo por excelencia. Para que no hubiera duda alguna sobre quiénes eran los auténticos protagonistas, el oso ruso portaba ahora la hoz y el martillo del comunismo, mientras que el águila calva, con su característica cabeza blanca, adornaba su pecho con las bandas y estrellas de la bandera norteamericana.

Cargados de significado desde la Antigüedad, en la política contemporánea ambos animales, identificados con el poder, la potencia y la fuerza militar, se convirtieron pronto en iconos de países poderosos. Tanto el águila americana como el oso ruso camparán a sus anchas en el particular repertorio animalístico de la tradición satírica y popular desde el siglo XVIII. No resultaba extraño que Russell los volviese a enfrentar tras la segunda guerra mundial, cuando ambas naciones emergieron como grandes vencedoras del conflicto. Dos superpotencias que, habiendo derrotado juntas al enemigo común, se veían separadas por una gran sima provocada por «declaraciones irresponsables» y «sospechas cada vez más profundas» precipitándose al vacío de la incomprensión mutua.

Con la precisión de un analista, con la fidelidad de una cámara fotográfica capaz de detener un instante congelado ante los ojos de los espectadores, el caricaturista retrataba el inicio de una nueva rivalidad por la hegemonía mundial a la que se proponía quitar hierro apelando a una pronta restauración de relaciones cordiales, pues en 1945 el estallido de la guerra fría no se veía como algo irreparable o una predestinada fatalidad.

De hecho, los historiadores han demostrado que una vez acabada la segunda guerra mundial tanto Stalin como Truman, que sustituía en la presidencia de Estados Unidos al fallecido Franklin Delano Roosevelt, estaban dispuestos a mantener el vínculo de amistad entre sus países en aras de intereses políticos, económicos y estratégicos comunes.

Stalin estaba convencido de que la reconstrucción de la URSS y su seguridad fronteriza seguirían aseguradas mientras mantuviera buenas relaciones con su aliado estadounidense. Para ello, había mostrado su buena disposición a sumarse al esfuerzo bélico contra Japón e incluso suscribió un tratado con los nacionalistas chinos del *Kuomintang* para frenar a los comunistas de Mao Tse Tung. Anteponiendo la pervivencia, la estabilidad y la perdurabilidad del proyecto soviético al sueño de la revolución internacional, Stalin había llegado a recomendar a los partidos comunistas de Grecia, Italia o Francia que no se lanzaran a la conquista del poder.

Por su parte, un Harry Truman complacido ante el nacimiento de una época de prosperidad sin precedentes en Estados Unidos, había mostrado cierta simpatía por el zar rojo y una excelente disposición a negociar con él, a pesar de ser consciente de los terribles crímenes cometidos a la sombra de su dictadura. La idea de que la ruptura entre las dos grandes superpotencias fue el resultado de la indignación estadounidense ante los horrores de la dictadura estalinista resulta hoy tan mitológica e ingenua como la creencia, tan extendida en aquellos momentos entre los seguidores de Stalin, de que la URSS alumbraría la liberación de los pueblos oprimidos del mundo.

No obstante, las sospechas, los riesgos y las declaraciones imprudentes a las que hacía alusión el dibujo de Russell, justo ganador del premio Pulitzer de caricatura unos años después, entretejieron un escenario internacional en el que las vías de acuerdo y negociación entre los viejos aliados se hacían cada vez más improbables y lejanas.

La semilla del enfrentamiento entre los bloques germinó en la Europa miserable y arruinada de la inmediata posguerra. El sectarismo ideológico, la violencia aún presente en guerras civiles, como la de Grecia, alimentaban una hostilidad creciente desplegada sobre el recuerdo de una Hiroshima, entendida siempre por Stalin como una permanente amenaza sobre la URSS. Por otro lado, fueron muchos los países que vieron en la URSS al

gran triunfador de Stalingrado. A sus ojos, el Estado soviético representaba una gran alternativa, un modelo alejado del capitalismo cruel señalado como responsable último de la locura homicida de Auschwitz. El miedo estadounidense a que la escasez, la necesidad y la pobreza europea pudieran auspiciar una salida de corte revolucionaria en Europa occidental incrementó la animadversión hacia el comunismo y el socialismo, contemplados ahora como enemigos mortales del *American Way of Life*.

Muy pronto las «declaraciones imprudentes» a las que se refería Russell en su viñeta se convirtieron en agresivos discursos que ensanchaban aún más la brecha abierta entre las superpotencias. En marzo de 1946, durante una visita a Estados Unidos, el expremier británico Winston Churchill golpeaba a la opinión pública mundial con la imagen de un Stalin edificando un telón de acero desde el Báltico a los Balcanes. Un año después, Truman exponía ante el Congreso su famosa doctrina, según la cual Estados Unidos se reservaba el derecho de intervención en aquellos países cuya libertad se viera acosada «por minorías armadas o presión exterior», en lo que se entendió como una clara alusión a la situación de Grecia o del Este europeo.

La imperiosa necesidad de luchar contra el comunismo, impulsó la política estadounidense hacia la reconstrucción de una Alemania occidental fuerte como paso previo e ineludible para dinamizar la economía de todo el continente, pese a los temores expresados por naciones como Francia e Inglaterra, recelosas aún del potencial de un nuevo resurgimiento alemán. Respaldar y afianzar la recuperación económica europea se convirtió en una prioridad para unos Estados Unidos convencidos de obtener así una contrapartida ideológica. El Plan Marshall supuso de este modo la exclusión de los comunistas en los gobiernos europeos y despertó en Stalin la sospecha de que era un instrumento con el que contrarrestar la influencia soviética en el este de Europa.

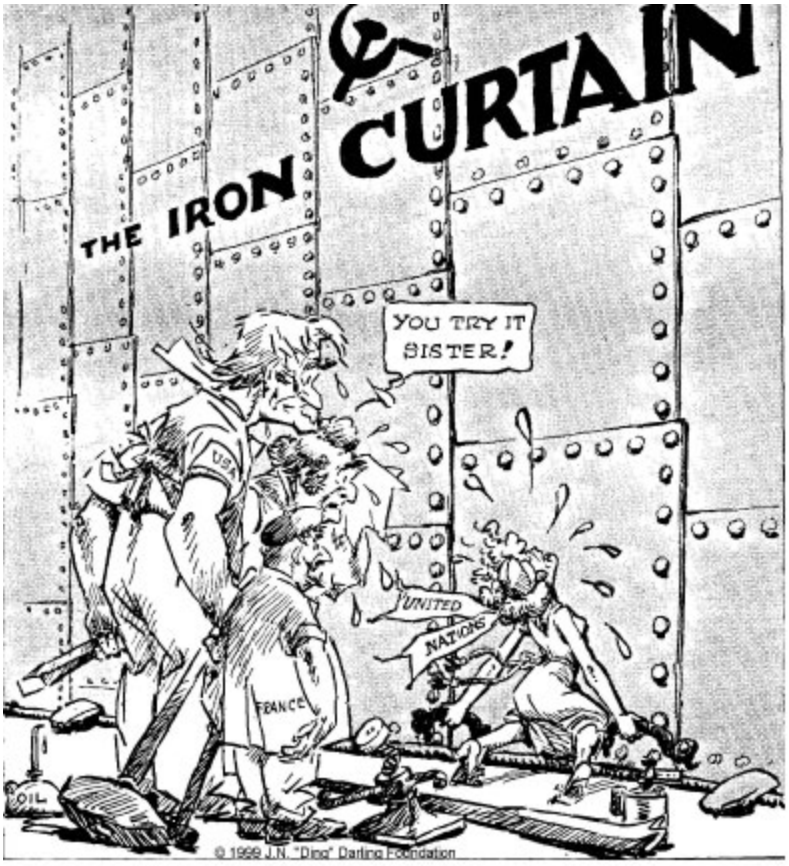
Las políticas americanas de 1947 forzaron el giro de la política exterior soviética en favor del discurso anticolonial que, en Asia, Oriente Medio y África, fusionaba socialismo y nacionalismo. En 1948 la URSS asumía estentóreamente su papel de baluarte contra el imperialismo capitalista en el emergente Tercer Mundo. Ese mismo año, Estados Unidos decidió apoyar a

Francia para frenar la independencia de Indochina. Estados Unidos y la URSS habían pasado a representar dos *estilos* de vida radicalmente opuestos y excluyentes. Las tensiones diplomáticas desatarían pronto las cruzadas ideológicas contra el enemigo.

Como ha escrito Melvyn P. Leffler, «la pugna por el alma de la humanidad comenzaba a asumir dimensiones globales». Toda posibilidad de entendimiento había terminado. El abismo entre el oso y el águila se había ensanchado hasta convertirse en una profunda falla por la que el mundo se precipitaba a la vertiginosa negrura de la guerra fría.

***

35
Jay Ding Darling



«Lo hemos intentado todo salvo la dinamita»
1948

Abismos o brechas, muros o telones, obstáculos metafóricos inundando los discursos, flotando sobre ríos de tinta vertidos en los diarios, asaltando la imaginación desde dibujos y caricaturas, despertando emociones en las salas de arte, los autocines y las emisoras de radio. Cientos de palabras e imágenes con la finalidad de transmitir un único mensaje: la imposible conciliación de un mundo dividido, fracturado, condenado al enfrentamiento perpetuo de cosmovisiones opuestas, de dos estilos de vida diametralmente antagónicos.

La alegoría del Telón de Acero, acuñada por Winston Churchill, se convirtió en la imagen por excelencia de la guerra fría, siendo motivo de inspiración para un elenco importante de artistas, dibujantes, cineastas y escritores. Uno de ellos fue Jay Norwood Darling, artista gráfico más conocido por el seudónimo de J. N. Ding. En esta viñeta publicada en el *New York Herald Tribune* el 10 de abril de 1948, venía a mostrar a sus lectores como la historia de los hombres está repleta de imaginarias murallas tan difíciles de franquear como las más sólidas y pétreas fortificaciones, telones ideológicos insalvables, inaccesibles, semejantes a agrestes defensas soñadas por estrategas imposibles.

Así plasmaba Darling en el papel el dique de intolerancia asentado sobre resistentes cimientos entre el mundo soviético y el representado por Estados Unidos y sus aliados. La imaginaria cortina de hierro era robusta, pesada, tan sumamente resistente que no cedía ante ningún esfuerzo. De hecho, en la imagen se observa a tres naciones occidentales sudorosas, exhaustas, vencidas por el empeño titánico de intentar levantar el blindaje forjado por el comunismo.

Estados Unidos, Inglaterra y Francia, jerarquizadas gráficamente por su tamaño en la viñeta, se ven impotentes ante la incontestable firmeza ofrecida por el baluarte inspirado por el hombre de acero desde el lejano Kremlin. Pese a haber intentado todo tipo de estrategias y herramientas, como la palanca que aparece doblada a los pies de Francia, el mazo y el

escoplo sujetado por el Tío Sam o la aceitera destinada a engrasar las oxidadas bisagras abandonadas tras la efigie del británico John Bull, el metal no cede.

Nada puede forzar la inquebrantable rigidez a la que se enfrentan. Ni siquiera el denuedo de la Sociedad de Naciones Unidas, representada con escepticismo como una refinada, elegante y meliflua damisela, consigue doblegar el metálico farallón emergido para partir el mundo en dos partes. Agotada por el esfuerzo, con sus endebles piernas flexionadas en un vano y agónico impulso, la Sociedad de Naciones se ve condenada a una impotencia puramente decorativa.

Lo cierto es que por mucho que el llamado Telón de Acero fuera una afortunada metáfora, las divisiones edificadas con los ladrillos de la intolerancia, el sectarismo ideológico y los recelos comenzaban a tomar dimensiones muy reales. Así sucedió en Berlín, la ciudad convertida en el símbolo de la victoria aliada tras el final de la segunda guerra mundial.

La misma capital que había despertado de los sueños de grandeza de Hitler conquistada por los soviéticos, acosada por una realidad de pesadilla, violada por el invasor al igual que miles de sus mujeres, derruida por las bombas, recorrida por columnas de humo, avenidas fantasmales y edificios repletos de negras cicatrices arrancadas de las fachadas por la metralla, veía como planeaba sobre ella la inminencia de un bloqueo. Disputada, dividida entre los aliados, sitiada por el hambre y las necesidades, condenada a prolongar el sufrimiento de una población civil cautiva ante los caprichos políticos del nuevo conflicto surgido entre las dos superpotencias, en 1948, los soviéticos llevarían a cabo el primer intento para aislar Berlín, considerando a esta ciudad como la cabeza de puente de su influencia en el este de Europa.

Lo sucedido con la antigua capital alemana en 1948 no era sino uno más de los tensos pulsos que librarían ambas potencias en su absurdo universo de desconfianza, recelos y rivalidad geoestratégica al que fue sometido el mundo entero durante la guerra fría. La audacia norteamericana, basada en la creencia de que los rusos no se arriesgarían a derribar uno de sus aviones poniéndose al borde de un nuevo conflicto

bélico de dimensiones globales, bastó en esa ocasión para que el bloqueo fuese burlado y la ciudad abastecida desde el aire tras un impresionante despliegue técnico de las fuerzas estadounidenses.

No obstante, todo el episodio servía para evidenciar otro de los mensajes formulados por la caricatura de Darling. Aquel que hacía hincapié en que la guerra fría se enquistaría y extendería como un cáncer ante la cerril actitud de unos líderes políticos enrocados en su negativa a negociar abiertamente, mientras se diseñaban todo tipo de estrategias destinadas a debilitar al adversario, sin tener en cuenta que cualquiera de ellas podía arrastrar al planeta a una conflagración de nefastas e imprevisibles consecuencias.

Comenzaba la carrera de los servicios secretos, el espionaje y los topos atrincherados tras cientos de operaciones encubiertas. La CIA, creada en 1947, iniciaba su combate soterrado contra el odiado KGB aguardando en tensión expectante que sonara el temido y mítico teléfono rojo, cuyos timbrazos comenzaron a recorrer las angustiantes pesadillas de los estadistas aún con más ahínco cuando los soviéticos hicieron detonar su primera bomba atómica en 1949.

La década temible de los cuarenta llegaba a su fin poniendo a la historia al filo de un acuciante desasosiego. Ya era demasiado tarde para recurrir a la simbólica dinamita con la que Darling titulaba su viñeta de 1947. Si la retórica, la buena voluntad y las mejores intenciones no conducían a ningún lado, como parecía leerse entre líneas de la propuesta de sesgo conservador del dibujante estadounidense, acudir a la fuerza, intentar romper la baraja para ganar la partida resultaba a todas luces una solución letal, más alejada aún de la realidad que la más utópica de las salidas propuestas desde el podio de Naciones Unidas.

El mundo, llevado de la mano por dos superpotencias ebrias de su propio poder, caminaba por un sendero incierto plagado de luces y sombras. La impresionante economía de consumo estadounidense, encarnada en los fulgurantes Cadillacs recorriendo autopistas repletas de deseos a bajo precio, de sueños enlatados para pagar en cómodos plazos, quedaría eclipsada por la caza de brujas y los manuales escolares en los que se explicaba cómo delatar a tu vecino comunista. Los imponentes logros del

socialismo soviético, aireados como el triunfo definitivo de un proletariado evadido del analfabetismo, la enfermedad y la penuria gracias a universidades, hospitales y servicios dispensados por un todopoderoso Estado, sucumbían ahogados por la tenebrosa sombra del *Gulag* y los privilegios asociados a una burocracia del partido transformada en una nueva élite.

El frente de la propaganda secuestraría a artistas, escritores e intelectuales con el fin de edificar una muralla ideológica que acabaría por levantarse con adoquines reales en el Berlín de 1961. Ese era el escenario surgido de la gélida posguerra. Un mundo de gente temerosa, sometida a la tiranía cruel de ver sus sueños de paz triturados bajo la estólida tiranía de la mecánica del miedo, la delación, la culpa y el espionaje.

***

36
Edwin Marcus

«¿Podría bloquearlo?»
1947

Lo que se oculta tras la metáfora deportiva puesta en escena por Edwin Marcus para el *New York Times* es el miedo de unos europeos traumatizados por su reciente pasado bélico, consternados ante la inevitable realidad de tener que vivir atrapados entre el triunfante presente de la Unión Soviética y la incertidumbre despertada por un más que probable resurgimiento futuro de Alemania. En 1947 el único consuelo para el Occidente europeo era la confianza en la ayuda del gran aliado estadounidense.

Para Estados Unidos paliar el sufrimiento europeo constituía un ejercicio de prevención destinado a frenar cualquier arrebato revolucionario en el continente, donde se había incubado el huevo de la serpiente del totalitarismo. Asegurar una vida digna a su miles de sufrientes ciudadanos significaba también alejar el incómodo espectro del comunismo formando parte de sus gobiernos. De ahí que el dibujante estadounidense presentara a Stalin como la única amenaza capaz de frenar el optimista inicio del camino europeo hacia la reconstrucción. Se plasmaba así de manera definitiva la idea, clave en los albores de la guerra fría, de que Europa solo era una anhelante espectadora del juego entablado entre las dos grandes superpotencias vencedoras en la segunda guerra mundial.

En la viñeta, la URSS no es todavía el enemigo demoníaco, el monstruoso invasor de otro mundo que los estadounidenses contemplarían aterrorizados en las pantallas de los autocines durante la década de los cincuenta. Por el momento, Stalin era tan solo un aguafiestas, un molesto e incómodo jugador del equipo contrario dispuesto a cortar la mejor jugada del partido: el atinado enceste del Plan Marshall dentro de la canasta de la recuperación europea. Bajo la viñeta, una incógnita sembraba la inquietud entre los lectores del diario neoyorquino: ¿podría la Unión Soviética bloquear el despegue económico europeo representado por el Plan Marshall? Y, si así fuera, ¿qué consecuencias acarrearía esta obstrucción en el inseguro mundo surgido tras el desastre de Hiroshima? Ese era el gran dilema planteado por Edwin Marcus.

Dado que la principal preocupación del líder soviético en los inicios de la guerra fría no era extender la revolución, sino atesorar el poder suficiente para asegurar sus fronteras frente a un hipotético y futuro resurgimiento alemán es lógico que este viera en el Plan Marshall un desafío destinado a contrarrestar su ascendente sobre el este de Europa. Esta influencia se había obtenido por medio de una calculada estrategia de control ejercida sobre el comunismo y otros partidos de izquierda con peso en esas naciones. Surgieron así los llamados gobiernos de *frente* formados por coaliciones de comunistas con socialistas y partidos antifascistas, más reformistas que revolucionarios. Más tarde, el sueño de una izquierda democrática extendiéndose al este de Europa sería cercenado por un estalinismo que fagocitó a todas las fuerzas políticas, amañó elecciones y doblegó con crudeza a los opositores.

Fue en ese momento cuando llegó el Plan Marshall, una tentadora oferta para favorecer el desarrollo económico, colocado ante la ávida mirada de una Europa occidental famélica y arruinada. A cambio de la promesa de despegue, el precio ideológico representado por la exclusión de los partidos comunistas de los gobiernos resultaba irrisorio. El viaje a la recuperación de la oxidada maquinaria de la vieja Europa no se detendría ya en el tentador apeadero de la revolución comunista si los dólares americanos engrasaban los raíles del progreso.

A los ojos de Stalin, todo esto no suponía más que una estratagema del gran capitalismo americano para ejercer un contrapeso del poder soviético en el este. La exclusión de los comunistas de los gobiernos en países como Francia e Italia provocó una encendida reacción para intentar bloquear el Plan Marshall, renunciando a la vieja política de entendimiento y sustituyéndola por la visión de dos mundos opuestos e irreconciliables encarnada en la llamada Doctrina Zdanov. Este giro político se pondría en escena en reuniones como la celebrada en septiembre de 1947 en la localidad polaca de Szklarska Poreba, donde los partidos comunistas más relevantes del este de Europa, así como los de Francia e Italia discutieron la posibilidad de diseñar una estrategia común frente a la ofensiva capitalista.

Detrás de esta coartada, sobre la que resucitaría la vieja Oficina de Información Comunista o *Cominform*, se ocultaba el objetivo de restaurar el dominio ideológico soviético sobre el movimiento internacional.

Stalin, el hombre de acero, volvía a erigirse así en el gran vigilante de la ortodoxia comunista, enmascarando bajo el disfraz de democracias populares a los regímenes títeres surgidos uno tras otro en la Europa del Este. Quienes no se sometían a las directrices del Kremlin acabaron siendo expulsados del *Cominform*, como sucedería con la Yugoslavia de Tito en 1948, o sometidos por la fuerza a gobiernos impuestos por Moscú, como ocurrió el mismo año con Checoslovaquia. La estrategia de dominio político fue seguida de una frenética actividad económica destinada a favorecer las relaciones comerciales entre la URSS y unos vecinos del este cada vez más dependientes de esta. El golpe de Praga encendería todas las alarmas ante la posibilidad de que los soviéticos estuvieran dando el primer paso de su expansión hacia el oeste. Asimismo, los socialistas europeos encontraron en la caída de la democracia checa el argumento de mayor peso para sumarse con decisión al bando occidental. La consecuencia última de este proceso sería la relegación de los partidos comunistas occidentales a un papel secundario en la política de posguerra.

Todos los esfuerzos de Stalin para reafirmar su preponderancia en el este, respondían a la evidente realidad de que estaba perdiendo la iniciativa en el otro gran asunto pendiente de la naciente guerra fría: el papel que debía jugar Alemania en el nuevo contexto internacional. Al deseo aliado de unificar sus tres zonas en un estado independiente hecho público en 1948, respondería la URSS con el bloqueo sobre Berlín. Este intento de coacción fracasaría estrepitosamente acabando en 1949 con la definitiva división de Alemania en la República Federal, presidida por Konrad Adenauer y la República Democrática bajo la égida soviética.

La crisis de Berlín abrió en Europa una nueva tesitura en la que las naciones occidentales se vieron obligadas a desterrar paulatinamente sus miedos y recelos con el fin de plantearse estrategias militares y económicas conjuntas. Bajo el paraguas estadounidense, la firma del tratado del Atlántico Norte sería oficialmente ratificada en Washington el 9 de abril de 1949. Dos años después Francia, Alemania Federal, Italia y los países del

Benelux suscribieron el tratado de París en virtud del cual quedaría establecida la CECA, Comunidad Europea del Carbón y del Acero, considerado el antepasado más remoto de la actual Unión Europea.

Paradójicamente, el intento de bloquear el Plan Marshall había catapultado el desarrollo occidental sobre las nuevas bases de la cooperación y la ayuda mutua. Para entonces, el nuevo partido jugado en el escenario de la guerra fría ya se había desplazado a un nuevo terreno, lejos de Europa, en la península de Corea. Un nuevo jugador en forma de emergente Tercer Mundo sería a partir de ahora el gran protagonista sobre el que bascularía el antagonismo de las dos superpotencias.

***

37
Edmund Valtman

«Esto me duele más a mí que a ti»
1962

Tras el conflicto de Corea, el miedo al comunismo se adueñó de Estados Unidos. La percepción de un adversario taimado, emboscado y maquiavélico alcanzó a todos los hogares siendo también compatible con la esplendorosa cultura heroica de la victoria en la *guerra americana*. Los hijos de la América triunfante en los campos de batalla contra los *japonazis*, como definían al enemigo algunos *cómics* del momento, crecieron frente a las fosforescentes apoteosis del cine bélico y los telefilmes televisivos.

En ellos se mezclaban las glorias pasadas con las alertas sobre el presente. Como afirmaba una voz en *off* al inicio de la serie documental sobre la segunda guerra mundial *La gran panorámica* (*The Big Picture*, 1951-1964): «Desde Corea hasta Alemania, desde Alaska hasta Puerto Rico, en todo el mundo el ejército de Estados Unidos se encuentra en estado de alerta para defender nuestro país —a vosotros el pueblo americano— contra la agresión». La paranoia se adueñó de una sociedad en la que al mismo tiempo que crecía la regalada vida del confort consumista, se disparaba hasta extremos insospechados la producción de armas. De hecho, las mismas industrias dedicadas a dotar a los hogares de refrigeradoras, lavadoras y aspiradoras milagrosas estaban a la cabeza mundial del comercio armamentístico. Los plácidos y confortables hogares americanos engordaban al mismo tiempo que lo hacía el presupuesto del Pentágono.

Paradójicamente, mientras los arsenales rebosaban, se hacía evidente que la época de la retórica épica, de las grandes gestas militares libradas en hostiles territorios tocaba a su fin, relegadas al mundo del cine y la televisión en grandes producciones propagandísticas financiadas por el ejército y la industria militar. Pero mientras la ficción aireaba los ejemplares valores de la épica lucha sostenida contra nazis y japoneses, en la vida real resultaba evidente que una nueva conflagración no terminaría con una victoria sin más, sino con la destrucción total e inminente del mundo conocido.

Ya no había sitio para los héroes protagonistas de las hazañas pasadas, el presente pertenecía a otro tipo de táctica; eran los tiempos de la guerra sucia, los años de los combates encubiertos, de la extorsión y el chantaje a los gobiernos, de las torturas y las operaciones secretas. Momentos en los que el enemigo, perverso e intrigante por naturaleza, debía ser vencido con sus mismas armas. Para muchos altos responsables de la defensa estadounidense, en aquel nuevo juego era necesario renunciar a las reglas de conducta humana aceptadas hasta ese momento. Como escribió el general James Doolittle al analizar para el presidente Eisenhower las actividades de la CIA, si Estados Unidos quería sobrevivir habría que «revisar el arraigado concepto americano del *juego limpio*».

Era normal que la elocuencia de los discursos y el arrojo típicamente americanos de filmes y cómics prefirieran refugiarse en la nostalgia por el universo moral cristalino de la segunda guerra mundial, frente al caos de confusión, torturas y violaciones de derechos propios de la tensa, soterrada y ladina guerra fría. En ese tiempo de incertidumbre, el enfrentamiento nuclear podía teorizarse, imaginarse, planificarse pero no ejecutarse. Sin embargo, la guerra sucia, las estratagemas entre bambalinas, las tramas urdidas en los sombríos despachos de los agentes secretos, eran realizadas bajo el más absoluto de los silencios, ¿quién podía enorgullecerse de ellos? ¿A quién podía movilizarse para participar en un combate presidido por la traición, la tortura y el asesinato legal?

Intentarlo habría supuesto el reconocimiento tácito de que Estados Unidos usaba las mismas armas que el intrínsecamente perverso enemigo soviético, cuyo rédito en Occidente se había visto muy mermado tras la represión del levantamiento húngaro de 1956. El final del reformismo de Imre Nagy fue para muchos europeos la evidencia de que el comunismo parecía aliarse más con la coacción que con la revolución. Mientras los europeos occidentales desertaban cada vez más de sus filas, los ciudadanos del este vieron en los sucesos de 1956 no solo la concreción de una gran desilusión, sino también la certeza de que no podían esperar ayuda alguna de Occidente frente al gigante soviético.

No era extraño que la revolución triunfante en Cuba en 1959, el ocaso del dictador Batista a manos de las fuerzas del Che Guevara y Fidel Castro, se convirtiese rápidamente en la nueva obsesión en el contexto de la guerra fría. El apoyo inmediato que recibiría de la URSS, permitiría al Kremlin volver a presentarse ante el mundo como el campeón de la justicia, de los desharrapados enemigos del capitalismo y, al mismo tiempo, ponía a Estados Unidos ante la amenaza de un enemigo llamando a la puerta, no como hasta entonces relegado y perdido en la lejana Europa, sino instalado y triunfante en su reconocido *patio trasero*.

No tardarían en ponerse en acción las maniobras esquinadas de las agencias de inteligencia, las operaciones encubiertas, las maniobras opacas para acabar con el nuevo foco de expansión comunista instaurado en Cuba. El fracaso del intento de invasión en la bahía de Cochinos avalado por la CIA en 1961 conllevaría la reacción soviética en forma de instalación de misiles nucleares en la isla caribeña apuntando a territorio estadounidense. Así se desataría la llamada crisis de los misiles cubana que durante trece largos días mantuvo en la histeria al mundo ante la posibilidad de una eminente guerra nuclear. El premier soviético Nikita Jruschev y el despampanante nuevo presidente de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, dieron una terrorífica lección del nuevo lenguaje diplomático propio de la guerra fría.

El resultado final de este gran punto de tensión se refleja con ironía en la caricatura realizada por Edmund Valtman el 30 de octubre de 1962 para el *Hartford Times* en la que un Jruschev ataviado de dentista se apresta a extraer de la boca de un receloso Castro los misiles soviéticos. Mientras procede con la operación, el líder de la URSS consuela a su paciente recordándole que «Esto me duele más a mí que a ti». La lectura ofrecida por el caricaturista de origen estonio, más tarde nacionalizado estadounidense, presenta la retirada de los misiles soviéticos de suelo cubano como una evidente victoria norteamericana.

Pero lo cierto es que, como sucedió con la mayor parte de los conflictos de la guerra fría, resulta muy difícil establecer con claridad quién ganó o perdió en este nuevo encontronazo entre las dos superpotencias, ya que ambas se esforzaron por presentarse ante el mundo como firmes

defensoras de sus posiciones. Si Estados Unidos consiguió evitar el despliegue de armas rusas, los soviéticos ganaron aliento para un régimen castrista que sobreviviría a la propia URSS, pese a todos los intentos estadounidenses por desestabilizarlo.

Relegados por la gran política, confinados a los márgenes de la historia escrita en gruesos tratados y volúmenes, fueron los ciudadanos quienes se vieron atrapados en el cruel sistema de alianzas y conspiraciones de la guerra fría. Los cubanos asistirían con decepción a lo largo de los años a la transformación de su gran revolución en una dictadura personalista, mientras que, en la mayor parte del mundo, se asistía con cierto pavor y resignación a vivir bajo la amenaza continua de un sistema que, como en cualquier film de Hitchcock, podía convertir la vida cotidiana de cualquiera en una pesadilla.

***

DESDE EL FIN DEL COLONIALISMO A NUESTROS DÍAS

Con el inicio del siglo XX un nuevo temor sacudió con fuerza los cimientos del imperialismo occidental. El eco de la derrota de la gran Rusia en Tsushima a manos de Japón provocó los recelos de las viejas potencias e hizo añicos el mito de invencibilidad del hombre blanco. Mirándose en el espejo japonés, el despertar político e intelectual de Asia se pondría en marcha inexorablemente.

El final de la segunda guerra mundial evidenció hasta qué punto las corazas y armaduras, antaño bruñidas con la épica de las gestas coloniales, habían sido consumidas por el óxido y la herrumbre, sepultadas bajo el peso de la guerra industrial y la sociedad de masas. Los gloriosos imperios de otros días no eran ya sino pesados gigantes con pies de barro, demasiado costosos de mantener para una mayoría social descontenta que en nada se beneficiaba ya de las anquilosadas y elitistas estructuras imperiales.

Por otro lado, los países sometidos durante años al yugo colonial habían sufrido importantes transformaciones. Un acelerado proceso de industrialización seguido de una explosión demográfica y crecimiento urbano sin precedentes desembocaron en la formación de caóticas metrópolis donde la experiencia compartida de la miseria hacía más rápida y fácil la expansión de las ideas anticoloniales y revolucionarias, a menudo difundidas por líderes formados en las universidades occidentales.

Esta habría de ser la fragua donde irían forjándose identidades nacionales, producto de la afirmación de una personalidad histórica encaminada a la construcción de discursos cuyo denominador común fueron las solidaridades antioccidentales como el *asiatismo*, el *panislamismo* o la *negritud*.

El rumbo hacia la independencia, insuflado por el fuerte viento del nacionalismo se vería reafirmado por el contexto internacional de la guerra fría. Mientras que Estados Unidos esgrimía la necesaria independencia de los países como baluarte para frenar la expansión del comunismo, la Rusia soviética la aireaba para presentarse al mundo como el más firme adversario del imperialismo americano.

La experiencia de la segunda guerra mundial dejó una profunda huella en los escenarios coloniales. Quebró por completo el mito de la metrópoli invencible y sirvió como una escuela táctica para la formación de guerrillas y movimientos de resistencia armados. Además, las organizaciones internacionales, con Naciones Unidas a la cabeza, actuaron como tribuna y amplificador de unas reivindicaciones independentistas, que encontraban eco y apoyo en los discursos, escritos, manifiestos y críticas de los intelectuales progresistas occidentales.

En su empeño por sacar a la luz pública la crueldad, miseria e hipocresía de la vieja política colonial seguía teniendo gran peso la memoria de la resistencia frente al imperialismo nazi. No dejaba de constituir un contrasentido que quienes habían dado su sangre por la libertad de los pueblos de Europa, siguieran dispuestos a defender un sistema de relaciones internacional fomentador de la explotación, la miseria y la esclavitud de otros pueblos.

De hecho, este discurso anticolonial acabó por erigir un nexo común de solidaridad entre las poblaciones coloniales y las minorías discriminadas en el mundo occidental. Quizá, el ejemplo más claro de esta creación de sentimientos de fraternidad, basados en la raza o en la cultura, sea el que estrechó los lazos entre la lucha por la independencia de los países del África negra y la llevada a cabo en Estados Unidos para conquistar los derechos civiles de la población negra, mantenida en la marginación, la pobreza y la desigualdad. Una gran oleada de confraternización panafricana recorrió el mundo desde Londres a Ciudad del Cabo, desde la Martinica hasta las grandes ciudades de Estados Unidos, donde las nuevas naciones independientes eran admiradas como avanzadillas de la definitiva liberación del hombre negro.

De hecho, la fuerza del anticolonialismo residió en su capacidad para interconectar causas, ideologías y reivindicaciones en el seno de los nuevos movimientos sociales impulsados en Occidente a partir de la década de los sesenta. Pasadas por el tamiz de una universidad en permanente agitación, se daban la mano causas en apariencia tan dispares como la del proletariado y los pueblos explotados, la discriminación racial y la articulación de un

discurso emancipador de la mujer, así como la sobreexplotación del medio natural y de sus recursos, considerada una clara consecuencia de la avaricia imperialista.

Partiendo de este contexto se entiende la vertiginosa expansión de una serie de oleadas descolonizadoras que sacudirían con fuerza el orden internacional establecido a lo largo y ancho del universo colonial desde la India hasta el continente africano pasando por el mundo árabe islámico. La Conferencia de Bandung, que tendría lugar en 1956, actuaría como un eje vertebrador de todas estas experiencias consagrando simbólicamente la independencia asiática e impulsando el concepto de *Tercer Mundo* para referirse a quienes buscaban una identidad propia al margen de la política de bloques. De este modo, Bandung alumbraba el movimiento de los países no alineados, apostando por una tercera vía diplomática basada en la coexistencia pacífica y el desarme y articulando al mismo tiempo una red de solidaridad entre todos los pueblos afroasiáticos en su lucha por la independencia.

El impacto de este intrincado y complejo proceso descolonizador iniciado a finales de la segunda guerra mundial ha llegado hasta nuestros días legándonos algunas de las problemáticas más descarnadas, violentas y complejas del panorama internacional. La progresiva agonía del continente africano, el conflicto del Próximo Oriente o el creciente arraigo del islamismo en las masas urbanas de los países árabes son tan solo algunos de los procesos iniciados con la descolonización.

Muchos de ellos fueron el fruto del cálculo político y los intereses económicos en una compleja transición entre las ideas antiimperialistas y su puesta en práctica por los nuevos gobiernos surgidos tras una emancipación lastrada por múltiples problemas.

El cruel choque entre idealismo y realidad transformó en algunos casos a líderes populares en tiranos despóticos al servicio de los espurios intereses de compañías transnacionales, emblema de un nuevo capitalismo ejercido desde las viejas metrópolis o los nuevos centros de poder económico surgidos a principios del siglo XXI. Factores como las fracturas tribales, étnicas o religiosas han supuesto también un escollo relevante a la hora de consolidar territorialmente unas naciones desgarradas a menudo por los

conflictos internos, arrastradas a un perverso ciclo de guerras, hambruna y subdesarrollo. Por último, mientras la gran revolución silenciosa librada por las mujeres en la consecución de la plena igualdad ha dado pasos de gigante en la mayor parte de los países occidentales, sigue siendo una asignatura pendiente en la mayor parte de las naciones descolonizadas.

En nuestro globalizado mundo de hoy, sacudido por complejas relaciones poscoloniales, va haciéndose cada vez más necesario superar el caduco marco del Estado-nación acuñado en la Europa del siglo XIX. Afrontar los nuevos desafíos será complicado sin recurrir a estructuras de carácter supranacional capaces de aportar soluciones de orden global para problemas que afectan a la totalidad del planeta.

***

38
Kobayashi Kiyochika

«El zar ve regresar a sus tropas»
1904-1905

Nadie, ni el hombre más poderoso del mundo puede escapar a las pesadillas. Ni siquiera el zar de la Gran Rusia, cuyo vasto imperio se representaba en todas las caricaturas como un vigoroso y temible oso al que más valía no enfrentarse.

Kobayashi Kiyochika aborda en su obra uno de los grandes temas de la caricatura: mostrar las miserias de los poderosos. En la intimidad de su alcoba, lejos de la pompa ceremonial de la corte, la angustia sorprende al zar por medio de pesadillas y visiones nocturnas.

Este grabado satírico formaba parte de la colección propagandística dedicada a glosar las victorias niponas sobre la Rusia imperial titulada *Nihon banzai hyakusen hyakushõ* («Larga vida a Japón: 100 victorias, 100 risas»), una recopilación de grabados acompañados de ácidos comentarios firmados por Honekawa Dojin, seudónimo del escritor Nishimori Takeki.

La escena muestra al zar intentando rechazar con la mano la tortuosa visión de sus ejércitos regresando derrotados a la patria. Con una gran fuerza sintética Kiyochika oculta los rostros de los soldados heridos para restar patetismo a una imagen cuya función primordial era la burla. Los rostros de los soldados vencidos, que podían mover a la piedad son sustituidos por una parte destacada del esfuerzo bélico ruso. Marina, artillería, infantería, comunicaciones y locomoción se han visto seriamente dañadas en el encontronazo con el más moderno y eficiente ejército japonés.

El desfile de soldados heridos que inquieta los sueños de Nicolás II refuerza el patetismo de un líder que descubre en sus sueños que los informes acerca de las victorias de sus propios ejércitos no eran sino un montón de patrañas propagandísticas, falsedades en las que creyó porque le complacían.

El todopoderoso zar resulta tan ridículo como el más insignificante de los hombres al retratar sus debilidades, temores y angustias. Por extensión, su nación ha dejado de ser el enemigo invencible que forjaban las leyendas coloniales acerca del hombre blanco. Ahí reside precisamente la

importancia de esta caricatura y de la victoria de Japón sobre Rusia en el conflicto de 1905. El mito del occidental invencible era dinamitado y su derrota a manos de otro pueblo servía para ridiculizarlo. Nada como la sátira para romper y reducir al absurdo verdades preconcebidas como la supuesta superioridad de Occidente.

De hecho, la derrota rusa fue recibida con júbilo por quienes más tarde librarían en todo el mundo la gran batalla contra el imperialismo. Japón se convirtió de la noche a la mañana en el espejo en el que se miraban no pocos asiáticos que en aquel momento se formaban en universidades occidentales. Pronto se fraguaría entre ellos una arraigada conciencia política anticolonial.

Al mismo tiempo, el desasosiego del zar, se trasladó también a los viejos imperialistas, que no tardaron en montar toda una campaña propagandística en contra de la flamante y nueva potencia japonesa. Como bien se encargaría de describir con ironía Rabindranath Tagore, la preocupación de Occidente sobre Japón tan solo residía en el hecho de que esta nación «era capaz de demostrar que puede llegar a ponerse igual de odiosa que ustedes». El país del sol naciente, elogiado en Europa por su radical transformación tras la revolución Meiji, volvía a ser tildado de bárbaro cuando seguía las estrategias y tácticas militares practicadas por Occidente durante siglos.

Con ello volvía a ponerse de manifiesto hasta qué punto la mirada que Occidente había arrojado sobre otros pueblos estaba lastrada por la hipocresía que convertía a los colonizados en bárbaros indeseables en el momento en que estos se resistían al expolio o empleaban la violencia para resistirse o derrotar a sus dominadores. Esta era exactamente la misma receta que se aplicaba ahora al Japón vencedor de la Rusia imperial, especialmente por unos Estados Unidos temerosos de su más que probable influencia en el Pacífico.

Japón se perfilaba como una incipiente potencia imperial, así como también en un ejemplo que seguir por todas aquellas naciones que quisieran liberarse del yugo colonial occidental. La vía a la construcción del gran imperio nipón sería pronto edificada mediante la combinación de un hábil despliegue de propaganda panasiática y militarismo violento. La imposición

del capitalismo desde arriba y su amalgama con un pensamiento arraigado en la tradición medieval favoreció la preponderancia política y social del ejército. A pesar de disponer de la más moderna maquinaria bélica de una sociedad industrial, los oficiales japoneses permanecían anclados en los rígidos códigos de honor y disciplina medievales. La combinación de ambos aspectos llevarían a Japón en apenas un tercio de siglo hacia el fascismo y el desastre de la segunda guerra mundial.

Por otro lado, el orgulloso zar de todas las Rusias jamás hubiese imaginado que la pesadilla japonesa de la que acababa de despertar era tan solo el principio de un delirante proceso que acabaría con su abdicación y con la desintegración del viejo imperio ruso, tras la amarga experiencia de la primera guerra mundial y la revolución bolchevique de 1917. El fracaso en la guerra ruso-japonesa asestaría un golpe muy duro a su imagen pública entre un pueblo ruso que en un principio había aceptado el conflicto con entusiasmo.

Las continuas derrotas en la contienda agravaron las pésimas condiciones de vida de proletarios y campesinos entre los que cundió el descontento. El pueblo, que aún consideraba al zar como el padre de todos los rusos, intentó hacerse comprender el 22 de enero de 1905 mediante la organización de una gran marcha de protesta en San Petersburgo con el objetivo de solicitar reformas laborales. Lejos de mostrar cualquier atisbo de comprensión ante sus demandas, la protesta fue brutalmente reprimida por el ejército y los cosacos quedando identificada en el imaginario colectivo popular con el nombre de Domingo Sangriento. A partir de ese momento la autoridad paternalista del zar fue puesta en entredicho y fuertemente cuestionada, siendo 1905 la fecha que marcaría el principio de una fractura entre los Romanov y el pueblo ruso que no haría sino ensancharse con el paso del tiempo.

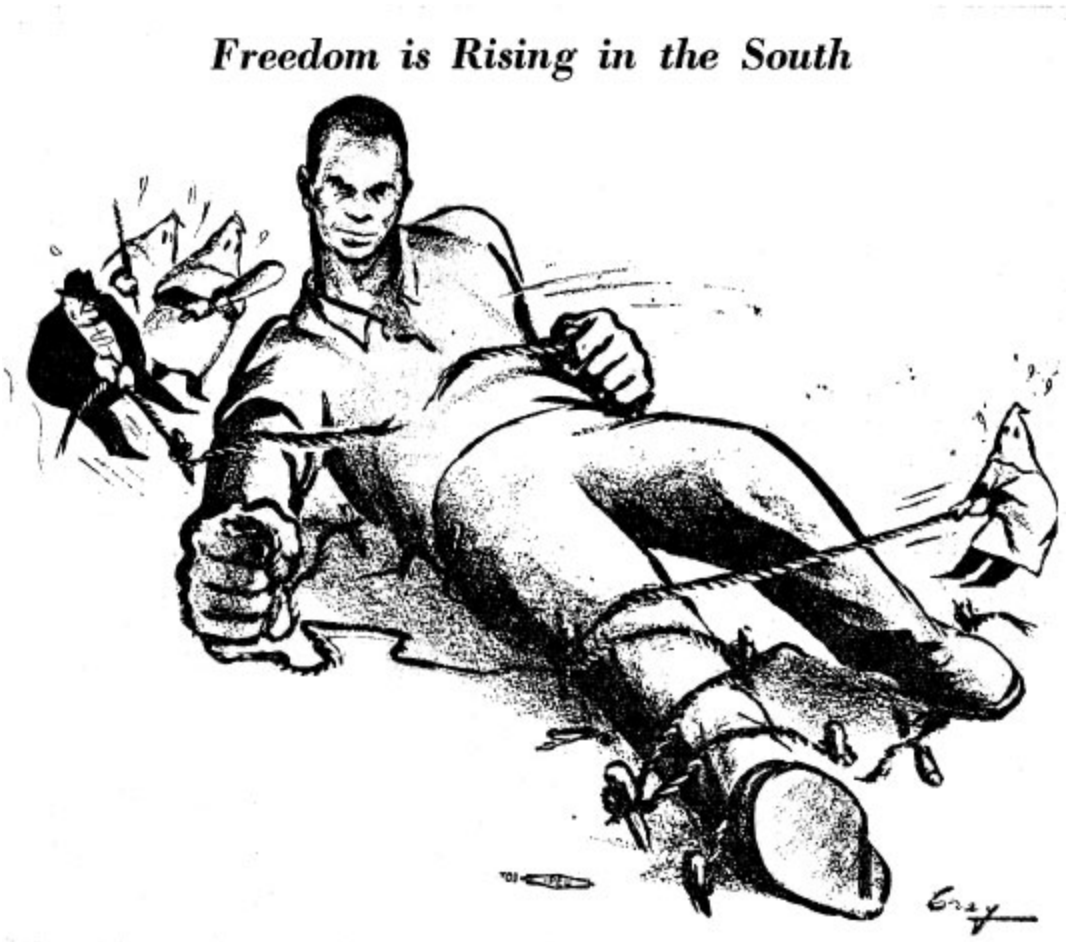
En definitiva, lo que parecía como un divertimento de Kobayashi Kiyochika para glosar el gran triunfo de Japón, puede servirnos hoy para intentar comprender y explicar cómo a principios de siglo xx había empezado a configurarse un nuevo contexto internacional. Mientras los viejos imperios europeos dejaban entrever sus primeras fisuras, los

japoneses habían puesto en marcha quizá sin proponérselo una de las mecánicas cruciales de la historia contemporánea: el despertar intelectual y político de Asia.

El hombre blanco, erigido en gran dominador del mundo, había dejado de ser invencible. Muy pronto, su ambición y sus rivalidades internas le conducirían hacia una senda de muerte y destrucción que devastaría el viejo continente. Debilitados y empobrecidos, los imperios acabarían por convertirse en estructuras renqueantes, maduras para ser asaltadas por una tradición anticolonialista y nacionalista que comenzó a forjarse en los albores de siglo.

***

39
Laura Gray



«La libertad se alza en el sur»
1956

Condensar un momento histórico en una imagen. Reinterpretar toda una tradición satírica, poniéndola al servicio de la cultura popular confiriéndole un sentido diferente nutrido con las claves de su tiempo, son logros propios de los grandes caricaturistas. No solo nos cuentan historia, sino que la enriquecen aportando nuevos significados y contextos, problemáticas entrecruzadas, transversales y convergentes con las que sus imágenes adquieren una fuerza especial: la obtenida al transportar al presente el aliento cotidiano del ayer, como un gran lienzo del tiempo arrebatado en toda su inmediatez al inmenso discurrir histórico.

Gulliver, el personaje creado por Jonathan Swift en los inicios del siglo XVIII, se convirtió desde su aparición en el protagonista de toda una serie de populares fabulaciones sobre utópicas sociedades conocidas con el nombre de *gulliveradas*. Laura Gray, pseudónimo de la escultora y pintora de vanguardia norteamericana Laura Slobe, recuperaba en esta escena la dimensión idealista del famoso viajero para presentar la causa de los derechos civiles de los afroamericanos.

Procedente de una familia acomodada de origen judío, Slove formó parte en los años treinta de un grupo de artistas de vanguardia de Chicago simpatizantes del trotskismo. Su paso de la sintonía ideológica a la militancia se produjo a principios de la década de los cuarenta cuando decidió afiliarse al Partido Socialista de los Trabajadores (SWP). Su compromiso político fue la causa de que adoptase en la época el pseudónimo de Laura Gray por temor a ser perseguida o relegada en el mundo laboral. Su talento como artista, continuador del trabajo de dibujantes socialistas como Robert Minor, encontraría pronto salida en el semanario del partido, *The Militant*.

Fue este medio el que publicó el 26 de marzo de 1956 la viñeta centrada en los motines de los autobuses de Montgomery, iniciados en diciembre de 1955 por Rosa Parks. En pocas ocasiones en la historia de la humanidad un pacífico y sencillo gesto de la vida cotidiana, como negarse a abandonar su sitio en un autobús para cedérselo a una persona de raza

blanca, tuvo unas consecuencias sociales tan relevantes. El arresto de Parks despertó una ola de indignación en la comunidad negra de Montgomery, que decidió secundar el boicot al transporte público. Martin Luther King, elegido como jefe del comité de la protesta, definió la gran ola de solidaridad establecida entre los afroamericanos como «un auténtico milagro».

Durante más de un año la comunidad negra de Montgomery compartió vehículos particulares, se desplazó en bicicleta, hizo autostop o incluso caminó para evitar viajar en autobús. Las veredas atestadas de peatones empeñados en poner fin a la segregación en los transportes eran tan solo el inicio de un prolongado camino, una larga marcha en pos de la igualdad, la libertad y los derechos civiles. Un recorrido sembrado de dificultades y trágicos acontecimientos, que obtendría su primera y simbólica victoria en diciembre de 1956, cuando la Corte Suprema de Estados Unidos ratificó la inconstitucionalidad de la segregación racial vigente en los transportes públicos del estado de Alabama tras 351 días de movilización ininterrumpida.

La pluma de Gray presentaba con acierto el movimiento de boicot a los autobuses de Montgomery como el verdadero despertar del pueblo negro estadounidense, caracterizado como un Gulliver airado liberándose de sus ataduras. Frente a él, intentando todavía amarrar la nueva conciencia desatada, se encontraban los activistas del Ku Klux Klan, retratados como violentos liliputienses sin más argumentos que la ignorante violencia de sus porras. Junto a ellos, intentando detener la irrefrenable puesta en pie del coloso afroamericano, se encuentra el capitalismo, identificado por su sombrero y el inconfundible símbolo del dólar impreso sobre su camisa. Con este personaje, Laura Gray, dejaba entrever la lectura de sesgo trotskista realizada por el semanario socialista al presentar la discriminación racial como una de las coartadas y consecuencias de una explotación mayor: la llevada a cabo por el capitalismo sobre los trabajadores de todo el mundo.

Así, la descripción del despertar de la libertad en el sur se convertía en mucho más que en un retrato de apoyo a las reivindicaciones de los amotinados en Montgomery. Su discurso político iba mucho más lejos,

insertando el problema del racismo en el más amplio contexto de la guerra fría y del movimiento anticolonial. Resultaba difícil entender cómo un país, que había perseguido con la saña paranoica del macartismo y la caza de brujas al enemigo comunista en nombre de la democracia, era capaz al mismo tiempo de mantener a gran parte de su población bajo el yugo de un sistema político heredero del esclavismo.

De hecho, no fueron pocos quienes establecieron un nexo directo entre el movimiento anticolonial, la ruptura de las cadenas del hombre negro y la derrota final del capitalismo en pos de una revolución universal. El propio Jean Paul Sartre llegaría a afirmar que el hombre negro habría de ser «el primer revolucionario». Todo ello no hacía sino subrayar el despertar internacional de la cultura negra, en la segunda mitad del siglo XX, de la mano de artistas que hicieron compatibles su experiencia estética y su militancia política, como el poeta Aimé Césaire en Martinica o el pintor Wilfredo Lam, en cuya obra llegaron a confluir elementos aparentemente tan dispares como la santería, el surrealismo y el compromiso con la revolución cubana.

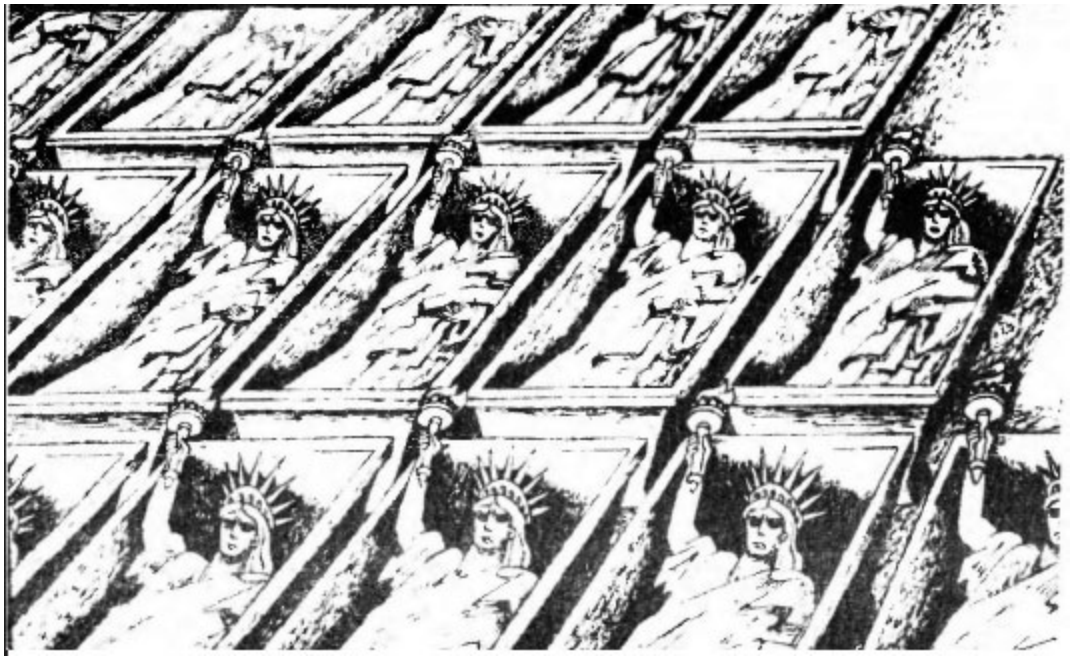
En Estados Unidos, la vivencia directa de la injusticia y la discriminación llevaron a muchos artistas a producir una obra de fuerte carácter social en la que se introducían elementos propios de la cultura popular, como las viñetas, el jazz o el blues, con una clara finalidad de denuncia. Así lo atestiguan autores como Charles White, Elizabeth Catlett y el fotográfo Ernest Whitters, que mostraban con realismo desgarrador la sórdida realidad de un pueblo sometido a la arbitrariedad, la violencia y la injusticia plasmada en constantes abusos y linchamientos.

A través de la viñeta firmada por Laura Gray, podemos asistir al tiempo en el que *el despertar de la libertad en el sur* conduciría progresivamente a la emancipación ciudadana de la comunidad afroamericana estadounidense. La lucha reivindicativa en pos de la igualdad en los transportes públicos constituyó un estímulo para el movimiento de los derechos civiles, confiriendo a figuras como Rosa Parks o Martin Luther King el perfil de nuevos héroes protagonistas de la resistencia pacífica contra la injusticia.

Una radiografía dibujada de un tiempo en el que los colectivos civiles, cuyos protagonistas eran a menudo ciudadanos anónimos habitualmente olvidados por la historia, comenzaban a ser conscientes de que los tiempos podían cambiarse. En pos de esa transformación construida desde abajo trabajarían las mujeres negras, auténticas dinamizadoras de la protesta contra los transportes en Montgomery. Hacia ese nuevo horizonte miraban quienes se concentraron el 28 de agosto de 1963 ante el monumento a Abraham Lincoln para escuchar las proféticas palabras del conocido discurso pronunciado por Martin Luther King. Un sueño consistente tan solo en la llegada de un tiempo en el que en su país, cuna de la democracia moderna, los hombres no serían «juzgados por el color de su piel, sino por los rasgos de su personalidad».

Para muchos ese anhelo de convivencia pacífica se habría completado el 4 de noviembre de 2008, cuando Estados Unidos tuvo el primer presidente negro de su historia. Sin embargo, el conflicto racial continúa emboscado en la marginación, la miseria y la pobreza que aún sigue afectando a la minoría negra hasta el punto de que un escritor como Ta-Nehisi Coates pueda escribir hoy una descarnada carta a su hijo en la que le advierte de que a «los departamentos de policía de tu país les ha sido otorgada la autoridad para destruir tu cuerpo».

40
Anónimo



«Ella está siendo asesinada diariamente en Vietnam»
1969

La libertad asesinada, lista para ser cubierta con un sudario y sepultada. Así se presentaba la realidad cotidiana de la guerra de Vietnam el 1 de noviembre de 1969 en la revista satírica soviética *El Cocodrilo (Krokodil)*. La viñeta denunciaba con cruda ironía la contradicción existente entre el discurso de Estados Unidos y su política exterior.

Mientras se hablaba de los derechos de los pueblos se ahogaba su voluntad de decidir y sus anhelos de emancipación, especialmente si estos pasaban por abrazar la causa de la revolución comunista. En este sentido, esta caricatura seguía las consignas características de la propaganda soviética de la guerra fría, muy virulenta contra lo que se consideraba la doble moral del imperialismo estadounidense. La inventiva soviética no perdía ocasión para ridiculizar con cierta sorna al supuesto paraíso de la democracia, donde aún se discriminaba a los ciudadanos por el color de su piel y en el que, a menudo, los militantes pacifistas por los derechos civiles eran apaleados, silenciados y encarcelados.

No obstante, esta sarcástica diatriba, frecuente en las viñetas del mensual moscovita, caía víctima de sus propias invectivas ante cualquier espectador testigo de la actuación soviética en su zona de influencia. No parecía adecuado erigirse en el defensor de las libertades en Vietnam cuando los tanques soviéticos habían pisoteado un año antes la Primavera de Praga en Checoslovaquia, cercenando de raíz cualquier vía política al margen del camino trazado desde Moscú. En la concepción del mundo maniqueo y dual de la guerra fría, la libertad resultaba atropellada en cada uno de los conflictos en los que se enfrentaban sus respectivos intereses.

Así fue también en el escenario vietnamita, uno de los conflictos más largos y significativos que había de afrontar Estados Unidos, no solo por la crudeza del enfrentamiento, sino también porque este originó una gran división interna dentro de un país hasta entonces complacido en su ebria cultura de la victoria. Pero Vietnam no fue tan solo un problema

estadounidense, ya que muy pronto se convirtió en una contienda de carácter internacional plenamente inserta en el contexto de la política de bloques.

Vietnam se había convertido en una pieza clave en la estrategia estadounidense en el continente asiático, pues se pretendía hacer de él un proveedor de materias primas y de mercados para el Japón de la reconstrucción, tutelado por unos Estados Unidos empeñados en hacer de su enemigo de antaño un nuevo país conformado según el modelo capitalista y democrático. Por otro lado, la intervención contra Ho Chi Minh y sus seguidores pretendía convertir al pequeño estado asiático en un baluarte capaz de frenar la expansión ideológica del comunismo proveniente de China y, al mismo tiempo, apaciguar los ánimos de unos franceses humillados militarmente tras la derrota en Dien Bien Phu acaecida en 1954.

La arrogancia, el desconocimiento de la secular tradición de resistencia de los vietnamitas y el menosprecio hacia la capacidad de liderazgo de Ho Chi Minh impulsaron a los estadounidenses a violar el derecho internacional, suspender los comicios de 1956 en los que el pueblo vietnamita debía elegir su destino, e instaurar en el sur un estado títere y dictatorial bajo el mando del autocrático mandarín Ngo Dinh Diem.

La cada vez mayor implicación de Estados Unidos en la guerra despertaría también los recelos de la China comunista de Mao Tse Tung. Pues, al tiempo que apoyaba con armas y pertrechos al Vietcong, tenía su particular enfrentamiento con la ortodoxia soviética completando el complejo mosaico del problema vietnamita y situándolo también como parte de una disputa más amplia establecida entre China y la Unión Soviética. Una vez más, la práctica de la guerra fría se mostraba como un intrincado y enrevesado laberinto de intereses enfrentados que nada tenían que ver con la simplicidad maniquea de la propaganda. En el centro de este singular y opaco entorno en el que se entremezclaban las aspiraciones de países como Japón, Francia, China, Estados Unidos y la URSS llama poderosamente la atención la habilidad estratégica del líder del Vietcong, capaz de desenvolverse en semejante maraña de ambiciones preservando siempre la soberanía de su país.

La intervención militar de Estados Unidos en Vietnam, retratada por la caricatura de *Krokodil* con el sepelio de la libertad, tuvo para ese país consecuencias de gran calado llegando a ser calificada por Robert McNamara, secretario de Defensa del gobierno de John Fitzgerald Kennedy hasta 1968, como «un error trágico». La afirmación del máximo responsable del Pentágono resulta demasiado escueta para definir el alcance de los efectos que la contienda tendría sobre Estados Unidos.

Para comenzar, Vietnam colocó a los estadounidenses cara a cara frente a la primera gran derrota militar y económica sufrida desde la segunda guerra mundial. El fracaso de la llamada ofensiva de Tet cuestionaría su invencibilidad y dejaba muy tocada su imagen de imperio próspero y sin rival, asentando aún más la endiablada mecánica de la guerra fría. Por otro lado, la encendida lucha por los derechos civiles librada en el interior del país entroncaría muy pronto con el discurso antibelicista esgrimido por universitarios y colectivos ciudadanos de todo tipo.

La libertad estaba siendo sepultada en precarios ataúdes en Vietnam, pero también lo estaba siendo en los Estados Unidos de América, donde cientos de jóvenes eran enviados a la muerte en la jungla en nombre de un país que ni siquiera les concedía plenos derechos de ciudadanía. Como expresaría gráficamente el joven campeón de los pesos pesados Muhammad Ali al intentar explicar sus razones para negarse a servir en el ejército, «ningún Vietcong me ha llamado nunca negrata».

Además, a pesar de la propaganda televisiva, que convirtió a la contienda en la llamada «guerra del cuarto de estar», muchos ciudadanos empezaron a cuestionarse muy pronto las coartadas propagandísticas esgrimidas por el gobierno. Cada vez resultaba más palmario que su país realizaba el papel de un agresor al defender a un Vietnam del Sur, que lejos de constituir un modelo de democracia, representaba un régimen autocrático, corrupto y absolutamente dependiente de Estados Unidos. Por si esto fuera poco, la falta de censura sobre los medios hizo difícil compatibilizar su envoltorio patriótico con las imágenes de poblaciones enteras arrasadas por el napalm, especialmente si muchas de esas crueldades eran confirmadas por el espíritu atormentado de los veteranos que regresaban a casa.

En 1969, viñetas como las publicadas por *Krokodil* podían haberse hallado también en cualquier publicación *underground* oculta en una de las miles de taquillas diseminadas a lo largo y ancho de las universidades americanas. Tras quince largos años de guerra, se había llegado a un punto de inflexión en el que los defensores de la intervención no solo debían hacer frente a la pétrea resistencia vietnamita, sino también al rechazo cada vez más palpable de la mayor parte de los estadounidenses. Nada había ya en la propaganda soviética que no hubiera planeado sobre la conciencia americana.

***

41
V. G. Narendra

«Tú lo pediste »
1974

El 14 de agosto de 1947, Jawaharlal Nehru pronunciaba un discurso en el Parlamento indio para inaugurar el despertar «a la vida y la libertad» de la nueva India independiente. No obstante, más allá del clima de esperanza y de celebración, una tormenta de odio y enfrentamiento parecía cernirse sobre la nueva nación. El líder musulmán Muhammad Ali Jinnah, artífice de la teoría de las dos naciones, no había sido capaz de prever que la partición de la India debida a la creación de un Pakistán de mayoría musulmana alimentaría el odio religioso en las regiones de mayoría hindú.

El propio Gandhi contempló apesadumbrado cómo se proyectaba sobre su país la sombra de la separación y la discordia. Preocupado por las sangrientas represalias llevadas a cabo contra los musulmanes, decidió quedarse en una Calcuta fragmentada por el rencor. Su defensa de la minoría musulmana acabó costándole la vida a manos de un integrista hindú en enero de 1948. La luz de Mahatma, «el de gran alma», se extinguía para siempre. Malos presagios se proyectaban sobre el gobierno de un Nehru sometido también a la división interna del partido del Congreso, donde los más conservadores recelaban de las simpatías socialistas del primer ministro.

Lo cierto es que sobreponiéndose a unos tensos primeros años, la visionaria amplitud de miras de Nehru conduciría a la India por la vía de la modernidad. Su talento político amalgamó la influencia de Gandhi, basada en la cohesión social bajo la bandera de la no violencia, la vida sencilla y el respeto al diferente, con la continuidad de las infraestructuras e instituciones creadas en el país por los británicos, cuyos sólidos principios seculares garantizaban la enorme diversidad de la nación. Administración pública, ejército, educación superior y comunicaciones fueron los resortes sobre los que el nuevo primer ministro edificaría una verdadera democracia cimentada en la pluralidad política, la prensa libre y amplios derechos civiles.

Industrias, canales y vías férreas pasaron a ser «los nuevos templos» de la India moderna. La estatura política de su primer ministro adquiriría dimensiones colosales en la Conferencia de Bandung, celebrada entre el 18 y el 24 de abril de 1955. No era extraño que R. K. Laxman, el caricaturista más popular de la historia de la India, dibujara a Nehru en 1956 como un hombre orquesta capaz de tocar a la vez toda una gama de instrumentos musicales identificados con los diferentes ministerios, mientras sus entregados compañeros del Congreso se dedicaban a llevar el compás y aplaudir. Ni siquiera una gestión económica lastrada por el recelo ante las inversiones extranjeras y por una nacionalización con tendencia a la esclerosis burocrática ensombreció su aura como portavoz de las nuevas naciones liberadas del colonialismo.

Solo la humillante derrota ante China en 1962 fue capaz de extinguir la desbordante energía de Nehru. Su falta de previsión para impedir que un conflicto fronterizo se transformara en un desastre bélico rebajó de un plumazo sus pretensiones internacionalistas, así como su prestigioso halo de liderazgo de las naciones en vías de desarrollo.

Dos años después falleció dejando un enorme legado que no tardó en llegar a manos de su hija Indira Gandhi, quien sería nombrada primera ministra en enero de 1966, tras un breve mandato de Baldahur Shastri. Muchos de quienes respaldaron su llegada a la presidencia lo hicieron creyendo que su inexperiencia, su juventud y su condición de mujer en un país tradicionalmente machista permitirían manipularla fácilmente. No podían imaginarse lo equivocados que estaban.

Uno de los primeros objetivos de su mandato fue acometer el problema de la autosuficiencia alimentaria del país con el fin de evitar las hambrunas que lo sacudían periódicamente. Bajo su gobierno tomó alas el proyecto conocido como «Revolución Verde», dirigido por el premio Nobel de la Paz de 1970, Norman Borlaugh, que no solo alcanzaría su objetivo, sino que convirtió a la India en un país exportador de alimentos. Además, Indira Gandhi demostró su fortaleza mediante una política de nacionalización de bancos, que supondría la escisión del partido del Congreso en un ala conservadora y otra izquierdista cercana a la socialdemocracia. Con esta medida aparecía ante su pueblo como la gran defensora de los pobres

granjeándose una popularidad, que alcanzaría su cima con los éxitos de su política exterior. El nacimiento de Bangladesh en 1971 no hubiera sido posible sin el apoyo prestado por India a los musulmanes de Pakistán Oriental. Los llamados acuerdos de Simla, firmados en 1972, fueron festejados por el pueblo indio como un triunfo incontestable sobre Pakistán con el que la primera ministra se permitió el lujo de la condescendencia.

Sin embargo, la guerra supuso un fuerte varapalo para las arcas públicas del país, obligado también a afrontar los enormes gastos ocasionados por la manutención de los prisioneros de guerra y de los refugiados. A pesar de todo, Indira Gandhi había conquistado el corazón de un pueblo que la catapultó a un éxito electoral sin precedentes en las elecciones de 1972. A partir de este momento, su gobierno se caracterizó por una fuerte deriva personalista, encarnada en un culto desmedido a su imagen, como muestra a la perfección el eslogan «la India es Indira, Indira es la India».

Víctima de su propia propaganda, su gobierno descendía paulatinamente hacia el autoritarismo, asemejándose a una saga familiar en la que las sugerencias a menudo disparatadas de su hijo Sanjay adquirieron un peso político desmedido. Atrincherada en su propia autocomplacencia no supo medir las consecuencias que los años consecutivos de malas cosechas y la vertiginosa subida del precio del petróleo, acaecida en 1973 tras la guerra del Yon Kipur entre árabes e israelíes, tendrían sobre su nación. La carestía generalizada y un empeoramiento global de las condiciones de vida de una población castigada por el paro dibujaban un panorama preocupante para la estabilidad de la India en 1974. No resultaba extraño que V. G. Narendra, actual presidente del Instituto Indio de Caricaturistas, retratara aquel particular momento de crisis de la India poscolonial en su sátira del *Shankars Weekly* del 8 de septiembre. En ella mostraba a Indira huyendo de una masa de millones de jóvenes en paro a la busca de un empleo.

La imagen de Narendra resultó ser profética, ya que el descontento acabaría por encarnarse en una oleada sucesiva de huelgas y conflictos que la primera ministra solo fue capaz de refrenar mediante la firma de un decreto de emergencia que se prolongaría durante 19 meses, desde el 26 de

junio de 1975 hasta el 18 de enero de 1977. Se gestó así uno de los períodos más críticos y oscuros de la historia poscolonial de la India, una involución democrática concretada en la persecución de la oposición y en una estricta censura de prensa llevándose por delante publicaciones como el propio *Shankars Weekly*. Los abusos de poder escribieron episodios sombríos como los llevados a cabo por Sanjay Gandhi en los barrios más humildes de India, donde se realizaron programas de esterilización forzosa y más de 700.000 personas fueron desalojadas de sus hogares.

Cuando parecía que la situación se hacía insostenible, Indira Gandhi sorprendió a todos levantando el estado de emergencia y convocando unas elecciones en 1977 en las que sufriría una abultada derrota. Sin embargo, la fragmentación interna de los nuevos vencedores produjo un marasmo político que acabaría devolviéndole el poder en 1980. Cuatro años después, el 31 de octubre de 1984, caería víctima de un atentado perpetrado por dos guardaespaldas sijs, que se vengaban de este modo contra una operación militar ejecutada contra los independentistas del Punjab. Su muerte dejaba atrás una larga etapa de luces y sombras, un momento crítico en la historia poscolonial de una India convertida hoy en un coloso económico. En ella brilló con luz propia la personalidad de una mujer calificada en 1999 por la BBC como la más importante política del milenio.

***

42
Jaume Perich

«En Portugal, claro...»
1975

Un sentimiento de anhelo expectante había recorrido España en abril de 1974, cuando unos jóvenes capitanes del ejército portugués impulsaron sin encontrar resistencia alguna la pacífica revolución de los Claveles. Unos meses después, Grecia también dejaba atrás la Dictadura de los Coroneles para retornar progresivamente hacia un sistema civil y democrático. La Europa mediterránea, hasta entonces confinada en la periferia política y económica del continente, parecía empeñada en poner en marcha un reloj histórico detenido a principios del siglo XX.

Para muchos ciudadanos españoles lo acaecido en Grecia y Portugal era un precedente claro de lo que había de suceder en su país, cada vez más imbricado en un contexto europeo sin el que sería difícil entender la posterior evolución hacia la democracia. El proceso de modernización económica iniciado durante los años sesenta acabaría impulsando de manera lenta pero inexorable transformaciones sociales, culturales y políticas que evidenciarían lo anacrónico de unos regímenes anclados en el pasado.

Mientras la mayoría de la sociedad civil española miraba con entusiasmo lo sucedido en el país vecino aguardando un proceso similar en el propio, los incondicionales del régimen franquista seguían empecinados en poner coto a la libertad conteniéndola en las fronteras portuguesas. Así lo plasmaba con magistral ironía la caricatura de Jaume Perich publicada en el número 38 de la revista *Por Favor* el 24 de marzo de 1975. En su viñeta representaba la posición de un defensor del franquismo, enrocado en su persistente negación de la realidad, asustado ante la posibilidad de perder sus privilegios de hombre rico crecido a la sombra del dictador. Fortuna y fidelidad al régimen eran destacados en el dibujo recurriendo a dos arquetipos: la chistera propia del capitalismo y el fino bigotillo, típico de los prosélitos del dictador.

La obra gráfica de Perich recogía la herencia y tradición de un discurso crítico y mordaz que, sorteando como podía las tijeras censoras, realizaba el humor gráfico en España desde la aprobación de la ley de Prensa de 1966,

más conocida como ley Fraga. Aunque los secuestros, los cierres y amenazas fueron constantes, publicaciones como *Cuadernos para el Diálogo, Triunfo o Por Favor* sometieron al ridículo a la dictadura y sus más acérrimos seguidores. Desde sus páginas conseguirían infundir en la opinión pública la esperanza de que existía una íntima conexión entre lo acaecido en Grecia y Portugal con lo que estaba pasando en España desde inicios de los años sesenta, al contrario de lo que parecía afirmar el personaje de la viñeta.

Como en aquellos países, el final de las precarias condiciones de vida sufridas con la inmediata posguerra propició un crecimiento demográfico progresivo culminado con el conocido *baby boom*. La mecanización del campo, seguida del consiguiente éxodo rural, condujo a una saturación de las grandes urbes, donde aumentaron sin freno poblados de miseria en los que se hacinaba una población obligada pronto a buscar mejores condiciones de vida emigrando a Europa occidental. Griegos, españoles y portugueses compartirían diáspora ligeros de equipaje, pero cargados de sueños e ilusiones. Al margen de que sus divisas revitalizaron las economías de sus respectivas naciones, en el exterior se empaparon de los valores propios de sus respectivos países de acogida, entre los que destacaban la pluralidad política, unas relaciones laborales basadas en el diálogo social y una mentalidad más libre. Frente al rigorismo religioso, el machismo, la indigencia intelectual y la asfixia cultural a los que se habían visto sometidos por una censura tan cerril como provinciana, Europa les ofrecía una mentalidad nueva, donde el divorcio, la emancipación femenina y la ruptura de los moldes de comportamiento tradicionales formaban parte de la vida cotidiana.

Las viejas dictaduras del Mediterráneo, aferradas a una mentalidad anacrónica, enrocadas en la idea de que solo la historia podía juzgarlas, fueron incapaces de contemplar cómo los nuevos tiempos les pasaban por encima relegándolas al trastero del pasado como a cachivaches en desuso. Así, mientras que los estudiantes griegos ponían en evidencia con su rebelión en 1973 la retrógrada mentalidad de sus mandatarios, los jóvenes oficiales portugueses recogían el sentir de su pueblo oponiéndose a continuar desangrándose en unas estériles y costosas campañas en África,

destinadas a glosar las grandezas de un descolorido esplendor colonial. Los espadones de la dictadura franquista también se sintieron humillados cuando se vieron incapaces de salvaguardar para España el territorio saharaui. No deja de resultar paradójico que el dictador que era incapaz de entenderse a sí mismo sin la experiencia africana, muriera 14 días después de asistir impotente a la mascarada de la Marcha Verde, orquestada por Hassan II para asegurarse el control del antiguo Sahara español.

Como en Grecia y Portugal, las fisuras del entramado de la dictadura española se hacían cada vez más evidentes, a pesar de que los draconianos mecanismos represivos se cebaban con dureza sobre cualquier atisbo de disidencia. Es cierto que Franco moriría en la cama el 20 de noviembre de 1975, pero no lo es menos que su agonía se anticipó a la de una dictadura totalmente fuera de sentido en aquella España de mediados de los setenta. Desde hacía al menos una década, una nueva generación de españoles alejada del universo cultural de la guerra civil clamaba por un nuevo sistema político democrático, capaz de conciliar crecimiento económico con libertades políticas y sociales bajo el paraguas común del Estado del Bienestar.

Habían aprendido a mirarse en el rostro tranquilo y satisfecho de sus compatriotas emigrantes, así como en aquellos turistas que recorrían el país complacidos en su pintoresquismo de otra época. Ambos eran la prueba patente de que era posible la coexistencia pacífica de diferentes sensibilidades políticas e ideológicas. Incluso la Iglesia o el ejército habían dejado de ser los pilares monolíticos sobre los que se apoyaba la dictadura. Movimientos cristianos de base cercanos al socialismo o jóvenes oficiales agrupados en torno a la Unión Militar Democrática evidenciaban las grietas abiertas en los anteriormente firmes baluartes de la dictadura.

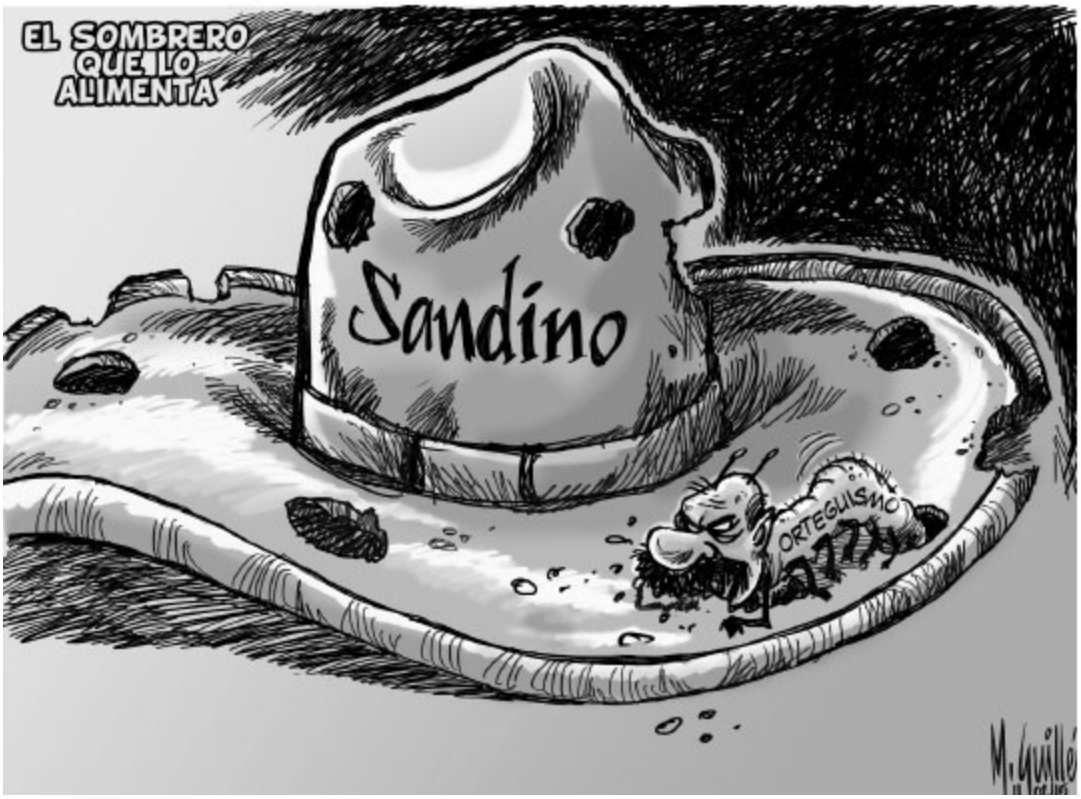
El relativo bienestar económico disfrutado por los ciudadanos desde principios de los sesenta actuó como un freno del radicalismo político. Para la mayor parte de los ciudadanos del momento se abría una oportunidad histórica de disfrutar de la modernidad política, social y cultural sin renunciar al bienestar propio de las democracias occidentales capitalistas.

El recuerdo traumático de la guerra civil, la posterior represión y la penuria de posguerra sirvieron también como aglutinadores de un consenso en torno a la idea de que no podía repetirse el pasado.

La falta de perspicacia política del círculo más cercano del dictador quedó subrayada por su patética incapacidad para entender su propio presente, poblado por fantasmas de conspiraciones y unos jóvenes de pelo largo a los que Carrero Blanco solo fue capaz de calificar como «melenudos trepidantes», enfermos de «progresismo» que escuchaban canciones en inglés y se movían al son de bailes decadentes. Dos años más tarde, Arias Navarro demostraría de nuevo hasta qué punto el franquismo estaba muerto con el rotundo fracaso de su famoso «Espíritu de Febrero», una ambigua mezcolanza de concesiones y dictadura incapaz ya de contentar a nadie. Para España, como para todo el mundo mediterráneo, había sonado ya la hora de la democracia.

***

43
Manuel Guillén



«El sombrero que lo alimenta»
2015

La historia de Nicaragua podría ajustarse bien a uno de esos viejos relatos de idealismos derrotados tan frecuentes en el mundo durante el primer tercio del siglo xx. Augusto César Sandino libró una batalla para alcanzar la independencia política y económica de su país, sometido por la omnipresencia de compañías multinacionales estadounidenses como la United Fruit Company. Bajo su carismática figura acaudilló la voluntad de una población mayoritariamente campesina, habitual carne de cañón en una eterna sangría fruto del conflicto civil decimonónico librado entre liberales y conservadores. En un país esencialmente agrario y atrasado, el liberalismo no había podido integrar a un pueblo incapaz de ver en la política algo más que los intereses de la oligarquía propietaria. En la combinación de nacionalismo emancipador y movimiento popular residió gran parte de la fuerza política del sandinismo y su capacidad movilizadora posterior.

A ello ayudaría también el hecho de que los gobiernos conservadores de la década de los veinte fueron sucediéndose en el poder respaldados por las bayonetas del imperialismo estadounidense, dispuesto a preservar sus dividendos con numerosas intervenciones armadas. Frente a esta amenaza, Sandino se dio pronto cuenta de la ventaja estratégica de una guerra de guerrillas encadenando una serie de triunfos militares conducentes a la retirada de los marines y a la posterior firma del convenio de paz en San Rafael del Norte el 22 de febrero de 1933. Apenas un año después, el 21 de febrero de 1934, los intereses de la oligarquía terrateniente y de la gran burguesía, coincidentes desde hacía tiempo con los de las grandes compañías americanas, firmarían el asesinato del líder nacionalista y la imposición de la dictadura familiar de los Somoza.

Sin embargo, la herencia política del antiimperialismo sandinista no se agotó con su muerte y sus seguidores se convertirían pronto en los más acérrimos enemigos de la dictadura. Su influencia también quedó patente en liberales disidentes, como el poeta Rigoberto López Pérez quien en 1956 asesinaría a Anastasio Somoza García convencido de que podía acabar de

este modo con la dictadura. Pronto se demostró que sus predicciones eran erróneas, pues uno de los hijos del dictador, Anastasio Somoza Debayle, le sustituyó en el poder permaneciendo al frente del país hasta 1979.

Fue en este período cuando la oposición se articuló bajo la bandera del Frente Sandinista de Liberación Nacional que, aunque comenzará a fraguarse desde principios de los años sesenta, alcanzando su máximo apogeo en los setenta, devino en un verdadero ejército popular entre 1974 y 1979. Un crecimiento también motivado por la indignación de la ciudadanía cuando trascendió la noticia de que la mayor parte de los fondos de la cooperación internacional, destinados a la reconstrucción de una Managua asolada por el terremoto de 1972, acabaron en las cuentas particulares del dictador.

El 17 de julio de 1979 el mundo asistió asombrado al triunfo final de los sandinistas, tras hacerse con el control de la capital derrocando al dictador. La estrategia librada durante años, consistente en la combinación de lucha insurreccional, acciones guerrilleras, huelgas revolucionarias y sublevaciones urbanas había logrado el anhelado objetivo. Nicaragua se convertía desde entonces en el nuevo símbolo de la revolución popular y, por añadidura, en el emblema de la libertad y la justicia en una América Latina sometida por el autoritarismo de las dictaduras militares. La pequeña nación centroamericana devolvía la esperanza a un continente que había visto caer a Salvador Allende y la instauración en Argentina de la dictadura del general Videla.

Una vez en el poder, el sandinismo trató de poner en marcha un programa basado en la nacionalización de los recursos naturales, la reforma agraria, la expropiación de los bienes de la dictadura y la alfabetización de las masas campesinas en pos de una mayor igualdad social. Este loable intento fue nuevamente frustrado por la intervención de Estados Unidos, ya que desde 1981 la administración Reagan impondría al país un bloqueo económico que asfixiaría su recuperación. Además, obsesionado con la idea de que Nicaragua pudiese constituir una segunda Cuba, el presidente estadounidense financió ilegalmente un movimiento armado conocido como la Contra. La guerra, inserta en un clima de miseria económica y escasez, forzaría finalmente una paz condicionada por la celebración de unas

elecciones generales en 1990. Violeta Barrios de Chamorro, líder de la coalición Unión Nacional Opositora, sería quien a la postre obtendría la victoria.

Casi todos los analistas e historiadores han considerado ese instante como un momento de inflexión política en el Frente Sandinista. Asustados por la posibilidad de perder un poder ejercido ya de manera autoritaria en las últimas fases de la guerra contra la insurgencia, los líderes sandinistas, con Daniel y Humberto Ortega a la cabeza, iniciaron un proceso en el que los escándalos de corrupción económica fueron seguidos de un giro autoritario y monolítico en el seno del partido. Mientras los bienes expropiados a la familia Somoza pasaban a manos de los prohombres del sandinismo en un proceso bautizado popularmente como «la piñata», las voces críticas eran silenciadas, perseguidas y expulsadas acusados de socialdemócratas. Así sucedió con personalidades tan relevantes como Sergio Ramírez, Ernesto Cardenal o Carlos Tünnermann.

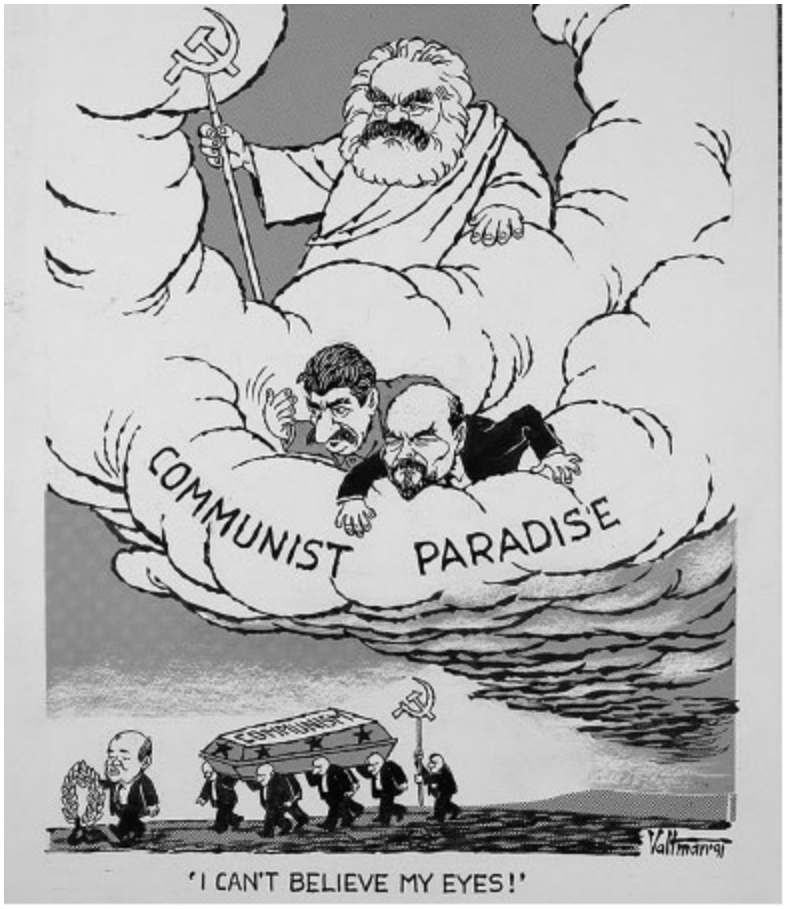
Estos procesos de purga fueron seguidos por una deriva personalista de Daniel Ortega, que en 1996 llegó a firmar un pacto con su rival más directo, el Partido Liberal de Arnoldo Alemán. La deliberada finalidad de este acuerdo no fue otra que establecer un régimen bipartidista en el que ambas fuerzas reformaron las principales instituciones del país como la Asamblea Nacional, la Corte Suprema de Justicia o el Consejo Supremo Electoral en su propio beneficio, usándolas de manera partidista y vaciándolas de contenido legal e institucional. Para muchos nicaragüenses, el proyecto político de Daniel Ortega se colocaba de este modo en las antípodas no solo del movimiento revolucionario inspirado por Augusto Cesar Sandino, sino también de cualquier democracia liberal. Frecuentemente acusado de fraude electoral y manipulación, el presidente Ortega se ha enrocado en una deriva autoritaria persiguiendo con saña a los opositores, reprimiendo con violencia las protestas e intentando acallar mediante el monopolio informativo y la censura a quienes tratan de ejercer su derecho legítimo de crítica. No es extraño que para muchos, como para el dibujante de *La Prensa*, Manuel Guillén, el sandinismo ya no sea más que un fantasma, una

presencia simbólica representada por el característico sombrero del líder revolucionario, cuya herencia fagocita un Ortega caracterizado como una oruga en su caricatura del 12 de febrero de 2015.

Lejos de Sandino se encuentra ya este *orteguismo* alimentado con un recuerdo manipulado, sacando a pasear una vacía retórica revolucionaria en los aniversarios y conmemoraciones, al tiempo que se excluye al pueblo sistemáticamente de la riqueza nacional y de la participación política e institucional. Así lo demuestra toda la polémica abierta en torno a la apertura de un canal interoceánico en Nicaragua. Una sociedad civil viva, heredera de la revolución, no cesa de denunciar que este nuevo proyecto megalómano no es sino una excusa para que el *orteguismo* siga convirtiendo la nación en su finca particular, tal y como lo hicieron en su día los Somoza. La gran paradoja ofrecida por la historia es la de una revolución siendo devorada por sus hijos, metamorfoseada en una saga caudillista disfrazada de democracia.

***

44
Edmund Valtman



«No me lo puedo creer»
1991

¿Quién hubiera podido imaginar la existencia de un cielo comunista? Un lugar adornado con los atributos propios del paraíso, placidez eterna, vaporosas nubes entreabiertas desde donde Dios contempla, bajo sus ingrávidos pies, el discurrir cotidiano en la siempre decepcionante Tierra. La ironía de Edmund Valtman reproducía tal fantasía el 20 de septiembre de 1991 en los diarios estadounidenses *The Waterbury Republican* y *The Middletown Press*.

Un Karl Marx de ceño fruncido, vestido con una toga al igual que una antigua deidad olímpica, empuña un báculo coronado por la hoz y el martillo, símbolo inequívoco de su posición preeminente en el Edén comunista. A juzgar por su expresión, ceñuda y adusta, no parece que lo que está contemplando sea de su agrado. Sus más fieles y aventajados discípulos, Lenin y Stalin, son testigos entre la estupefacción y el enfado de un hecho insólito. Incluso el en otros tiempos imperturbable hombre de acero agita su mano en el aire manifestando su incredulidad. Abajo, en el ingrato, inhóspito y prosaico mundo terrestre, tan alejado de los milagros de la pureza ideológica, una comitiva fúnebre encabezada por el secretario general del Partido Comunista Soviético, Mijail Gorbachov, se dispone a dar sepultura al comunismo.

El sarcasmo de la caricatura adquiere gran efectismo al colocar en el cielo a tres claros representantes del ateísmo militante. Este contraste inicial dispone a la hilaridad al espectador, que puede añadir más capas de significado a la en apariencia sencilla propuesta del dibujante estadounidense. El soñado paraíso comunista, cuya fascinación residía en la posibilidad de su existencia en la tierra, quedaba definitivamente relegado al evanescente mundo de las ideas y la fantasía. El materialismo dialéctico estaba lejos de ser infalible. Sus profecías de futuro resultaban estar tan cargadas de mito, superstición y elucubración como cualquier religión. Con una ironía aplastante, Valtman subrayaba la circunstancia de que la ideología política podía convertirse también en un inflexible dogma, tan intolerante e inmovilista como la fe.

La inevitable evolución de la humanidad hacia el futuro comunista teorizada por Marx y plasmada en la URSS de Lenin y Stalin no había resultado ser más que una falacia. El intento de construcción del paraíso en la tierra no solo había fracasado, sino que había engendrado nuevos infiernos antes de derrumbarse con estrépito para ser engullido por la historia, relegado para siempre a la polvorienta muerte cotidiana de los manuales.

¿Qué había sucedido para que esta situación fuera una realidad en el año 1991? Para comenzar, el diabólico mecanismo de la crisis económica, reservado según la ortodoxia marxista a un capitalismo condenado por sus propias contradicciones internas, se extendió también al hasta entonces inmaculado cuerpo del *socialismo desarrollado*, devorándolo con verdadera ferocidad. De hecho, desde los inicios de la década de los ochenta había carcomido los cimientos de la gran patria universal del proletariado dejándolos muy mal parados. Lastrada por el mantenimiento de una carrera armamentística ruinosa, atrasada en la carrera tecnológica, enrocada en el viejo modelo industrial del carbón y del acero mientras el resto del mundo se lanzaba a la carrera de la biotecnología y la informática, la economía soviética parecía agonizar en un marasmo irrefrenable. A finales de los años ochenta, la Unión Soviética asistía a una erosión económica y social tan acelerada que sus cifras se asemejaban peligrosamente a la de una excolonia del Tercer Mundo.

Con una producción agrícola insuficiente, una gran parte de los recursos del país se empleaban en la compra de alimentos, al tiempo que los ciudadanos asistían impotentes al regreso de las cartillas de racionamiento y la eternización de las colas a la puerta de unos comercios desabastecidos. La «economía en la sombra», una constante de los sistemas socialistas, adquirió proporciones colosales. Una quinta parte de la población activa, unos treinta millones de personas, encontraron en ella el sustento inalcanzable dentro de la legalidad. La situación desesperada de la ciudadanía era descrita con una perversa ironía en una escena del filme de Viacheslav Krishtofovich *El nido de Adán*, rodado en el mismo 1991 en el que Edmund Valtman publicaba su viñeta. Ante el desamparo y la falta de

víveres una de las protagonistas del filme definía la política de reestructuración de Gorbachov, más conocida como *Perestroika*, como el simple hecho de «tener un amigo carnicero».

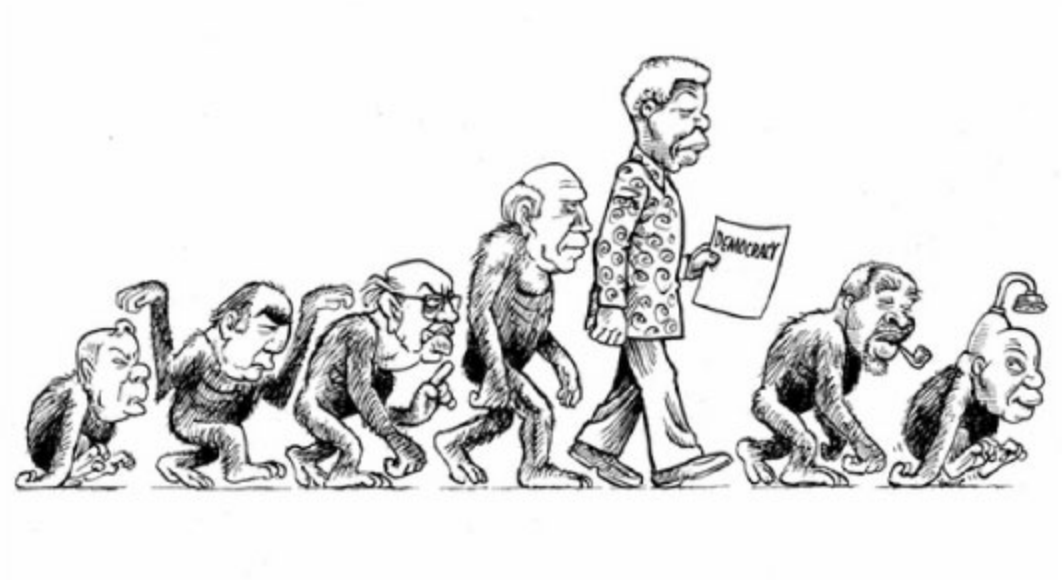
A pesar de que, en aquel momento, el último líder de la Unión Soviética fue el objeto de todo tipo de críticas y burlas, la mayor parte de los especialistas coinciden en subrayar su honestidad y coraje al decidirse a abordar una serie de procesos de cambio destinados a transformar *política y económicamente al país.* La en apariencia inexpugnable Unión Soviética pasaba de ser el baluarte de la ortodoxia oficialista del partido al principal promotor de unos cambios presentados como inaplazables. El sepelio del comunismo era tan necesario como inevitable. Así pareció refrendarlo también el hecho de que las llamadas *democracias populares* del este de Europa, privadas del respaldo y la opresión soviética, fueran incapaces de soportar los retos propios de los nuevos tiempos. El viejo sistema de los países comunistas se iba a derrumbar ante los incrédulos ojos del oxidado coloso soviético, debilitado por los continuos conflictos provocados por unas descontentas nacionalidades. La gran fractura de la posguerra europea, escenificada tras la metáfora del imaginario Telón de Acero, se desvanecía a un ritmo vertiginoso.

Como en un gigantesco juego de dominó iniciado en Polonia, los viejos países comunistas iban integrándose con mejor o peor suerte en el mundo de la economía capitalista, al que identificaban con la ansiada liberación del imperialismo soviético. El congelado mundo de la posguerra europea era sacudido con la violencia de un terremoto, que no solo reducía a ruinas el odiado muro de Berlín, sino que espantaba todos los añejos temores acerca de una Alemania reunificada. El mundo contemplaba fascinado la subida al poder de Václav Havel y asistía horrorizado al dramático final del dictador Nicolae Ceausescu. Comentaristas y politólogos, sociólogos e historiadores, no dejaban de glosar el advenimiento de una nueva revolución democrática. Los ideólogos del neoliberalismo cantaban las excelencias de un nuevo escenario internacional e incluso en la lejana y autocrática China, el pragmático Deng Xiaoping arremetía contra el pasado dando legitimidad al nuevo rumbo emprendido hacia la economía de mercado.

Puede que, sin ser del todo conscientes de ello, los ciudadanos de todo el planeta hubiéramos formado parte del cortejo fúnebre del comunismo, pero ello no significaba que el reloj de la historia se hubiera detenido. Sin sospecharlo, entrábamos de lleno en la nueva era de la globalización en la que aún vivimos. Un tiempo nuevo plagado de conquistas, pero también de terroríficos desafíos como la brutal erosión del medio ambiente, el azote de la desigualdad y una nueva guerra asimétrica entre quienes poseen la más desarrollada tecnología militar y aquellos que han hecho del terrorismo la nueva guerra de los pobres, capaces de convertir un avión, un tren o su propia persona en un arma de fanatismo y sinrazón.

***

45
Zapiro



«Una involución política»
2010

Quizá hayan existido pocos casos tan espectaculares de cambio político y social en la historia del mundo poscolonial como el experimentado por Sudáfrica a partir del año 1990. De ahí que el dibujante de Ciudad del Cabo Jonathan Shapiro, más conocido como Zapiro, haya encontrado un excelente símbolo para plasmar la transformación experimentada por su país en la representación de la evolución humana.

Como otras tantas historias de este momento, la de Sudáfrica ha de enclavarse en el contexto descolonizador iniciado en el mundo tras la devastadora segunda guerra mundial. Durante más de un siglo una reducida clase social, formada principalmente por grandes terratenientes y empresarios vinculados a la explotación minera, se erigió en la verdadera beneficiaria de la aventura colonial. Envuelta en una retórica racista y nostálgica del imperio, la minoría blanca se aglutinó en torno al Partido Nacionalista que, bajo la presidencia de Daniel Malan, pondría en marcha en 1948 el sistema político del *apartheid*.

Sudáfrica se convertía así en una nación escindida, donde todos los espacios de la vida pública estaban segregados, incluyendo la prohibición de matrimonios mixtos, la distribución espacial de las urbes y la participación política, reservada en exclusiva para la minoría blanca. Al parecer, nadie reparó en aquel momento en la gran ironía histórica representada por el régimen racista sudafricano cuando apenas habían transcurrido tres años de la derrota de Hitler. Las guerras justas no parecían hechas para el mundo colonial, confinado en su particular purgatorio político, a la espera de abandonar el limbo colonial para acceder a una idealizada independencia.

Sudáfrica se autoproclamaría república independiente en 1961, abandonando la Commonwealth en un momento en el que una nueva ola independentista sacudía las viejas posesiones coloniales de Gran Bretaña. Entre 1956 y 1963, Sudán, Ghana, Nigeria, Sierra Leona, Tanganica, Uganda, Kenia y Zanzíbar se convertían en nuevas naciones libres. El miedo a que estos procesos pudieran influir en la toma de conciencia de la

mayoría negra endureció aún más las posiciones de unos defensores del *apartheid* que, desde 1955, se enfrentaban al Congreso Nacional Africano (ANC), principal fuerza opositora. Perseguidos y sin recursos, los miembros del ANC anhelaban la conformación de una democracia libre e igualitaria, como quedaría reflejado en uno de sus documentos fundacionales: la «Carta de la Libertad».

Durante años de gobierno los defensores del sistema segregacionista como Hendrik Frensch Verwoerd o Balthazar Vorster, los dos primeros personajes que aparecen en la caricatura de Zapiro, hicieron de Sudáfrica un engendro político situado en las antípodas de la democracia moderna. No obstante, el contexto de la guerra fría permitió que el régimen de Pretoria siguiera prolongándose en el tiempo, a pesar del continuo rechazo internacional y de sanciones como el boicot comercial al que fuera sometido por la ONU en 1967. Con una riqueza mineral y energética apabullante, unas pujantes compañías comerciales y una fuerza militar capaz de frenar a los recién independizados gobiernos africanos más proclives al socialismo, Sudáfrica gozaba de una influencia geopolítica y estratégica clave en el cono sur.

Incluso cuando el aislamiento parecía estrangular al país, tras el desplome colonial portugués y la aparición de los regímenes proclives al socialismo de Angola y Mozambique, la nación *afrikáner* siguió protegiendo su sistema aún a costa de convertirse en una de las principales fuentes de desestabilización de la región. Desde finales de la década de los sesenta, Sudáfrica había aupado al poder al régimen racista de Rhodesia, incendiado la guerra civil en Angola y financiado a la Resistencia Nacional Mozambiqueña. Todo ello en aras de la preservación de un *apartheid*, que había dividido la nación en los llamados bantustanes o departamentos administrativos distribuyendo a la población según su origen étnico. En realidad, estos territorios no constituían sino reservas de mano de obra barata, dotados de una independencia ficticia, que agrupaban en el 13 % del territorio a un 70 % de la población. Su fingida autodeterminación servía al gobierno para negar la ciudadanía sudafricana a la mayoría negra, incapacitándola por tanto para ejercer cualquier reivindicación o derecho político.

Pieter Botha, tercer presidente sudafricano representado en la caricatura de Zapiro, llegaría al poder en los ochenta esgrimiendo su «estrategia total». Un intento más de poner el Estado al servicio del dominio blanco. Sin embargo, el aislamiento internacional, el creciente empuje de la oposición armada y el desgaste de las finanzas que suponía erigirse en árbitro de una zona en permanente conflicto llevaron a la administración sudafricana a considerar el coste económico y social pagado por la situación de tensión permanente. Con el fin de la guerra fría, llegaba también para Sudáfrica una acelerada transición hacia la democracia a partir de que el presidente Frederik W. De Klerk anunciara en su histórico discurso del 2 de febrero de 1990 la legalización de las fuerzas de la oposición y el diálogo con el Congreso Nacional Africano, cuyo líder Nelson Mandela, sería puesto en libertad nueve días después, tras veintisiete años de reclusión.

A partir de ese momento, la firma de los acuerdos de Pretoria en 1990 puso en marcha en Sudáfrica un proceso negociado para desmontar el entramado legal del *apartheid*. El país pasó a vivir una revolución diaria entre 1990 y 1994, fecha en la que Nelson Mandela llegó a ser el primer presidente negro de la nueva República del Arco Iris, construida sobre la idea de esfuerzo común y compartido. No es extraño que Zapiro haya hecho ocupar a su admirado Mandela el centro de su peculiar visión de la evolución política sudafricana, como portador e impulsor del nuevo sistema democrático.

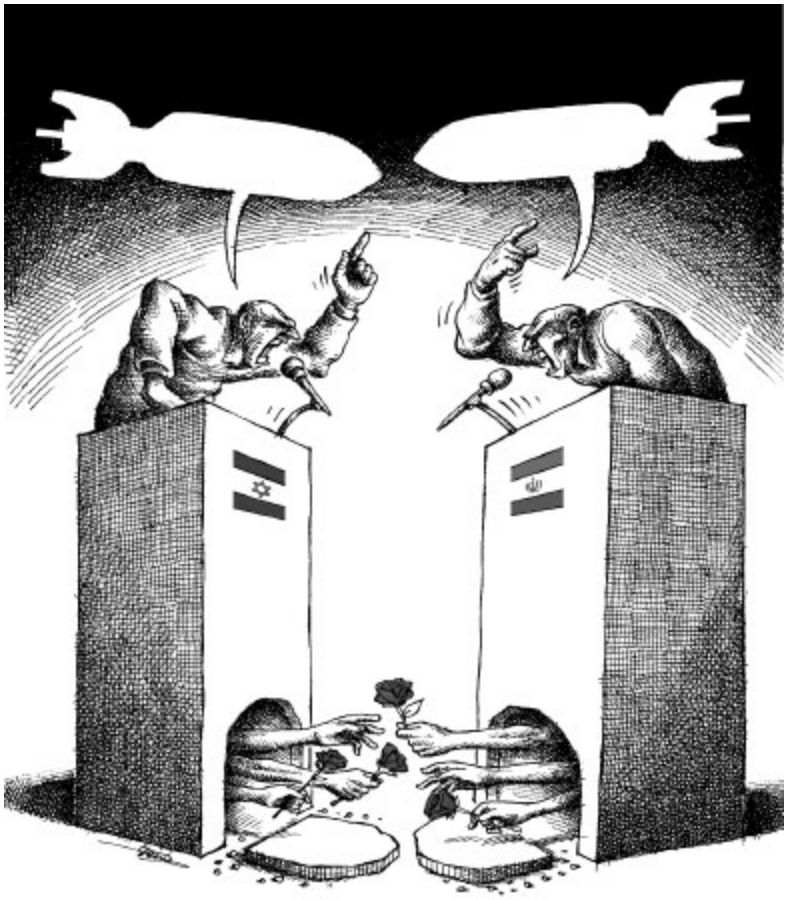
Sin embargo, lo que el dibujante advierte en su caricatura es que sus sucesores no solo carecen de su talla política, sino que llevan camino de someter a Sudáfrica a una involución política caracterizada por el nepotismo, la corrupción y el abandono de la mayor parte de la población. Sudáfrica, asociada bajo el gobierno de Mandela con los derechos humanos, ha protagonizado en los últimos años algunos de los episodios más vergonzantes de xenofobia, cierre de fronteras y expulsión de emigrantes. Al mismo tiempo, la grave situación social atravesada por la nación revela una realidad lastrada por uno de los índices de criminalidad más altos del planeta y una brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, acelerada por la degradación de los servicios públicos. Ante esta perspectiva dramática cada

vez son más los jóvenes con formación que están abandonado el país. El sucesor de Mandela, Thabo Mbeki, llevó a cabo una política absurdamente suicida e ineficaz para frenar el avance del sida, una plaga que hoy por hoy sigue siendo una de las principales causas de mortalidad del país según las organizaciones internacionales. En lugar de administrar las adecuadas terapias antirretrovirales, Mbeki y su ministra de Sanidad llegaron a recomendar remedios a base de aceite de oliva, patatas y ajo. Además, la mayor parte de la población negra es hoy más pobre que en la última fase del *apartheid* y se ve sometida a un alto grado de analfabetismo y marginación. Bajo el mandato de Jacob Zuma, actual presidente de Sudáfrica, el ANC se ha visto envuelto en un escándalo de corrupción tras otro, mientras se apropia del sistema político, se reparte los recursos económicos y permanece de brazos cruzados ante la terrible política caudillista de Robert Mugabe en Zimbabwe.

En definitiva, el país del arco iris se ha convertido en el paraíso de las compañías privadas de seguridad que protegen los intereses de una clase privilegiada crecida al calor de las nuevas políticas neoliberales. Un claro retroceso democrático, un proceso de involución política señalado por el ácido humor de Zapiro.

***

46
Mana Neyestani



«Líderes en guerra, ciudadanos por la paz»
2012

Oriente Medio. La tierra prometida para tantos, la descarnada geografía del odio para otros muchos. Sin embargo, más allá de la animadversión emboscada en la memoria del miedo, alejado de los discursos mitológicos y falsificadores predicados por los líderes desde los atriles de la propaganda, pueden encontrarse realidades distintas. Así lo mostró el dibujante iraní Maya Neyestani al anteponer la oratoria belicista de los políticos a las silenciadas experiencias del pueblo llano, caracterizadas por su disposición al entendimiento y la concordia, a poner fin al sufrimiento y al odio intercambiando rosas y presentes de amistad.

Publicada en abril de 2012 en la página de Facebook del dibujante, esta viñeta se convertiría en unos pocos días en un fenómeno viral. Demostraba con ello hasta qué punto las salidas de tono del presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, así como la intransigencia de Benjamín Netanyahu, estaban lejos de encarnar los anhelos de paz y de normalización diplomática entre ambas naciones. Los dos mandatarios ofrecían al mundo la imagen de dos naciones al borde de un enfrentamiento militar motivado por la puesta en marcha del programa de energía nuclear de Irán. Sus declaraciones sonaban como frases lapidarias repletas de visiones apocalípticas, amenazas e incluso menciones a «eliminar países de la página del tiempo», como en su día dijo Ahmadineyad sobre Israel. Palabras como bombas, discursos armados predestinados a enfrentarse, como bien los dibujaba Neyestani.

No obstante, remontándonos hacia atrás en el tiempo podríamos entender la reacción de la ciudadanía aplastada por la palabrería zafia y cargada de odio de sus representantes. Ambos pueblos han mantenido históricamente vínculos y vivencias conjuntas capaces de superar el resentimiento y la manipulación. Irán tiene y ha tenido a lo largo de su historia un importante contingente de población judía, tan solo superada en la región por el propio Israel. Aunque la mayor parte ha optado por una

emigración, acelerada desde el último tercio del siglo XX, los vínculos familiares, de vecindad y de afecto pueden ser capaces de sobreponerse a la demagogia del rencor.

De hecho, los iraníes habían intentado ya un acercamiento diplomático a Estados Unidos y a Israel, tras los ataques contra las Torres Gemelas en septiembre de 2001. Miembros de la clase dirigente iraní, como Mohammad Jatamí o el propio Alí Jamenei, condenaron los atentados e incluso llegaron a ofrecer apoyo militar para luchar contra los talibanes. La única respuesta obtenida de la administración de George W. Bush fue la integración de Irán en el llamado «eje del mal» junto a países como Corea del Norte o Irak. Dos años más tarde, en la primavera de 2003, terminada la desastrosa invasión de Irak, el gobierno estadounidense recibió de la diplomacia suiza una generosa oferta del gobierno iraní conocida como el gran pacto, según la cual se ofrecía una posible solución a la crisis nuclear y el reconocimiento de facto del estado de Israel.

De nuevo, las propuestas iraníes caerían en terreno baldío. Una vez más, parecía abonado el terreno del resentimiento en un pueblo que acumulaba durante todo el siglo XX un sinfín de agravios y desprecios. Y es que el odio tiene raíces profundas, enquistadas en el pasado, ocultas en el enmarañado y trágico discurrir histórico. Si Oriente Medio es hoy una de las regiones más inestables del planeta se debe en gran parte a las ambiciones de un Occidente obsesionado con repartirse un territorio estratégico y rico en recursos energéticos desde finales de la primera guerra mundial.

Tras la segunda guerra mundial, la construcción de Israel se llevaría a cabo a la sombra del Holocausto. En 1947, la ONU aprobaría una resolución por la cual Palestina quedaba dividida en dos estados. Los árabes entendieron siempre esta cuestión como un castigo arbitrario, cargado a las espaldas de su pueblo por el sufrimiento que los europeos habían infligido a los judíos. ¿Cómo iban a reconocer el estado judío creado por Ben Gurion en 1948? Israel no era otra cosa que un nuevo acto de agresión inspirado por Europa, una nueva cruzada para desplazarlos de sus territorios. Comenzarían así las trágicas guerras árabe-israelíes, en las que un potentísimo ejército judío, sostenido por británicos y estadounidenses, iría

haciéndose progresivamente con territorios arrebatados a unos palestinos condenados al hacinamiento en campos de refugiados o a ser ciudadanos de segunda en su propia nación. Inestabilidad, tensión y resentimiento fueron las consecuencias dejadas por estos conflictos en una región en la que Occidente siguió salvaguardando sus intereses económicos respaldando monarquías autoritarias en Arabia Saudí, Omán, Kuwait y Qatar.

Sin embargo, la pujante ola descolonizadora que sacudía Oriente impulsaría los sentimientos nacionalistas en Irán, predominante en la zona por su carácter de potencia tradicional, su posición estratégica y su gran producción de crudo. En 1951, el líder nacionalista Muhámmad Mossadeq lideró un movimiento para nacionalizar el petróleo en manos de empresas foráneas. Británicos y estadounidenses no iban a permitir que la aventura nacionalista de Mossadeq perjudicara sus intereses. Amparándose en la excusa anticomunista de la guerra fría, ambas potencias decretaron un bloqueo al petróleo iraní acusando al movimiento popular del líder nacionalista de estar respaldado por el Partido Tudeh o Partido Comunista Iraní. De este modo, la riqueza petrolífera acabó siendo un lastre para un país privado de los beneficios de la exportación, pero obligado a sufragar los altos costes de producción y las infraestructuras. Finalmente, una conspiración monárquica respaldada por los servicios secretos británicos y estadounidenses acabaría imponiendo de nuevo al Sah, Mohammed Reza Pahlevi, quién ocuparía el poder hasta 1979.

Todo este período estuvo recorrido por una sucesión de luces y sombras, de crecimiento económico y errores políticos en un país fragmentado entre modernidad y tradición, entre Occidente y Oriente, entre el norte urbano enriquecido y un sur agrícola sumido en la miseria. El brillo innegable del desarrollo era ensombrecido por la falta de libertades y las constantes violaciones de los derechos humanos. No obstante, los beneficios del petróleo no fueron eternos. El Teherán de finales de los setenta era la más clara metáfora de un país escindido por la desigualdad, donde cundía el descontento popular. Paradójicamente, la represión llevada a cabo contra comunistas o fuerzas como la Organización Muyahidin-e

Jalq, que pretendía conciliar marxismo e islam, dejó el campo libre al radicalismo religioso, capaz de hallar un discurso sencillo y emocional con el que persuadir a toda la sociedad.

De este modo, llegaría al poder para quedarse en él la revolución islámica del ayatollah Ruhollah Jomeini, basada en el predominio político de los ulemas y clérigos. Mientras reprimía con saña cualquier disidencia en el interior, la guerra contra Irak en el exterior durante toda la década de los ochenta logró asentarlo en el poder, arropado en la coartada propagandística del sufrimiento conjunto de líder y nación. A partir de este momento, sustentado por la mayoría chií del país, Jomeini marcó las dos grandes líneas dogmáticas de su política exterior: la áspera hostilidad hacia Israel y una oposición cerrada al restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, a quien consideraba el mejor aliado del régimen del Sah.

Apenas un instante separa este momento de la viñeta de Mana Neyestani. El presente no parece muy esperanzador salvo por los indicios de una sociedad civil viva, deseosa de establecer puentes hacia la libertad, como los trazados por el humor crítico de una caricatura. Ojalá que, por una vez en esta historia, Occidente aprenda del pasado y no escatime esfuerzos para poner sus renovados esfuerzos diplomáticos en la construcción de un Irán verdaderamente democrático.

***

47
Badiucao

«Suelta el arma, terrorista»
2013

El disparador de una cámara atrapa un instante único, un fragmento de la historia transformado con el tiempo en un icono cargado de simbología. 4 de junio de 1989, un hombre desarmado hace frente a una columna de tanques enviada por las autoridades chinas para reprimir el movimiento estudiantil atrincherado en la emblemática plaza de Tiananmen, en el corazón de la Ciudad Prohibida.

En sí mismo, el movimiento iniciado en abril de ese año, como un homenaje al fallecido líder reformista Hu Yaobang, parecía corresponderse con un contexto internacional en el que no cejaban de sucederse cambios vertiginosos. En Taiwán, la dinastía Chiang finalizaba con la apertura de un proceso democratizador, Filipinas se liberaba del dictador Ferdinand Marcos, Daw Aung San Suu-Kgi lideraba el alzamiento estudiantil en Birmania contra la junta militar, mientras en la vieja Europa resultaban ya patentes los primeros estertores del esclerotizado totalitarismo soviético.

Parecía lógico que aquellos vientos reformistas soplaran también contra un granítico Partido Comunista Chino dividido entonces entre los partidarios del reformista Zhao Zhiyang y el inmovilista Li Peng. Por las pequeñas fisuras abiertas en el impenetrable círculo de poder del gobierno podían entreverse las incisiones ocasionadas por el descontento social. Atrapados entre la ortodoxia heredada de la tradición maoísta y las reformas impulsadas por los nuevos dirigentes, los campesinos lamentaban su pérdida de poder adquisitivo, mientras en las ciudades se respiraba una silenciosa pero creciente indignación ante la corrupción institucional, el aumento del desempleo y la reducción de prestaciones y derechos de los trabajadores.

Fue en este contexto de incertidumbre donde las protestas iniciadas en abril por los estudiantes conseguirían recabar el apoyo de amplios sectores sociales, al tiempo que el gobierno refrenaba sus ansias represivas para mostrar al mundo su rostro más amable en la recepción del reformista Mijail Gorbachov. No obstante, Den Xiaoping comenzaría pronto a vislumbrar los puntos débiles de un movimiento muy marcado por su

carácter espontáneo, carente de un liderazgo ideológico firme e incapaz para integrar al mundo rural por su carácter eminentemente urbano. El tiempo se encargaría de ir erosionando la frágil alianza social de clases medias urbanas y estudiantes, relegadas finalmente a acciones simbólicas como la erección en Tiananmen de *minzhu nushen*, una escultura de la diosa de la democracia inspirada en la estatua de la libertad americana.

Los peores presagios no tardarían en hacerse realidad, desencadenándose el 4 de junio de 1989 una brutal represión sobre aquellos idealistas capaces de enfrentarse a pecho descubierto a una columna de tanques sin más armas que su convicción y su entrega, como bien atestiguó la fotografía que daría la vuelta al mundo. El heroísmo de su anónimo protagonista no sirvió para ocultar su rotundo mensaje: cualquier posibilidad de reforma democrática en la China comunista había sido cercenada.

Paradójicamente, el terremoto político causado por Tiananmen aceleraría el proceso de transición autoritaria hacia la economía de mercado, aumentando aún más las desigualdades con el inicio de la nueva década. Bajo la máscara del llamado socialismo de mercado, China emprendía el camino hacia una vertiginosa transformación para convertirse en la superpotencia que hoy es. Sin embargo, ese trayecto, coincidente en muchos aspectos con el recorrido por países como Rusia hacia lo que Edward Luttwak bautizaría como turbocapitalismo global, arrojaba un balance en el que las zonas de luz quedaban ensombrecidas por algunas de las peores consecuencias provocadas por las políticas neoliberales.

La desigualdad se disparaba ensanchando la brecha entre el mundo urbano y el rural, mientras la huella dejada por la catástrofe ecológica podía constatarse a lo largo y ancho de su inmenso territorio. Al tiempo que el número de desheredados no ha cesado de crecer entre campesinos y trabajadores fabriles, la llamada Doctrina de las Tres Representaciones, consistente en abrir el partido a las élites empresariales y profesionales, ha fomentado la presencia de una nueva estirpe de nuevos ricos fascinados por la ostentación y el lujo.

Las reiteradas protestas de los sectores populares han sido sometidas por la represión y silenciadas por la estricta censura gubernamental. Solo la prensa de Hong Kong ha logrado airear los episodios más destacados con el fin de introducir un discurso crítico en pos de la transparencia negada sistemáticamente por el gobierno. De ahí que la tragedia de Tiananmen, transformada en un verdadero icono de la resistencia democrática, se retome constantemente frente a los abusos ejercidos contra la disidencia.

Así lo demuestra el caricaturista Badiucao del *China Digital Times* al reinterpretar satíricamente lo acaecido en 1989 para mostrar su escepticismo ante un desconcertante suceso acaecido el 28 de octubre de 2013. El dibujante pone en tela de juicio con ironía la versión ofrecida a la prensa internacional por el gobierno chino respecto a la irrupción en la plaza de Tiananmen de un vehículo que, tras arrollar a varios turistas congregados ante la puerta sur de la Ciudad Prohibida, se estrelló e incendió frente al gran retrato de Mao que preside la plaza. El resultado fueron cinco muertos y treinta y ocho heridos de diversa consideración.

Tras los primeros intentos de silenciarlo, las autoridades presentaron lo acaecido a la prensa internacional como un atentado terrorista provocado por los independentistas uigures de la provincia de Xinjiang. De esta forma, parecían haber encontrado una excusa perfecta para acentuar su opresión contra la resistencia a sus planes en una provincia de gran valor estratégico por su riqueza en gas, oro, uranio y petróleo. Pieza clave en el llamado Plan de Desarrollo Oeste, destinado a reducir las desigualdades económicas interregionales en el país, Xinjiang ha recibido una masiva inmigración china que ha desplazado a la etnia uigur, relegada económica y socialmente. Mientras la retórica oficial se complace en presentar a la región como el centro de una nueva ruta de la seda capaz de conectar Europa y Asia, la población autóctona se ve sometida a la marginación, la pobreza y la exclusión social. En este caldo de cultivo ha germinado y crecido la semilla del odio entre comunidades y su corolario de fanatismo y violencia.

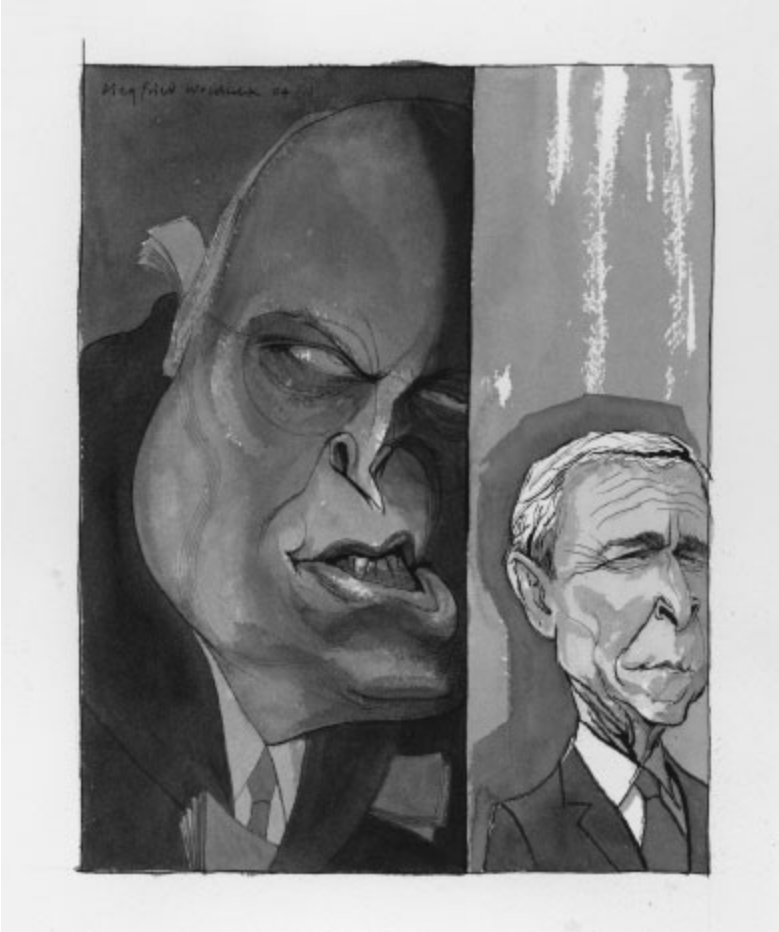
Con la evocación en una viñeta de lo sucedido a finales de la década de los ochenta, Baudicao pone en entredicho la versión oficial de los hechos, preguntándose si los que ahora acusan de terroristas a la población uigur son los mismos que desde un tanque amenazaban a ciudadanos

indefensos considerándolos letales enemigos del orden interior de la nación. El pasado sirve así en la obra del dibujante chino como un elemento de reflexión y crítica con el que analizar e interpretar el presente. ¿No debería ser ese el objetivo de cualquier lección que pueda aportarnos la historia?

Sin duda alguna, uno de los grandes retos de nuestro presente y de la historia venidera será el papel desempeñado por el gran coloso chino en la política, la economía, la sociedad y la cultura futura. Pero ese gran reto deberá asumir la posibilidad de una nación que, alejada del nacionalismo autoritario y unificador aireado por Pekín, pueda concebir la posibilidad de una China cambiante, dispuesta a aceptar reformas en derechos civiles y libertades reclamadas por Taiwán y Hong Kong. Sea cual sea el resultado final del pulso, la existencia de una prensa libre, donde puedan expresarse talentos como el de Badiucao, seguirá siendo vital si queremos un mundo global en el que también sean universales las libertades y los derechos humanos.

***

48
Sigfried Woldhek



«La voz de Bush»
2004

Marzo de 1991, un George Herbert Bush, pletórico y lleno de entusiasmo tras la victoria estadounidense en la primera guerra del Golfo y consciente del colapso de la URSS, se dirigía en un discurso al mundo para poner fin oficial a la guerra fría. En su lugar, proponía una *paz duradera* capaz de propiciar un nuevo orden mundial basado en *los principios de justicia y juego limpio* emanados de unas Naciones Unidas ecuánimes.

Diez años después, en septiembre de 2002, su hijo, George Walker Bush, anunciaba el derecho estadounidense a actuar en solitario, sin tomar en consideración a la ONU y afirmando su firme decisión a recurrir a la guerra preventiva, con el fin de garantizar la autodefensa de su nación en la creencia de que *nuestra mejor defensa es un buen ataque*.

En apenas una década se había desvanecido el sueño de la *paz duradera*, enmudeciendo el tañido neoliberal del fin de la historia bajo el horrísono estruendo de la guerra librada contra Afganistán y el terrorismo. Ambas servirían como caldo de cultivo con el que justificar los preparativos para la invasión y ocupación de Irak iniciada el 20 de marzo de 2003.

El siglo XXI, presunta inauguración de una nueva etapa de esperanza y crecimiento económico, comienzo de un nuevo milenio rumbo a un horizonte más igualitario bajo los auspicios del florecimiento comercial y la globalización económica, iniciaba su singladura bajo el cegador signo del terror. El 11 de septiembre de 2001 se producía el ataque al World Trade Center por parte de al-Qaeda ante los ojos atónitos de una ciudadanía mundial varada ante sus televisores.

Como escribió Norman Mailer, por primera vez en años las pantallas dejaban de aislar a los telespectadores de la realidad dejándoles indefensos ante lo inconcebible, ateridos frente a la frialdad calculada de la barbarie. La historia en directo había hecho irrupción en el pausado devenir de lo cotidiano alterándolo todo, removiendo las conciencias, agitando el miedo a una realidad distinta protagonizada por un nuevo tipo de conflicto, una guerra eterna, inacabable y obsesiva contra el terrorismo fanático. Solo esta sensación de desamparo ante lo imprevisible, la inesperada indefensión

frente a la insoportable ubicuidad del enemigo emboscado, hizo posible que los estadounidenses se encontrasen nuevamente unidos en torno a la figura de un presidente cuestionado como pocos lo habían sido en la historia de Estados Unidos.

George Walker Bush se había instalado en la Casablanca tras vencer unas elecciones sobre las que durante meses planeó la sombra del fraude. Cuestionado en el cargo desde el mismo día de su investidura, el nuevo presidente se enfrentó muy pronto con la sombra de una recesión. Su escasa capacidad oratoria, sus balbuceos públicos ante las comprometidas preguntas de la prensa y su falta de resolución para abordar los problemas pasaron factura a su popularidad. Sin embargo, aquel 11 de septiembre lo cambió todo y el discurso de Bush apelando al viejo argumentario de la patria atacada mientras dormía, revistió al mandatario con el aura de presidente bélico alentando el esfuerzo común hacia la victoria.

La voz de Bush, tan a menudo secuestrada durante largas pausas titubeantes, entrecortada y dubitativa ante cuestiones cruciales sobre la economía o la situación política del país al llegar a su mandato, resonaba ahora revestida por la grandilocuencia épica de la oratoria bélica, impregnada de sacrificios heroicos, advocaciones religiosas al destino de la patria y llamados providenciales a la construcción de un nuevo imperio.

Esta nueva imagen de hombre de Estado asumiendo las riendas de la nación ante una crisis bélica catapultó la popularidad del presidente y le aseguró la reelección cuatro años más tarde, pese a que la empresa emprendida en Irak en 2003 se hubiera trocado en un absoluto desastre a la vista de todo el planeta.

La guerra contra Irak, comenzada tras vulnerar la legalidad internacional y ningunear a los inspectores de la ONU, no hacía sino enmascarar las pretensiones de unos particulares asesores del presidente: los halcones conservadores que ejercían su influencia en la sombra. Tras la maniquea y fanática creación del *eje del mal* en el discurso sobre el Estado de la Unión el 28 de enero de 2003, se ocultaba la obsesión ultraconservadora de los consejeros neoliberales de Bush, un proyecto de corte colonial destinado a la construcción de un nuevo mapa en Oriente Medio, favorable a Estados Unidos y a Israel.

No era extraño que el caricaturista holandés Siegfried Woldhek publicara en el diario *NRC Handelsblad* un peculiar retrato de Bush en el momento de su reelección en el año 2004. La apacible figura del presidente, enmarcada en un ingenuo rectángulo rosado, rebosa una tranquilidad y placidez rayanas en la estulticia. Tras él, aparece la figura colosal de un Dick Cheney, envuelto en una grisura tenebrosa, con los ojos en blanco, cargado con folios e informes sobresaliendo de su americana, susurrando al oído de Bush como poseído por un aire de cómica malevolencia. El retrato de Woldhek describe al presidente Bush como un pelele, una marioneta de guante, un muñeco de palancas en manos de un ventrílocuo perverso, encarnación del sector dominante en su gobierno. Un belicoso grupo con intereses en las grandes industrias estratégicas y militares del país, obsesionados por una ideología religiosa cristiana integrista, convencida de que Dios está de su parte frente a la gran amenaza musulmana.

Según Lawrence Wilkerson, coronel retirado del ejército estadounidense cercano al círculo interno de Colin Powell, las decisiones en torno a la invasión y la ocupación de Irak se tomaron siempre en «connivencia entre el vicepresidente de Estados Unidos, Dick Cheney, y el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld», corrompiendo, transformando y alterando el protocolo de seguridad nacional estadounidense. El resultado fue una serie de garrafales errores estratégicos, que podían resumirse en la idea de que el terrorismo podía ser derrotado por completo recurriendo tan solo a la fuerza bruta. La torpeza diplomática estadounidense cobró todavía más importancia por el seguimiento que una opinión pública mayoritariamente contraria a la guerra estaba haciendo del progreso de los acontecimientos en Irak. Este rechazo se vería incrementado al inicio del año 2004, cuando Wikileaks hizo públicas las vergonzosas fotografías de torturas y vejaciones sobre prisioneros iraquíes realizadas en la prisión de Abu Ghraib. Tras esta nueva muestra de sinrazón, resultaba muy difícil defender que los Estados Unidos de América habían ocupado Irak con la finalidad de defender la democracia y los derechos humanos de su población. Muy al contrario, los informes de organizaciones internacionales como Human Rights Watch o Amnistía Internacional venían a demostrar que lo acaecido en Abu Ghraib tan solo era la punta del iceberg.

Parecía evidente que asistíamos a un enfrentamiento entre unos Estados Unidos, seducidos por su imagen de nuevo *sheriff* global enrocado en un unilateralismo fanático de tintes religiosos, y el fundamentalismo retrógrado del islamismo más intransigente. La destrucción de Irak bajo el innoble principio de la guerra preventiva, relegado por cualquier organismo internacional desde la invasión de la URSS llevada a cabo por los nazis en 1941, abría la caja de los truenos de una guerra sin final. Una conflagración imprevisible y caótica que acabaría salpicando de muerte y espanto las calles de Londres, Madrid o París, regándolas con la sangre de civiles inocentes e intentando someterlas a la innoble tiranía del miedo y la intolerancia.

***

49

Atena Farghadani

«La Asamblea Consultiva Islámica»

2014

Atena Farghadani. Este nombre podría ser una síntesis de cómo la crítica en clave de humor ha sido objeto de represalias a lo largo de la historia. Su viñeta es una sátira sobre el poder, pero también una llamada de atención sobre la discriminación sufrida por muchas mujeres en gran parte del mundo. La batalla por la igualdad de género produjo en Occidente uno de los mayores avances en la consecución de libertades y derechos de toda una época. Su mayor éxito fue su carácter de conquista diaria, cotidiana, infiltrándose paulatinamente en el devenir consuetudinario, siendo capaz de producir grandes transformaciones con gestos aparentemente pequeños. No es extraño que el historiador Eric Hobsbawm tildara en su día los cambios acaecidos de gran «revolución silenciosa» del siglo XX, porque sus logros prácticos y reales se habían alcanzado sin estridencias, sin bombas, sin violencia ni revoluciones sangrientas.

Sin embargo, esta condición silenciosa fue a lo largo de los siglos una condena para las mujeres. Lo fue para las primeras sufragistas, transformadas por la sátira del pensamiento tradicionalista en el temible arquetipo de la *mujer hombruna*, ejemplo de la pérdida de valores y del trastrocamiento del orden social relacionado directamente con la decadencia de un Occidente enfermo de modernidad. Aún hoy, en nuestros días, sigue vigente la idea acuñada a finales del siglo XIX de que el feminismo es algo contrapuesto a la feminidad, entendiendo por esta todo lo relacionado con el rol de género tradicional desempeñado por la mujer como madre y ama de casa.

Silencio y abnegación era también lo que se había pedido durante décadas a las mujeres negras de Estados Unidos, sometidas al doble yugo de la discriminación racial y de género. Entrega callada y sumisión era lo habitual en españolas, portuguesas y griegas, que vivieron bajo las últimas dictaduras militares de Europa occidental. Mientras en el mundo desarrollado el feminismo se articulaba como un nuevo movimiento social basado en una forma alternativa de ver el mundo, de enfocar las relaciones de género como una intrincada creación sociocultural, en la que se

entremezclaban cuestiones de raza y de clase, la causa de la emancipación femenina no era sino una cuestión menor en el emergente Tercer Mundo. Si en Occidente la experiencia femenina de reivindicaciones colectivas conseguía hacer añicos el viejo modelo cultural del ángel del hogar, en el resto del mundo el yugo de la desigualdad más radical seguiría vigente hasta nuestros días.

Atena Farghadani es un ejemplo viviente de cómo la defensa de las libertades de las mujeres sigue costando muy caro a quienes se atrevan a desafiar a la autoridad teocrática iraní. El 23 de agosto de 2014 Atena fue detenida y enviada a prisión por dibujar caricaturizados con rasgos animales a los miembros de la Asamblea Consultiva Islámica. La razón no era otra que la aprobación de una ley destinada a prohibir la esterilización voluntaria de las mujeres y a restringir el uso de los anticonceptivos. De este modo, Atena denunciaba la realidad cotidiana de un país donde la mujer sigue condenada por ley a una maternidad concebida por el poder clerical de los ulemas como destino natural y obligatorio.

Para ello recurría en su dibujo a un recurso tradicional de la caricatura política: la animalización de quienes constituyen su objetivo. Verse retratados como simios, gorilas o cabras hubiera sido mal recibido de todos modos por los miembros de la asamblea iraní, pero todavía lo fue más que quien los tildara de brutos e ignorantes trajeados resultara ser una mujer. Así lo acabaron demostrando las sistemáticas vejaciones a las que fue sometida la artista desde su encarcelamiento, manifiestamente relacionados con una represión específica de género, concebida para humillarla como mujer por un machismo retrogrado.

A pesar de que en un principio las acusaciones contra la dibujante iraní fueron las de «difundir propaganda contra el sistema», «insultar a miembros del Parlamento mediante pinturas» y ultrajar la figura del líder supremo, Hassan Rouhani, muy pronto su proceso se vio sesgado por la violencia de género y los tabúes de raigambre religiosa asociados a la sexualidad, destinados a esclavizar y mantener bajo sometimiento a las mujeres iranís. Solo esto explica que en su segunda entrada en prisión, Atena fuera humillada con un test de virginidad y embarazo, tras ser acusada de mantener «una relación sexual adúltera ilegítima» y de «conducta

indecente» por el mero hecho de estrechar la mano de su abogado en público. El vergonzoso expediente de Irán por violencia sexual contra las mujeres añadía de este modo una página más, despertando la indignación internacional y la solidaridad de dibujantes de todo el mundo, que han reclamado con cientos de viñetas la libertad para Atena.

Resulta aún más bochornoso que la vida privada o íntima de la acusada pueda servir para intentar maquillar o enmascarar el hecho de que Atena es una presa de conciencia, condenada a doce años de prisión por ejercer su libertad de expresión y defender públicamente los derechos de las mujeres. Por el momento, ni las campañas de organizaciones internacionales como Amnistía Internacional, ni las llevadas a cabo por otras instancias han conseguido que la caricaturista salga en libertad, aunque sí que fuera trasladada de la prisión de Gharchak a la de Evin, donde se encuentran la mayor parte de los presos políticos.

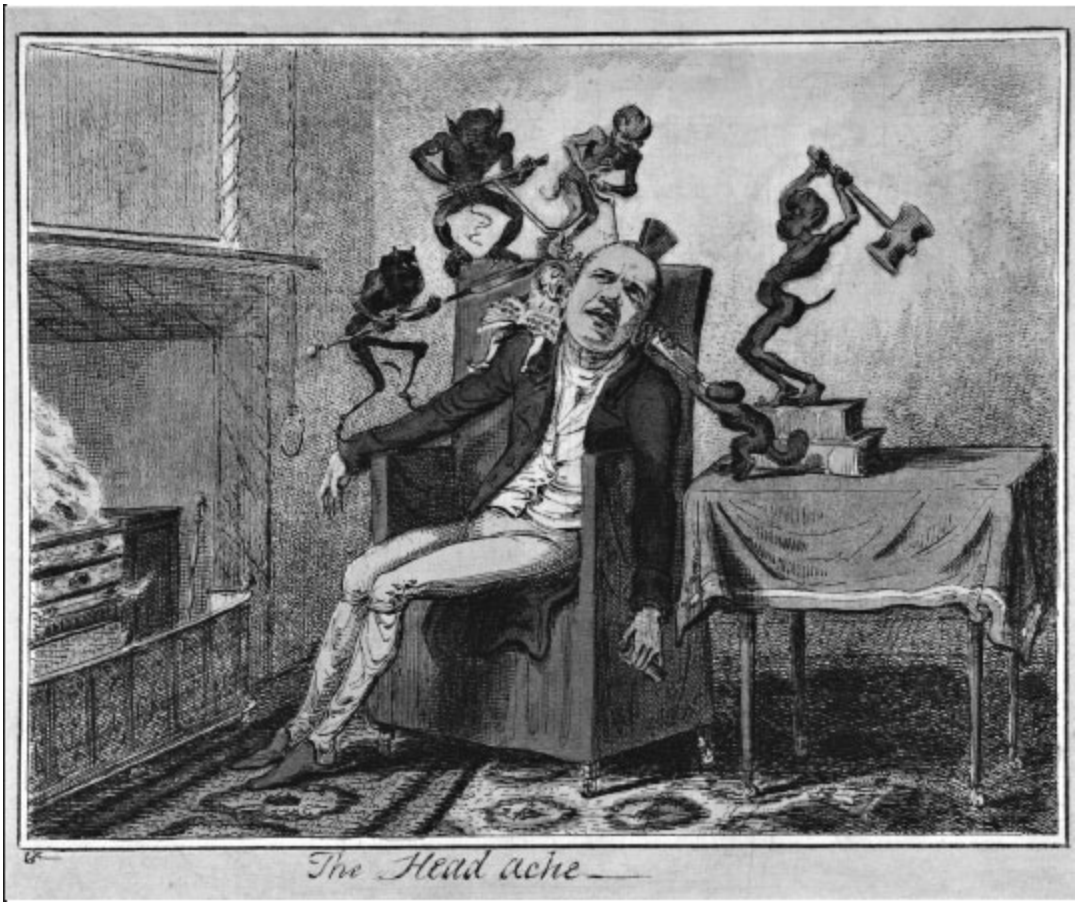
La historia contada por Atena y su caricatura no solo vuelve a recordarnos que en más de una ocasión dibujar una ironía puede costar la libertad o la muerte, sino que actualiza ante nuestra mirada la interminable lucha de la mujer por conquistar la igualdad y la dignidad. Una lucha que, si bien parece mucho más traumática en los países del mundo subdesarrollado, está lejos de acabarse en Occidente.

Democracias tan avanzadas como Finlandia, Dinamarca, Alemania o Bélgica arrojan inquietantes estadísticas de violencia de género. Por si esto fuera poco, continúan saltando a las primeras páginas de los diarios escándalos públicos relacionados con la violencia contra las mujeres protagonizados por personajes de relevancia internacional, como el antiguo dirigente del Fondo Monetario Internacional, Dominique Strauss-Kahn, o el presidente sudafricano Jacob Zuma, acusado de violación en el año 2006. Estos episodios constituyen tan solo una prueba más de hasta qué punto las agresiones a las mujeres siguen formando parte de la cultura y la mentalidad imperantes. Sus consecuencias se traducen en un sinfín de atropellos sufridos cotidianamente en todo el mundo, como la privación del derecho a la educación, las crueles ejecuciones en nombre de rigoristas

códigos morales prescritos por el fanatismo religioso o las amenazas y asaltos sufridos en hogares convertidos en sucursales cotidianas del infierno.

El eterno combate de las mujeres es historia viva, se prolonga hoy en día a distintos niveles en todo el mundo. Ese largo camino iniciado en Europa a finales del siglo XIX por militantes como Flora Tristán o Emmeline Pankhurst, continuado después por mujeres como Clara Campoamor, Margarita Nelken o Angela Davis, sigue en nuestros días teniendo el mismo sentido que en sus primeros tiempos. Su recorrido muestra que nada se consigue sin esfuerzo y tesón, pero la meta soñada, el horizonte de dignidad e igualdad que se dibuja en el añorado final continúa mereciendo la pena, como lo atestiguan día tras día miles de mujeres que, como Atena Farghadani, se juegan la libertad y la vida en el intento. Una vez más se demuestra con ello que la historia, la de todo el género humano, no solo está hecha de pasado, sino que lleva implícitas en su seno las motivaciones del presente y lo que un día seremos.

50
Enrique Chagoya



«El dolor de cabeza»
2010

Como bien escribió David Lowenthal, el pasado se nos antoja en ocasiones como un tiempo extraño, un profundo túnel en el que apenas apreciamos otra cosa que una oscuridad densa y lejana. El historiador se convierte así en alguien que, asomándose a su inabarcable pozo, desliza en su interior una pequeña tea encendida, un frágil candelabro, una temblorosa luz de gas que, en su descenso al vacío, ilumina parcialmente una pequeña porción del devenir histórico.

Esos pequeños haces de luz son las fuentes que empleamos para tratar de comprender el gran mosaico integrado por la historia de la humanidad. Cuantas más tenemos, más se nos revela sobre la esencia determinada de una época, un instante preciso o un acontecimiento relevante. Los fragmentos con los que reconstruimos el pasado son como pequeñas instantáneas históricas, fotos robadas de un álbum infinito e inmenso. Por eso, cuando tenemos delante una de estas huellas del ayer intentamos analizarlas en todo su significado, desentrañar todas sus claves ocultas, extraer de ellas toda la luminosidad posible para saciar nuestro afán de conocimiento.

Así sucede también con las caricaturas, las viñetas de los periódicos, los dibujos clandestinos impresos en hojas volanderas o trazados sobre los muros. Cuando nos situamos frente a una de estas manifestaciones siempre nos interrogamos por los significados ocultos que esta se guarda para sí. El mensaje, que ayer rebosaba de sentido, resulta hoy velado para quien lo contempla tras el paso de los siglos.

Ahora bien, en algunas ocasiones, la capacidad creativa de los artistas es capaz de trastocar la cronología, dotando a una escena del pasado de un significado tan nuevo como actual. Es en estos cruces temporales tan excepcionales como reveladores cuando cobra todo su sentido la idea de que la tradición satírica sobre la que se sustentan las caricaturas es tan intemporal como el mejor de los clásicos. Sus signos y símbolos, sus deformaciones gesticulantes, el lenguaje de la exageración para favorecer la burla, el escarnio, la compasión o la mera reflexión pertenecen a nuestra

esencia cultural, se han ido forjando tras el paso de los siglos y aún hoy, en el mundo del desorbitado consumo de imágenes digitales, todavía nos movemos en su esfera de significación.

Así lo demuestra el trabajo de Enrique Chagoya, inspirado en una escena costumbrista concebida originalmente por George Cruikshank en 1819. Para crear con el material del pasado una obra cargada de presente, el artista tan solo tuvo que sustituir con el rostro de Obama el del protagonista de la caricatura de principios de siglo XIX. El cambio en el mensaje es evidente, pero el dolor de cabeza que da título a la escena sigue siendo el mismo. Las mismas figuras monstruosas y perversas son las que insuflan el sufrimiento a la víctima. Como pequeños demonios insidiosos perforan la nuca del sufriente enfermo, atronan sus oídos con ensordecedoras bocinas, trepanan y golpean su indefenso cráneo con una inquina tan mezquina como gozosa. Todo aquel que haya sufrido alguna vez de una migraña o intensa jaqueca sería capaz de reconocer en estos personajillos a los maliciosos duendes de un enemigo invisible pero incisivo.

Sin embargo, quien hoy contemple la creación original de Cruikshank necesitará algo más de fina observación para saber cuál era la burla, el aspecto censurable elegido por el autor como blanco de su sarcasmo. Para desvelar ese secreto basta con mirar a la mano derecha de su sufriente personaje. En ella, podemos observar un objeto minúsculo, un envase donde guarda su preciada medicina, el remedio que le librará del asedio de los demonios del dolor. No obstante, el avariento doliente prefiere seguir postrado a emplear su valiosa cura. De poco sirve tener medicina, si la verdadera afección de la que el paciente sufre es la tacañería.

Lo que consigue Enrique Chagoya al interpretar la obra de Cruikshank sustituyendo el rostro del original por el de Barack Obama es resucitar su mensaje, dotarlo de frescura colocándolo en el centro de la actualidad. El artista mexicano ha tenido la habilidad de convertir la reforma sanitaria propuesta por el presidente estadounidense en el tema principal de su caricatura. No deja de ser curioso que lo que causa malestar al líder demócrata no es su renuencia a usar el remedio, sino el hecho de estar totalmente dispuesto a emplearlo.

La resolución de llevar adelante su reforma es la que ha acabado ocasionándole un tremendo dolor de cabeza. Los traviesos duendecillos que juegan sobre su cráneo no pertenecen al mundo de la imaginación, sino que ahora son metáforas de entidades muy concretas: críticos conservadores, senadores y congresistas republicanos, medios de comunicación y colectivos como el llamado Tea Party. La amarga e irónica conclusión que puede sacarse de todo ello es que el intento demócrata de cambiar el sistema sanitario en Estados Unidos le ha costado al Señor Presidente una genuina e insoportable neuralgia.

Una molestia que, a buen seguro, se ha prolongado con cada uno de los desafíos afrontados en la presidencia de su país durante dos intensas legislaturas. Desde su llegada a la Casablanca, Barack Obama ha tenido que enfrentarse al muy real fantasma de una aguda crisis financiera, se ha visto sometido a las más duras críticas por retirar sus tropas de un Irak al que ha abandonado más pobre, inestable, fragmentado y mísero que antes de la invasión de 2003.

Para disgusto de muchos de sus votantes y de cientos de colectivos por los derechos civiles ha permitido que Guantánamo, un penal instalado en un limbo legal, siga abierto a día de hoy, mientras que en una operación, digna de una película de Hollywood, ejecutó al líder de al-Qaeda, Osama Bin Laden el 1 de mayo del 2011. Para muchos, este tipo de acciones no ha hecho de Estados Unidos un país más justo y democrático, sino un Estado empeñado en vulnerar el derecho internacional tomándose la justicia por su mano.

Sea como fuere, el tiempo de Obama aún no ha concluido y quizá sea aún demasiado pronto para someter su legado al examen de la historia. Lo que sí que parecen constatar los hechos es que el problema de la violencia y la guerra siguen enquistados en Oriente Medio con gran virulencia, mientras los conflictos se multiplican en un mundo global cada vez más complejo y enrevesado. Asimismo, y pese a haberse convertido en todo un símbolo como el primer presidente de color de Estados Unidos, el fantasma de la discriminación y de los prejuicios raciales continúa cebándose con la población afroamericana en la considerada la mayor democracia del mundo.

Este es el análisis precario y precipitado de un momento histórico que aún palpita, vive y se retrata día a día en los periódicos, los informativos televisivos y la cultura de hoy. Una era llena de luces y sombras, de triunfos y fracasos, de esperanzas y miedos. Un tiempo que no acaba, ni se agota, que mira con recelo a la historia que trata de engullirlo y que, a buen seguro, tendrá su crónica y su burla, sus grandes protagonistas y sus personajillos de opereta. Todo un futuro por escribir, por dibujar con el lápiz de la ironía, una aventura sin fin, un sinfín de caricaturas.

***

Epílogo

TRAZOS QUE COMBATEN LA INTOLERANCIA

A lo largo de este libro hemos contemplado una serie de escenas históricas con la mirada irónica de dibujantes y artistas gráficos. Quizá la lección más valiosa que extraer de todas ellas es que hay pocas cosas más serias que el humor. Bajo las más duras condiciones de vida, tiranizadas por la cotidianeidad cruel de la guerra, sometidas por la dictadura, oprimidas por el yugo de la esclavitud, estranguladas por la necesidad o atrapadas en el vertiginoso tornado del cambio convulso, las sociedades han encontrado siempre una fisura inesperada por la que irrumpía el humor, reflexivo e irreverente, liberador y burlón.

Como una antorcha del ingenio, la ráfaga de luz de la ironía iluminaba la sórdida mezquindad de los habitantes de las tinieblas, su ponzoñosa soberbia y la irracionalidad obstinada tan propia de tiranos, verdugos y falsos profetas de cualquier condición que en el mundo han existido. No ha habido poder que haya conseguido esconderse de su burla, oscuridad capaz de resistir su empuje ni cadena de suficiente grosor como para apresarla mucho tiempo. La agudeza de un lápiz bien afilado en la piedra de la mordacidad es capaz de desvelar las miserias de los poderosos, los errores de pueblos enteros arrastrados por falsos mesías y caudillos cegados por el odio.

Por eso, la intransigencia, la intolerancia y el fanatismo han sido a lo largo de la historia los peores enemigos de la risa, el humor y la sátira. Dictadores y sátrapas, propagandistas de cualquier jaez, perseguidores de una malentendida pureza ideológica, creyentes acérrimos en fes excluyentes y legitimadores de la violencia, el odio y la incomprensión han perseguido, desterrado, encarcelado y asesinado con demasiada frecuencia a quienes se atrevían a desvelar públicamente sus pretensiones ridículas, sus extravagantes credos, sus absurdos e inamovibles principios.

Así ha sucedido de nuevo el pasado 7 de enero de 2015, cuando la intransigencia religiosa de quienes se presentan a sí mismos como guerreros del islam asesinó a sangre fría a doce personas tras el asalto a la sede de la revista satírica *Charlie Hebdo* en París. Una vez más los europeos

asistíamos a un estallido de lunático dogmatismo desde nuestros televisores. De nuevo la sinrazón, escudando su resentimiento malsano en una supuesta causa sagrada, nos ponía ante la evidencia de que siglos de lucha en la conquista de las libertades y derechos básicos vuelven a ser amenazados por el azote de la rigidez ideológica y el rencor.

Quienes ese día apretaron el gatillo, quebrando por la fuerza de las armas los lápices de la ironía, se vieron firmemente contestados al domingo siguiente cuando millares de personas asistieron a la manifestación convocada en París en favor de la tolerancia y la libertad de expresión bajo el lema «Je suis Charlie». Los franceses, con el apoyo unánime de toda la Unión Europea, apelaron esa jornada a la herencia republicana y laica con la que se construyó una conciencia ciudadana, tantas veces reflejada en la propia Francia, y atestiguada por muchos de los lemas esgrimidos en las pancartas. En la búsqueda de compromiso con esos valores, los ciudadanos volvieron a redescubrir a Voltaire, de cuyo *Tratado sobre la Tolerancia* se agotaron ediciones enteras tras la manifestación del 11 de enero. Sin duda alguna, la voz unánime de quienes se manifestaron aquel día, como la de quienes seguimos los acontecimientos acaecidos en París durante toda esa negra semana, puede encontrar en Voltaire un más que recomendable antídoto contra la barbarie, la violencia y las demenciales acciones de quienes pretenden silenciar el humor con balas, estrangular a la libertad con su brutal cortejo de asesinatos y terror.

Pero esa herencia del pensamiento ilustrado, de las mejores y más valiosas corrientes de pensamiento y acción que durante siglos sirvieron para conducirnos por la senda de la libertad y la democracia no debe exhibirse solo en momentos puntuales de rabia y dolor. Ha de ponerse al servicio de la reflexión y la crítica día tras día, como un faro capaz de guiarnos en nuestro discurrir cotidiano evitando los escollos del miedo, los prejuicios y la animadversión contra lo diferente. Nuestro valioso arsenal de civismo humanista debe estar alerta contra quienes pretenden someternos de nuevo a la pesadilla autoritaria del racismo, la discriminación y la ignorancia.

La tragedia de *Charlie Hebdo* ha de servir para mucho más que para demonizar al islam en un tiempo en el que el discurso xenófobo y excluyente de la ultraderecha se ha convertido en una amenaza real para la democracia, la pluralidad y las libertades en toda Europa. Es necesario blindarse con la inteligencia, la cultura y el pensamiento contra quienes ansían dibujar a miles de europeos musulmanes como intrínsecamente partidarios del terrorismo fundamentalista. Resulta primordial recordar ahora que entre los muertos en el atentado había un policía musulmán tan comprometido con los valores democráticos de la República francesa, como alejado de la ideología y la religión de la muerte encarnada por los terroristas.

Es necesario impedir que nos atrape la dinámica de enfrentamiento y odio que tanto los yihadistas como los militantes de ultraderecha intentan afianzar en Europa, poniéndonos en el disparadero de una crisis político-social de profundas implicaciones y consecuencias imprevisibles. Los discursos xenófobos, centrados especialmente en el islam, se hacen cada vez más fuertes en Europa desde la Dinamarca del Partido del Pueblo Danés hasta la Grecia de Aurora Dorada, pasando por la Alemania de Pegida, la Francia del Front National o la Holanda del Partido por la Libertad. Fundamentalistas del islamismo y del antiislamismo se nutren de estos exordios vitriólicos privados de cualquier matiz. Los primeros ven en las libertades occidentales al enemigo de un islam caricaturizado y simplista que en pleno siglo XXI se propone retrasar el reloj de la humanidad hasta la Edad Media. Los segundos se erigen en portavoces de una Europa racial, tan blanca y rubia como inexistente, para aferrarse a un nacionalismo exacerbado, anacrónico y provinciano complacido en la amenaza de un sur siempre representado con el perfil del salvaje incivilizado y ajeno a cualquier normativa.

Ambos exordios no resisten el menor análisis crítico. Se nutren del miedo, la marginación, la pobreza y la desigualdad. Son peleles de trazo grueso, infames bocetos que pretenden pescar en el río revuelto de la recesión económica y del ensanchamiento cada vez más profundo de la brecha que separa a ricos y pobres. Debemos ser precavidos y no relajarnos

ante los cantos de sirena de cualquier fanatismo. El que nutre la infame cruzada sacrificial de los terroristas, y aquel que está creciendo como un cáncer entre nuestros vecinos, alumnos, allegados e instituciones políticas.

Nadie niega que para combatir este desafío son necesarios instrumentos legales y represivos, pero también elementos para luchar contra la discriminación, la disparidad y la marginación. Frente a la ignorancia, fácil víctima de los discursos populistas y xenófobos, es necesaria más educación, más igualdad, más políticas sociales destinadas a aminorar el drama cotidiano representado día tras día en los extrarradios de las grandes metrópolis europeas. En la lucha contra el dogmatismo irracional de los sofistas del rencor, necesitamos recuperar el espíritu de nuestros mejores caricaturistas, aquellos capaces de provocarnos una reflexiva sonrisa o una sonora carcajada con el lápiz del ingenio y la ironía. Esa virtud idónea para desactivar el odio con la inteligencia, la empatía y la burla de nosotros mismos. La misma que personificaron ante miles de europeos amantes de la libertad los caricaturistas de *Charlie Hebdo* asesinados el pasado 7 de enero de 2015.

***

Bibliografía

Aguirre, Erick, *La espuma sucia del río. Sandinismo y transición política en Nicaragua*, Cira, Managua, 2001.

Appy, Christian G., *La guerra de Vietnam. Una historia oral*, Crítica, Barcelona, 2003.

Axworthy, Michael, *Irán. Una historia desde Zoroastro hasta hoy*, Turner, Madrid, 2007.

Bierce, Ambrose, *Diccionario del diablo*, Valdemar, Madrid, 2009.

Bouchet, Thomas (dir.), *L'insulte (en) politique. Europe et Amérique latine du XIX siécle à nos jours*, Editions Universitaires de Dijon, Dijon, 2005.

Bourke, Joanna, *La segunda guerra mundial. Una historia de las víctimas*, Barcelona, Paidós, 2002.

Briggs, Asa, y Patricia Clavin, *Historia Contemporánea de Europa, 1789, 1989*, Crítica, Barcelona, 2004.

Browning, Christopher R., *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002.

Bryant, Mark, *The World's Greatest War Cartoonist and Caricaturist, 1792-1945*, Grub Street, Londres, 2011.

—, *La Première Guerre Mondiale en Caricatures*, Hugo&Cie, París, 2010.

—, *La segunda guerra mundial en cómic*, Libsa, Madrid, 2008.

Bruun, Geoffrey, *La Europa del siglo XIX, 1815-1914*, F.C.E., México, 1971.

Burleigh, Michael, *El Tercer Reich. Una nueva historia*, Taurus, Madrid, 2002

—, *Causas sagradas. Religión y política en Europa. De la Primera Guerra Mundial al terrorismo islamista*, Taurus, Madrid, 2006.

Casanova, Julián, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Crítica, Barcelona, 2011.

Casassas, Jordi (coord.), *La construcción del presente. El mundo desde 1848 hasta nuestros días*, Ariel, Barcelona, 2013.
Chevalier, Gabriel, *El miedo*, El Acantilado, Barcelona, 2009.
Chomsky, Noam, *El miedo a la democracia*, Crítica, Barcelona, 1992.
—, *La objetividad y el pensamiento liberal. Los intelectuales de izquierdas frente a la guerra de Vietnam y a la guerra civil española*, Península, Barcelona, 2004.
—, *El beneficio es lo que cuenta. Neoliberalismo y orden global*, Crítica, Barcelona, 2000.
Claeys, Gregory, *Utopía. Historia de una idea*, Siruela, Madrid, 2011.
Cortazar, Julio, *Nicaragua tan violentamente dulce*, Muchnik, Barcelona, 1984.
Croce, Benedetto, *Historia de Europa en el siglo XIX*, Ariel, Barcelona, 1996.
De la Bretonne, Rétif, *Las noches revolucionarias*, El Olivo Azul, Córdoba, 2009.
Díez Espinosa, José Ramón *et al*., *Historia del Mundo Actual (Desde 1945 hasta nuestros días)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006.
Engelhardt, Tom, *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Paidós, Barcelona, 1997.
Filkins, Dexter, *La guerra eterna. Partes desde la guerra contra el terrorismo*, Crítica, Barcelona, 2009.
Fontana, Josep, *La Historia después del fin de la Historia*, Crítica, Barcelona, 1992.
—, *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Pasado y Presente, Barcelona, 2011.
Fritzsche, Peter, *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2009.
Fukuyama, Francis, *El fin de la Historia*, Planeta, Barcelona, 1995.
Fussell, Paul, *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Turner, Madrid, 2006.
Fischer, Heinz-Dietrich, *Political Caricatures on Global Issues*, Lit-Verlag, Berlín, 2012.

Garton Ash, Timothy, *Historia del Presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los noventa*, Tusquets, Barcelona, 2000.
Gellatelly, Robert (ed.), *Las entrevistas de Núremberg realizadas por Leon Goldensohn*, Taurus, Madrid, 2004.
—, *No solo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2002.
Goffman, Ken, *La contracultura a través de los tiempos. De Abraham al acid-house*, Anagrama, Barcelona, 2005.
González Cortés, María Teresa, *Los monstruos políticos de la modernidad. De la Revolución francesa a la Revolución nazi (1789-1939)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 2007.
Gombrich, E. H., *Meditaciones sobre un caballo de juguete y otros ensayos sobre la teoría del arte*, Debate, Madrid, 2002.
Gluckstein, Donny, *La otra historia de la segunda guerra mundial. Resistencia contra imperio*, Ariel, Barcelona, 2013.
Hahn, Peter L., y Mary Ann Heims (eds.), *The United States and The Third World Since 1945*, Ohio State University Press, Columbus, 2001.
Hallet, Mark, *The Spectacle of Difference. Graphic Satire in the Age of Hogarth*, Yale University Press, Londres, 1999.
Herzog, Rudolph, *Heil Hitler, el cerdo está muerto. Reir bajo Hitler: comicidad y humor en el Tercer Reich*, Capitán Swing, Madrid, 2014.
Hobsbawn, Eric, *La era de la revolución*, 1789-1848, Crítica, Barcelona, 1997.
—, *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona, 2010.
—, *La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Barcelona, 1998.
—, *Historia del siglo xx*, Crítica, Barcelona, 2003.
Holmes, Richard, *Un mundo en guerra. Historia oral de la segunda guerra mundial*, Crítica, Barcelona, 2008.
Hugo, Victor, *Los miserables*, Randon House Mondadori, Barcelona, 2005.
Jamás, Imán Ahmad, *Crónicas de Irak*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2006.
Judt, Tony, *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid, 2006.
Kershaw, Ian, *Hitler, 1936-1945*, Península, Barcelona, 2000.

Kindleberger, Charles P., *Problemas históricos e interpretaciones económicas*, Crítica, Barcelona 1993.
Kitchen, Martin, *El período de entreguerras en Europa*, Alianza, Madrid, 1992.
Leffler, Melvyn P., *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la guerra fría*, Crítica, Barcelona, 2007.
Levi, Primo, *Si esto es un hombre*, Muchnik, Barcelona, 2002.
Lewin, Moshe, *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética*?, Crítica, Barcelona, 2006.
Lindqvist, Sven, *Exterminad a todos los salvajes*, Turner, Madrid, 2004.
Luttwak, Edward, *Turbocapitalismo. Quienes ganan y quienes pierden con la globalización*, Crítica, Barcelona, 2000.
Mailer, Norman, *¿Por qué estamos en guerra*?, Anagrama, Barcelona, 2003.
Martín Muñoz, Gema, *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Tusquets, Barcelona, 2003.
Markoff, John, *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político*, Tecnos, Madrid, 1999.
Mazower, Mark, *El imperio de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2008.
—, *La Europa negra*, Ediciones B, Barcelona, 2001.
McPhee, Peter, *La Revolución Francesa, 1789-1799*, Crítica, Barcelona, 2003.
McPhee, Constance y Nadine Orenstein, *Infinite Gest. Caricature and Satire from Leonard to Levine*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 2011.
Mishra, Pankaj, *De las ruinas de los imperios. La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.
Moradiellos, Enrique, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Península, Barcelona, 2001.
Mosse, George L., *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Madrid, 2005.

Navasky, Victor S., *The Art of Controversy. Political Cartoons and Their Enduring Power*, Knopf, Nueva York, 2013.
Ollé, Manel, *Made in China. El despertar social, politico y cultural de la China contempor*ánea, Destino, Barcelona, 2005.
Overy, Richard, *Al borde del abismo. Diez días que condujeron a la segunda guerra mundial*, Tusquets, Barcelona, 2010.
—, *El camino hacia la guerra*, Espasa, Madrid, 2009.
—, *Por qué ganaron los aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005.
—, *Dictadores*, Tusquets, Barcelona, 2005.
—, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets, Barcelona, 2003.
Owen, James, *Núremberg. El mayor juicio de la historia*, Crítica, Barcelona, 2006.
Owen, Wilfred, *Poemas de guerra*, El Acantilado, Barcelona, 2011.
Patterson, James T., *El gigante inquieto. Estados Unidos de Nixon a G.W. Bush*, Barcelona, Crítica, 2006.
Paxton, Robert O., *Anatomía del fascismo*, Península, Barcelona, 2005.
Priestland, David, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*, Crítica, Barcelona, 2010.
Ramírez, Sergio, *Las armas del futuro*, Nueva Nicaragua, Managua, 1987.
Roe, Sue, *Vida privada de los impresionistas*, Turner, Madrid, 2008.
Ross, Christine, *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the and the Paris Commune*, University of Minneapolis, Minneapolis, 1998.
Sardesai, D. R., *India. La historia definitiva*, Belacqva, Barcelona, 2008.
Sassoon, Donald, *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Crítica, Barcelona, 2006.
Schwetje, Burkhard, y Flavio Febbraro, *Cómo leer historia en el arte*, Electa, Barcelona, 2010.
Sebald, W. G., *Sobre la historia natural de la destrucción*, Anagrama, Barcelona, 2003.
Semprún, Jorge, *Viviré con su nombre, Morirá con el mío*, Tusquets, Barcelona, 2002.
Service, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000.

Smith, Stephen, *Negrología. Por qué África se muere*, Debate, Barcelona, 2005.
Stonor Saunders, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, Madrid, 2001.
Taibo, Carlos, *La explosión soviética*, Espasa, Madrid, 2000.
Tharoor, Shashi, *Nehru. La invención de India*, Tusquets, Barcelona, 2009.
Thomas, Chantal, *La reina desalmada*, Muchnik, Barcelona, 1998.
Todd, Allan, *L as revoluciones 1789-1917*, Alianza, Madrid, 2000.
Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008.
Traverso, Enzo, *La violencia nazi. Una genealogía europea*, F.C.E., Buenos Aires, 2002.
—, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, P.U.V., Valencia, 2009.
Tuchman, Barbara W, *La torre del orgullo*, Península, Barcelona, 2007.
Veiga, Francisco, Enrique U. Da Cal y Ángel Duarte, *La paz simulada. Una historia de la guerra fría*, Alianza, Madrid, 1997.
Villares, Ramón, y Ángel Bahamonde, *El mundo contemporáneo. Siglos XIX y XX*, Taurus, Madrid, 2001.
Vovelle, Michel, *Introducción a la Revolución Francesa*, Crítica, Barcelona, 2000.
Woolf, Stuart, *La Europa napoleónica*, Crítica, Barcelona, 1992.

***

Créditos de las imágenes

Introducción: Bibliothèque des Arts Decoratifs. © Archives Charmet_Bridgeman Images_Age fotostock;
Capítulos 1, 10, 11: Biblioteca Nacional de Francia.
Capítulo 2: National Portait Gallery.
Capítulos 3, 4, 8, 12 y 13: The Metropolitan Museum of Art.
Capítulos 5 y 7: British Museum.
Capítulo 6: Museo Nacional del Prado.
Capítulo 9: © Erich Lessing – Album.
Capítulo 14: reproducido en la obra *Collection de caricatures et de charges a l'histoire de la guerre et de la revolution* 1870-1871. Universidad de Heidelberg.
Capítulo 15: © Victoria & Albert Museum.
Capítulo 16: *Le Petit Journal*. Colección particular.
Capítulo 17: *Simplicissimus*. Colección particular.
Capítulo 18: Cambridge University Library.
Capítulo 19: Granger, NYC, Colección particular.
Capítulo 20: publicada originalmente en *Die Notenkraken*.
Capítulo 21: © *Daily Herald*.
Capítulo 22: © Smithsonian American Art Museum.
Capítulo 23: Akademie der Künste, Berlin Kunstsammlung, © The Heartfield Community Of Heirs/ VG Bild-Kunst, Bonn.
Capítulo 24: © Kimon y Alex Marengo.
Capítulo 25: ©The Granger Colection - Age fotostock.
Capítulo 26: publicada en *The Evening Standard*, 2 de mayo de 1940. © Associated Newspapers Ltd. / Solo Syndication. British Cartoon Archive, University of Kent.
Capítulo 27: © Rue des Archives / Bridgeman Images /Album.
Capítulo 28: © Boris Yefimovich Yefimov.

Capítulo 29: publicada en *The Evening Standard*, 25 August 1944. © Associated Newspapers Ltd. / Solo Syndication. British Cartoon Archive, University of Kent.

Capítulos 30, 36, 37, 38 y 44: Library of Congress.

Capítulo 31: publicada en *The Red Death*, New York 1943, Jesters in Earnest, 1944.

Capítulo 32: viñeta publicada en The Evening Standard, 9 de Agosto de 1945. © Associated Newspapers Ltd. / Solo Syndication. British Cartoon Archive, University of Kent.

Capítulo 33: *World War II in Cartoons*, Mark Bryant, Grub Street Publishing, London, 2014.

Capítulo 35: © Courtesy of the Jay N. 'Ding' Darling Wildlife Society.

Capítulo 39: *The Militant* Archives.

Capítulo 40: derechos reservados. Colección particular.

Capítulo 41: © V. G. Narendra.

Capítulo 42: © Herederas de Jaime Perich.

Capítulo 43: © Manuel Guillén /La Prensa.

Capítulo 45: © Zapiro.

Capítulo 46: © Mana Neyestani.

Capítulo 47: *China Digital Times*.

Capítulo 48 y 50: © 2016, The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/ Scala, Florence.

Capítulo 49: © Atena Farghadani.

1. Gillray, James, «Tiddy-doll, the great French-gingerbread-baker; drawing out a new batch of kings», The British Museum, 1806.

50 viñetas que cambiaron el mundo
Roberto Fandiño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© Ilustración de la cubierta: Granger, NYC — All rights reserved

© Roberto Fandiño, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-344-2426-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com